

se



Alan Furst

UN OSCURO VIAJE

««Los libros de Furst son adictivos», *New York Times*»

Lectulandia

Mayo de 1941. Camuflado y con documentación falsa, el «Santa Rosa» navega con bandera de la neutral España rumbo a la costa de Túnez. En realidad se trata del «Noordendam», un mercante holandés bajo el mando del capitán Eric DeHaan, reclutado extraoficialmente por el servicio de inteligencia británico para llevar a cabo una delicada misión.

Un oscuro viaje para DeHaan, su tripulación y la preciosa periodista rusa que les acompaña, pero también para los fugitivos ocultos en el viejo «Noordendam»: el maquinista polaco, el médico judío, el espía británico, españoles que lucharon contra Franco y alemanes que combatieron a Hitler. En la Europa ocupada no hay sitio para ellos ni hogar al que volver. Una historia épica de suspense, de amores furtivos y de coraje.

Lectulandia

Alan Furst

Un oscuro viaje

ePub r1.0

Titivillus 27.06.2019

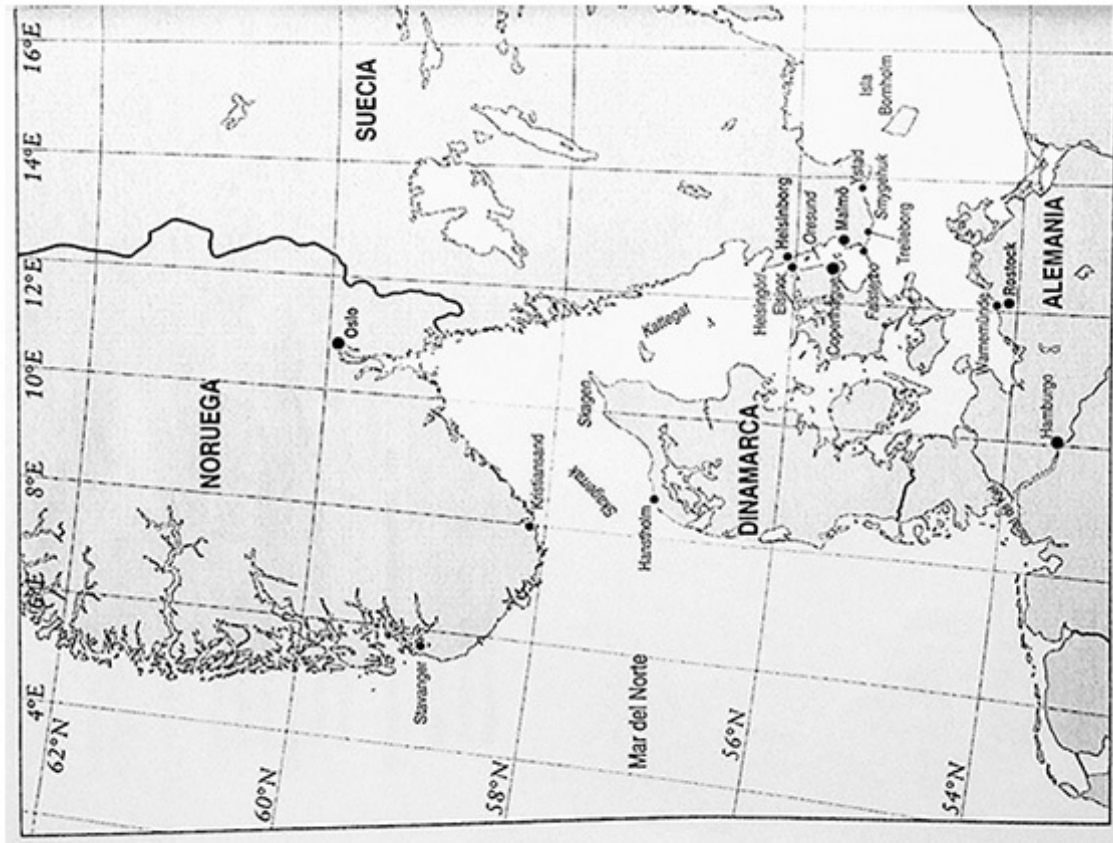
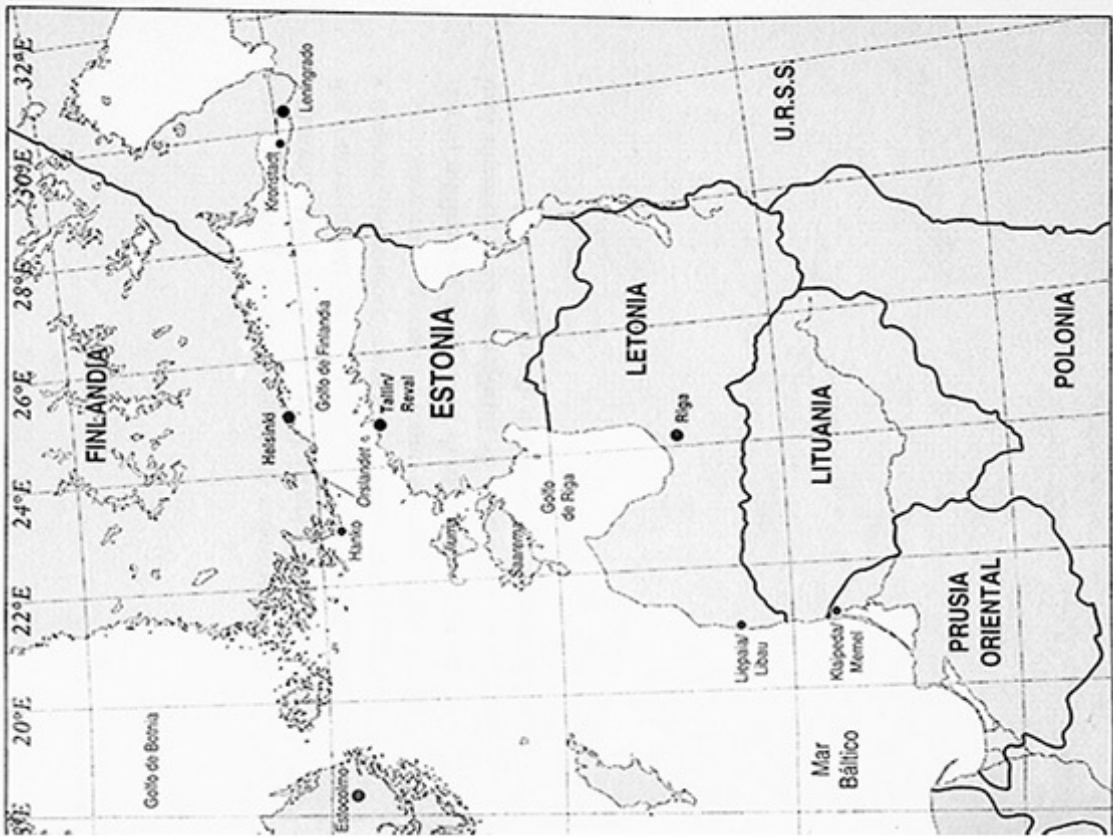
Título original: *Dark Voyage*
Alan Furst, 2004
Traducción: José Antonio Soriano
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

En los primeros diecinueve meses de guerra en Europa, entre septiembre de 1939 y marzo de 1941, Gran Bretaña y sus aliados perdieron mil quinientos noventa y seis barcos mercantes debido a ataques submarinos, navales y aéreos, explosiones de minas y desastres marítimos.

La responsabilidad de poner fin a las pérdidas correspondía a la División de Inteligencia de la Armada Real británica, así que, el último día de abril de 1941...



**BAJO PABELLÓN
ESPAÑOL**

En el puerto de Tánger, el último día de abril de 1941, el atardecer fue, como siempre, lento y sutil. Nubes sueltas, incendiadas por los últimos rayos del sol, se deslizaban sobre las colinas que dominan el puerto. Las farolas iluminaban el muelle paralelo al paseo marítimo. Una ciudad blanca y en pendiente: callejas, zocos y cafés en los que se hablaba de negocios o amor mientras el día expiraba. En el puerto, un destructor español, el *Almirante Cruz*, permanecía fondeado entre mercantes con los cascos corroídos por la herrumbre y las angulosas siluetas de las grúas de cubierta envueltas en brumas.

A bordo del *Noordendam*, un carguero de servicio irregular de la Netherlands Hyperion Line, la cabina de radio parecía un horno. El radiotelegrafista egipcio, al que todo el mundo llamaba señor Alí, no llevaba más que una camiseta de tirantes y unos amplios calzones de seda. Estaba recostado en la silla giratoria, fumándose un cigarrillo en una boquilla de marfil y leyendo una novelita erótica en una elegante edición de tapas jaspeadas. De vez en cuando, se quitaba las gafas de montura de oro y se secaba la cara con un pañuelo, pero sin apenas darse cuenta. Estaba acostumbrado al calor, al efecto de todo un día de sol en las chapas de acero del barco y, por supuesto, a aquellos puertos que eran auténticos tostaderos: Adén o Batavia, Shanghái o Tánger... Totalmente absorto en los agitados placeres de los personajes del libro, se sentía en paz con el mundo; su guardia acabaría en menos de una hora y, frente a él, en la muralla gris de interruptores y diales del telégrafo inalámbrico, sólo se oían los ruidos de la estática.

De pronto, una señal se impuso al chisporroteo. En la frecuencia de la BAMS, la emisión para los barcos mercantes aliados, y bastante mar adentro, se dijo el señor Alí —que dejó el libro boca abajo ante el panel de la radio—, se puso los auriculares y, con precisos movimientos del pulgar y el índice, ajustó el dial para mejorar la recepción.

«Q, Q, Q, Q.».

Para ese mensaje no necesitaba el libro de códigos de la BAMS. Significaba «Estamos siendo atacados por un barco enemigo» y, desde mayo de 1940, lo había oído demasiado a menudo. Ahí lo tenía otra vez, tecleado a toda velocidad por el operador. Y otra, y otra... «Pobre diablo», pensó el señor Alí. Un colega, en otro baqueteado mercante, enviando su último mensaje, con su barco a merced de un submarino o una torpedera, que ya le habría agujereado la proa o destrozado la sala de máquinas.

El señor Alí hizo lo único que podía hacer. Abrió el libro de registro de la radio, anotó la fecha y la hora, y apuntó la anónima petición de auxilio. DeHaan, el capitán del *Noordendam*, la vería cuando acostara el barco; nunca se olvidaba de comprobar el registro antes de retirarse a su camarote. Si hubieran estado en alta mar, lo habría avisado de inmediato, pero en el puerto no merecía la pena. No podían hacer nada; ni ellos ni nadie. En la inmensidad del mar, bastante tenían las fuerzas navales británicas con proteger los convoyes; no había nadie para enfrentarse al enemigo o rescatar a los supervivientes. Aquel barco se hundiría solo.

La señal se prolongó durante unos segundos, cincuenta según el reloj del panel de la radio, y seguramente continuó algún tiempo más, transmitiendo quizá el nombre del barco y sus coordenadas; pero la recepción se interrumpió, ahogada por los fluctuantes aullidos de una frecuencia saturada. «Cabrones...». El señor Alí miró el reloj; cinco minutos, seis... La saturación cesó y dio paso al silencio. Iba a quitarse los cascos, cuando la señal se reanudó. Sólo una vez, y mucho más débil que antes. El sistema eléctrico del barco estaba en las últimas.

«Q, Q, Q, Q.».

Luego, nada.

En esos momentos, DeHaan estaba en tierra; acababa de bajar de la lancha del puerto y se estaba acercando a un viejo Citroen aparcado en el muelle, en una de cuyas puertas podía leerse: Taxi Tarzán. Su conductor, un árabe, estaba tumbado en el asiento posterior con las manos detrás de la cabeza, echando la siesta de la tarde. DeHaan consultó su reloj y decidió ir a pie. Se suponía que la calle Raisuli estaba justo pasado Bab el-Marsa, la entrada del puerto, que podía ver a lo lejos. Le habían pedido —ordenado, para ser exactos— que asistiera a una cena organizada por un tal Hoek. Obviando el hecho de que esas cosas nunca ocurrían, una petición perfectamente normal, así que más valía ir; ponerse la ropa de paseo —blazer cruzado azul marino sobre una

camisa gris claro, pantalones negros de lana y corbata azul con un spaniel de plata— e ir a cenar.

DeHaan echó a andar por el muelle con paso decidido. Se felicitó por su buena estrella al pasar junto a un buque cisterna noruego y percibir el inconfundible olor a combustible de avión. «De entre todas las formas de las que no le gustaría morir...». DeHaan era alto y lo parecía, delgado y fuerte, especialmente de brazos y hombros. Facciones regulares: rostro de norteño, ojos grises, a veces fríos y a veces cálidos, con arrugas de marino en las comisuras, y pelo espeso de color castaño claro, con las primeras canas — acababa de cumplir cuarenta y uno— visibles a la luz del sol. Un rostro orgulloso, quizá un tanto altivo, pero por su profesión, no su posición: DeHaan no se sentía más, pero tampoco menos que nadie. Labios finos, próximos a la sonrisa, con esa expresión frecuente entre los holandeses, para quienes el mundo es un sitio mucho más curioso y, en definitiva, más divertido que para sus primos del este, los alemanes. Tenía unas manos grandes, muy apreciadas por las mujeres, que solían alabárselas. Una alabanza que nunca dejaba de sorprenderlo agradablemente.

¿Debería haberse puesto el uniforme? La Hyperion Line tenía uno, sencillo, de color azul, para sus capitanes, que tradicionalmente se lo ponían el primer día de viaje y no volvían a usarlo. Pero a DeHaan no le gustaba. No le parecía un auténtico uniforme, que era lo que él habría deseado. En mayo de 1940, cuando los invasores alemanes habían vaciado los archivos de la sede de la Real Armada holandesa en La Haya, sin duda habrían encontrado, y reclasificado para sus propios fines, la solicitud presentada en 1938 por un tal DeHaan, Eric Mathias, que prácticamente suplicaba un destino en un destructor, o en una torpedera, o en lo que fuera, con tal de que disparara.

Dejó atrás la estación de ferrocarril y, minutos después, se internó en las callejuelas del otro lado de Bab el-Marsa. Otro mundo, un mundo de olores: el Magreó. Más fuertes de lo que recordaba. Veinticinco años en el mar, se dijo DeHaan, y demasiados puertos. Las mondas de naranja del empedrado, el aroma del carbón vegetal y... ¿riñones fritos? Seguro, no había nada que oliera igual. Viejas alcantarillas, comino, incienso... Y hachís: ése sí que era un olor sin igual. Un olor que, de vez en cuando, también se percibía a bordo del *Noordendam*, pero del que DeHaan hacía caso omiso, siempre que el marinero no estuviera de servicio. Después de todo, él tampoco estaba libre de culpa: el chocolate era uno de los «pequeños placeres canallas» de Arlette, como ella misma los llamaba. Uno entre muchos. Una noche, en su habitación de la calle Lamartine, lo habían probado colocando trocitos diminutos en la

brasa de un cigarrillo y aspirando el humo con un billete de cien dracmas enrollado que Eric se había encontrado en un bolsillo. Luego, habían hecho el amor salvaje y caóticamente. —«¡Ponte así! ¡No, mejor así! ¿Y por qué no así?»—, tras lo cual había dormido como un tronco durante diez horas. Al despertarse le hizo a Arlette una gigantesca torta holandesa rebosante de mantequilla.

En la Rue Raisuli, una docena de radios escupían música árabe y dos guardias civiles, con sus relucientes tricornos de charol, se paseaban como si fueran los amos de la calle. Y oficialmente lo eran. Entre 1906 y 1940, Tánger había sido una ciudad internacional, un puerto franco dedicado al tráfico de divisas, efebos y secretos. Ahora España tenía el control de la ciudad, que había incorporado al Marruecos español, lo que significaba que Casablanca era francesa y estaba gobernada desde Vichy, mientras que Tánger, española y neutral, dependía de Madrid. Pero DeHaan, y todo el mundo, sabía que la realidad era muy distinta. Tánger, como París, pertenecía a la gente que vivía en ella. Lo que se preguntaba DeHaan era cómo encajaba *Mijnheer* Hoek en ese panorama. ¿Era un comerciante? ¿Un expatriado? ¿Un vividor? ¿Las tres cosas? El 18 de la calle Raisuli era un restaurante, el Al Mounia, pero no la clase de restaurante en el que la gente importante daba cenas privadas.

DeHaan abrió la cortinilla de cuentas y penetró en el establecimiento, pero se detuvo al instante, perplejo. «No puede ser aquí», se dijo. Suelo de baldosas, sencillas mesas de madera y pocos clientes, algunos leyendo el periódico mientras cenaban. Un hombre, que parecía el dueño, se le acercó solícitamente.

—¿Monsieur Hoek? —le preguntó DeHaan.

La frase obró el milagro. El hombre dio dos palmadas, y un camarero precedió a DeHaan por el comedor hasta el patio de atrás, rodeado de casas donde la vida latía ruidosamente: seis pisos de tenderos con ropa blanca y familias enteras que cenaban junto a ventanas abiertas de par en par. A través de un húmedo pasadizo, el camarero condujo a DeHaan a otro patio, oscuro y silencioso, y luego hasta una pesada puerta de madera primorosamente tallada que se encontraba al final de un callejón. El camarero llamó con los nudillos y, cuando una voz respondió «*Entrez!*», abrió la puerta y entró.

DeHaan se encontró en el interior de una sala cuadrada, pequeña y sin ventanas, con un cielo nocturno pintado en el techo —fondo azul oscuro, puntos dorados que representaban las estrellas y una media luna plateada en el horizonte— y el suelo y las paredes cubiertos con alfombras. Un círculo de pufs rodeaba una mesa baja sobre la que había una bandeja de cobre que

ocupaba casi todo el tablero. Al ver a DeHaan, un individuo sentado en una silla de ruedas de madera, salvo por los neumáticos, le tendió la mano.

—Bienvenido, capitán DeHaan. Gracias por aceptar la invitación. Soy Marius Hoek.

El inválido le estrechó la mano con inesperada fuerza. Era un cincuentón pálido como un aparecido, con el pelo rubio cortado al rape y unas gafas cuyas lentes captaron la luz de la lámpara de la esquina y ocultaron sus ojos cuando los alzó hacia él.

Los demás invitados se levantaron para saludarlo: una mujer en traje negro de mil rayas y camisa oscura, un individuo con el uniforme de oficial de la Armada holandesa y Wim Terhouven, propietario de la Netherlands Hyperion Line y, por tanto, su jefe. DeHaan se volvió hacia él, esperando una explicación, y vio que sonreía de oreja a oreja, divertido al comprobar que el siempre impertérrito capitán DeHaan no podía disimular su curiosidad.

—Hola, Eric —dijo Terhouven dándole un apretón de manos—. ¿Sorprendido de verme aquí? —El armador le dio una palmadita en la espalda: «Tranquilo, muchacho»—: Permíteme presentarte a Juffrouw... ¿Wilhelm, verdad?

DeHaan estrechó la mano de la joven.

—Con Wilhelm es suficiente —dijo ella—. Todo el mundo me llama así.

No llevaba maquillaje y tenía facciones finas y delicadas, y el pelo de color miel, muy corto y peinado con la raya a un lado. DeHaan le echó unos treinta y cinco años.

—Y éste es el comandante Hendryk Leiden —dijo Terhouven.

Leiden era corpulento y ancho de espaldas, estaba calvo hasta la coronilla y tenía rostro curtido de marino, nariz roja de bebedor y poblada barba.

—Encantado de conocerlo, capitán.

—Ven a sentarte con nosotros —le dijo Terhouven a DeHaan—. ¿Te ha gustado el paseo hasta aquí?

DeHaan asintió.

—¿Esto también es el restaurante?

—El salón privado. ¿Quién dice que tiene que estar arriba? —Terhouven se echó a reír—. Y, por el camino, un poco del auténtico Tánger: un asesino detrás de cada puerta.

—Prefiero el cuscús.

Wilhelm sonrió.

—El Al Mounia es un buen restaurante. Muy popular aquí.

DeHaan se dejó caer en un puf, mientras Terhouven le servía ginebra de una botella de cerámica.

—La fórmula original —dijo.

—¿Venden esto en Tánger?

Terhouven soltó una risita. Gastaba perilla de demonio y ojos a juego.

—No, esto no. Esta botella cruzó el Canal en un arrastrero en mayo del cuarenta, y ha volado conmigo desde Londres, para tu fiesta. Auténtica ginebra de Schiedam —explicó el armador toqueteando las letras de la marca, impresa a fuego en la arcilla vidriada.

—Amigos... —dijo Leiden—. Permítanme. —El comandante se levantó y alzó su vaso. Salvo Hoek, todos lo imitaron. Leiden hizo una larga pausa—. ¡Por Holanda! —exclamó al fin.

Las voces de los otros se fundieron en una sola, y DeHaan advirtió que Hoek se había levantado a pulso de la silla de ruedas para responder al brindis y tenía los nudillos blancos. A continuación, bebieron «por la victoria», a propuesta de Hoek, y «por el éxito en las nuevas empresas», a iniciativa de Wilhelm, tras lo cual Terhouven miró a su capitán y alzó las cejas en un gesto de ánimo. Era el turno de DeHaan, que trataba de encontrar la frase adecuada desde que Leiden había levantado el vaso. Todas las miradas estaban posadas en él con expectación.

—Bien, pues... —murmuró al fin—. ¡Por los amigos ausentes!

Era un brindis bastante socorrido, pero, en una noche como aquélla, el recuerdo de tantos amigos retenidos por alambradas y reflectores en media Europa le devolvió todo su sentido.

—Amén —dijo Terhouven y, tras volver a llenar los vasos, añadió—: Propongo que brindemos por el capitán Eric DeHaan, nuestro invitado de honor, al que estoy seguro que acabarán apreciando tanto como yo.

DeHaan miró al suelo y respiró aliviado cuando el brindis acabó y el grupo reanudó la conversación.

Terhouven relató su viaje desde Londres en un hidroavión Sunderland lleno de hombres con maletines no muy aficionados a la charla. Un viaje nocturno que se les había hecho eterno «esperando a la Luftwaffe». Pero luego el amanecer frente a las costas de España había sido «increíblemente hermoso, con el mar volviéndose azul poco a poco bajo nosotros».

Hoek consultó su reloj.

—La cena llegará en cualquier momento —aseguró—. Me he tomado la libertad de elegir por ustedes... Espero que no les importe. Es mejor pedir con tiempo.

Parecía una idea sensata, de modo que esperaron tranquilamente, dejando que la conversación saltara de un tema a otro. Para saber que la ginebra estaba haciendo efecto había que ser holandés, se dijo DeHaan. Exteriormente, apenas se notaba: todo el mundo estaba relajado y educadamente atento, sin prisa por tomar la iniciativa. Después de todo, eran prácticamente unos desconocidos que se disponían a cenar juntos en una ciudad extranjera, aunque los unía el hecho de ser súbditos de un país ocupado y su consecuencia inmediata: la rabia impotente de quienes no pueden regresar a casa.

—Llevo años sin pisar Holanda —le estaba diciendo Hoek a Terhouven—. Llegué aquí... Sí, en el veintisiete. Buscando una oportunidad. —«Naturalmente», podría haber añadido Hoek: durante siglos, Holanda había sido una nación de comerciantes que utilizaba el mundo entero como mercado, de forma que probar fortuna en otras latitudes era una especie de instinto nacional—. Me las apañé para comprar una pequeña correduría especializada en minerales, que ha ido creciendo a lo largo de los años. En el sur hay minas de plomo y hierro, pero también se extrae grafito, antimonio, cobalto, amianto... Por no hablar de los fosfatos. Lo otro da para pagar el alquiler.

DeHaan sabía lo de los fosfatos, el principal producto de exportación de Marruecos. De hecho, el *Noordendam* debía hacer escala en Safi, el puerto de la costa atlántica que abastecía a Marraquesh, para recoger un cargamento de las minas de Kfouribga. Así que, se dijo DeHaan, todo empezaba a encajar, ¿no? Su jefe había volado hasta allí desde su exilio en Londres, jugándose la vida, para traer una botella de ginebra holandesa y celebrar la carga de uno de sus mercantes. En fin, ya se lo explicarían. De todas formas, creía tener una idea bastante aproximada de lo que estaba pasando, pero se moría de ganas por conocer los detalles.

—Entonces, su familia está aquí, con usted... —dijo Terhouven.

—Sí, sí —respondió Hoek—. Y menuda familia.

DeHaan creyó percibir un destello de ironía en los ojos de Wilhelm, de cuya expresión sólo habría podido decir que estaba «al borde de la sonrisa».

Terhouven se volvió hacia la mujer y le preguntó cuánto tiempo llevaba en Tánger.

—Mmm... no demasiado. Sumándolo todo, unos años. Después de la guerra, viví en París, aunque pasaba los veranos en Juan-les-Pins; luego, aquí, de nuevo en París, una temporada en Estambul y otra vez aquí.

—Un espíritu aventurero... —bromeó Terhouven, que conocía el paño.

La aludida se encogió de hombros.

—Me gusta cambiar de aires. Y de amistades, supongo.

—Claro, es una artista —dijo Terhouven en un tono que no era exactamente acusatorio.

—Según se mire.

—Se mire como se mire —terció Hoek con firmeza—. Y de las buenas. Ha expuesto en París y Nueva York, aunque no le guste decirlo.

—¿Óleos? —preguntó DeHaan, queriendo decir: «Óleos no, ¿verdad?».

—No, guaches, sobre todo, aunque últimamente he vuelto al carboncillo. —Wilhelm sacó un cigarrillo de una pitillera de carey, lo golpeó un par de veces contra la tapa, que representaba a Baco con una amiga, y lo encendió con un encendedor metálico—. Otra vez dibujando del natural... —añadió sonriendo y meneando la cabeza, como desconcertada por su propia trayectoria artística.

Los golpes de unos nudillos en la puerta anunciaron a tres camareros con bandejas.

Les sirvieron la cena en platos tradicionales, que distribuyeron por la mesa. Cuencos de amarilla y aromática sopa, pan tierno todavía caliente, una impresionante *pastilla*^[1] —pechuga de pichón picada con almendras en pasta de hojaldre—, una bandeja de cordero estofado con verduras... Una vez colocados los platos, el jefe de los camareros llenó unos vasos repletos de menta picada con agua hirviendo, que vertió con toda la ceremonia, levantando y bajando la tetera de plata para que el chorro cayera formando una parábola.

—¿Nos quedamos para servirles? —preguntó al acabar.

—No, gracias, creo que sabremos arreglárnoslas —respondió Hoek.

Habían hablado en francés, idioma que DeHaan entendía, a veces, y hablaba, también a veces, aunque de aquella manera, es decir, «como los indios», según Arlette. Se defendía bien en alemán y en inglés, como la mayoría de los holandeses, y hacía un año, tras la invasión, había añadido una gramática rusa a los cuarenta libros que constituían su biblioteca. No lo había hecho por motivos profesionales, ni tampoco políticos, sino más bien relacionados con el ajedrez, los crucigramas o cualquier otra manera de mantener la mente ocupada en las largas horas de descanso, cuando necesitaba olvidar la permanente obsesión de los capitanes: los latidos de las máquinas, los estremecimientos y los crujidos del barco, su barco. Así había encontrado un pasatiempo difícil y absorbente, aunque de vez en cuando, en lugar de estudiar la gramática, se quedaba dormido encima de ella y la llenaba

de cenizas, agua de mar, café o chocolate. Por suerte el libro era ruso y aguantaba lo que le echaran.

—¿Qué tal en Paramaribo? —le preguntó Terhouven.

Luego, cortó un poco de pan, cogió un trozo de cordero de la bandeja y, tras observarlo durante unos instantes, lo sumergió en la salsa y se lo puso en el pan.

—Están en plena estación lluviosa —respondió DeHaan—. Y es una sauna cuando deja de llover.

Habían transportado un cargamento de madera de cigua, que se utilizaba para construir muelles y embarcaderos, desde la Guayana Holandesa hasta La Coruña, de donde habían zarpado de vacío, aunque para completar el lastre de agua llevaban algo de chatarra con destino a Tánger.

—¿Perdiste a algún hombre?

—Sólo a uno, un engrasador. Finlandés, según su documentación. Tan buen engrasador como mal bebedor. Se liaba a tortas con todo el mundo; en eso también era muy bueno. Intenté sacarlo de la cárcel, pero no hubo manera.

—¿En Paramaribo? ¿No se dejaron sobornar?

—Es que le zurró a un chulo, un camarero, un portero, un poli y un carcelero.

—¡Joder! —murmuró Terhouven—. ¿Por ese orden? —preguntó sonriendo al cabo de unos instantes. DeHaan asintió. El armador se acabó el cordero y el pan, se limpió los labios e hizo una mueca—. Hay gente que no sabe ir por el mundo. ¿Has encontrado sustituto?

—No ha habido forma. Así que seguimos siendo cuarenta y dos.

—Suficientes para navegar.

—Ya. —«Pero necesitamos más, y lo sabes».

—Es la guerra —constató Terhouven.

—Últimamente, la cosa no va muy bien. A todo el mundo le falta gente, sobre todo en la sala de máquinas. Cuando llegan a puerto, en muchos barcos las tripulaciones están en cubierta pasada la medianoche, esperando a que los borrachos salgan de los bares. «¡Sube a bordo, amigo, comemos bacon dos veces al día!».

—O alguien recibe un golpe en la cabeza y cuando vuelve en sí ya está en alta mar.

—Sí, eso también.

Terhouven se inclinó hacia la bandeja para ver si quedaba algo que mereciera la pena.

—Oye, Eric, ¿y el uniforme?

—Todo lo que sabía era «una cena», así que...

—¿Está estropeado?

—No, aguanta.

—Aquí te pueden hacer otro, ¿sabes?

—Sí, fui al mercado de las flores —le estaba diciendo Wilhelm a Hoek al otro lado de la mesa—. Pero no estaba allí.

DeHaan se desentendió de la comida; todo estaba muy bueno, pero se sentía lleno. Había viajado por todo el mundo y lo había probado casi todo, pero nunca acababa de olvidar el último plato de patatas fritas con mayonesa que comió en algún café del puerto de Rotterdam. Sacó un paquete de puritos de la marca holandesa North State, de color chocolate oscuro y un poco más largos que cigarrillos, ofreció a Terhouven, que declinó la invitación, y se encendió uno.

—¿Dé qué va esta cena, Wim? —le preguntó tras aspirar una bocanada de picante humo y toser con placer.

Terhouven estuvo a punto a contárselo todo, pero cambió de opinión en el último momento.

—La Hyperion Line va a entrar en la guerra, Eric, y el primer paso se dará aquí, esta noche. En cuanto a los detalles, ¿por qué no esperas y lo ves? ¡Es una sorpresa!

Volvieron los tres camareros. El primero abrió la puerta, el segundo entró con una bandeja llena de pastelitos relucientes de miel y el tercero, con dos botellas de champán en cubos con hielo.

—¡Fiesta! —exclamó levantando los cubos con orgullo y sonriendo a los comensales—. ¿Abro las dos?

—Por favor —respondió Hoek.

Cuando los camareros se marcharon, Hoek abrió el maletín que tenía junto a la silla de ruedas, sacó una bandera con las franjas horizontales roja, blanca y azul de Holanda y, sujetándola por las esquinas superiores, la desplegó sobre su cabeza. El comandante Leiden se levantó, se sacó de un bolsillo interior una hoja de papel que contenía un texto mecanografiado, se aclaró la garganta y se puso firme.

—Capitán DeHaan, ¿sería tan amable de ponerse en pie y colocarse frente a mí?

De algún lugar en el vecindario llegaba el débil y quejumbroso sonido de una canción árabe.

Leiden empezó a leer con voz solemne. Era retórica del Almirantazgo, florida, grandilocuente y asombrosamente rancia, salpicada de «por consiguientes», «habidas cuentas» y «así pueses» que enlazaban frases que no se terminaban nunca. Pero fueron inequívocamente claras para DeHaan, que parpadeó una sola vez: Leiden estaba pronunciando el juramento de ingreso en la Armada Real holandesa. DeHaan alzó la mano derecha, repitió las frases que le indicaron y juró dar la vida y lo que hiciera falta. La conclusión no se hizo esperar.

—Por consiguiente, en nombre de su Majestad Real, la reina Guillermina, y por orden de los comisionados del Almirantazgo de las Reales Fuerzas Navales de los Países Bajos, tengo el honor de nombrar al aquí presente Eric Mathias DeHaan capitán de corbeta, con la firme y fundada certeza de que cumplirá con su deber con absoluta lealtad y entrega...

La ceremonia se prolongó un poco más; luego, Leiden le dio un apretón de manos.

—Ya puede saludarme —dijo.

DeHaan saludó y Leiden le devolvió el saludo, entre los aplausos de Terhouven y Wilhelm.

Al mirar al armador, DeHaan vio en él la expresión de regocijo del bromista y pensó: «Conque aquí podían hacerme otro uniforme, ¿eh, cabronazo?». Pero también, unos ojos que brillaban más de lo habitual.

Comieron pastelitos, bebieron champán y hablaron de la guerra. Luego, a medianoche, se presentó un tal Herbert, un refugiado rubicundo que hacía de ayudante y chófer de Hoek, y Wilhelm y el inválido se marcharon con él. DeHaan oía el traqueteo de la silla de ruedas sobre el empedrado de la calleja mientras se alejaban en dirección al coche, aparcado en una plaza cercana.

—Todo un carácter, nuestro *Mijnheer* Hoek —dijo Leiden.

—Con un corazón que no le cabe en el pecho —aseguró Terhouven.

—Desde luego. —Leiden hizo una pausa para acabarse el champán—. Oficialmente, nunca se ha casado, pero se rumorea que dos de sus criadas son en realidad sus mujeres y que los niños que hay en su casa son hijos suyos. Aquí no es tan raro. De hecho, si fuera musulmán, podría tener cuatro esposas.

—Cuatro esposas... —murmuró Terhouven, que, a juzgar por su tono de voz, no estaba considerando las implicaciones eróticas, sino las domésticas.

—Hoek sólo tiene dos, aunque puede que no sean más que habladurías —dijo Leiden—. Pero mantiene a una familia muy numerosa, aunque puede permitírselo.

—Si puede, ¿por qué no? —opinó DeHaan.

—Totalmente de acuerdo. Sean cuales sean sus peculiaridades, cuando formas parte de un gobierno en el exilio, pronto te das cuenta de lo importantes que son los patriotas que tienen su dinero en el extranjero.

—Y están dispuestos a gastarlo —puntualizó Terhouven.

—Sí, pero no sólo eso. Lo que han visto aquí esta noche ha sido la sección norteafricana del Servicio de Inteligencia de la Armada Real holandesa.

Terhouven y DeHaan se quedaron callados.

—¿Puedo preguntar cómo los encontró? —dijo al fin el armador.

«No, no puede». Pero Leiden no contestó eso. Terhouven también era un patriota con dinero en el extranjero, y eso lo hacía acreedor a una respuesta, aunque por los pelos.

—Se ofrecieron voluntarios en el consulado de Casablanca. No fueron los únicos, desde luego; se presentaron más de los que se pueden imaginar. Pero decidimos que en estos dos se podía confiar. Si no eran buenos, al menos serían discretos. Al principio, la gente se entusiasma con estas cosas, y necesita contárselo a alguien, ya saben, «a un amigo». —Leiden pronunció las últimas palabras con la voz del presunto indiscreto—. Por supuesto, puede confiar en ellos —dijo volviéndose hacia DeHaan—; pero una de las reglas básicas de este oficio es no desoír la voz del instinto, por decirlo así.

DeHaan empezaba a comprender el motivo de aquella cena. En un primer momento, había supuesto que le pedirían que sirviera en alguno de los barcos de guerra holandeses que habían eludido la captura en 1940 y se habían unido a la armada británica. Pero no era eso. Sí, era un flamante *Luitenant ter Zee 1ste Klasse*; pero sospechaba —y la presencia de Terhouven no hacía más que confirmar sus sospechas— que el que iba a entrar en combate era el *Noordendam*.

—¿Y Wilhelm? —preguntó el armador.

—Nuestra operadora de radio. Pero, además, conoce a gente, refugiados y marroquíes, personas normales y no tan normales. Ya saben, una artista puede ir a cualquier sitio y hablar con cualquiera sin llamar la atención. Muy útil, si se está en nuestra situación. Debo añadir que fue de los primeros en presentarse y que su padre era un oficial de alto rango en el ejército. Así que puede que sea verdad eso de que de casta le viene al galgo.

—¿Me darán órdenes? —preguntó DeHaan en un tono no tan neutro como creía.

—No. Lo ayudarán. Y le vendrá bien su ayuda. Y podríamos utilizarlos para transmitirle nuestras instrucciones.

—Que son...

—Lo que queremos que haga, a grandes rasgos, es que participe en la guerra. Actualmente, nosotros, es decir, la Sección IIIA del Estado Mayor General del Almirantazgo, estamos instalados en dos pequeñas habitaciones en D'Arblay Street, en el Soho. Algunos tenemos que compartir mesa, pero, francamente, en La Haya tampoco disponíamos de tanto espacio, y con el tiempo hemos aprendido a aceptar nuestra relativa insignificancia. Dado que nuestro país se mantuvo neutral durante la Gran Guerra, el gobierno tenía cosas mejores en las que gastarse el dinero que en crear un servicio de inteligencia. Teníamos agregados navales en las embajadas, realizábamos alguna pequeña operación de vez en cuando, vigilábamos unos cuantos puertos... Luego, el cielo se nos vino encima y perdimos la guerra en cuatro días; nuestras fuerzas armadas no habían combatido desde mil ochocientos treinta, nadie preveía ataques con paracaídas y planeadores, la reina huyó en barco y nos rendimos. Fue una humillación, y los ingleses supieron hacérselo ver por si nos quedaba alguna duda. A su entender, nos habíamos comportado como los franceses, los belgas y los daneses, no como los griegos, «valientes pero inferiores en número».

»Así que ahora, en Londres, dejan que nos cozamos al fuego lento del exilio. De Gaulle pide esto, los belgas lo otro, y los holandeses bajamos la calefacción y nos ponemos jerseys, porque el gas es caro. Por lo demás, nuestros remolcadores participan en servicios de rescate y los barcos de nuestra marina mercante, que perdemos demasiado a menudo, navegan en los convoyes del Atlántico. Sin embargo, los ingleses necesitan más. En realidad, necesitan a los norteamericanos, pero éstos aún no están por la labor, así que han decidido, tal vez porque les hemos ayudado a verlo así, que nos necesitan a nosotros, los de D'Arblay Street. Y nosotros necesitamos a nuestro amigo Terhouven, aquí presente, y lo necesitamos a usted, capitán de corbeta DeHaan, para algunas misiones especiales en las que esperamos que tenga éxito. Un éxito que depare a Holanda, la Armada Real y su querida Sección IIIA un poco de gloria, de la que tan necesitados estamos. Bien, ¿cuál es su respuesta, sí o no? Porque me temo que un “quizá” no nos vale.

DeHaan se tomó su tiempo antes de responder.

—¿Armarán al *Noordendam*?

No era una hipótesis descabellada. Alemania había armado barcos mercantes que habían resultado muy efectivos. Navegando bajo banderas de conveniencia, con cañones ingeniosamente camuflados, se acercaban a los desprevenidos buques enemigos y, de pronto, mostraban sus auténticos colores, hacían prisioneras a las tripulaciones y hundían o enviaban a Alemania las naves. Uno de esos falsos mercantes había capturado recientemente a toda la flota ballenera de Noruega; una acción importante, porque el aceite de ballena se transformaba en glicerina, que se utilizaba para fabricar explosivos.

Pero Leiden sonrió y negó con la cabeza.

—No es por falta de ganas, pero no.

—Bien, por supuesto que lo haré, sea lo que sea —dijo DeHaan—. ¿Qué pasa con mis hombres?

—¿Qué ha de pasar? Sirven en el *Noordendam*, están a sus órdenes.

DeHaan asintió, como si la respuesta fuera satisfactoria. En realidad, lo que Leiden tenía en mente exigía ante todo discreción, y los marineros bajaban a tierra, se emborrachaban y le contaban la historia de su vida a las fulanas o al primero que se encontraban en un bar.

Leiden se inclinó hacia delante y bajó la voz.

«Ahora viene la verdad».

—Mire, la cuestión es que, en breve, todos los mercantes holandeses que se salvaron de la invasión pasarán a depender de lo que se ha dado en llamar el ministerio de Marina holandés, y la mayoría quedarán bajo control de navieras británicas, que pondrían al *Noordendam* en los convoyes de la ruta de Halifax, o lo enviarían a rodear el Cabo de Buena Esperanza y subir por el Canal de Suez hasta la base británica de Alejandría. Pero eso no va a ocurrir, porque la Armada Real holandesa ha alquilado el *Noordendam* a la Hyperion Line por un florín anual, con un oficial holandés al mando.

DeHaan vio que Leiden y Terhouven lo miraban, esperando su reacción.

—Bueno, parece un gran honor —dijo, sin la menor ironía, porque sin duda era un honor que los hubieran elegido a ellos, aunque quizá tuvieran que pagarlo a un alto precio.

—Lo es —respondió Terhouven. «Ahora sólo tienen que demostrar que lo merecen».

—No es seguro —explicó Leiden—, pero hay muchas probabilidades de que todos los demás cargueros holandeses pasen a depender de navieras británicas.

—Qué desfachatez... —refunfuñó Terhouven—. ¿Cómo es el dicho? Nación de piratas...

—Sí —respondió DeHaan—. Como nosotros.

Los tres hombres se echaron a reír.

—Bueno, sólo será hasta que acabe la guerra —dijo Leiden.

—¡Faltaría más! —gruñó Terhouven.

La Netherlands Hyperion Line había sido fundada en 1918, año en que Terhouven y su hermano habían alquilado, y más tarde comprado a muy buen precio, un carguero alemán entregado a Francia como compensación de guerra. Gobiernos y armadores llevaban siglos metiendo la nariz los unos en los asuntos de los otros y, a menudo, sacándola rota.

—¿Lleva usted mucho tiempo en esto? —le preguntó DeHaan a Leiden.

—Ingresé como alférez en 1916. Intenté embarcarme un par de veces, pero no me dejaron. —No era necesariamente una buena noticia para DeHaan, a quien el hecho de que Leiden fuera, según todas las apariencias, un viejo lobo de mar daba cierta tranquilidad. Pero ahora resultaba que el comandante se describía a sí mismo como una «rata de despacho», esperando unas risas de complicidad que no llegaron—. La verdad es que no he navegado mucho, mejor dicho, no he navegado nada —admitió Leiden; luego, sonriendo al recordar, añadió—: Seis de los que formamos la sección nunca habíamos salido de Holanda. Hasta agosto. Una noche muy calurosa pasamos a Bélgica y robamos una barca de pesca en Knokke-le-Zoute. El maldito cascarón apenas tenía combustible —así es como los alemanes los tienen controlados—, pero a bordo había una vela, y conseguimos aparejarla. Figúrese que todos íbamos de uniforme, porque no queríamos que, si nos descubrían, nos tomaran por espías y nos fusilaran. Durante un buen rato, fuimos a la deriva en la noche, con mar bastante gruesa, mientras los dos pilotos aficionados más entusiastas del grupo mantenían una animada discusión sobre el rumbo que debíamos tomar. Luego comprendimos lo que parecíamos, «una bañera llena de almirantes», como dijo uno de nosotros, y nos echamos a reír. Marineros de despacho, eso es lo que somos.

DeHaan miró disimuladamente a Terhouven y vio que también él esbozaba una sonrisa educada. Tal vez Leiden fuera un marinero de despacho. Ellos no.

—Bueno, habrá que acabarse esto... —dijo el armador repartiendo los últimos dedos de ginebra, mientras DeHaan encendía otro purito.

—Bien —murmuró Leiden como respondiendo a un comentario que nadie había hecho—. Pues pongamos manos a la obra.

Eran más de las dos cuando abandonaron el pequeño comedor y enfilaron la calle Raisuli, que se había vuelto más empinada durante la cena. Terhouven y Leiden se alojaban en un domicilio particular, cerca de los jardines de Mendoubia, y DeHaan tenía que regresar al barco. Era una noche cálida, una noche primaveral, con brisa del mar y cierta cadencia en el aire, cantada por los poetas locales pero innominada. En cualquier caso, los gatos estaban de ronda y las radios, bajas, probablemente en consideración a los vecinos.

En el quicio de una puerta, un hombre con el rostro oculto bajo la capucha de la chilaba carraspeó al verlos llegar.

—*Bonsoir, Messieurs* —dijo haciéndose el interesante cuando pasaron junto a él; luego, tras un instante de duda, como si supieran quién era y qué hacía allí, les preguntó—: *Messieurs? Le goût français, ou le goût anglais?*

DeHaan se lo pensó unos instantes, mientras Terhouven, perplejo, preguntaba:

—*Pardon?*

—*Goût* significa «gusto», «preferencia», y *français*, que prefieres a una mujer.

—¡Ah, ya entiendo! —murmuró el armador—. Bueno, caballeros, si están de humor, invita la Hyperion Line.

—Otro día —respondió Leiden.

Pasados unos minutos, llegaron a la calle es-Seghin, donde sus caminos se separaban. Terhouven le dijo a DeHaan que quizá podrían verse al día siguiente y Leiden le estrechó la mano.

—Bien, buena suerte. —El comandante retuvo la mano de DeHaan unos instantes—. Yo... —empezó a decir, pero se interrumpió—. Le deseo mucha suerte —repitió y se dio media vuelta.

Se había mostrado franco, directo y profesional durante toda la noche, pero DeHaan tenía la sensación de que, por un instante, había estado a punto de dejarse llevar por la emoción, como si supiera que no volvería a verlo. Y la rápida mirada de Terhouven, que volvió la cabeza hacia él mientras se alejaban, parecía indicar lo mismo.

DeHaan se dirigió hacia Bab el-Marsa y el puerto. «*Le goût hollandais* —se dijo—. Borracho, solo y enviado a morir al mar». Pero comprendió que era una idea mezquina y procuró quitársela de la cabeza. Esa misma noche, en el Atlántico Norte, y en toda Europa, mucha gente se estaba jugando la vida, y

siempre había sitio para alguien más. En cuanto a quién vería o dejaría de ver el final de la guerra, ya decidiría el destino. Cuando DeHaan tenía quince años, su padre, capitán de la goleta *Helma J.*, viajó hasta el mar de Célebes en busca de un cargamento de copra; remontaba los ríos de la jungla, compraba la mercancía en los poblados y la transportaba en sacos al barco. Pero un día se metió en el río equivocado y no regresó jamás. Durante una media hora espantosa, el jefe de la compañía del *Helma J.* estuvo sentado en el comedor de los DeHaan, en Rotterdam, mirando al suelo y murmurando «Pobre hombre, pobre hombre, qué mala suerte...». Luego, les dejó un sobre con dinero en la mesa del vestíbulo y se marchó. Un año después, pese a las lágrimas de su madre, DeHaan se hizo a la mar.

Eran casi las tres de la mañana cuando DeHaan llegó al muelle. La lancha del puerto llevaba horas amarrada, pero su primer oficial le había mandado el bote del *Noordendam*, con dos marineros de primera, que le dieron las buenas noches y encendieron el motor. DeHaan se sentó en proa y permaneció en silencio mientras la pequeña embarcación se deslizaba sobre las aguas del puerto, entre peces muertos y manchas de aceite que relucían a la luz de la luna.

08:00 horas. 4 de mayo de 1941. 35° 12' N/6° 10' O, rumbo SSO. Nubes bajas, ligera marejada de NE, con olas de 4 a 6 metros. Ningún barco a la vista. Sin novedad a bordo. J. Ratter, primer oficial.

«De momento», se dijo DeHaan leyendo la anotación de Ratter y disponiéndose a iniciar la guardia matutina, que duraba desde las ocho hasta las doce y tradicionalmente correspondía a los capitanes, como la de las cuatro a las ocho de la tarde y la temida guardia de medianoche, que iba de las doce a las cuatro de la madrugada y se sobrellevaba a base de tazas de café, mientras escrutabas la oscuridad y esperabas a que amaneciera. Pero DeHaan no había viajado en ningún barco en el que las cosas fueran de otro modo. A la «hora del lobo», cuando la vida vacila, y a veces se apaga, el capitán tenía que estar en el puente de mando.

Dio los buenos días al hombre que había tomado el relevo al timón — como siempre, un marinero de primera— y vio que Ratter no se había retirado a su camarote al finalizar la guardia; estaba en el ala de estribor del puente, barriendo el horizonte con los prismáticos. Era muy posible que los

submarinos alemanes hubieran salido de caza, pese a la cercanía de la cobertura aérea de Gibraltar, y desde el puente se veía mucho mejor que desde la cabina. No es que importara mucho, se dijo DeHaan: no podían huir ni tampoco luchar, aunque sí romper el silencio de radio, una norma inviolable para los barcos mercantes desde el comienzo de la guerra; pero eso no salvaría al *Noordendam*.

No obstante, pese a la guerra, pese a todo, volver a estar en el mar era un alivio.

Una mañana de primavera, a seis millas de la costa africana. Un banco de nubes bajas en el horizonte, un cielo amenazadoramente gris, un mar del color del plomo bruñido, fuerte brisa del noreste, gaviotas planeando y chillando a popa, a la espera de las sobras del desayuno... El mundo real, para DeHaan, un mundo tranquilizador tras la extraña cena de hacía cuatro noches. El blazer de vestir había vuelto a su armario, y DeHaan a ser él mismo: camisa de algodón gastada y remangada hasta los bíceps, pantalones de lona gris, botines de cuero con cordones y suelas de goma... Y un solo símbolo de su autoridad, una gorra de capitán, una vieja y muy usada amiga, con el pespunte dorado del emblema de la Hyperion Line —un cabo retorcido en forma de hache— casi verde tras años de exposición al aire del mar. DeHaan la llevaba con la visera ligeramente inclinada hacia el ojo derecho. Un buen reloj suizo con correa de cuero completaba su vestimenta.

Finalizada la inspección del horizonte, Ratter regresó a la cabina del puente.

—Buenos días, capitán.

—Johannes...

Ratter era un treintañero moreno de rostro alargado, atractivo y serio. Hacía tres años había perdido un ojo en una explosión de polvo de trigo a bordo del *Altmaar*, otro barco de la Hyperion Line. Como en el hospital de Rangún no tenían ojos de cristal, desde entonces llevaba un parche de cuero sujeto a la cabeza con una cinta negra. Era un buen oficial, concienzudo y muy capaz, tenía el título de capitán desde hacía tiempo y debería haber estado mandando su propio barco, pero la recesión de los años treinta lo había impedido.

—¿El servicio será a las nueve? —preguntó Ratter.

—Sí —respondió DeHaan. Era domingo, y una inviolable tradición marinera exigía que el capitán celebrara un servicio religioso antes de la inspección. La inspección no le importaba demasiado, aunque descubría todos los trucos, pero el servicio era una carga—. Hoy, obligatorio —añadió

DeHaan—. Para todo el mundo. Tú puedes quedarte en el puente, con el timonel. Kovacz se encargará de la sala de máquinas. —Kovacz era el jefe de máquinas, de nacionalidad polaca—. A todos los demás quiero verlos en la cubierta de proa a las nueve en punto.

—Muy bien —contestó Ratter—. La tripulación al completo.

DeHaan se volvió hacia el timonel.

—Vira un punto a estribor y avante media.

—¡Sí, señor! Un punto a estribor y avante media.

El marinero hizo girar el timón —un elegante superviviente de la ruta de las Indias Orientales, de teca impecablemente barnizada— y puso la manivela del telégrafo de la sala de máquinas en «Media velocidad avante». Dos timbrazos procedentes de la sala de máquinas confirmaron la recepción de la orden.

—Tendré que soltar un discurso —murmuró DeHaan. Ratter lo miró sorprendido. DeHaan era poco amigo de discursos—. No vamos a Safi a por fosfatos.

—¿No?

—Vamos a Río de Oro —dijo DeHaan empleando el nombre oficial de la franja de arena costera comúnmente conocida como Sáhara español—. Fondearemos frente a Villa Cisneros. Y no quiero llegar mucho antes del anochecer, de modo que ahorra combustible. Vamos a cambiar de identidad —añadió tras una pausa—. Supongo que es mejor que lo sepas ya.

Ratter asintió. «Muy bien, lo que tú digas».

—¿Doy permiso para bajar a la tripulación?

—No, se quedarán a bordo. Ya bajaron en Tánger, así que no les resultará demasiado duro.

—No. Y, aunque refunfuñen, es Mauritania, digan lo que digan los españoles, y ya sabes lo que piensan los hombres al respecto.

Por supuesto que lo sabía. Las leyendas de los marineros hablaban de hombres que desaparecían durante permisos en los puertos más remotos del noroeste de África. Se decía que los secuestraban y los encadenaban a norias en poblados perdidos del desierto, donde trabajaban hasta la muerte sacando agua de profundos pozos.

—Vendrán las barcas de los vendedores locales —dijo DeHaan—. La tripulación tendrá que conformarse con eso. Haz correr la voz de que tenemos una larga travesía por delante, de modo que, si necesitan algo...

El pinche de cocina estaba subiendo la escalerilla metálica que llevaba al puente, demasiado empinada para considerarla una escalera, aunque no era

una escala. El chico se hacía llamar Cornelius y decía tener quince años. Si no mentía, era demasiado bajo para su edad, flaco y pálido. Según él, se había criado en la isla de Texel, se había embarcado por primera vez a los nueve años, en un arenquero, y aseguraba que el mar había mejorado enormemente su vida.

—El desayuno, capitán —dijo el chico presentándole una bandeja.

—Muy bien, Cornelius, gracias —respondió DeHaan.

Ratter tuvo que volverse para no echarse a reír. El desayuno de DeHaan era una taza de café bien cargado y una rebanada de pan gris con una espesa capa de margarina, en cuyo borde podía verse la huella de un pequeño pulgar.

DeHaan empezó a mordisquear la rebanada y beber sorbos de café con la mirada puesta en el anubarrado horizonte. Pasados unos minutos, volvería a su camarote, leería el servicio religioso —en el folleto grapado y fechado domingo tras domingo, enviado por la Hyperion Line— y garabatearía algo que añadir a modo de discurso para la tripulación. Pero, de momento, con el café y la rebanada de pan, la silenciosa compañía de Ratter y tiempo bonancible, era un placer no hacer nada. El puente era su verdadero hogar en el barco, en el mundo en realidad. Un lugar sagrado y sin estorbos. Sólo el timón, el telégrafo de la sala de máquinas, el tubo acústico de latón, con el silbato colgado de una cadenilla, la brújula en su bitácora de cobre, que le llegaba a la cintura, las banderas de señales en los compartimentos de madera del mamparo de babor y un arco de grandes ventanas cuadradas con marcos de caoba. Se accedía por las puertas que daban a las alas de babor y estribor y la escalerilla que ascendía de la cubierta inferior, donde se encontraban la cámara de mapas, los camarotes del capitán y los oficiales, y el comedor de oficiales.

—Bueno, supongo que tengo que trabajar —dijo DeHaan cuando se había tomado la mitad del café—. Mantenlo así, avante media y rumbo sursuroeste a ciento noventa grados. Y a seis de la costa. —La frase significaba «fuera del límite de las cinco millas», es decir, en aguas internacionales—. Durante las próximas horas, navegaremos al oeste de Marruecos, pero, técnicamente, es la Francia de Vichy.

Ratter confirmó la orden.

DeHaan le dio un sorbo al café y luego otro. No se decidía a marcharse.

—Sólo quiero que sepas —dijo volviéndose hacia Ratter— que ahora estamos metidos en el fregado y que soy yo quien nos ha metido en él. Supongo que tarde o temprano tenía que pasar algo. Y será temprano, y puede que alguien salga herido.

Ratter se encogió de hombros.

—Estamos en guerra, Eric. No hay modo de librarse. —El primer oficial hizo una pausa, durante la que sólo se oyó el sordo zumbido de las máquinas—. De todas formas, sea lo que sea —dijo al fin—, nos las arreglaremos.

El viento soplaba con fuerza en la cubierta de proa, las olas rompían contra las amuras y el sol asomaba y volvía a esconderse en el encapotado cielo. Los hombres estaban formados en fila para el servicio religioso, con las cabezas descubiertas y los gorros en las manos. Kees, el segundo oficial del *Noordendam*, un tipo clásico de la marina mercante, con su rostro impertérrito y su pipa en la boca, contó las cabezas, volvió a contarlas y fue a buscar a un par de ateos recalcitrantes que debían de estar remoloneando en el dormitorio de la tripulación.

Se suponía que el servicio religioso debía ser vago y ecuménico: para las tripulaciones indias y malayas del Sureste asiático, para los musulmanes — como el señor Alí, presuntamente, porque en realidad era cristiano copto—, para los católicos y para todo el mundo; un puñado de palabras sencillas dirigidas a un Dios comprensivo y conciliador. Pero DeHaan sabía que los textos eran obra del pastor de la familia Terhouven, un ministro de la Iglesia Reformada holandesa con una acusada propensión al tremendismo de los protestantes. Ese día, por ejemplo, el servicio estaba inspirado en las siguientes palabras de Lutero: «Todos debemos tener nuestra propia fe, como todos tendremos nuestra propia muerte». Dado el discurso que DeHaan pronunciaría tras el servicio, peor imposible. Pero no era el momento de improvisar.

Crear era importante, decía la homilía. Había que tener fe en los caminos del Señor, ser compasivo, dar testimonio de esa fe mostrándose caritativo con el prójimo. A continuación, venía una lectura de los salmos noventa y tres y noventa y seis, seguida por la recitación de la obra maestra del reverendo, *La oración del marinero*, una tormentosa y lúgubre filípica que hizo estremecerse a más de uno. En el mar, nunca había que decir la palabra «tormenta», no fuera que hubiera alguna cerca y, al oír su nombre, viniera a ver quién la llamaba. Tras un minuto de muda oración, durante el que la mayoría de las cabezas permanecieron respetuosamente agachadas, DeHaan dio el servicio por concluido.

—Marineros —dijo a continuación—, antes de que rompáis filas para la inspección del capitán, debo dirigiros unas palabras. —DeHaan se aclaró la

garganta, consultó su chuleta y volvió a esconderla detrás de la espalda—. Todos sabemos que medio mundo está en guerra y que nos enfrentamos a un enemigo poderoso y resuelto. Durante las próximas semanas, el *Noordendam* tomará parte en la contienda llevando a cabo una misión secreta. Y recalco la palabra «secreta». Puede que sea peligrosa y puede que se os pidan cosas a las que no estáis acostumbrados, pero sé que haréis lo que haya que hacer. Sé que sois capaces, sé que sois valientes y ahora puede que tengáis la oportunidad de demostrarlo. Durante ese periodo de tiempo, permaneceréis a bordo. Vuestros oficiales y yo lo pondremos todo de nuestra parte para haceros la vida más fácil, pero debéis esperar lo inesperado y enfrentaros a lo que pueda ocurrir con toda vuestra experiencia y destreza.

»A última hora de la tarde, fondearemos frente a Río de Oro y, como de costumbre, vendrán los vendedores en sus barcas. Si alguien necesita un poco de dinero extra para comprar artículos de primera necesidad, puede acudir al señor Ratter, si es marinero de cubierta, o al señor Kovacz, si sirve en la sala de máquinas. Me gustaría finalizar estas palabras diciendo: “Si alguien tiene preguntas, que las haga”. Pero no podría responderlas. Siempre me he sentido orgulloso del *Noordendam* y de su tripulación, y sé que no me decepcionaréis. Lo que vamos a hacer lo haremos por los nuestros, por los que siguen en Holanda, en Europa, o dondequiera que estén. —Dejó que se lo rumiaran unos instantes y añadió—: Los que estén de guardia pueden volver a sus puestos. La inspección comenzará a las diez en punto.

»Gracias a Dios que se ha acabado», se dijo DeHaan, y se preguntó qué pensarían los hombres de todo aquello. Algunos lo habían mirado a la cara: «Cuenta conmigo». Puede que hubieran perdido a familiares o amigos durante el bombardeo de Rotterdam, una severa lección de Papá Alemania que había supuesto la derrota de Holanda. Otros tenían los ojos clavados en los zapatos. Y un par parecían enojados: con el enemigo, con su capitán, con la vida... Cualquiera sabía.

Puede que una tercera parte no tuviera ni idea de lo que les había dicho, porque no hablaban holandés, pero sus compañeros ya encontrarían el modo de explicárselo. La lengua franca de la marina mercante era un inglés chapurreado, unas trescientas palabras que facilitaban las tareas diarias y la vida bajo cubierta. Unos cuantos marineros no sabían ni leer ni escribir; casi todos eran maquinistas, en su mayoría, antiguos fogoneros de la época anterior al cambio del vapor por el gasóleo, con las manos surcadas de líneas negras que señalaban cortes y desolladuras cerrados sobre la carbonilla. Había unos cuantos comunistas, entre declarados y encubiertos, que, desde la firma

del pacto de 1939, estaban supuestamente del lado de Hitler, y alguno que no pensaba que las doctrinas nazis tuvieran nada de malo. Pero, a la postre, todos eran marineros y no podían abandonar la vida en los barcos, porque —como ellos mismos habrían dicho— estaban casados con la mar. Una vida dura vista desde tierra, ruda, peligrosa y a menudo corta. Aun así, la llevaban en la sangre, y era la única que deseaban vivir.

Kees permaneció al lado de DeHaan mientras los hombres rompían filas y se dirigían a sus puestos para la inspección. Taciturno y meditabundo por naturaleza, no hizo ningún comentario, aparte de soltar una interrogativa bocanada de humo, que se llevó el viento.

—Habrà una reunión en el comedor de oficiales, antes de la comida —fue la respuesta de DeHaan.

Kees asintió. «Como para algunos no hay bastantes problemas en el mundo, aún se buscan otros». No lo dijo en voz alta. No era necesario. DeHaan lo conocía de sobra.

18:30 horas. Villa Cisneros.

El *Noordendam* había echado el ancla en el centro de la bahía. Podía haber fondeado en el muelle de gran calado, pero quizá su capitán prefiriera ahorrarse los derechos de atraque. En el mundo de los cargueros de servicio irregular, la tacañería siempre era un motivo creíble.

—¿Has estado aquí alguna vez? —le preguntó DeHaan al marinero que timoneaba la lancha del *Noordendam*.

El aire del desierto iba refrescando a medida que anochecía; DeHaan se arrebujó en la cazadora de cuero forrada de borrego y la mantuvo cerrada con la mano.

—No puedo decir que sí, señor.

—Parece un sitio tranquilo —opinó el otro marinero.

«Más bien muerto, o dejado de la mano de Dios». Pero los marineros tendían a ser diplomáticos delante de los oficiales. Una ciudad de mil almas, según uno de los almanaques de DeHaan. Bueno, puede que estuvieran escondidas en el dédalo de paredes encaladas y callejas oscuras, pero desde las proximidades del muelle todo parecía desierto. «Río del Oro no parece gran cosa». Seiscientos kilómetros de costa arenosa, con colinas bajas y abundante sal, que a veces exportaban: el último jirón del Imperio español. Pero un jirón neutral y, por tanto, muy útil.

Amarraron el bote a un noray del muelle. Cuando DeHaan subió la escalera de piedra que ascendía hasta la calle, el viento del desierto, que olía a polvo antiguo, le azotó la cara. Ocho meses antes, en una calle de Liverpool, había percibido el mismo olor, y se había quedado perplejo, hasta que comprendió que ascendía de los cimientos de los viejos edificios recién bombardeados por la Luftwaffe.

Sólo había un minuto hasta el Gran Hotel Cisneros —Leiden le había explicado cómo llegar—, que resultó ser un edificio de tres pisos de altura y dos ventanas de anchura, con fachadas de un estuco que debía de haber sido blanco a comienzos de siglo. El vestíbulo parecía inmenso: techo alto con un solo ventilador, suelo de baldosas blancas y negras y una palmera seca en una maceta amarilla. El recepcionista, un anciano español con cara ratonil y un cuello de camisa de esmoquin, lo miró con ojos esperanzados cuando cruzó el umbral. Wilhelm, en sahariana y pantalones de pana, leía un libro sentada en un rincón.

El saludo de DeHaan retumbó en las paredes del vestíbulo. Wilhelm respondió con una mueca: era evidente que no podían hablar allí.

—Tengo el coche ahí atrás —dijo poniéndose en pie.

DeHaan no era envidioso, pero el coche de Wilhelm le hizo sentir envidia. Estaba aparcado en la placita cuadrada de la parte posterior del hotel, entre un camión de mudanzas de los años veinte y un Renault sedán. El pastor de aquel pequeño rebaño era un individuo con sombrero, chaleco de borrego y una escopeta cruzada a la espalda. Wilhelm le dio unos dirhams, él se los guardó e inclinó la cabeza, agradecido.

—Es una maravilla —murmuró DeHaan contemplando el deportivo, descapotable, bajo y, si te fijabas mucho, probablemente verde, aunque la arena y el viento lo habían cubierto de una pátina de polvo multicolor.

Tenía un parabrisas diminuto, una tira de cuero a lo largo del capó, faros que parecían unos ojos saltones y el volante a la derecha. En las películas inglesas, el protagonista se subía de un salto a coches como aquél, pero DeHaan optó por lo tradicional, ladeó el cuerpo, se agachó y se dejó caer en el asiento de cuero.

—Sí —dijo Wilhelm—. A ratos. —El pastor los miraba con preocupación mientras Wilhelm accionaba el encendido, que soltó una tos y se calló—. Ya estamos —gruñó la mujer.

Al cuarto intento, se oyó un gruñido malhumorado y al quinto, una ristra de explosiones y, por fin, el rugido del motor. El pastor sonrió de oreja a oreja y Wilhelm rió y se despidió de él con la mano mientras se alejaban traqueteando sobre los baches.

—¿Qué es? —preguntó DeHaan.

—¿Qué es qué?

—El coche.

—¡Ah! Un Morgan. Un Morgan no sé qué.

En un abrir y cerrar de ojos, estaban fuera de la ciudad, rodando por una pista de tierra. Pasaron junto a un campo cubierto de brotes verdes, donde un buey con anteojeras hacía girar una noria de un pozo.

—Era de un amigo mío —explicó Wilhelm—. Un estadounidense. Solía decir que todo lo que tenía en Estados Unidos se llamaba Morgan: su caballo, su coche y su chica.

La pista empezó a estrecharse. Era casi de noche. De pronto, llegaron a lo alto de una colina, y el océano apareció a su derecha. Wilhelm detuvo el automóvil.

—Hemos llegado.

Abajo, a sus pies, estaba el *Noordendam*, con las luces titilando en la calima y un hilillo de humo ascendiendo de la chimenea, pues una de las calderas permanecía encendida para alimentar el sistema eléctrico.

—¿Se ha fijado en el camión de mudanzas? El de la placita —dijo Wilhelm.

—Sí.

—Dentro está la pintura. En bidones.

—¿Hay alguien vigilándolo?

—Por supuesto. El de la escopeta. Y el conductor tampoco estará muy lejos.

—¿Cuánto hay?

—Ochocientos litros. El proveedor de buques dijo que para conseguir el verde oscuro necesitaría gutagamba, añil y siena. Las proporciones están escritas en los bidones. Y blanco, para las franjas. Por supuesto, hay que rebajarlo, y bastante, así que también tiene aguarrás. —Wilhelm le tendió una hoja de papel con instrucciones escritas a lápiz con letra de molde. DeHaan apenas podía leerlas a la débil luz del crepúsculo. «Chimenea: negra con una franja blanca. Casco: negro con una franja verde ancha entre dos franjas blancas estrechas»—. ¿Todo correcto?

—Es la descripción que da el registro de la Lloyd's. Gracias a Dios, no hay que pintar la carena —añadió DeHaan refiriéndose a la parte del casco que quedaba a la vista cuando el barco viajaba de vacío, para la que solían emplearse los colores de la compañía naviera.

—Por último, *Santa Rosa* en el costado —dijo Wilhelm.

—Sí, en proa. Y en popa.

El *Noordendam* iba a convertirse en el *Santa Rosa*, de la Compañía Naviera Cárdenas Sociedad Anónima, con sede en la Gran Vía de Valencia. Como barco con pabellón español, es decir, neutral, podría ir a todas partes. En teoría. Según Leiden, el auténtico *Santa Rosa* estaba en dique seco, con un grave problema mecánico que requería la fundición de una nueva pieza, en el puerto mexicano de Campeche.

Leiden y la Sección IIIA suponían que, como se había suspendido la publicación de la página de «Movimientos y bajas» del diario marítimo *Lloyd's List* —el órgano de información para seis mil barcos mercantes— hasta el final de la guerra, el personal hostil, en el mar y en los puertos, sólo dispondría del almanaque de la Lloyd's, y el falso *Santa Rosa* coincidiría con la descripción que figuraba en la sección de España. Eso, si se molestaban en consultarla. También suponían que la reciente versión «confidencial» —de distribución limitada— de dicha página no llegaría a manos enemigas. Basándose en esas suposiciones, la Sección IIIA arriesgaba cuarenta y dos vidas y un barco.

No obstante, la apuesta no era tan absurda. El *Noordendam* y el *Santa Rosa* eran, si no gemelos, al menos hermanos, típicos cargueros de servicio irregular, que recogían un cargamento donde fuera y lo transportaban a determinados destinos, a diferencia de los buques de línea, que realizaban viajes regulares entre dos puertos. Ambos habían sido construidos hacia 1920, desplazaban cinco mil toneladas, medían unos ciento veinte metros de eslora y unos dieciocho de manga, tenían unos ocho metros de calado, una sola chimenea, una grúa delantera y otra trasera, la proa roma y la popa redondeada, cargaban nueve mil toneladas —el equivalente a trescientos vagones de tren— y podían alcanzar una velocidad máxima de once nudos, con tiempo favorable y mar en calma. Los dos barcos se parecían mucho entre sí y bastante a otros mil.

—¿Tenemos la documentación para el *Santa Rosa*? —preguntó DeHaan.

—No merece la pena. Sólo podría usarla si suben a bordo y, si eso sucede, se acabó. La tripulación de un mercante no superaría un interrogatorio, y en el barco hay demasiadas cosas que lo delatarían en una inspección a fondo. No

obstante —dijo Wilhelm buscando detrás del asiento del conductor y sacando un paquete envuelto en papel marrón y atado con un cordel—, ésta es mi contribución.

Wilhelm desató el nudo, abrió el envoltorio y le tendió una bandera de barco, con la gruesa tela de algodón gastada y descolorida por la exposición al sol y el aire del mar. Una bandera española, la versión implantada por Franco en 1938. Dos franjas horizontales de color rojo —rojo sangre, sin lugar a dudas— que encerraban otra gualda con un escudo de armas: entre dos columnas, bajo una banderola flameante, un águila de perfil tras un escudo acuartelado. A DeHaan, europeo del norte, tierra de franjas sin más, siempre le había parecido un estandarte guerrero de la Edad Media.

—Parece muy usada —dijo.

—Y lo está.

—¿La ha comprado?

—Lo intenté. Pero al final tuvimos que robarla. En abril, recibí un mensaje de Leiden: «Consiga una bandera marítima española usada». No era algo que fuéramos a encontrar en los zocos de Tánger, así que un amigo, un amigo de toda confianza, y yo cogimos el transbordador para pasar el día en Algeciras. Desde que acabó la guerra allí encuentras de todo: botas desemparejadas, pinturas religiosas marcadas con la hoz y el martillo, pistolas roñosas... Pero se habían quedado sin banderas usadas. De modo que volvimos a Tánger, fuimos al proveedor de buques y compramos una. Nuevecita, plegadita, muy tiesa, muy chillona... e inservible.

»Intenté todo lo que se me ocurrió, la lavé con lejía, la puse en remojo en agua del mar, la dejé tendida al sol durante días... Pero la dichosa bandera tenía su orgullo y no estaba dispuesta a envejecer. Al final, mi amigo propuso que la metiéramos en la bañera, con sales de baño y la secáramos en el horno, lo que provocó un incendio la mar de divertido en la cocina y una visita de los bomberos. Cuando se marcharon, la bandera estaba un poco más usada de la cuenta, o sea, carbonizada.

»Pero Leiden había empleado la palabra “conseguir”, lo que nos daba cierto margen de maniobra. Así que mi amigo tuvo una idea brillante: los yates. Hay un montón fondeados en Tánger y Casablanca, en los clubes náuticos, y por supuesto sus dueños, o al menos algunos, dan fiestas. Pues bien, encontramos la bandera que buscábamos, en un inmenso yate a motor propiedad del conde de Zamora, una especie de Groucho Marx conocido en Tánger como Cuqui. Y, al igual que Groucho, parece que en sus buenos tiempos las armaba muy gordas, aunque sus buenos tiempos deben de

remontarse al siglo diecinueve, porque en la actualidad Cuqui es un viejecito y ya no da fiestas. No obstante, conseguimos que nos invitaran a un *cocktail american* en un yate cercano llamado *Néréide*, propiedad de no sé qué noble italiano. Por cierto, que el cóctel acabó en auténtica juerga: caviar en el piano, cubitos de hielo deslizados en los escotes, achuchones detrás de las cortinas... Una gente muy marinera que no perdía comba.

»El caso es que, pasada medianoche, subí a cubierta a tomar el aire, regresé al muelle, dejé atrás tres pantalanos y me metí en el último. El único problema era que el idiota que había estado rondándome toda la noche me siguió hasta el yate del conde Cuqui. El típico ligón centroeuropeo, pero bobo, o tal vez sólo testarudo, porque había encontrado a la chica de sus sueños. “Señorita Wilhelm —me suelta—, está usted preciosa a la luz de la luna”.

»En esos momentos, estábamos al pie de la pasarela. Me pongo a flirtear con él y le digo que quiero esa bandera. Que tiene que ser mía. Artista holandesa chiflada, achispada y sexy, que se ha encaprichado de una bandera española, piensa él. Bueno, ¿por qué no? Conque subimos la pasarela de puntillas, y nos deslizamos por cubierta. La bandera es toda una antigualla. El muy cabrón debía de tenerla guardada desde hace siglos en alguna de sus mansiones. Y, como no podía ser menos, nos oye, él o alguien de su tripulación, porque, cuando estamos desatándola, alguien empieza a gritar en español, y tenemos que salir escopeteados, pero riéndonos a carcajada limpia.

»Lo malo es que la bandera es enorme; ni plegándola podemos volver a la fiesta con ella. De modo que vamos a su coche, un Lagonda, por supuesto, la guardamos en el maletero y nos dirigimos a mi estudio, un antiguo garaje, donde empieza a dolerme la cabeza y consigo librarme del moscón. Una hora más tarde, aparece mi amigo, hecho un manojo de nervios, porque me hacía en la cárcel, cuando lo cierto es que pasamos con el Lagonda por delante del vigilante del club tan campantes.

En lo alto de la colina, bajo el delgado recorte de la luna menguante, que acababa de alzarse sobre el horizonte, reinaban la oscuridad y el silencio. «El doce, luna nueva», pensó DeHaan. Por eso la operación se llevaría a cabo esa noche. En caso de imprevisto, tendría que esperar hasta junio.

—No deberíamos quedarnos aquí mucho rato —dijo DeHaan.

—No, tiene razón —respondió Wilhelm.

—Mandaré un bote para buscar la pintura —dijo DeHaan— mañana por la mañana.

—Estoy en la habitación ocho.

Mientras Wilhelm ponía en marcha el coche, DeHaan volvió a envolver la bandera y atar el cordel.

—Gracias por esto.

—Ha sido un placer —respondió la chica—. Enarbólela con orgullo.

—Eso espero —dijo DeHaan—. Haré lo que pueda.

9:20 horas. Bahía de Río de Oro, frente a Ciudad Cisneros.

DeHaan utilizaba la cámara de mapas como despacho. Un banco de teca, con cajones bajos y anchos que contenían mapas de todos los mares del mundo, ocupaba todo el largo de una pared. Agitados por una tempestad lo bastante fuerte, los mares podían curvarse, pero los mapas no. En la parte superior del banco, que hacía las veces de escritorio, había compases, lápices, un cronómetro... toda la parafernalia de la navegación. Una puerta daba al camarote del capitán; la otra a cubierta.

Puntual como un reloj, el marinero de primera Amado llamó educadamente a esta última con dos inseguros golpes de nudillos.

—¿Sí? —preguntó DeHaan.

—Marinero de primera Amado, señor —respondió el hombre en inglés.

—Adelante.

Amado era un individuo velludo y bigotudo que frisaba los cuarenta y cojeaba levemente. A bordo del *Noordendam*, viajaban tres españoles: uno era un fogonero que apenas abría la boca; otro, un chico de dieciocho años que hacía de pinche de cocina y camarero, y el tercero, Amado, antiguo carpintero en un mercante español, que en 1937 se había enrolado como marinero de primera en Hamburgo, lo que significaba menos categoría y menos dinero, pero también que salvara la vida.

—Por favor, Amado, siéntese —dijo DeHaan indicándole el otro taburete—. ¿Un cigarrillo?

—Gracias, señor.

Amado se sentó y puso toda su atención.

DeHaan le tendió un Caporal, le dio fuego y luego se encendió uno de sus puritos marrones North State. Tenía un montón de cajas, pero no estaba muy seguro de que duraran más que la guerra.

—¿Le han explicado el discurso de ayer?

—Sí, señor.

—¿Y le parece bien?

Amado asintió. Luego, le dio una larga calada al Caporal y soltó el humo lentamente, colocando la mano en un ángulo que significaba que le habría gustado decir mucho más de lo que su inglés le permitía.

—Sí —dijo—. Muy bien.

DeHaan comprendió que estaba ante uno de esos hombres cuyo friego había quedado reducido a un rescoldo, pero un rescoldo fácil de avivar.

Amado pasó a contarle su historia. Afortunadamente, DeHaan ya conocía la mayor parte —por el contramaestre, que además de como suboficial actuaba como padre confesor del personal de cubierta—, porque entender el resto le costó un triunfo, pese a que la historia era bastante sencilla. Cuando la guerra estalló en España, también acabó estallando en el barco de Amado, un carguero que transportaba cromita de Beira, en el África Oriental portuguesa, a Hamburgo. Ya a la vista de la costa alemana, alguien insultó a alguien y se inició una pelea, que en un abrir y cerrar de ojos degeneró en trifulca entre los republicanos y los falangistas de la tripulación —los cuellos se cubrieron de pañuelos rojos o negros como por arte de magia— y acabó extendiéndose a los oficiales, con excepción del capitán, que se encerró en su camarote con una escopeta y una garrafa de ron.

Fue cuestión de minutos que aparecieran las armas.

—Primero, navajas, y luego, mmm... pistolas largas.

—Escopetas.

—Sí. Y esto.

Amado se remangó la pernera del pantalón y dejó al descubierto una fea cicatriz.

Los falangistas se apoderaron de la cabina de radio, la cámara de mapas y el comedor de oficiales, mientras que los republicanos se hicieron fuertes en el puente, la sala de máquinas y el dormitorio de la marinería. Había heridos en ambos bandos, dos marineros, con navajazos mortales y un oficial, muerto de un disparo. Al caer la noche, la lucha llegó a un punto muerto: gritos injuriosos respondidos por disparos al azar. Pero al amanecer los falangistas lanzaron una petición de auxilio, que dio como resultado la aparición, unas horas más tarde, de dos patrulleras de la Kriegsmarine. Cuando Amado, que estaba con los republicanos, vio las esvásticas, pensó que estaba perdido.

Pero no lo estaba. No del todo.

Oficiales y tripulación quedaron bajo custodia, los heridos recibieron una cura de emergencia y el barco fue escoltado hasta el puerto de Hamburgo. Los falangistas quedaron en libertad inmediatamente, mientras que los republicanos —«Bolcheviques, nos llaman»— permanecían retenidos en el

puerto. Los oficiales alemanes telegrafiaron al propietario del barco, que respondió una hora después protestando por las detenciones. Y ahora, preguntó, ¿dónde encontraba una tripulación de repuesto? Así que, tras veinticuatro horas de interrogatorios y un par de narices rotas, los alemanes soltaron a los republicanos.

—Pero tres —puntualizó Amado— no volver.

Lo que querían los alemanes no era otro puñado de bocas que alimentar en una de sus cárceles, sino la cromita, que se usaba para endurecer el acero de diversas máquinas de guerra. Querían el cargamento de la bodega del barco español, y de todos los que vinieran en el futuro, todos los que pudieran conseguir.

Pero Amado —quizá uno de los cabecillas republicanos, aunque eso DeHaan no podía asegurarlo— no estaba dispuesto a volver a subir a aquel barco, que zarpó con sus compañeros mientras que él permanecía en una pensión para marineros del Altstadt, el casco antiguo de Hamburgo, donde lo encontró DeHaan dos meses después.

—Muy malo, Hamburgo —murmuró Amado con el rostro tenso por el recuerdo de aquellos días.

—Amado —dijo DeHaan tras asentir comprensivamente—, durante algún tiempo, nuestro barco va a ser un barco español.

Amado lo miró perplejo.

DeHaan fue a su camarote y volvió con el envoltorio que le había entregado Wilhelm. Cuando lo abrió y mostró su contenido a Amado, éste lo miró con ojos como platos, que al cabo de unos instantes se iluminaron con un destello de inteligencia.

—¡Ah! —exclamó—. Ya entiendo...

Puede que Amado no supiera idiomas, pensó DeHaan, pero las cazaba al vuelo.

—Eso es —le dijo—. Y tú —añadió señalándolo con el dedo para mayor énfasis—, el capitán. —Se quitó la gorra y se la puso a Amado—. En la radio, ¿sí? O... o cuando te necesitemos. —Amado le devolvió la gorra con una sonrisa compungida. «Esto no es para mí»—. ¿Podrás hacerlo?

—Sí, señor —dijo Amado—. *Con gusto*^[2]

Los vendedores llegaron al atardecer. Rodearon el casco del *Noordendam* a bordo de una variedad de falucas con toldos a rayas y treparon la empinada escalerilla anunciando ya sus mercancías. En cubierta los esperaban Van

Dyck, el contraemaestre, y el marinero de primera Scheldt, con los brazos cruzados y sendas porras colgadas de los cinturones elásticos.

Los nativos llevaban maletas llenas de tabaco, cerillas y papel de fumar, postales francesas, fruta, chocolate, chicles, botones, hilo y agujas, papel de escribir y sellos, que extendieron en mantas, todo revuelto. Luego, se sentaron en el suelo con las piernas cruzadas y cantaron las alabanzas, y los bajos precios, de sus mercancías, las cuales —y Dios era testigo— no eran simples bagatelas. Las transacciones se realizaban con celeridad. La oferta de DeHaan de dar un dinero a la tripulación para pequeñas necesidades había sido recibida con entusiasmo, y hasta el propio DeHaan, que observaba el espectáculo en compañía de Ratter, se sintió impelido a comprar cuatro tonterías que no necesitaba. Siempre le habían gustado los bazares; en Alejandría había uno en el que el secular roce de las ropas había redondeado las aristas de piedra de la base de una fuente.

Cuando un joven apareció en cubierta escoltado por tres mujeres, Ratter murmuró:

—Éste no se pierde una. —Una de las mujeres era joven y las otras dos, de edad indefinida; las tres iban sin velo, con los ojos dramáticamente pintados con *khol* y las bocas con carmín—. Le digo que no, ¿verdad? Que se vaya por donde ha venido...

DeHaan negó con la cabeza.

—Dejemos que los hombres se diviertan un poco.

—¡Tú! —gritó Ratter en su macarrónico francés—. Acércate.

El macarra, que llevaba una camisa verde muy elegante, corrió al lado de Ratter y DeHaan.

—¿Señores?

—¿Están limpias las chicas? —le preguntó Ratter—. ¿Sanas?

—Están perfectamente, señor. El lunes las vio el médico. El doctor Stein.

Ratter le clavó sus gélidos ojos azules.

—Que Dios te ayude si estás mintiendo.

—Se lo juro, señor. Señor...

—¿Sí?

—¿Podría darnos permiso para utilizar los botes salvavidas? Debajo de las lonas...

—Adelante —dijo DeHaan.

Una pequeña multitud se arremolinó alrededor de las chicas, que sonreían, lanzaban besos y hacían ojitos a los hombres.

Hacía rato que había oscurecido cuando llegaron las dos últimas falucas. El resto de los vendedores había regresado a tierra y la mayoría de la tripulación estaba cenando en el comedor, con naranjas —gentileza de la Hyperion Line — como postre.

El contramaestre y el marinero de primera Scheldt habían abandonado la cubierta, pero DeHaan y Ratter esperaban a los hombres en chilaba que subían trabajosamente por la escalerilla. Eran al menos veinte, cargados con cajas de madera con asas de cuerda, y cuando aparecieron en cubierta estaban sin aliento. Uno de ellos se agachó, dejó su caja en el suelo y volvió a erguirse lentamente meneando la cabeza; en su oscuro rostro había una mueca que significaba: «¿Por qué yo, Dios mío?».

—Un largo paseo hasta aquí... —le dijo DeHaan con una sonrisa.

El hombre se lo quedó mirando y luego asintió.

—Como para deslomarse —respondió.

Había comandos por todas partes.

Cinco en el camarote del primer oficial, con Ratter y Kees apretujados en el del jefe de máquinas, que tenía una litera de tres camas; otro puñado en la sala de oficiales, durmiendo en el suelo y en el banco en forma de ele en el que comían los mandos; y el resto, acomodados en un sitio o en otro, incluido el camarote del señor Alí y su ayudante, que se habían mudado a la cabina de radio. En su día, en el próspero y optimista 1919, en los astilleros Van Sluyt de Dordrecht, el *Noordendam* había sido diseñado para llevar a cuatro pasajeros de primera clase —espíritus aventureros o funcionarios coloniales —, algo bastante habitual en los mercantes de la época. Se aseguraba que había llegado a transportar a uno, pero nadie sabía a quién ni adonde, y a la larga los auténticos beneficiados habían sido los oficiales del barco, que disponían de camarotes más amplios con molduras de caoba.

El mayor Sims, el oficial al mando de la unidad, acompañó a DeHaan durante la guardia de medianoche, de las doce a las cuatro de la madrugada. Bajo, fornido y —presentía DeHaan— tenso por la impaciencia, era uno de esos hombres con la piel demasiado estirada sobre el rostro y unos ojos ligeramente saltones, que le hacían parecer enfadado con el mundo o desconcertado por él, una impresión acentuada en esos momentos por un tizne de camuflaje marrón oscuro.

—Se va —dijo—. Con agua y jabón.

Aunque no parecía especialmente comunicativo, en la propicia oscuridad del puente de mando, confió a DeHaan que sus hombres y él pertenecían a «un buen regimiento, uno que le sonaría» y que «llevaba mucho tiempo pidiendo una misión.

»Bueno —pensó DeHaan—, pues ya la tienes».

El *Noordendam* navegaba con rumbo norte y mar gruesa, balanceándose y cabeceando entre el oleaje. DeHaan, en posición de descanso junto al timonel, guardaba maquinalmente el equilibrio con las manos a la espalda, una postura que Sims no tardó en aprender. Más de un comando debía de estar echando hasta la primera papilla, pensó DeHaan, aunque aquello no era nada. Sin embargo, el mayor Sims parecía un curtido marinero. El pinche de cocina apareció en el puente y DeHaan le pidió que les trajera dos tazas de café.

—No hay cambios en el programa, ¿verdad? —preguntó Sims.

—El lunes doce estaremos frente al cabo Bon, en la costa de Túnez, poco después del anoecer. Según el tiempo estimado, una hora antes habremos pasado ante la base aérea francesa de Bizerta. Pero es una estimación, claro.

—Claro. ¿Cuándo pasaremos el estrecho?

—El sábado, cuando se haga de noche.

—Mmm —murmuró Sims complacido—. Sí, es mejor pasar de noche frente a Gibraltar, los alemanes vigilan las costas.

DeHaan asintió.

—¿Cuándo nos convertiremos en el *Santa Rosa*?

—Empezaremos a montar los andamios a las tres y media, una hora antes del amanecer; luego, fondearemos ante una extensión de costa que se llama Angra de los Ruivos, pintaremos con el sol naciente y nos pondremos en ruta a las diez en punto.

—¿Qué hay allí?

—Allí, mayor, no hay absolutamente nada. Un cauce seco, Wadi Assaq, y pare de contar.

Los dos hombres se quedaron en silencio, hipnotizados por los latidos de las máquinas.

—¿Y dice que unas cinco horas y media para pintar?

—Más o menos. Lo haremos directamente sobre los colores de la Hyperion Line, sin rascar ni lijar. Utilizaremos andamios y guindolas suspendidas de los costados, y a nuestros mejores hombres... Toda la tripulación participará. Y tenemos abundantes cuerdas, latas, brochas... de

todo. —DeHaan había tomado el asunto en sus manos y planeado la logística con el contramaestre antes de dejar a los proveedores de buques de Tánger. Una vez, no recordaba en qué puerto, había visto a los marineros de un buque soviético pintando directamente con las manos—. Sólo tendremos una hora para que se seque —siguió diciendo—, y habrá que rociar la chimenea con agua para enfriarla, y rebajar la pintura para que parezca vieja. Tendrá un aspecto horroroso, pero eso es lo que necesitamos.

El silencio de Sims sugería satisfacción. El timonel mantenía el rumbo nornoroeste, a trescientos veinte grados, y en lo alto del cielo la luna creciente iluminaba la agitada superficie del mar.

—En cuanto al programa... —dijo Sims, volviendo a lo que realmente le preocupaba—. ¿Hasta qué punto cree usted que podemos cumplirlo?

DeHaan se mostró comprensivo.

—Mil setecientas millas náuticas hasta el cabo Bon, mayor, tras dejar atrás Marruecos, Argelia y buena parte de Túnez. Tenemos que hacer once nudos por hora, y eso es más o menos lo que estamos haciendo, de modo que, por simples matemáticas, son seis días y medio. La previsión del tiempo es buena para el Atlántico, pero una vez pasemos el estrecho y entremos en el Mediterráneo, las tormentas estallan cuando menos te lo esperas, ¿sabe? En el lecho marino hay toneladas de huesos de griegos para atestiguarlo. Pero, tal como vemos las cosas los marinos mercantes, si no es el lunes, será el martes. Lo único que puedo prometer es que no llegaremos antes de tiempo.

—Tenemos tres noches —dijo Sims— para que nuestro hombre encienda la lucecita verde. Es lógico preocuparse.

«Lo que tienes es mucho miedo. No a morir —pensó DeHaan—. A llegar tarde. ¡*Rule Britannia!*».

4:20 horas. Frente a Río de Oro.

El refugio. Aquella hora, a la espera de la salida del sol, era la noche de DeHaan, aunque raramente la empleaba para dormir. Eso lo hacía después del amanecer, durante tres horas, antes de volver al puente para la guardia de ocho a doce. Había acabado acostumbrándose —dormía otro rato por la tarde— y, en cierto modo, encontrándole el gusto, lo que, teniendo en cuenta cómo lo habían criado, era prácticamente el secreto de la vida. Cambió de posición en la estrecha litera para estar más cómodo y fijó la mirada en el oscuro ojo de buey del otro extremo de su camarote.

Faltaba poco. El refugio, de acero pintado de gris, tenía tres metros por cuatro, una litera con cajones en la parte inferior, un armarito con un pequeño escritorio adosado, una silla atornillada al suelo, un lavabo y una taza de váter detrás de una cortina. Aparte de eso, encima del escritorio había una estantería de dos anaqueles que contenía los cuarenta tomos de su biblioteca, un gramófono Victrola y un álbum con discos en fundas de papel grueso. Y, alrededor, el *Noordendam*: el incesante zumbido de los aparatos de ventilación; los crujidos del barco al alzarse; los pasos del oficial de guardia justo encima, en el puente; las campanadas de las medias horas, y las máquinas, vibrando bajo su camarote constantemente, porque, si dejaban de hacerlo por un solo instante, si se tomaban un solo respiro, el corazón empezaba a palparle aun antes de saber qué le decían sus oídos. Y, más allá del *Noordendam*, los sonidos del viento y el mar.

Esa presencia, esa perpetua música, con sus diversos humores, se le imponía irresistiblemente y lo acompañaba en sus meditaciones sobre su propia vida, o sobre las vidas relatadas en los cuarenta tomos de su biblioteca. Los leídos, los no leídos y los devorados. Unos cuantos clásicos holandeses —*Max Havelaar* de Multatuli y Louis Couperus— y otros no tan clásicos: un trío de biografías militares y un puñado de gruesas novelas históricas, la compañía ideal cuando estaba demasiado cansado para todo lo que no estuviera en su lengua materna. La traducción holandesa del teatro de Shakespeare era más para adornar la estantería que para leerla, aunque *Enrique V* le encantaba, porque se leía como una novela.

Por supuesto, Conrad, el capitán de barco polaco metamorfoseado en literato expatriado en Londres. DeHaan tenía *El espejo del mar*, que había comprado esperando una obra filosófica y abandonado rápida y culpablemente, con la promesa de retomararlo y llegar hasta el final; el terrible *Nostromo*, maravillosamente escrito, pero con una historia tan perturbadora y pesimista que casi se arrepentía de haberlo leído; *El corazón de las tinieblas*, uno de sus favoritos; *El agente secreto* —¿era posible algo así, un camarote compartido?—; y *Lord Jim*, una auténtica novela del mar, y además buena. Uno de sus tíos maternos había vivido prácticamente esa misma historia, aunque su tío Theo, al ver amenazada su vida por el incendio de un cargamento de yute en el estrecho de Malaca, no había saltado de su barco, que se hundió llevándose consigo.

Pero, a su modo de ver, incluso Conrad palidecía al lado de lo que realmente le gustaba, las historias de aventuras con héroes intelectuales. No eran muchas, pero las pocas que había tenían en DeHaan un lector ávido y

reincidente. *Los siete pilares de la sabiduría*, la historia de un oficial del servicio secreto británico enviado a desencadenar una rebelión de los árabes contra los turcos durante la Gran Guerra, en la que Turquía luchó al lado de Alemania; *La condición humana* y *La esperanza*, de André Malraux, en traducción inglesa; e incluso *Rojo y negro* y *La cartuja de Parma*, de Stendhal, «el húsar del Romanticismo», que había participado como oficial del ejército napoleónico en todas las desesperadas batallas de la campaña rusa y sobrevivido para escribir novelas. Éstas las tenía en holandés, lo mismo que *Guerra y paz*, que podías leer incluso en los peores momentos de la vida en alta mar, con la seguridad de que te proporcionaría un consuelo, un mundo fuera del mundo.

DeHaan consultó su reloj. Eran casi las cuatro y media. Encendió un cigarro y contempló el hilillo de humo que ascendía en el aire. Llevaban una hora avanzando a velocidad reducida, mientras Ratter y el contramaestre supervisaban los preparativos para la pintura. DeHaan oía los chirridos de las poleas, las órdenes gritadas, una maldición, una risa, los inconfundibles sonidos de un trabajo en marcha... El ojo de buey seguía estando negro, pero pronto amanecería, las máquinas se detendrían y se oiría el ruido de los cabrestantes en la cubierta y el lento y rechinante descenso del ancla.

DeHaan se volvió hacia la estantería y recorrió con la mirada la hilera de descoloridos lomos —a los libros no les sentaba bien el aire del mar—, los almanaques marítimos, el Bowditch, el *American Practical Navigator*, el *Deviation Questions and Law of Storms*, los diccionarios y, al final del estante superior, la guía Baedeker de Francia y unas cuantas novelas en francés. *La maison de Claudine*, *La vagabonde*, *Claudine à París* y *Claudine à l'école*.

Colette.

En francés, era un lector lento, muy lento, pero aquellos libros tenían una sencillez, una juguetona chispa en lo que contaban y lo que sugerían, que hacían que siguiera leyendo sin darse cuenta. Pero había más. No eran sólo las colegialas besándose, acariciándose y confabulándose contra la directora, ni el erotismo expresado de mil maneras. Era también el jardín. La *rue*. El gato y el cielo. Era, como solía decirse DeHaan, el perfecto sur de su brújula, opuesto al norte de la vida cruelmente práctica que debía vivir fuera de su camarote. Un mundo de ensueño, la sinuosa carretera flanqueada de plátanos, el *auberge*, con sus oxidadas sillas en la gravilla del jardín, tras las cristaleras...

No eran meras ilusiones. Había estado allí. Y al final de aquella carretera, en una de las duras camas de aquel *auberge*, Arlette había intentado comprender por qué optaba por marcharse. Para ganarse la vida, suponía,

como todo el mundo. Y así le iba al pobre mundo, había dicho Arlette meneando la cabeza y sonriendo melancólicamente. No hacía de eso ni dos años, se dijo DeHaan; había sido en la primavera anterior a la guerra. La había conocido en un café de Amsterdam; ella estaba con una amiga que conocía a un capitán, compañero de DeHaan. El *Noordendam* se encontraba en dique seco, así que se habían marchado juntos a París, y de allí al campo.

Su vida amorosa había sido víctima de su vida en el mar: breves relaciones que recordaba al detalle. Unas, casi mercenarias —regalos y demás— y otras, apasionadas, pero la mayoría, ni una cosa ni la otra. La última vez, desde la separación de Arlette —para siempre, había dicho ella—, había sido en octubre, en Liverpool, con una chica a la que había conocido en un club de oficiales de marina, un sitio bastante elegante. Era una conductora de ambulancias del Servicio Naval Femenino, joven, sonrosada, impecable y parlanchína, y tan deseosa de complacerlo que seguramente no sintió nada. Una noche triste para él, después de Arlette.

Una bretona con el pelo de un rojo encendido, una diosa del fuego, de andar cadencioso y sangre caliente. Aunque, caliente, lo tenía todo. En el momento crucial de su primera noche juntos, todo lo que la mano de DeHaan tocaba, palpitaba, ardía con un calor que primero lo sorprendió y luego lo estimuló.

—Es mi piel —dijo ella después, durante una breve pausa, con un Gauloise en la comisura de sus carnosos labios.

Muy blanca, y muy «fina», añadió ella, hasta el punto de que el contacto de una mano la hacía arder. ¿Siempre? No, no siempre. Pero esa vez, sí.

—Sabía que sería así —dijo ella, acusándolo de excitarla.

Por supuesto, estaba halagándolo, seduciéndolo, haciéndolo suyo. Él lo sabía, y se sentía halagado, seducido. Pero era cierto. Tenía la piel muy pálida y delicada, y, después de hacer el amor, su fastuoso trasero estaba arrebolado, salpicado de manchas rojas a la luz de la lámpara de la mesilla.

Era un par de años mayor que él. Trabajaba de dependienta, ahora en este sitio y después en aquél. Eran todos lo mismo. Y se había ido a Amsterdam, vino a decirle, en busca de una aventura, cansada del tipo de hombre que podía conocer en París. ¿Qué sería de ella ahora que los alemanes habían ocupado la ciudad?, se preguntó DeHaan. La idea lo apesadumbraba. No era una mujer que fuera a mirar hacia otro lado, que fuera a confundirse con el paisaje.

La claridad del amanecer iluminaba el ojo de buey. Cuando DeHaan notó que el barco empezaba a detenerse y oyó bajar el ancla, se levantó a echar un

vistazo. Estaban a un par de kilómetros de la costa; colinas bajas, arena gris, un ligero oleaje que rompía contra el pie de un acantilado. Se descalzó con un suspiro de placer, se quitó la camisa y los pantalones, volvió a echarse y se tapó con la manta. Se acabó el cigarro, lo apagó en un cenicero metálico y cerró los ojos.

Habían pasado dos días en París, a la vuelta del campo. Luego, tuvo que coger el primer tren de la mañana en dirección a Holanda y fue solo a la estación; por el camino, pasó junto a un mercado, una iglesia, barrenderos con un camión cisterna... Qué suave, la luz de París, a esas horas de la mañana...

Cuando DeHaan subió a cubierta para la guardia de ocho a doce, los trabajos de pintura estaban totalmente en marcha; los andamios colgaban de los costados y unos marineros de primera manejaban los aparejos que movían las guindolas. En popa, se oyó un ruidoso golpe de mar, seguido por socarrones gritos de «¡Hombre al agua!», a los que respondió Ritter con una sarta de maldiciones y la orden de: «¡Volved a subir a ese gilipollas, maldita sea!». Bajo un cielo resplandeciente, la chimenea ostentaba media franja de «verde español» —como lo había bautizado DeHaan— y, haciendo equilibrios en la guindola, el contramaestre examinaba de cerca la abollada superficie de hierro y aplicaba la brocha con concentrada finura.

—Se cree el jodido Rembrandt —gruñó Ratter al ver llegar a DeHaan.

—No está mal. —Una cosa era planear un engaño y otra muy distinta ponerlo en práctica. Ratter debía de pensar lo mismo, se dijo DeHaan, pero ninguno de los dos iba a admitirlo. De momento—. Parece que estamos cumpliendo el horario —añadió DeHaan, decidido a mostrarse optimista.

Se dio una vuelta por el barco y luego bajó a la cubierta inferior, donde los comandos estaban poniendo a punto sus armas bajo la supervisión de Sims: desmontaban y engrasaban las metralletas Sten y dos impresionantes ametralladoras Bren con pequeños bípedes en la parte inferior del cañón, afilaban machetes con mango de goma, ponían munición en las cartucheras... La mayoría tenían el torso desnudo y charlaban animadamente mientras trabajaban. Seguramente habrían preferido estar en la cubierta superior, tomando el sol, pero no había que descartar la aparición de una patrulla aérea alemana, y Sims no la descartaba. DeHaan les dio los buenos días y volvió al puente, donde lo esperaban Cornelius y su desayuno. Gruesas lonchas de bacon, casi calientes, entre dos rebanadas de pan y café bien cargado. En todos los barcos mercantes se cocía pan a diario, y había un dicho según el

cual, si el cocinero no tenía traza para guisar, la tendría para hornear; pero estaba claro que el del *Noordendam* era la excepción. DeHaan empezó a mascar el sándwich, correoso como una suela de zapato, contemplando la desierta superficie del mar.

Cuando acabó, salió al ala descubierta del puente y, café en mano, barrió la costa con los prismáticos. Ratter estaba justo debajo, al pie de la escalerilla.

—¿Algún movimiento esta mañana? —le preguntó DeHaan.

—Uno de los vigías ha visto un camión, hacia las seis y media.

—¿Hay alguna carretera?

—Ninguna que aparezca en los mapas que tenemos. Tal vez sea un camino de cabras.

—¿Qué tipo de camión?

—Yo sólo he visto una nube de polvo que se movía hacia el norte.

DeHaan volvió a mirar, lenta y cuidadosamente, pero no vio nada.

A las 10:20 estaban navegando. Había un banco de nubes en el lejano horizonte, pero muy al oeste, y en aquella costa rara vez llovía, así que DeHaan se sentía razonablemente seguro. El *Noordendam* había dejado de existir; ahora, sobre su antiguo nombre, se leía *Santa Rosa* en proa y popa y debajo «Valencia», el puerto de matrícula. Cambiar el nombre del barco en los botes salvavidas corría por cuenta de Van Dyck, que los repintaría esa misma mañana.

Mientras se alejaban hacia mar abierto, con rumbo norte, DeHaan dejó a Ratter al cargo del puente. Quedaba un último trabajo. Podía habérselo encargado a alguien, como era habitual, pero, por algún motivo, sentía que tenía que hacerlo él mismo. Fue a popa, desplegó la bandera española y la izó en el mástil, ligeramente inclinado. Había buscado el barco en el registro de la Lloyd's y estaba al corriente de su accidentado historial: era el ex *Kavaros* - Pireo, construido en los astilleros Athenides en 1921, ex *Maria Vlasos* - Larnaca, ex *Huittinen* - Helsinki y, por fin, desde 1937, el *Santa Rosa* - Valencia, propiedad de la Compañía Naviera Cárdenas S. A.

«Vida nueva», pensó DeHaan, mirando la bandera, que restallaba y ondeaba en la brisa. *Barco fantasma, Sección IIIA* - Londres. Con destino, según el falso manifiesto, al puerto turco de Esmirna, para recoger un cargamento de pieles, balas de tabaco y avellanas.

9 de mayo. Hamburgo.

S. Kolb.

Ése era el nombre que figuraba en su último pasaporte. Don Nadie, de Ninguna Parte. Era un individuo bajo e insignificante, con una franja de pelo negro alrededor de la calva, gafas, bigote ralo y un traje gastado. Estaba tumbado en una cama, en el último piso de una pensión de la Zeilerstrasse, no muy lejos del puerto, en una habitación estrecha con una ventana. Era una noche cálida y tranquila, y las cortinas colgaban inmóviles en el aire inerte. Fuera, en la ciudad, reinaba el silencio, interrumpido intermitentemente por la sirena de algún barco que se aproximaba al puerto.

S. Kolb llevaba diez días en aquel cuarto, la mayor parte del tiempo, tumbado en la cama, leyendo periódicos. Por lo general, así era como se pasaba la vida, salvo cuando tenía que trabajar, lo que sólo ocurría de vez en cuando, a veces, durante una hora, o veinte minutos. Pero en Hamburgo nunca había trabajado; sólo era un sitio desde el que ir a otro. Había trabajado en Dusseldorf, donde había cometido un asesinato, y en Karlsruhe, donde había recogido una hoja de papel.

La hoja, la descripción técnica de una máquina, estaba escondida y al mismo tiempo a la vista, en una carpeta llena de papeles parecidos, dentro de su maletín. Nada fuera de lo común, para un supuesto representante de maquinaria industrial que trabajaba para una empresa de Zurich. Ningún guardia fronterizo, ni siquiera un oficial de las SS un lunes por la mañana, sabría que era importante. Y podría serlo, se dijo, aunque era uno de esos hombres que sospechan que, al final, nada lo es, y, más o menos, había construido su vida alrededor de ese principio.

Lo que sí era importante, en esos momentos, era un mensaje de un inglés llamado Brown. Un apellido respetable, de confianza, eufónico, que implicaba una vida también respetable, si se dejaba aparte el ocasional revólver y la esporádica ganzúa. Por supuesto, Brown no era su verdadero apellido, del mismo modo que él no se llamaba S. Kolb, aunque, si podía hacerse alguna distinción, tal vez fuera la que se señalaba en ciertos ficheros, en los que Brown se consideraba un «nombre de guerra» y S. Kolb, un «alias». El señor Brown, un tipo regordete y plácido que se escondía del mundo detrás de una pipa y un suéter, era el responsable de sacar de Hamburgo a S. Kolb, que se preguntó por enésima vez cómo demonios pensaba hacerlo.

Seis días antes, el vapor *Von Scherzen* no había aparecido en el puerto de Hamburgo y, si bien los empleados de las oficinas no le habían dicho con

exactitud qué había sido de él, el modo en que se tensaron sus caras cuando preguntó sugería que estaba en el fondo del mar. En todo caso, no iba a formar parte del convoy que tenía previsto zarpar con destino a Lisboa. Tendría que esperar a que hubiera una plaza en otro barco, le dijeron los empleados, que lamentaban enormemente los inconvenientes.

Él también lo lamentaba. El suyo era un trabajo difícil, hecho a partes iguales de peligro, discreción y espera, una mezcla que, como mínimo, atacaba los nervios. Sus paliativos tradicionales eran el alcohol y el sexo, que por desgracia no hacían más que aumentar el peligro y la necesidad de discreción. Pero algo había que hacer. Uno podía acabar loco leyendo los periódicos. Claro que los periódicos eran seguros. Las mujeres, no. Por supuesto, sabía que el puerto de Hamburgo estaba tomado por las prostitutas y que podías pedirles todo lo que pudieras pagar, pero muchos de sus clientes eran hombres que estaban lejos de casa y viajaban solos, y en consecuencia eran de interés para la policía, especialmente en las actuales circunstancias. La precaución y la disciplina lo habían mantenido con vida durante todos aquellos años, pero ahora S. Kolb suspiraba tristemente al sentir las cadenas que la apretaban. «No —se dijo—, eso no es para ti».

¿O quizá estaba siendo demasiado duro consigo mismo? En realidad, en esos momentos estaba esperando a una mujer —llevaba esperándola tres noches— y, en el fondo del estante superior del armario del cuarto, tenía una botella de aguardiente de albaricoque escondida, tanto de sí mismo como del resto del mundo. Esa mujer, a la que sólo conocía como Fräulein Lena, era su único contacto en Hamburgo y, al no aparecer el *Von Scherzen*, había recurrido a ella. De algún modo —y uno podía meditar largo y tendido sobre ese «modo»—, Fräulein Lena había puesto su apurada situación en conocimiento del señor Brown, y ahora tenía que llevarle noticias de un nuevo plan de viaje, que llegaría a Hamburgo a través de una radio clandestina.

Ninguna radio secreta podía transmitir desde Alemania, porque la Gestapo escuchaba todas las frecuencias y la habría localizado en un abrir y cerrar de ojos; pero se podían recibir mensajes codificados. En el mar ocurría algo similar: los barcos, fueran civiles o militares, podían escuchar transmisiones, pero debían mantener la radio en silencio. La situación era paradójica, se dijo Kolb; en cierto modo, los gobiernos de las naciones en guerra habían conseguido un control ideal: sólo podías recibir instrucciones, no hacer preguntas ni poner peros.

De modo que, como un buen soldado, Kolb esperaba órdenes. Pero se permitía alguna que otra fantasía: si Fräulein Lena se presentaba en su habitación con instrucciones para su evasión de aquella maldita ciudad, ¿qué le costaba proporcionarle una hora de tierna relajación? Kolb cerró los ojos y dejó el periódico en el suelo. Toda precaución era poca, de acuerdo, pero Lena y él compartían una vida secreta: ¿se avendría a compartir con él un revolcón secreto? ¿Se atrevería él a pedirselo? Era normalita y sosa, de mediana edad, un tanto fondona, y parecía totalmente ceñida en corsés, que, en la imaginación de Kolb, se soltaban —sólo Dios sabía cómo— para dejar que sus macizas formas se desplegaran ante sus ojos, prodigiosamente suaves y generosas.

No, no se atrevería. La vida le había enseñado una lección: no confiar en nadie. Si la hubiera aprendido a tiempo, no estaría en aquella ciudad, en aquel cuarto deprimente con cortinas en las que unos guerreros verdes galopaban por un campo amarillo. El padre del señor Kolb era un empleado de banco de la ciudad austríaca de Lenz y, siendo un muchacho, al acabar la escuela secundaria, el señor Kolb entró a trabajar en la misma entidad. Al año siguiente, lo descubrieron malversando fondos, transfiriendo pequeñas cantidades a una cuenta a su nombre. Lo pusieron ante la evidencia, lo humillaron, lo despidieron y lo amenazaron con denunciarlo. Su familia, con terribles esfuerzos, consiguió devolver el dinero sustraído, y la denuncia quedó olvidada.

Sin embargo, él no había robado nada. Otra persona —un empleado veterano, sospechaba Kolb— se había quedado con el dinero y había dejado un rastro que llevaba hasta él. Eso fue lo que les contó a sus padres, y ellos querían creerlo, pero en el fondo no podían. Así fue como aprendió la brutal lección: la vida estaba gobernada por la mentira y el dinero. No era una regla de oro. Era una regla de hierro. Kolb tuvo que marcharse de su ciudad natal, pero, gracias a su perseverancia, consiguió un puesto en un ministerio de Viena. El ministerio de Armamentos, precisamente. Y, poco después, en un café de la elegante Kärntner Strasse, conoció a una simpática joven que, a su debido tiempo, le presentó a un caballero extranjero no tan simpático, que le reveló un ingenioso sistema para complementar su exiguo salario.

De eso hacía muchos caballeros extranjeros, pensó Kolb con nostalgia de su juventud y los lejanos tiempos del señor Hall, el señor Harris y el señor Hicks. El rechoncho señor Brown, el último de la serie, se había materializado, de un modo muy similar a los demás, el pasado enero. Era

agradable y astuto y, como el resto, no explicaba más que lo estrictamente necesario.

Kolb oyó pasos en el largo pasillo al que daba su habitación; las pisadas resonaban con fuerza, pero pasaron de largo ante su puerta y se perdieron en el fondo del pasillo. Kolb consultó su reloj y vio que pasaban de las doce. No es que importara; en sitios como aquél, las mujeres visitaban las habitaciones de los hombres a cualquier hora del día o de la noche. «*Fräulein Lena, meine Schatze, meine kleine Edelweiss, ¿dónde estás?*». Puede que se hubiera desentendido, que simplemente lo hubiera abandonado a su suerte. Se quedó adormilado, pero, de pronto, se despertó sobresaltado al oír tres discretos golpes en la puerta.

9 de mayo. Frente a Kenitra, Marruecos francés.

Tradicionalmente, la guardia de cuatro a ocho de la tarde se dividía en dos mitades, para que todo el mundo pudiera cenar. El nueve, con lluvia y neblina, DeHaan estaba haciendo la primera y tratando de ver algo a través de las gotas que resbalaban por las ventanas de la cabina, mientras el *Noordendam* embestía el oleaje con rumbo norte y mar gruesa, y el viento arrojaba enormes rociones sobre la proa. En las alas del puente, los chubasqueros de los vigías chorreaban ríos de agua.

—¡Vaya un tiempo del demonio! —gruñó el mayor Sims entrando en la cabina.

DeHaan buscó una respuesta diplomática. Era evidente que Sims no había estado en el mar con un tiempo del demonio, porque aquél no lo era.

—Bueno, mañana pondremos rumbo al este —dijo al fin—. Al Mediterráneo.

La respuesta satisfizo a Sims, que asintió enfáticamente.

—Por supuesto, uno intenta mantener a su gente ocupada; pero ya sabe cómo es esto. Tal como se sienten ahora, cuanto antes mejor.

Los dos hombres se quedaron callados unos instantes. Luego, DeHaan dijo:

—Hay una cosa sobre esta misión, mayor, que no acabo de entender.

—¿Sólo una?

—Para las operaciones de comandos, ¿no suelen emplearse submarinos?

—Es lo ideal, sí. Y ésta empezó así, creo, pero sólo tenemos los que tenemos, y la mayoría están en el norte. De hecho, estuvimos muy cerca de cancelarlo todo, pero a alguien se le ocurrió la idea de utilizar un barco

mercante. Neutral. —DeHaan se dijo que estaba forzando demasiado al *Noordendam* y ordenó al timonel que virara unos cuantos grados al oeste—. La verdad —siguió diciendo Sims— es que el sitio al que vamos no es muy recomendable para los submarinos. Nosotros controlamos los extremos del Mediterráneo, con Gibraltar al oeste y la flota de Alejandría al este, pero el centro es otra historia. Hay bases aéreas francesas en Argel y Bizerta, aviones italianos en Cagliari, al otro lado del estrecho de Sicilia, y una base naval en Trapani; para colmo, desde enero, la Luftwaffe opera desde un campo de aviación en Taormina, en Sicilia. A los submarinos no les gustan los aviones, como sin duda sabe, capitán; añada los destructores, con esos hidroaviones que despegan de sus cubiertas, y tiene usted todos los números para perder su submarino.

—Y una unidad de comandos.

—Eso es lo de menos, me temo. Es cosa del tío Andrew, la Armada Real, que no quiere perder lo que tiene. Los comandos se pueden sustituir.

«Y los mercantes, también».

—Supongo que sí —dijo DeHaan—. De todas formas, nos sentimos orgullosos de hacer nuestra parte.

—Sus oficiales seguro que sí, pero ¿su tripulación?

—Respecto a la tripulación, es difícil saberlo. Siempre hacen lo que hay que hacer; es la vida del marino mercante. Creo que a los hombres con familia en Holanda les gusta la idea de participar en una acción. En cuanto a los demás, cada uno es cada cual. En agosto del treinta y nueve, seis alemanes entraron a formar parte de la tripulación; luego, en septiembre, tras la declaración de guerra, cuatro decidieron despedirse, incluido el primer maquinista, así que los dejamos en Valparaíso. Pero los otros dos siguen con nosotros. Hubo una época en que no pensábamos en esas cosas. Ya sabe, la nación del mar y todo eso. Pero en el treinta y tres, la política entró en juego, y todo cambió. Nuestro jefe de máquinas, Kovacz, era oficial de la armada polaca. Se enroló con nosotros en enero de 1940, en Marsella. Cuando los alemanes tomaron Danzig, su barco estaba en el puerto y voló por los aires.

—¿Lo bombardearon?

—Según él, fue un sabotaje.

—Maldita guerra...

—Tuvimos que enrolarlo como fogonero, pero unos meses después perdimos a nuestro jefe de máquinas, y allí estaba Kovacz. Tenemos suerte de contar con él.

—¿Y los dos alemanes? ¿Siguen a bordo? —preguntó Sims en un tono que pretendía ser neutro, pero no lo conseguía.

—Sí, y son buenos marineros. Uno es anarquista y el otro no quería morir por Hitler. Es joven, puede que no tenga los diecinueve. Lo han pasado mal. Peleas en el dormitorio de la tripulación. Oficialmente, yo no sé nada. Los hombres lo arreglaron entre ellos.

—Entre nosotros ocurre lo mismo —dijo Sims—. Un oficial tiene sus límites.

«Muy comprensivo. Como mandos, todos nos enfrentamos a los mismos problemas», se dijo DeHaan, y decidió aprovechar la coyuntura.

—¿Qué va a hacer en el cabo Bon, mayor? Sé que no debería preguntarlo, pero soy el responsable de este barco, y de las vidas de la tripulación, y por eso tal vez tenga derecho a saberlo.

A Sims no le gustó la pregunta. Se quedó más callado que un mudo y, durante un largo minuto, en el puente reinó un tenso silencio. Luego, el mayor se alejó del timonel y se quedó junto al mamparo. DeHaan dejó transcurrir unos instantes antes de reunirse con él.

—Que no salga de nosotros, capitán DeHaan. ¿Tengo su palabra?

—La tiene.

—Las operaciones de comando cumplen varias finalidades: enfurecen al enemigo, levantan la moral pública, cuando se dan a conocer, destruyen objetivos estratégicos, como redes de comunicación, centrales eléctricas, diques secos... —Sims sólo estaba divagando, de forma que DeHaan esperó. Y obtuvo su recompensa—. O puntos de vigilancia costera —añadió el mayor.

—Como el cabo Bon.

—Sí, como el cabo Bon. Al parecer, son capaces de localizar nuestros barcos, incluso de noche y con niebla densa. Necesitamos hacer llegar convoyes a nuestras bases en Malta y Creta, porque los alemanes van a atacarlas. Tienen que atacarlas. Sin esas bases, como puntos de interceptación, nuestras fuerzas en Libia, todas nuestras operaciones en el norte de África, están en peligro.

—¿De noche? ¿Con niebla?

—Sí.

—¿Es realmente factible?

—Al parecer, lo es. Sospechamos que utilizan reflectores de infrarrojos, que pueden «ver» el calor de las máquinas de los barcos.

DeHaan estaba al tanto de los últimos adelantos en tecnología náutica, porque, aunque no podía decirse que a bordo del *Noordendam* hubiera alguno, saber que existían formaba parte de su trabajo. Pero nunca había oído la palabra «infrarrojo».

—¿Qué clase de reflectores ha dicho que son?

—Infrarrojos. Una barrera invisible, como una cortina, proyectada desde ambas orillas. Bolómetros, capitán. —Sims casi sonrió—. ¿Siente haberlo preguntado?

—Sé algo sobre ondas de radio, radares... pero, aparte de eso...

—Se remonta a la Gran Guerra; en Alemania llevan mucho tiempo jugando con eso. Pero, ahora que se lo he contado todo, ésta es su parte del trato. Si conseguimos traer ese equipo al barco, y a mí y mi lugarteniente nos ocurre algo, sea buen chico y asegúrese de que esos chismes lleguen a una base británica. ¿Lo hará?

DeHaan respondió que sí.

—Muy bien —dijo Sims—. ¿Lo ve? Sólo necesitaba algo más en lo que pensar.

El diez de mayo, poco después del anochecer, pasaron el estrecho de Gibraltar. La niebla y la lluvia no habían cesado, pero el *Noordendam* llevaba las luces de posición con la despreocupación de un auténtico barco neutral, y DeHaan casi sentía los telescopios y los prismáticos de la vigilancia costera, inglesa y alemana, francesa y española, enfocados sobre ellos.

En lugar de quedarse en el puente durante su guardia de medianoche, DeHaan dejó trabajar solo al timonel y, tras echar un vistazo a los mapas, se reunió con Ratter, Kees y Kovacz en el comedor de oficiales. Ratter hizo que el ayudante de cocina trajera café y una lata de leche condensada, se llenó la taza hasta arriba y le dio vueltas con un lapicero canturreando el conocido estribillo: «No hay nada de jalar / ni tetas que tocar, / conque hazle un buen agujero / y que se hunda, el puñetero».

—Todo indica que llegaremos según lo previsto —dijo DeHaan—. El doce, poco después de medianoche. Luego, los comandos se dirigirán a tierra. Los dejaremos tan cerca como podamos; después, echaremos anclas a unas dos millas de la costa, apagaremos las luces y esperaremos. La señal de regreso serán dos destellos de una luz verde, así que dejaremos marineros en cubierta para que echen las escalas.

—¿Y la escalerilla?

—También.

—¿Y si no vuelven? —preguntó Kees.

—Esperaremos. Tres días.

Por unos instantes, nadie dijo nada.

—¿Tres días? —preguntó al fin Ratter—. ¿Anclados frente a Túnez?

—Nos abordarán —dijo Kees. DeHaan asintió—. ¿Qué tiempo se espera? —preguntó Kees.

—Según el último informe del señor Alí, la previsión meteorológica para los barcos aliados dice que se mantendrá estable en todo el sur de Europa, y es probable que continúe así.

La previsión llegaba codificada; la guerra de los partes meteorológicos era una pequeña guerra dentro de la grande.

—Eso nos conviene, ¿no?

—Supongo que sí. De todas formas, habrá que revisar los turnos de guardia, de forma que tengamos a los mejores hombres al timón, y en cubierta.

—¿Vandermeer al timón? —sugirió Kees.

—No, de vigía. Los ojos de los jóvenes ven mejor.

—Entonces, Schoener —dijo Ratter.

—¿Un alemán para esto? —objetó Kees.

—Tiene razón —dijo DeHaan—. Pondremos a Ruysdal. Es un poco mayor y fiable.

—¿El señor Alí estará en la cabina de radio?

—Como siempre. Pero quiero a un buen encargado de señales. Tal vez Froemming, en cubierta, con la lámpara Aldis —dijo DeHaan aludiendo al reflector manual de persiana.

DeHaan se volvió hacia Kovacz. Como muchos polacos, el jefe de máquinas tenía el alemán como segundo idioma, de modo que el holandés, o al menos el vocabulario náutico de esa lengua, le resultaba fácilmente comprensible. Algo mayor que DeHaan, era un individuo corpulento y cargado de espaldas, de pelo rizado que empezaba a ralearse y ojos hundidos y sanguinolentos. Siempre hablaba comedidamente, con una voz profunda y áspera, marcada por un fuerte acento.

—Stas —le dijo DeHaan—, te quiero en la sala de máquinas con tus mejores engrasadores y fogoneros.

Kovacz asintió.

—¿Las calderas al máximo?

—Sí, listas para sacarnos de allí a toda máquina.

—Lo estarán —dijo Kovacz sonriendo de oreja a oreja—. Condenaré la válvula de seguridad.

—Bien, si tienes que hacerlo, hazlo. ¿Funciona todo?

Kovacz se encogió de hombros elocuentemente.

—Funciona.

—Los botes salvavidas, ¿están en condiciones? —le preguntó DeHaan a Ratter.

—Comprobaré los bidones de agua. Las raciones de chocolate han volado, claro.

—Reponlas. ¿Pescantes, cabos, poleas?

—Hemos sustituido un cabo podrido. Por lo demás, todo bien.

El ayudante de cocina llamó a la puerta y entró. Era un alsaciano bajo y regordete con grandes bigotes puntiagudos, que a DeHaan le recordaba al camarero de coche restaurante de tren de lujo que había sido.

—Patapouf —dijo DeHaan llamándolo por su apodo francés, que significaba «gordito»—, más café, por favor. ¿Ha sobrado postre de la cena?

—Un poco de pudín, capitán.

Un empalagoso comistrajo hecho con fécula de patata y dátiles secos.

—¿Me acompaña alguien? —Nadie respiró—. Entonces, sólo una ración, Patapouf.

—A la orden, capitán —dijo el alsaciano, sacando del comedor su rolliza humanidad.

La reunión se prolongó otros veinte minutos. Luego, DeHaan volvió a subir al puente y finalizó su guardia sin novedad. A las cuatro, regresó a su camarote, le dio cuerda al Victrola y puso el disco de los cuartetos de cuerda de Mozart. Abrió uno de los cajones de la parte inferior de la litera, levantó un jersey y sacó un cinturón salpicado de moho con una funda que contenía una Browning GP35 automática. Fabricada en Bélgica, disparaba balas *Parabellum* de nueve milímetros; era el arma corta reglamentaria del ejército holandés y la habitual en los barcos mercantes, como pistola del capitán. Tres años antes, cuando sustituyó su viejo revólver, DeHaan fue a popa con la Browning, lanzó al aire una lata de tomate vacía y le disparó hasta que desapareció entre las olas, intacta, por supuesto.

DeHaan sacó una caja de munición del mismo cajón, desmontó el cargador y empezó a llenarlo de aceitosas balas. Ratter tenía la otra única arma que había a bordo, al menos, que él supiera: un rifle Lee-Enfield, con munición de 7,7 milímetros, que el primer oficial guardaba en un armario de su camarote. Si lo atacaba un navío enemigo, un carguero sólo podía adoptar

una estrategia: presentar la popa, donde podía sufrir el máximo daño sin hundirse, e intentar huir. Eso, la pistola y el rifle constituían todo el arsenal del barco. Los ingleses habían equipado algunos de sus mercantes con ametralladoras antiaéreas y pequeños cañones, pero eso no era para barcos como el *Noordendam* y, con toda seguridad, tampoco para el *Santa Rosa*. No obstante, la música de Mozart se fundía agradablemente con el rumor del mar, y DeHaan siguió armándose para la guerra con ánimo tranquilo y meditabundo.

11 de mayo, 23 horas. Frente a Mostaganem, Argelia.

DeHaan dormía como un tronco cuando empezaron a aporrear la puerta.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

Un vigía abrió y asomó la cabeza.

—El señor Kees dice que suba al puente, señor. Enseguida, señor.

DeHaan se puso la camisa y los pantalones a toda prisa y subió descalzo al puente. La escalerilla metálica estaba mojada y helada.

Kees lo esperaba en un ala.

—Creo que tenemos compañía.

DeHaan miró a través de la lluvia y la oscuridad, pero no vio nada. No obstante, a popa, a la altura de la aleta de babor, se oía el sordo zumbido de un motor.

—¿Lo hueles? —le preguntó Kees—. Gasóleo. Pero no veo ninguna silueta.

Un barco de poca altura, con potentes motores diesel. DeHaan maldijo para sus adentros: sólo podía ser un submarino. Que podía ocultarse y luchar bajo el agua, pero atacaba preferentemente de noche, a toda máquina, en la superficie, donde podía navegar a dieciséis nudos en lugar de los cinco que alcanzaba bajo el agua. Kees y DeHaan fueron a popa y escrutaron la oscuridad.

—Viene a por nosotros —murmuró Kees.

—Somos un barco neutral.

—Puede que le dé igual, DeHaan, o puede que no se lo crea.

—Entonces, nos ordenará que nos rindamos y, si intentamos huir, no malgastará un torpedo. Nos hundirá con el cañón.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Kees con voz temblorosa y angustiada.

—Podemos negarnos —respondió DeHaan—. Y afrontar como podamos lo que ocurra después.

DeHaan había imaginado aquella situación miles de veces, pero ahora tenía claro que no se rendiría. La presencia a bordo de una unidad de comandos británica le daba una excusa, pero nada más. «Las últimas órdenes —pensó—. Combatir el fuego, pedir socorro, echar los botes al agua, abandonar el barco».

Caía una lluvia fina, apenas una bruma, pero DeHaan estaba empapado y el agua le resbalaba por la cara. Pasó un largo minuto, luego otro, y otro...

—Dios mío... —murmuró Kees de pronto.

De la oscuridad, frente a las luces de posición del *Noordendam*, surgió una forma borrosa, baja y gris. Instantes después, en lo alto de la torreta, se abrió una escotilla, y la silueta de un torso asomó al exterior. La luz de un reflector enfocó la popa del *Noordendam* y empezó a barrer la cubierta. Luego, una voz amplificada por un megáfono lanzó una orden, una versión en italiano del habitual «¿Nombre del barco?». «Un submarino italiano —se dijo DeHaan—, quizá el *Leonardo da Vinci*, tristemente célebre por sus ataques a convoyes británicos. Eso sí, se han lucido con el nombrecito». El oficial, seguramente el capitán en persona, repitió la orden. Era evidente que empezaba a impacientarse.

DeHaan ahuecó las manos alrededor de la boca y gritó:

—¡Santa Rosa! ¡Santa Rosa!

La luz del reflector le enfocó la cara y lo cegó. Luego, se movió hacia Kees, que se protegió los ojos con la mano, y a continuación, se deslizó por la cubierta hasta el puente de mando. DeHaan se volvió hacia Kees.

—¡Ve a buscar a Amado, corre! —le urgió. Algunos marineros se habían acercado a popa y presenciaban la escena—. Y manda a esos hombres abajo. ¡Un momentito, *per piacere!* —gritó DeHaan en dirección al submarino—. ¡*Capitano vene, capitano vene!*

Era más o menos todo lo que sabía de español, italiano o el puñetero idioma que aquel oficial hubiera utilizado. Puede que también fuera bien meter un poco de latín, por si había algún cura.

La gorra de capitán que siempre había imaginado en la cabeza de Amado estaba en su camarote, en el colgador de detrás de la puerta.

La silueta del megáfono bajó de la torreta y avanzó hacia la proa del submarino. De pronto, DeHaan cayó en la cuenta de que estaba descalzo. Pero puede que en aquel montón de chatarra «español» eso no fuera un problema. DeHaan esbozó una sonrisa servil, pidió otro «momentito» y alzó las manos

en un gesto de disculpa. La silueta, en impecable uniforme de la marina italiana, lo miró como si fuera un gusano.

Los dos hombres se quedaron allí plantados, mirándose el uno al otro, hasta que DeHaan oyó unos pasos que se acercaban por cubierta. Al volverse, vio llegar a Kees, con Amado cogido de la cintura.

—Que Dios nos proteja... —masculló Kees entre dientes, y prácticamente arrastró a Amado hasta el final de la cubierta y se quedó junto a él, sin atreverse a soltarlo.

El español, recién sacado de su litera, tenía el torso desnudo, una media sonrisa bobalicona y una tajada como un piano.

—Eres el capitán del *Santa Rosa*, ¿recuerdas? —le susurró DeHaan.

Amado asintió muy convencido y le hizo un guiño cómplice. «Sí, sí, *ningún problema*».

El oficial del submarino, cada vez más enfadado, gritó en italiano y Amado le chilló en español, repitiendo las palabras «*Santa Rosa*» varias veces.

Otra pregunta.

—¿*Cómo*^[3]? —gritó Amado.

Nuevo intento.

Kees le dijo algo a Amado, que aulló con voz estropajosa una frase en la que aparecían las palabras «Esmirna» y «tabaco».

Junto al oficial, apareció otra silueta: un individuo alto y corpulento, con espesa barba, jersey de cuello alto y una metralleta negligentemente apoyada en la cadera. El oficial hizo otra pregunta. Amado ladeó la cabeza.

—¿Qué dice?

—Contesta «Valencia» —le susurró DeHaan, pensando: «Mejor será que respondamos algo».

Amado hizo lo que le decía, se tambaleó y no se cayó al agua porque Kees lo sujetó a tiempo.

—Creo que se está poniendo malo —murmuró Kees torciendo la boca hacia DeHaan.

El hombre de la barba se echó a reír y, un instante después, el oficial lo imitó. ¡*El capitán estaba como una cuba!*

El oficial meneó la cabeza y, a continuación, dio por concluida aquella charada agitando desdeñosamente la mano. Los dos italianos treparon a la torreta y desaparecieron, el motor rugió y el submarino empezó a desdibujarse en la oscuridad, soltando nubes de humo negro por los tubos de escape.

DeHaan necesitaba un trago. En su cabina tenía una botella de coñac. Dejó que Kees se las arreglara con Amado, que se había derrumbado sobre las rodillas, y regresó al puente. Por el camino, al pasar junto a una rejilla de ventilación, a un metro del suelo, vio a Sims y a uno de sus hombres tras las lamas, arrodillados en las sombras. El soldado tenía un rifle con mira telescópica y se había pasado la correa alrededor del brazo para inmovilizar el arma, una práctica habitual de los tiradores de élite, y de los francotiradores en general.

DeHaan arqueó las cejas al pasar y Sims le respondió con una sonrisa y un rápido y enérgico saludo.

12 de mayo, 18:30 horas. Frente a Bizerta.

Ese día los habían sobrevolado dos veces. La primera, un hidroavión de reconocimiento con cabina de fondo plano suspendida de alas con flotadores y roeles con los colores de Francia en las alas y el fuselaje. Sims dijo que parecía un Breguet 730, aunque admitió que sólo lo había visto en fotografías. Pero el que apareció por la tarde lo identificó sin dudar: un Savoia-Marchetti italiano, camuflado para el desierto y con una cruz blanca en la cola, un aparato conocido como el *Gobbo*, «el jorobado», explicó el mayor, por la forma de bulbo de su cabina.

Ambos aviones descendieron hasta quinientos pies y volaron en círculo sobre el *Noordendam* para fisgar a gusto, un proceder previsto por DeHaan, que hizo salir a cubierta a toda su *troupe*: el cocinero y su ayudante, que pelaban barreños de patatas con los delantales tan sucios como de costumbre, y tres marineros, que jugaban a las cartas sentados alrededor de la escotilla de la bodega de proa. También había hecho colocar una cuerda de tender entre dos pescantes, con camisas y calzoncillos que ondeaban al viento, y, siguiendo sus instrucciones, todos los que estaban en cubierta levantaron la cabeza hacia los aviones y saludaron con la mano. El piloto francés respondió al saludo. Al atardecer, avistaron una columna de humo en el horizonte, pero el barco, fuera lo que fuese, no mostró el menor interés por el *Noordendam*.

Al caer la noche, DeHaan ordenó «Velocidad reducida» a la sala de máquinas. Ya no podían estar muy lejos del cabo Bon. Localizarlo no habría sido ningún problema en otros tiempos, cuando cada punta, cada cabo, puerto y desembocadura de río de las rutas frecuentadas por los mercantes disponía de luces de identificación descritas en los almanaques náuticos; pero la guerra había convertido las costas en bajas y borrosas formas al borde del mar, un

mar que había vuelto a ser el de Homero. Ratter había observado las estrellas la noche anterior y estimado la posición del barco respecto del sol de mediodía. Poseía un talento innato para las matemáticas y era un magnífico oficial de derrota, infinitamente superior a DeHaan, o a cualquier otro miembro de la tripulación, a la hora de determinar el rumbo observando los cuerpos celestes. Y, cuando un débil resplandor iluminó el horizonte por el lado de tierra, afirmó que era Bizerta.

Esa noche, el barco permaneció con las luces apagadas, mientras surcaba lentamente las tranquilas aguas en dirección al desierto costero. A las 20:30 se oyeron pasar aviones que se alejaban hacia el este.

—Puede que sean de los nuestros —dijo Sims.

Volaban a gran altura, produciendo un zumbido sordo y constante, y su paso duró unos treinta segundos. Ahora el *Noordendam* se encontraba en el centro geográfico de la guerra en el Mediterráneo, con Cerdeña y Sicilia al norte; las bases británicas de Malta a unas dos mil millas al este; las divisiones de Wavell, que luchaban contra los italianos en el desierto de Libia, a unos cientos de millas al sur, y la Grecia ocupada por los alemanes y las fuerzas británicas de Creta a unas ocho mil millas al este. Poco después de las nueve, DeHaan bajó a la radio para escuchar las noticias de la BBC con el señor Alí.

A DeHaan le gustaba visitar a Alí, un cairota muy fino —gafas de montura dorada y boquilla de marfil—, muy culto y muy orgulloso de su inglés británico —había quien aseguraba haberle oído utilizar la expresión «*old boy*»—, aprendido en colegios coloniales. Excelente operador de radio, chapurreaba varios idiomas y, como sintonizaba la BBC cada hora, se había convertido en el periódico del barco.

DeHaan se había perdido parte de la emisión, de modo que el señor Alí se la resumió. La noticia principal se refería a la situación en Irak, donde las tropas británicas habían tomado Basora y los campos petrolíferos del sur. El gobierno de Raschid Alí estaba aliado con las potencias del Eje y pedía la intervención alemana, pero, como decía el locutor, nada podría detener el avance inglés sobre Bagdad.

—Y luego —dijo el señor Alí—, el pobre Londres ha sufrido un bombardeo realmente horrible. El Museo Británico, en el que he estado, y la abadía de Westminster —lamentó el radiotelegrafista, mientras la BBC informaba de que Rudolf Hess, tercero en la jerarquía del Reich, había volado hasta Escocia, aterrizado en paracaídas y, en esos momentos, estaba siendo «interrogado por las autoridades».

El locutor finalizó la noticia de un modo un tanto abrupto, sugiriendo que ni la BBC ni nadie sabía lo que estaba ocurriendo, y pasó a los «mensajes personales», comunicaciones en clave a los agentes clandestinos repartidos por toda Europa y el Norte de África.

—La clase del señor Johnson, de la escuela Preston, está visitando el zoo. La clase del señor Johnson, de la escuela Preston, está visitando el zoo.

»Gabriel, tu prima Amelia tiene el ramo de flores. Gabriel, tu prima Amelia tiene el ramo de flores.

Y así sucesivamente, mientras DeHaan y el señor Alí escuchaban embobados frases que no tenían para ellos más sentido que el poético.

12 de mayo, 20:30 horas. Frente al cabo Bon.

—Vamos a virar en redondo —le dijo DeHaan al timonel—. ¡Setenta grados a babor!

Al timón, Ruysdal repitió la orden, y el *Noordendam* empezó a trazar el amplio semicírculo que lo haría volver por donde había venido, el equivalente a pasearse adelante y atrás para aquel monstruo de cinco mil toneladas. Habían estado navegando a velocidad mínima desde el anochecer, respirando una atmósfera tensa como la piel de un tambor, con la mitad de la tripulación en cubierta, escrutando la oscuridad en busca del «hombrecillo de la lucecita verde» de Sims. Pero a veces, a esos hombrecillos, la vida les jugaba una mala pasada, y DeHaan se preguntaba qué haría Sims si el suyo no aparecía.

También se preguntaba si el barco sería «visible», como decía el mayor, para algún punto de observación costera. En tal caso, era de esperar que su reaparición, tras recorrer doce millas en dirección este, en sentido contrario, quedara registrada como la de un segundo barco, que, como el primero, pasaba de largo y se perdía en la noche; aunque DeHaan temía que, con su endemoniado chisme, la gente del cabo Bon hubiera conseguido descubrir lo que estaba ocurriendo en realidad y que en esos momentos un proyectil de artillería más bien grande estuviera ya camino del puente de mando.

Los comandos esperaban en cubierta, rodeados de sus bártulos. En sus tiznadas caras, sólo se veían las puntas rojas de los cigarrillos. El contramaestre se paseaba de un lado a otro ante la amura de la que pendían las escalas, mientras un puñado de marineros esperaban, listos para ayudar. DeHaan mataba el tiempo observando el mar. Se había levantado mareta, un poco arriesgado para unos hombres que tendrían que remar más de una milla

en botes de goma. De momento, los vientos del noreste estaban a lo suyo en otra parte; pero eso —DeHaan lo sabía— no duraría eternamente.

Ratter estaba en proa, donde un marinero de primera iba echando la sondaleza: el *Noordendam* estaba tan cerca de la costa como DeHaan se había atrevido a llevarlo con aquella visibilidad, lluvia fina y luna nueva. En cuanto a Sims, estaba en todas partes, incluido el puente, aprovechando una de las prerrogativas del mando, que le permitía no parar quieto en ningún sitio.

21:30. 22:30. A lo mejor no era el cabo Bon. En el puente, Sims hablaba solo, escrutaba la costa, daba cinco pasos hacia aquí, otros cinco hacia allí... A DeHaan le habría gustado ayudar, servirle de distracción, pero no se podía hacer nada. *¿Hace mucho que no va por Londres? ¿Qué hacía antes de la guerra?* No, eso habría sido peor que el silencio. Consultó su reloj por enésima vez y vio que eran las once menos cuarto. Luego, pensó en anotar el cambio de rumbo en el libro de bitácora, pero estaba claro que no podía hacerlo. Falsificaría la entrada de ese día, aunque el cuaderno de bitácora era un libro sagrado y escribir mentiras en él le repugnaba instintivamente. Su mente empezó a divagar: Arlette, la chica de Liverpool... *¿Y qué hacían en la actualidad los capitanes que perdían su barco pero sobrevivían?* Se enrolaban en la armada de alguien, seguramente. O se subían a otro mercante para llevar a otro cordero a otro matadero.

De pronto, se oyeron unos pasos precipitados en la escalerilla del puente y uno de los hombres de Sims entró jadeando.

—Mayor Sims... —farfulló hecho un manojo de nervios—. Señor, Smythe dice que ha visto una luz y uno de los marineros también.

Sims carraspeó y, mostrándose la mar de tranquilo a los ojos del mundo, respondió:

—Muy bien.

—Mucha suerte, mayor —le deseó DeHaan—. Hasta luego.

Sims se quedó mirándolo un instante.

—Gracias —dijo al fin y, volviéndose, siguió al comando escalerillas abajo.

Delante del puente, las sombras empezaron a moverse con silenciosa agitación; se oyó un golpe metálico contra la cubierta y los hombres echaron los botes al agua. Los comandos bajaron por las escalas y comenzaron a remar hacia la oscuridad.

—Trescientos cincuenta a estribor, Ruysdal —le ordenó DeHaan al timonel, y se volvió hacia el vigía del ala del puente—. Dile a Van Dyck que se prepare para echar el ancla. En unos diez minutos.

DeHaan fue hacia el ala de la amura que daba a tierra. Casi todos los hombres estaban en cubierta; en la penumbra, las siluetas, alineadas a lo largo de la borda, miraban hacia los botes.

1:15 horas. Frente al cabo Bon.

El *Noordendam* se balanceaba levemente al final de su cadena. DeHaan y Ratter se habían instalado a babor del puente y, en vista de que no se podía dormir, la mayoría de la tripulación se había quedado en cubierta. El cabo Bon, a eso de una milla de donde estaban anclados, era una extensión de arena gris bajo un horizonte vacío. Sin vida. Mortalmente tranquila. Con las máquinas paradas, sólo se oía el chapoteo del agua contra el casco, la lluvia contra el hierro y los lentos crujidos de los pescantes. A lo lejos, un débil tableteo, ahogado por los elementos, que cesó, pero luego se arrepintió y reapareció para un breve bis.

—Están luchando —dijo Ratter.

Instintivamente, ambos levantaron los prismáticos y enfocaron el horizonte.

—¿Ves algo?

—No. —Luego—. Mira eso.

Un resplandor enrojeció el cielo y empezó a descender, chisporroteando bajo un paracaídas. Le sucedió otro, también bastante al este de donde DeHaan había esperado verlos. En la cubierta, los hombres los señalaban en voz baja. El segundo resplandor casi se había apagado cuando se produjo un destello naranja, acompañado por una explosión sorda, cuyo eco llegó por el agua segundos más tarde. Luego, otro destello. Ratter contó en voz alta, como si calculara a qué distancia se encontraba una tormenta por el intervalo entre los relámpagos y los truenos.

—Ahora sí que ha empezado el baile —dijo DeHaan, y aguzó el oído.

La lucha les llegaba en forma de breves tableteos, débiles y secos, que aumentaban y disminuían de volumen, y a los que acabó respondiendo una versión más fuerte y grave, no tan rápida, que se prolongó largo rato y acabó con otro destello. «Conque un ataque silencioso...». DeHaan había visto los machetes e imaginado que su uso se traduciría en una acción sigilosa. Pero se había equivocado. La ametralladora pesada volvió a la carga, y esta vez continuó. Por los prismáticos se veían como unas líneas de chispas. DeHaan consultó su reloj, en el que los segundos iban convirtiéndose en minutos. Y, a los once minutos, más o menos, el combate terminó.

3:05. Kees se había unido a DeHaan y Ratter. Ahora los tres llevaban un chubasquero y se habían puesto las capuchas, para protegerse tanto de la lluvia como del viento. Aún no había marejada, pero las olas empezaban a golpear con fuerza el casco del *Noordendam* y la lluvia caía ladeada.

—Pueden aparecer en cualquier momento —dijo DeHaan.

El plan era que, al cabo de unas tres horas, regresarían a la orilla y harían señales luminosas.

—Llevan una hora de retraso —le hizo notar Kees—. Pronto amanecerá y nosotros estaremos aquí plantados. Sin motivo aparente.

—Si viene alguien —respondió DeHaan—, estamos reparando una válvula.

—O el J-40 —dijo Ratter en son de broma.

El adaptador J-40 era toda una leyenda en la marina: una pequeña caja de acero provista de una palanca, cuya utilidad constituía un misterio para todo el mundo, aunque, de vez en cuando, un cocinero metía una zanahoria por un lado, accionaba la palanca, y la sacaba por el otro con forma de tulipán.

—¿Sabrán en Bizerta lo que está pasando? —preguntó Kees.

—Si lo supieran, ya estarían aquí.

—Puede que hayan visto los resplandores, o recibido aviso por teléfono, o por radio...

—Entonces, ¿dónde están?

—Bueno, con los franceses nunca se sabe.

Eran las tres y media pasadas cuando vieron la luz. DeHaan soltó un suspiro de alivio.

—¡Por fin!

—¿Qué están haciendo? —preguntó Ratter al cabo de unos instantes. Los tres hombres miraron por los prismáticos. La luz era amarilla, un potente haz desdibujado por la neblina, que se apagaba y se encendía, se apagaba y se encendía...—. Eso no es una señal de identificación —dijo Ratter—. Es Morse.

—Tres cortos, tres largos, tres cortos —murmuró Kees—. En mi pueblo, eso es una S, una O y otra S. Y, según me dijeron, significa: «Sálveme, oiga, sálveme».

—Necesitaré el rifle —le dijo DeHaan a Ratter. Y a Kees—: Bote cuatro. Haz venir a los hombres y que se preparen para arriarlo.

—No deberías ir tú —opinó Ratter.

DeHaan sabía que tenía razón y fingió que se lo pensaba.

—Sí, Johannes, tengo que ir yo. Y enseguida. Ordena al encargado de señales que responda: «Confirmado. Mandamos ayuda».

DeHaan bajó a su camarote a toda prisa, cogió el cinturón de la Browning y se lo abrochó como pudo debajo del chubasquero mientras volvía a subir la escalerilla. En cubierta reinaba una ordenada confusión. El bote número cuatro se balanceaba en los pescantes, listo para ser arriado. DeHaan vio el «Santa Rosa» pintado en la proa y bendijo interiormente a Van Dyck. De los tres hombres de su tripulación, el marinero de primera Scheldt ya estaba en el bote, poniendo los remos en los toletes. Vandermeer venía corriendo del castillo de proa. Junto al bote, el encargado de señales accionaba la lámpara Aldis. Ratter acababa de regresar a cubierta, el Enfield en mano.

—Ya está cargado —le dijo a DeHaan—. Con ocho balas —añadió tendiéndole varios cargadores extra, que DeHaan se metió en los bolsillos del chubasquero.

En ese momento, Patapouf, el ayudante de cocina, se acercó corriendo al bote. «¿Y ahora con qué viene éste? ¿Con un chocolate caliente?».

DeHaan agarró a Ratter de una manga y, con voz tensa y baja, le preguntó al oído:

—¿Qué demonios hace éste aquí?

Kees, que estaba junto al cabrestante, a un par de metros de ellos, comprendió lo que había ocurrido.

—Braun se ha torcido un tobillo —les susurró—. Patapouf es el siguiente en la lista.

DeHaan esbozó una mueca, se dijo que no se podía hacer nada y subió al bote.

Patapouf pasó con dificultad por encima de la borda de la pequeña embarcación, que empezó a bambolearse violentamente; luego, se dejó caer en el banco e irguió la barbilla en un gesto de dignidad herida. Había visto a los oficiales cuchicheando y sabía que hablaban de él.

—He servido en el ejército, capitán —dijo volviéndose hacia DeHaan.

Rifle en mano, preparándose para enfrentarse a Dios sabía qué en la playa, DeHaan asintió con apuro y dijo que vale. Ratter dejó una linterna junto a él.

—Si necesitas ayuda, dos cortos y uno largo.

—¡Bote al agua! —exclamó Kees, y el cabrestante soltó un chorro de vapor y empezó a chirriar.

A los remos, Scheldt y Vandermeer luchaban contra la marejada, mientras el bote se elevaba sobre las crestas y se hundía en los senos de las olas. DeHaan y Patapouf no paraban de achicar agua, que no obstante les llegaba a los tobillos. Cuando estaban a medio camino de la costa, el hombre de la playa volvió a hacer señales, lo que les permitió fijar su posición. Se encontraba a unos cientos de yardas al este del lugar hacia el que los arrastraba la corriente.

—¿Respondo a la señal, capitán? —preguntó Vandermeer, un tipo duro, bajo y delgado, con la cara llena de costurones, que se había enrolado en el puerto de Shanghái.

—No —respondió DeHaan—. No sabemos si hay alguien más ahí.

Minutos más tarde, la quilla tocó fondo y los cuatro hombres saltaron al agua, empujaron el bote hasta la playa de guijarros y, a continuación, lo arrastraron hasta las hierbas de las dunas, para alejarlo de la marea. La lluvia había arreciado y el viento hacía restallar los chubasqueros. DeHaan cogió la linterna y le tendió el Enfield a Patapouf.

—¿Sabes usarlo?

—Sí, capitán, creo que sí.

—¿Qué eras en el ejército?

—Cocinero, señor, durante la guerra. Pero me enseñaron a disparar.

DeHaan le dio también los cargadores.

Echaron a andar en dirección este, haciendo crujir las conchas que cubrían la arena. Diez minutos, quince, veinte... Luego, en un punto indeterminado sonó la voz de un inglés, apenas inteligible entre el fragor de las olas.

—¿Quién vive?

—¡Somos del barco! —gritó DeHaan—. El capitán DeHaan.

El hombre se puso en pie y vieron su silueta recortada contra el cielo, apuntándolos con una Sten.

—Me alegro de que hayan venido —dijo el inglés desviando el cañón del arma—. Ahí atrás he dejado un jodido infierno...

—¿Dónde?

—A unos cientos de yardas tierra adentro. —El comando se colgó la metralleta al hombro y se acercó a ellos—. Los llevaré allí —dijo—, si consigo encontrar el camino. Tenía que haber dejado unas jodidas migas de pan. —¿Era el sargento mayor de Sims? DeHaan no estaba seguro. Llevaba la gorra de faena calada sobre los ojos y cojeaba ligeramente—. He metido el pie en un agujero —explicó.

—¿Quién es usted? —le preguntó DeHaan.

—Aldrich. Sargento Aldrich.

Los cinco hombres reanudaron la marcha.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó DeHaan al sargento al cabo de unos instantes.

—¡De todo, joder! —Avanzaron otro puñado de metros—. Dejamos a un hombre y a nuestro árabe con los botes... ¡Cuidado, aquí se nos ve! —El comando se agachó, trepó por la duna, pasó al otro lado y bajó hasta un pedregoso sendero que serpenteaba entre rocas agrietadas por la erosión—. ¡El cabrón ha resultado ser un jodido ladrón de mierda! Se ha llevado los botes, ¡me cago en él o en quien coño haya sido! El caso es que no hemos podido encontrar a Wilkins ni encontrarlo a él.

—¿Y el mayor Sims?

—Tampoco hemos dado con él.

Siguieron andando en silencio. El sendero los dejó ante un paisaje fantasmagórico: barrancos de escasa altura, rocas dentadas que relucían bajo la lluvia, árboles raquíticos y matojos, en un terreno que los obligaba a cambiar de dirección cada pocos metros, pues ascendía y descendía constantemente. Con aquel negro horizonte tenían la sensación de que la tierra se estaba cerrando a sus espaldas.

—Se llevó dos hombres —dijo Aldrich—, con la intención de rodear el objetivo y atacar por un flanco. Y no hemos vuelto a saber de él. Cuando por fin hemos conseguido reducir a esos cabrones, nos hemos puesto a buscarlo, pero... —DeHaan pegó un resbalón y trató de recobrar el equilibrio, pero acabó aterrizando de espaldas en el suelo—. Ojo con los guijarros —dijo el sargento, aunque la advertencia llegaba un poco tarde—. La puta operación era más jodida de lo que pensábamos —siguió explicando mientras DeHaan se levantaba—. Ya lo verán. Los hemos llamado, hemos silbado, hemos hecho señales luminosas... —dijo Aldrich reanudando la marcha—. Pero sencillamente... en fin, han desaparecido. No es algo tan raro, ¿saben? En mayo del cuarenta, estuve con la fuerza expedicionaria en el río Dyle, en Bélgica, y pasaba constantemente. —De la oscuridad surgió una pared de roca y el sargento se detuvo—. ¡Ah, aquí está, la cabrona! —Se quedó dudando, miró a un lado, miró al otro y, por fin, dijo—: Creo que había que tirar para la derecha. Sí, eso es.

Bajaron por un angosto desfiladero hasta una hondonada llena de rocas y luego volvieron a subir por una empinada cuesta, donde DeHaan intentó ayudarse con las manos, pero la piedra, parecida al sílex, arañaba como la lija. «Si te pierdes aquí —se dijo—, ya puedes despedirte». Al cabo de unos minutos, llegaron a una arroyada; el agua sólo tenía dos palmos de

profundidad, pero corría tan deprisa que costaba cruzarla sin perder el equilibrio. El sargento intentó subir la pendiente de la otra orilla, pero la arena resbalaba bajo sus pies. Al tercer intento lo logró y extendió una mano para ayudar al siguiente, diciendo:

—¡Ánimo, chicas!

—¿Cree que los han atrapado? —le preguntó DeHaan.

—¿Atrapado? —rezongó el sargento—. Sí, los han atrapado, sí, se puede decir así.

Al fin, llegaron a una cañada y vieron unos bultos vestidos con trapos grises, rodeados de cables enmarañados y alineados a lo largo de un cauce por el que discurrían unos dedos de agua. Los supervivientes de «la puta operación», se dijo DeHaan, empapado y exhausto. En los extremos de la línea había un hombre con una Bren. En medio estaba el teniente, sentado en el suelo, esforzándose en mantenerse erguido.

—¡Joder, no saben cómo me alegro de verlos! —exclamó con una sonrisa en su demacrado rostro. Tenía una pernera del pantalón desgarrada y la mano apretada contra el vendaje que le rodeaba el muslo—. Necesitaremos que nos echen una mano —añadió en tono de disculpa. DeHaan contó en silencio los hombres repartidos a lo largo del cauce (once) y se dijo que podrían arreglárselas con un bote. El teniente comprendió lo que estaba pensando—. Cuatro muertos —dijo—, cinco desaparecidos, incluido el mayor, me temo, y dos tan malheridos que hemos tenido que abandonarlos.

DeHaan sabía que eran veinte, además de Sims, y pensó que había contado mal, hasta que vio que uno de los hombres era un oficial alemán. Estaba tumbado sobre un costado, con las manos atadas a la espalda. Sentado junto a él, su guardián, uno de esos soldados con cara de niño de trece años, pero una cara hosca, como salida de algún suburbio victoriano, y salpicada de sangre. Desperdigados por el suelo, antenas dobladas, cajas de acero con diales e indicadores, de las que salían marañas de hilo de cobre, y dos discos cóncavos —uno de ellos, un espejo parabólico hecho añicos— de un metro de anchura. Alguno de aquellos chismes, o todos juntos, era un bolómetro, se dijo DeHaan.

—Parece que han conseguido lo que venían a buscar. El teniente asintió.

—Y a un boche. Un técnico, a juzgar por su insignia. —DeHaan sólo pudo distinguir la rueda dentada de los oficiales de ingenieros en la manga del alemán—. Conque operación cumplida, si conseguimos volver. Podía haber

sido más limpia, desde luego, pero tenían una guarnición, oficiales franceses y tropas tunecinas, y les ha dado por disparar. No ha durado mucho, pero...

En el cielo se oyó un zumbido lejano y todos los hombres alzaron la cabeza. El ruido se hizo más fuerte, pero acabó apagándose en la distancia.

—Ha vuelto, el muy cabrón —masculló uno de los comandos.

—Sabe que estamos aquí abajo —dijo el teniente—. Cortamos las líneas telefónicas, pero no hemos inutilizado la radio lo bastante deprisa. Y un oficial lanzó un par de bengalas.

—Fue lo último que hizo —gruñó el sargento Aldrich.

—No sabemos a quién iban dirigidas las señales —siguió diciendo el teniente—. Pero durante la huida nos atacó una segunda unidad. Así que deben de estar buscándonos.

DeHaan consultó su reloj. Apenas faltaba una hora para que amaneciera. Usando la Sten a modo de muleta, el teniente se puso en pie. Los hombres de DeHaan cogieron parte de los aparatos capturados y él dos de las cajas metálicas. Una tenía la parte central destrozada, como si alguien hubiera intentado inutilizarla a culatazos, y los cristales de los indicadores estaban astillados. Sobre el panel de control, había una placa de latón con la marca, «Zeiss», y debajo «Wärmepelgerät 60».

El viaje de regreso a la playa fue una lenta y dura odisea. El teniente y uno de sus hombres necesitaban ayuda para caminar y DeHaan, que iba de los primeros, no paraba de mirar el reloj. Las cajas mágicas, que al principio parecían ligeras, le pesaban cada vez más; para colmo, con la proximidad del alba, el viento había arreciado, y el frío se le había metido en el cuerpo, además de entumecerle las manos y los pies. Cuando oían el avión, se paraban en seco, hasta que el sargento, que iba unos metros por delante, a modo de explorador, decidía que había pasado el peligro y bajaba la mano. ¿Vería el piloto el *Noordendam*, anclado frente a la playa con todas las luces apagadas? DeHaan no conseguía convencerse de que no. Pero hasta el momento no se había oído ninguna explosión procedente de ese lado. Otra cosa sería cuando amaneciera y los cazas alzaran el vuelo e iniciaran la cacería.

La marcha proseguía en silencio, excepto cuando algún hombre se caía y soltaba un juramento. Cruzar la arroyada les costó Dios y ayuda, porque ahora el agua les llegaba hasta los muslos. Luego, tras rodear la pared rocosa, se internaron por un extraño pasillo entre muros de arenisca que se estrechaba

cada vez más, hasta que el sargento les ordenó parar y volver por donde habían venido.

DeHaan estaba mirando a Aldrich, que iba unos quince metros por delante, cuando uno de los hombres, que debía de haberse despistado cuando habían dado la vuelta, se interpuso entre él y el sargento. No recordaba haberlo visto en el barco, lo cual era extraño, porque tenía un aire muy peculiar. Aunque los comandos eran una raza aparte. Aquél llevaba una espesa barba, un trozo de tela atado a la parte posterior de un quepis y un largo fusil colgado del hombro. Alzó los ojos, vio a DeHaan y, por un instante, se quedó tan estupefacto como el holandés.

De pronto, DeHaan oyó un gruñido a sus espaldas:

—¡Al suelo, maldito zampaguesos!

¿Qué? Como el apelativo solía aplicarse a los holandeses, DeHaan se dio por aludido y empezó a volverse, pero de pronto oyó una Sten, y algo pasó silbando junto a su oreja. Se arrojó el suelo y buscó la Browning bajo el chubasquero. Alguien más disparó, mientras DeHaan se volvía hacia el individuo de la barba. Pero había desaparecido. «Quepis. Legión Extranjera francesa». DeHaan consiguió dar con la pistola y tiró de la corredera, mientras los comandos pasaban corriendo junto a él.

—¡Cárgatelo, Jimmy! —gritó alguien.

Otra ráfaga, aunque no habría sabido decir de dónde procedía, y otra, seguida por un rugido de indignación, como si a alguien acabaran de pegarle un pisotón. El rugido terminó bruscamente con la tercera ráfaga, mucho más breve.

—¡Están allí!

Allí estaban. Ráfagas de ametralladoras. Gritos en francés. Y empezó una ensalada de tiros. DeHaan apuntó hacia el lugar del que procedían los disparos, apretó el gatillo y los casquillos salieron despedidos junto a su mejilla hasta vaciar el cargador. Al cabo de unos segundos, silencio. Luego, chasquidos metálicos de cargadores sustituidos y la voz del sargento:

—Muy bien. Vámonos.

Debía de ser uno de esos brujos con un sentido mágico de la orientación, se dijo DeHaan. Ojalá los condujera a buen puerto.

Formaban una extraña procesión. El teniente, renqueando con la Sten a modo de bastón; el hombre que lo ayudaba, agarrándolo del codo; el prisionero alemán —un chupatintas calvo que entrecerraba los ojos como si hubiera perdido las gafas—, avanzando a trompicones, apremiado por el comando que lo vigilaba; detrás, un hombre sujetando una Bren con una

mano y arrastrando con la otra el espejo parabólico, que iba rebotando en las resbaladizas rocas; y aún más atrás, DeHaan, intentando sacar el cargador de la Browning y trotando hacia la columna, hasta que llegó a la altura de Patapouf, que estaba tumbado boca arriba, con los brazos extendidos y los ojos muy abiertos bajo la lluvia. DeHaan se inclinó junto a él y le buscó el pulso en el cuello con dos dedos. El comando que cerraba la marcha lo agarró de la capa y lo obligó a levantarse.

—Ahora está con Dios, señor. Déjelo.

—Patapouf —murmuró DeHaan. «Gordito». Los ojos se le llenaron de lágrimas por lo estúpido de aquella muerte.

—Lo sé, señor. Pero no se puede hacer nada. —Un acento cerrado, una voz aguda... El adolescente de la cara hosca—. Se quedó de pie, ¿sabe? Eso no hay que hacerlo nunca.

DeHaan cogió el Enfield y las dos cajas.

Luego, a regañadientes, echó a correr.

**AL SERVICIO
DEL ALMIRANTAZGO
BRITÁNICO**

20 de mayo. Alejandría.

Habitación 38 del Hotel Cecil, en el paseo marítimo de Ras el-Tin.

«Demetria». Era, había dicho, del Levante, de origen griego, y oscura en todos los sentidos: pelo, ojos, espíritu... Por el día trabajaba como directora de un colegio para señoritas, «muy decentes y modosas, con uniformes». Pero ella —puntualizó mirándolo de aquella manera— no era realmente así. La mirada se acentuó. No, ella no era realmente así.

Cierto. Liberada de su vida diurna, y del austero traje de lino, con la ropa interior bajo las arrugadas sábanas de la cama del hotel, yacía boca arriba, exuberante, con las piernas negligentemente abiertas —dejando entrever lo que los franceses llamaban *rose de dessous*—, fumando con enorme placer. Cigarrillos negros con círculos dorados en la boquilla, que despedían un penetrante aroma. Jugaba con el humo pensativamente, dejándolo escapar de sus labios, con débiles soplos, hacia el rosetón de escayola del cielo raso.

—Me da vergüenza confesarlo —murmuró—, pero fumo a escondidas.

¿Le daba vergüenza algo? DeHaan estaba echado a sus pies, a lo ancho de la cama, incorporado sobre un codo.

—No se lo contaré a nadie —dijo.

Demetria tenía una sonrisa dulce.

—En otros tiempos era muy recatada, ¿sabes? Luego, mi marido fue y se me murió encima, pobrecito mío... Yo tenía treinta y ocho años. —Se encogió de hombros, soltó el humo y lo lanzó hacia el techo—. Estas comunidades griegas, Odessa, Beirut, El Cairo, son muy puritanas, si perteneces a determinada clase social. Así que hay que tener cuidado con las flaquezas. Lo cual es bastante extraño en esta ciudad, tan permisiva para la mayoría de la gente, aunque no para alguien como yo. Durante algún tiempo, tuve varios pretendientes, e incluso una casamentera. «¡Oh, Demetria, tengo para ti un caballero de muy buena posición, completamente respetable y bla, bla, bla!»». Pero no era para mí.

—No —dijo DeHaan—, no era para ti.

—Con la guerra es un poco mejor. Dios me perdone por decirlo, vive hoy porque mañana habrás muerto; pero, aun así, *chéri*, ese momento de hace un rato ha sido mi primera *petite mort* en mucho tiempo —confesó Demetria apagando el cigarrillo en el cenicero de la mesilla con un suspiro.

En el silencio de la habitación, sólo se oía el lejano rumor del mar en el malecón. Demetria se dejó caer en la cama, dobló las rodillas y lo llamó a sus brazos. DeHaan se deslizó por la cama y se echó a su lado. Desde allí, la vista era inmejorable, aunque parecía mejorar por momentos. Así que se arrimó un poco más.

—*Yassou* —murmuró ella. ¿Cómo? Daba igual, no podía contestar. Suavemente, Demetria le pasó los dedos por el pelo de la nuca—. Oh, cariño... —le susurró lánguidamente, pero su voz tembló en la última palabra—. Sí... ahí también...

Se quedó contemplando el rosetón mientras Demetria dormía a su lado, con una pierna descansando pesadamente sobre la suya. «Ninfas, ahí arriba. Dos, tres... ¡cinco!». ¿Apagaba la luz? No, la oscuridad despertaba a la gente. Y estaba a gusto así, inmóvil, agradablemente cansado y un poco aturdido, como si acabara de salir de una enfermedad que no recordaba haber pasado. *Petite mort*, lo había llamado Demetria, «pequeña muerte», un bonito eufemismo francés. Sí, bueno. Hacía sólo unos días, mientras el *Noordendam* se alejaba del cabo Bon, había estado muy cerca de una *grande mort* nada eufemística.

Iban rumbo a la base naval británica de Alejandría, a más de mil millas náuticas al este, una travesía de cuatro días, con suerte. Pasarían del espacio aéreo controlado por las bases del Eje al de la RAF, de modo que el mayor peligro estaba en las primeras cuarenta y ocho horas. Pero, cuando hacía apenas una hora que había amanecido y DeHaan empezaba a pensar que lo habían logrado, aparecieron los franceses. Tarde, pero con empaque. Una lancha patrullera, flamante y reluciente, cortando el agua con brío, para que se viera cuánto corría.

Estaban muy lejos de cualquier ayuda, de modo que hicieron lo que pudieron. El señor Alí envió la ristra de números cifrados que le dictó el teniente, mientras los comandos, con dos Bren y un rifle con mira telescópica, esperaban bajo cubierta. Vanas esperanzas, se dijo DeHaan; un combate naval no funcionaba así. Amado estaba listo, más sobrio y muerto de miedo que nunca, pero los franceses no tenían ganas de charla. Mientras avanzaban hacia

la popa del *Noordendam*, izaron la bandera de señales con la leyenda «SN», que según el código internacional significaba: «Deténgase inmediatamente. No arríe botes al agua. No use la radio. Si desobedece, abriré fuego contra usted».

Vale, estaba claro.

—Ni caso —les dijo a los vigías.

Las máquinas siguieron en «Avante toda» y los vigías dirigieron los prismáticos hacia el horizonte de proa. Pero no era más que un farol. El altavoz de la patrullera soltó un ladrido, les concedió treinta segundos para obedecer y, a continuación, se oyó el lento y tartajeante tableteo de una ametralladora pesada, y las balas trazadoras dibujaron un arco rojo medio metro por encima del puente. *Ça va?*

—Paren máquinas.

La patrullera, erizada de antenas y armada con dos ametralladoras gemelas y un cañón en la cubierta de proa, se acercó cautelosamente y se detuvo a su altura.

—A babor, capitán —dijo el vigía, que parecía perplejo—. A las diez en punto. Una especie de... Un hidroavión.

DeHaan cogió los prismáticos. Un aparato enorme y desproporcionado, con la carlinga suspendida de unas anchas alas provistas de grandes flotadores, se recortaba en el cielo gris. El rugido de su motor ahogaba el zumbido sordo de las máquinas. ¿Amigo o enemigo? Un marinero de primera subió la escalerilla del puente como una exhalación.

—El teniente quiere empezar a disparar.

—Dile que aún no.

Cuando el marinero iba a bajar la escalerilla, la patrullera se puso en marcha a toda potencia; al volverse hacia ella, DeHaan vio que trazaba un amplio círculo, se escoraba peligrosamente debido a la velocidad del giro y, lisa y llanamente, huía. ¿De qué? El hidroavión no era francés, sino una Sea Otter inglesa, una pesada bestia de carga, pero armada con ametralladoras del 7,7 milímetros, un temible oponente para la patrullera, que ahora sólo era una estela blanca a lo lejos. La Sea Otter no la persiguió; disparar a la lancha habría atraído los cazas de Bizerta, y ésa era una batalla que a nadie le apetecía librar, al menos esa mañana.

Así que, olvidándose de los franceses, la Sea Otter voló en círculo sobre el *Noordendam* y, pese a su envergadura, se inclinó a derecha e izquierda, lo que a los ojos de la tripulación, que la saludaba desde cubierta, equivalía a un saludo con las alas. Mientras se alejaba en dirección norte, DeHaan

comprendió que sólo podía proceder de algún destructor que, oculto tras la línea del horizonte, los estuviera siguiendo con el radar y hubiera recibido su señal de radio; un pariente pobre de los portaaviones que tenía que bajar los aparatos al agua cuando debían despegar y volverlos a subir a cubierta cuando amerizaban. DeHaan barrió el horizonte septentrional con los prismáticos. Vacío, no se veía nada. No obstante, los de la Armada Real británica estaban allí, en algún sitio, en aguas peligrosas también para ellos, protegiendo sus dichosos bolómetros.

Demetria se despertó empapada en sudor y le pidió que abriera la ventana. Una noche calurosa, con el mar en calma, algunas nubes, alguna estrella y el silencio de una ciudad totalmente a oscuras en tiempo de guerra.

—¿Qué hora es? —preguntó Demetria.

DeHaan se acercó a la mesa para consultar su reloj, le dijo que eran las tres y diez y volvió a la ventana, sintiendo que los ojos de la mujer lo seguían por la habitación.

—Qué bien, temía haber dormido demasiado.

Demetria se inclinó hacia la mesilla para apagar la lámpara, se levantó, se acercó a él y, rozándole la espalda con el cuerpo, deslizó las manos alrededor de su cintura.

—¿Delante de la ventana?

—¿Por qué no? A mí no me ve nadie... —Sus manos lo acariciaban por todas partes, ligeras como el aire, y DeHaan cerró los ojos—. Me parece que no te molesta que te toque —le susurró Demetria—. No, no te molesta. Por supuesto, si te molesta, lo dices. Y, si no te molesta, también puedes decirlo. Puedes decir: «Demetria, me gusta lo que me estás haciendo». O, si quieres decir otras cosas, no dudes en decirlas. Yo soy muy comprensiva.

Más tarde, de nuevo en la cama, él le preguntó:

—¿Qué significa esa palabra griega que has dicho antes?

—¿*Yassou*?

—Sí.

—Significa «hola».

—¡Ah!

Se quedaron callados unos instantes. Luego, ella le preguntó:

—¿Estás casado, Eric?

—No —respondió DeHaan—. Aunque estuve a punto de casarme a los veinte años, recién salido de la escuela naval. Con una chica estupenda, y muy guapa. Estábamos lo que se dice enamorados, o por lo menos bastante, y ella estaba dispuesta a ser la mujer de un marino que nunca estaría en casa, pero... me eché atrás.

Había crecido entre familias de marinos mercantes, en las que las mujeres vivían eternamente solas, criando a los hijos y tejiendo kilómetros de jerseys. Sus casas, en las que entraba a menudo, estaban siempre impecables; el aire olía a cera y comida, pero también a sacrificio, a soledad, y en todas las habitaciones se oía el tictac de un reloj. Y, al final, aunque no habría sabido decir qué otra cosa quería, comprendió que no era eso.

—¿Y tu familia?

—En Holanda tengo a mi madre y mi hermana. Sólo puedo rezar para que sobrevivan a la ocupación. No puedo contactar con ellas.

—¿No puedes?

—No debo. Los alemanes lo leen todo, y no les gustan las familias que tienen miembros en las fuerzas libres. Lo mejor para alguien como yo es no recordarles que existes. Son vengativos, ¿sabes? Se llevan a la gente para interrogarla, les reducen las raciones, los obligan a marcharse...

—Por lo menos están en Holanda. Los holandeses son buena gente, creo, con una política sensata.

—La mayoría, no todos. También tenemos nuestros nazis.

—Todo el mundo tiene unos cuantos, *chéri*. Son como las cucarachas, sólo se ven de noche. Porque, si salen por el día, sabes que tienes que hacer algo al respecto.

—Más que unos cuantos. Hay un partido nazi holandés. Su símbolo es una trampa para lobos.

—Qué cosa tan horrible —murmuró Demetria tras pensarlo unos instantes. DeHaan asintió—. ¿Y tú? ¿Quizá eres un poco de izquierdas?

—No soy mucho de nada, me temo. —No era momento para hablar de los sindicatos, el Komintern, la brutalidad de la política en los muelles, las navajas y las barras de hierro—. Creo en la bondad —dijo DeHaan—. En la compasión. Nosotros no tenemos partido.

—¿Eres cristiano? —preguntó Demetria—. Aunque, en fin, parece gustarte mucho la cama para eso.

—A mi manera, tal vez lo sea. De hecho, como capitán de barco, tengo que soltar un sermón los domingos por la mañana. Es un auténtico suplicio

decirle a la gente lo que debe hacer. Sed buenos, hijos de Satanás, o arderéis en el infierno.

—¿Realmente dices cosas así?

—Preferiría no hacerlo, pero es lo que pone en el libro que usamos. Así que las digo bajito.

—Tienes buen corazón —dijo ella—. Que Dios te ayude.

Demetria le cogió la barbilla, le volvió la cara hacia ella y le dio un beso, un beso cálido por ser como era y por el futuro que le esperaba.

Más tarde, DeHaan volvió a pensar en aquella conversación. ¿Había sido simplemente eso, o algo más? ¿Un interrogatorio? ¿Algo por el estilo? En pelotas, sí, pero aun así revelador. Su vida, sus ideas políticas, quién era. La idea hizo que se sintiera herido, porque por un momento, mientras ella dormía, se dijo que el amanecer los convertiría en calabazas y se le encogió el corazón. ¿Por qué no podía ser aquélla su vida habitual? La gente vivía así. ¿Por qué tenía que ser distinto su destino? Porque lo era, punto. Y no estaba tan mal. Al menos, de vez en cuando, surgía el ocasional *amour*, el encuentro casual. Pero ¿había sido casual? «Para —se dijo—, piensas demasiado». Los amantes hacen preguntas, eso no tiene nada de particular. Pero conocer a Demetria había sido fortuito y, tras sólo unas semanas y un mínimo de experiencia, DeHaan había comprendido que la vida en la clandestinidad era una tortura precisamente por eso. Te obligaba a hacerte preguntas.

Y sólo una hora después de desembarcar en Alejandría, ya los tenía encima. Primero, un oficial de inteligencia del estado mayor, un capitán que sudaba la gota gorda en un pequeño despacho. Tras agradecerle lo que había hecho, le había pedido un relato de lo que había ocurrido, un informe. Puro formalismo, había dicho el capitán, y, si no le importaba, podía hacerlo en ese mismo momento, luego lo comentaban y listos.

Pero de listos, nada. Porque cuando acabaron apareció una especie de fantasma victoriano, un espectro surgido de los gloriosos días del Imperio británico. Orondo y rubicundo, con ojos de un azul de porcelana china, un enorme y puntiagudo bigote blanco y unos apellidos larguísimos —Nosequé, guión, Nosecuántos—, seguidos por un «¡Pero llámeme Dickie, como todo el mundo!».

Dickie lo había oído todo sobre la misión del *Noordendam* —«Pero debemos llamarlo el *Santa Rosa*, ¿verdad?»—, deseaba estrechar la mano de DeHaan y lo hizo con todas sus fuerzas. Luego, insistió en invitarlo a un

trago, y después a otro, en un bar un tanto siniestro, perdido en los callejones de detrás del paseo marítimo, y por fin se lo llevó a «una gaita de té» en el principesco club náutico, fundado, le contó a DeHaan, cuando los virreyes turcos gobernaban la ciudad. Durante el té, gentileza del servicio cultural británico en el exterior, o algo por el estilo —demasiadas copas en el cuerpo—, le presentaron a Demetria. Que se quedó junto a él, lanzándole miraditas y poniéndole la mano en el brazo cuando le hablaba, y acabaron hablando de ir a cenar. Así que derechos al restaurante, donde ninguno de los dos comió mucho, y luego, casi enseguida, al viejo y querido Cecil, mientras DeHaan se decía que ese día debía de ser muy favorable para los de su signo zodiacal. O, en otras palabras, que aquello era demasiado bueno para ser verdad.

Pero tan bueno que le daba igual que fuera o no verdad. Además, razonó, Demetria podía haber hecho lo que necesitara hacer en el pequeño restaurante griego: la charla de sobremesa habría bastado; no tenía por qué ser una charla entre sábanas.

¿O sí?

El *Noordendam* de por la mañana, tras la larga noche en la habitación 38, no fue clemente con DeHaan. A los recuerdos en technicolor y los efectos de las copas con Dickie en su cabeza, el mercante añadió su olor a gasóleo quemado, vapor hirviente y pintura recalentada por el sol, el estrépito de sus máquinas y sus hombres, y el gris de sus conductos y mamparos. El plato de arenque de lata con salsa de tomate fría acabó de dejarlo para el arrastre.

—Me voy al camarote —le dijo a Ratter—. Si se hunde el barco, no me llames.

Ratter no lo llamó, pero el señor Alí, sí. Con discretos pero con persistentes golpes de nudillos en su puerta. «Vete al infierno —pensó DeHaan—. Y, sea lo que sea, llévatelo contigo».

—Perdone, capitán —dijo el radiotelegrafista—. Pero es un mensaje urgentísimo para usted, capitán. Urgentísimo.

El señor Alí le tendió un mensaje de radio perfectamente comprensible, que requería su presencia en determinado despacho del Edificio D-9, «esta mañana, a las nueve horas». DeHaan soltó un juramento, se vistió y bajó la pasarela en busca del Edificio D-9. El puerto estaba atestado de buques de la Flota del Mediterráneo británica, innumerables y de todo tipo, y esa mañana en todos se estaban haciendo trabajos que necesitaban martillos neumáticos. El sol empezaba a calentar mientras DeHaan vagaba por un laberinto de

edificios bajos y barracones Nissen, en el que nadie parecía haber oído hablar del D-9. Por fin, un infante de marina que hacía guardia ante un barracón le dijo:

—¿Está buscando a los del registro, señor?

—Sólo me han dicho «Edificio D-9».

—Están en Scovill Hall, al menos algunos, temporalmente. Es el edificio de los antiguos establos.

—¿Establos? ¿Para caballos?

—Bueno, hace cincuenta años, quizá.

—¿Dónde está?

—Hay un buen paseo, señor. Siga esta calle unos cuatrocientos metros y, al llegar al taller de máquinas, tuerza a la izquierda. Luego... luego es mejor que pregunte. Por Scovill Hall, señor, los viejos establos.

—Gracias.

—Buena suerte, señor.

Media hora más tarde, cuando al fin encontró Scovill Hall y, tras perderse varias veces, la oficina en cuestión, tenía la cabeza a punto de estallar y la camisa empapada en sudor. En la antesala había tres chicas del Servicio Naval Femenino pegadas al teléfono.

—Lo siento —dijo una de ellas tapando con la mano el micrófono del auricular—. Es una mañana liada, tendrá que esperar.

DeHaan se sentó al lado de un oficial de la Marina Real griega, que tenía su base en Alejandría, junto con el gobierno en el exilio, desde la caída de Grecia a finales de abril.

—Vaya calor, ¿eh? —le dijo DeHaan.

—No inglés —respondió el griego alzando las manos con una sonrisa apurada.

Los dos hombres esperaron juntos oyendo sonar los teléfonos, que volvían a la vida casi inmediatamente después de que las chicas colgaran. Un mensajero entró corriendo, seguido de cerca por otro, que maldecía entre dientes.

—Tranquilo, Harry —le dijo una de las secretarias.

El ajetreo no disminuyó durante cuarenta minutos.

—Lo siento, no puede ponerse.

—Lo llamará él, señor.

—Sí, nos hemos enterado.

—No, su número es el seis cuarenta, nosotros somos el seis cincuenta... No, es otro edificio, señor... Lo siento, señor, no puedo. Estoy segura de que

contestarán en cuanto puedan.

—¿Capitán DeHaan?

—¿Qué? Sí, sí, soy yo.

—Pase, capitán. La puerta de la izquierda... No, eso es el baño. Eso es, capitán, esa de ahí. Entre, entre...

Detrás de un escritorio metálico gris, un teniente de marina: cara de universitario y uniforme tropical blanco: cuello abierto, pantalones cortos y calcetines largos. «No tiene los treinta», se dijo DeHaan. El teniente, que intentaba poner fin a una conversación telefónica, le indicó una silla sin dejar de hablar.

—Aquí realmente no sabemos gran cosa, la información nos llega con cuentagotas. Hasta ayer, la confusión era total... Por supuesto que lo haré... Sí, descuida. Tengo que colgar, Edwin, llámame después de comer, ¿de acuerdo? Sí, cuenta con ello, adiós.

El teléfono volvió a sonar apenas colgó, pero el teniente se limitó a menear la cabeza y miró a DeHaan.

—Las cosas no van bien —dijo.

—¿No?

—Seguro que se ha enterado. Están en Creta. Desde ayer. Un asalto aéreo. Miles y miles, en paracaídas y planeadores. Eliminamos a un montón antes de que tocan suelo, pero aun así se han hecho fuertes. Es extraordinario... No se había hecho nunca, ¿sabe? Bueno, ¿usted es?...

—Capitán DeHaan, del carguero holandés *Noordendam*.

—¡Vaya! Entonces, enhorabuena. —El teniente se acercó a una caja fuerte abierta y empezó a hojear un fajo de papeles. Al parecer, no encontró lo que buscaba, porque empezó de nuevo—. Ya lo tengo —dijo al fin, aliviado—. Éste es el suyo.

Hizo firmar a DeHaan en un libro, con la fecha y la hora, y luego le pasó una hoja de papel amarillo de teletipo.

MUY CONFIDENCIAL

Para uso personal y exclusivo del destinatario

DIN JJP/JJPL/0447

OTMA/95-0447 R 01 296 3B - 1600/18/5/41

De: Director Adjunto/OTMA

Para: E. M. DeHaan

Capitán/NV *Noordendam*

Muy urgente

Asunto: Hyperion-Lijn NV *Noordendam*

Cambio de órdenes: En adelante, todos los cargamentos, rutas y puertos de escala serán decididos por esta oficina,

desde la fecha que figura en el encabezamiento.

0047/1400/21 /5/41+++DD/OTMA

—¿Todo claro? —le preguntó el teniente.

El teléfono volvió a sonar, pero paró enseguida.

—El mensaje, sí. Lo demás... —DeHaan se encogió de hombros—. ¿Quién me ordena esto, exactamente?

—Bueno, la DIN es la División de Inteligencia Naval.

—¿Y OTMA?

—OTMA. Sí, claro, ése es fácil. —El teniente tiró del panel extensible de debajo del escritorio y recorrió una lista con el índice—. Eso es... Exacto, la Oficina de Transporte Marítimo Aliado. Una gente muy maja.

Eso era como no decir nada, pese a lo cual DeHaan casi se echó a reír.

—¿Quién?

—No puedo decirle más. Según la lógica, capitán, ahora pertenece usted al ministerio de Transportes de Guerra, los de los convoyes; pero, como desde el treinta y nueve la lógica ya no es lo que era, me temo que tendrá que entenderse con esos granujas de la OTMA.

—Y... ¿se le ocurre algún granuja en particular?

—Estoy seguro de que lo hay y de que se pondrá en contacto con usted. Entre tanto, para cualquier cosa que necesite, le sugiero que acuda a la oficina del puerto.

El teniente se puso en pie. DeHaan lo imitó y los dos hombres se dieron la mano.

—Bueno, como suele decirse, el éxito siempre trae cambios, ¿no? —dijo el teniente—. Pues que sean para bien, ¿no?

22 de mayo. Campeche, México.

Un puerto tranquilo asomado al golfo de Campeche, en la costa occidental de la península de Yucatán. Allí nunca pasaba nada: de vez en cuando, llegaba un carguero, o los revolucionarios tiroteaban el banco, pero en el banco no solía haber mucho dinero, y los temporales, unidos a un peligroso bajío, ahuyentaban la mayor parte del tráfico marítimo hacia otros puertos, principalmente Mérida y Veracruz. Aparte de eso, la región era conocida por sus temibles vampiros, sus deliciosas bananas y poco más.

Pero la noche del veintidós en la ciudad reinaba una excitación que atrajo al puerto a una multitud y ésta, a su vez, a unos mariachis, de modo que, pese al desastre, la velada fue festiva. Y la presencia de una pareja bien vestida, de

mediana edad y vaga procedencia europea, no pasó inadvertida, aunque tampoco llamó la atención. El hombre, alto y distinguido, con las sienas plateadas bajo un sombrero de paja, y la mujer, con una vistosa falda y aretes de oro, se sentaron en la terraza de la Cantina Flores, en la plaza arbolada que daba a los muelles. Según se decía, eran de Ciudad de México, habían viajado hasta Campeche en tren y taxi, y llegado dos días antes del acontecimiento, es decir, de que el mercante español *Santa Rosa* se incendiara al final del muelle.

Tras dejar un cargamento de bidones de productos químicos, accesorios de bicicletas y máquinas de coser en Veracruz y recoger otro de sisal, algodón en rama y bananas con destino a España, el *Santa Rosa* había sufrido una avería a un día del puerto de Campeche, a donde había sido remolcado para proceder a repararlo. Aquello no era ninguna novedad: si en Campeche se estropeaba todo, ¿por qué no iba a estropearse un mercante? El barco había entrado a puerto en abril, pero llegó mayo, y la tripulación seguía trabajando bajo cubierta e intentando reparar el motor en un pequeño taller del puerto, mientras esperaban, y esperaban, la llegada de las piezas de recambio. Hasta que, para no desmentir el sino local, cuando los trabajos estaban prácticamente acabados, brotó un incendio en una bodega de carga llena de sisal. La tripulación hizo todo lo que pudo y los bomberos acudieron en su ayuda, pero el fuego se propagó con rapidez, algo explotó y los marineros abandonaron el barco y se quedaron en el muelle con las manos en los bolsillos, contemplando el incendio y preguntándose qué ocurriría a continuación.

En el puerto, la gente bebía cerveza, charlaba y escuchaba a los mariachis, mientras la noche avanzaba, las resplandecientes llamas amarillas bailaban en la cubierta del *Santa Rosa* y el aroma a banana asada inundaba el aire. La multitud observaba pacientemente el barco, que poco a poco se escoraba a babor, esperando que se hundiera para marcharse a casa.

La pareja también observaba. Tal como estaba la guerra y la política en Europa, Ciudad de México estaba llena de europeos, pero allí rara vez se veía alguno. Aunque, de hecho, se había visto a otros dos, un par de chicos jóvenes, expertos en explosivos, que habitualmente trabajaban para el partido comunista en la capital, aunque, de vez en cuando, tampoco les importaba vender sus servicios al mejor postor. No obstante, esa noche no estaban en Campeche; cuando el fuego atrajo al puerto a la multitud, iban camino de algún otro sitio. Pero la pareja, sí, la pareja estaba bebiendo vino tinto en la Cantina Las Flores.

—En realidad —dijo el hombre—, sólo estuve diez minutos con ella.

—Yo diría que fueron veinte —replicó la mujer.

—Bueno, en las fiestas, ya se sabe, hay que hablar con la gente.

—Conmigo no te hagas el inocente, por favor. Todo el mundo se dio cuenta de cómo te miraba.

—Pues ella a mí no me dice nada, querida. Con todos esos dientes...

Al final del muelle se oyó una explosión sorda. Una lengua de fuego se alzó sobre la cubierta y la multitud soltó un «¡Ahhh!».

La mujer consultó su reloj.

—¿Cuánto tiempo tenemos que quedarnos aquí?

—Hasta que se hunda.

—Está a punto de hundirse. Cualquiera puede verlo.

—Bueno, nunca se sabe. Podría ocurrir un milagro.

—Yo diría que es poco probable. Además, estoy cansada.

—Puedes volver al hotel, si quieres.

—No, me quedaré —dijo la mujer con resignación—. Los chicos, ¿se han ido?

—Hace horas.

—Entonces, si ocurriera un milagro, como tú dices, tampoco podrías hacer nada.

—Podría. Si ocurre, lo verás.

Ella se echó a reír. Era —siempre lo había sido— un hijo de puta encantador.

—Cómo eres... —dijo ella meneando la cabeza.

22 de mayo. Puerto de Alejandría.

A mediodía, la oficina del puerto convocó a DeHaan y le dijo lo que tenía que hacer el *Noordendam*: prepararse para zarpar.

—Es una emergencia —le explicó el oficial, un capitán—. De modo que serán ustedes, el *Maud McDowell*, de Canadá, y dos barcos griegos, el *Triton* y el *Evdokia*, un buque cisterna. Lo necesitamos —dijo el capitán—. Es usted voluntario, ¿no? Quiero decir, ya sabe lo que está en juego... Se están quedando sin nada de nada. Y Creta sólo está a unas tres mil millas, un día y medio, quizá. Ustedes hacen once nudos, ¿no?

—Lo intentamos.

—El *Triton* podría ir un poco más lento, pero llevarán escolta, al menos dos destructores, y puede que también les den cobertura aérea. Buena

compañía. Después, podrá volver a hacer lo que sea, pero ahora mismo necesitamos a toda la gente que tenemos a mano. ¿Vale?

—Iremos, por supuesto. Pueden empezar a cargar cuando quieran.

—Ya hemos empezado; los camiones están en el muelle. Y, como extra, vamos a repintar el barco. Vuelve a ser el *Noordendam*.

DeHaan asintió. No estaba sorprendido; aquello era una operación a gran escala, y el aprovisionamiento era fundamental.

—Lo conseguiremos —aseguró el capitán. DeHaan se dijo que tal vez fuera un oficial de la reserva naval, un capitán mercante reclamado por la Armada, lo que por algún motivo le hizo sentirse mejor—. Le deseo la mejor suerte británica. Y —añadió con una sonrisa irónica— prohibido fumar.

DeHaan pidió que le dejaran utilizar el teléfono y llamó al número que le había dado Dickie. Una mujer con acento oriental se puso al aparato y apuntó su número. Quince minutos después, Dickie le devolvió la llamada.

—¿Cómo va eso, DeHaan? —le preguntó con jovialidad, pero, bajo su habitual campechanía, había una nota de preocupación: «¿Qué demonios querrá éste?».

DeHaan le habló de las órdenes de la oficina del puerto.

Al otro lado de la línea, un breve silencio, seguido de un gruñido desdeñoso:

—Mmm... Un maldito inconveniente, diría yo. Pero... —¿Lo sabría?—. Parece que la guerra ha interrumpido nuestra guerra —dijo Dickie con voz más segura—. Pero no podemos hacer nada, ¿verdad? —preguntó, aunque en realidad quería decir: «No me estará pidiendo que lo saque de ésta, ¿verdad?».

Pero DeHaan también estaba en guerra: podían hacer con él lo que quisieran, siempre que le dieran lo que necesitaba. Si no...

—Hay una condición.

—¡Ah!

—El *Noordendam* necesita un oficial sanitario, un médico. No zarparemos sin él.

Otro gruñido.

—¿De veras?

El tono de DeHaan no lo había impresionado. «Peor para él».

—Sí, de veras.

—Muy bien, entendido.

—Estaré a bordo, tercer muelle, embarcadero nueve, todo el día, probablemente durante dos o tres. La fecha de salida es secreta, por supuesto, pero no puede estar lejos.

—Vale. Lo intentaré. Es todo lo que puedo prometerle.

—Consígalo, Dickie.

—Vale, vale.

DeHaan colgó el auricular. La maldición del capitán de mercante irregular era que también tenía que hacer de médico de a bordo, con la ayuda del manual básico que les proporcionaban. Y, cada vez que un marinero se declaraba enfermo alegando que le dolía el estómago, mientras buscaba las sales Epsom, DeHaan sólo podía pensar en una cosa: apendicitis. Más de un capitán de barco mercante había realizado una apendicectomía en el mar —el manual explicaba cómo hacerlo— y a veces, dada la extraordinaria constitución de los marineros, el paciente incluso se había recuperado. Hasta la fecha, DeHaan había reducido fracturas, cosido heridas y tratado quemaduras, pero la idea de operar a alguien le ponía los pelos de punta.

Así que, unos días antes había decidido que sus tiempos de matasanos habían acabado. Cuando llegaron al *Noordendam*, frente al cabo Bon, era de día, y DeHaan comprendió que el sargento Aldrich, que los había guiado de vuelta a la playa y había explicado su cojera diciendo que había metido el pie en un agujero, había mentido. Cuando empezó a caminar por la cubierta, fue dejando una huella de sangre a cada paso. Al parecer, alguno de los comandos supervivientes hacía las veces de sanitario, porque DeHaan no volvió a saber nada del asunto; pero estaba seguro de que el sargento tenía una herida de bala, y se había jurado que no volvería a llevar a nadie a una misión peligrosa sin un médico que se encargara de los heridos.

Mientras le colgaba el teléfono a Dickie, no muy suavemente, pensó: «Conque “Vale, vale”... Pues sí, más te vale conseguirme lo que te pido, porque no sabes lo testarudo y cabezón que puede llegar a ser un holandés».

Prohibido fumar. Pues qué bien. Cuando DeHaan regresó a su barco, se encontró con una tripulación la mar de trabajadora y la mar de callada. Escotillas de carga abiertas, cabrestantes chirriando y soltando vapor, grúas girando a izquierda y derecha, Van Dyck dando órdenes... Bajo el sol de Alejandría, el contraestre se había quitado la camisa y enseñaba un ancho y liso torso en el que no se distinguía un músculo. Van Dyck era el hombre más fuerte que hubiera conocido; DeHaan lo había visto rasgar por la mitad una

baraja, por una apuesta. Pero esa tarde la fuerza era lo de menos; el contramaestre trabajaba con una delicadeza digna de un joyero, haciendo bajar la carga al fondo de la bodega sin un golpe, sin un roce, sin una sacudida. Primero las cajas, con rótulos estarcidos en la madera: minas terrestres, proyectiles de cañón de 76 milímetros, munición de 7,7 milímetros. Y, luego, las bombas, de cien y doscientos kilos, estibadas en un lateral hasta el techo de la bodega. Cinco mil toneladas, sin contar lo que llevarían en cubierta. Ni los cuatro tanques que irían amarrados frente al puente y los dos cazas Hurricane de la popa.

—Madre mía... —murmuró Ratter cuando DeHaan se reunió con él en el puente—. Como pase algo, vamos a estar volando por los aires una semana.

Estuvieron trabajando toda la noche, con el muelle completamente iluminado, pese al riesgo de un ataque aéreo alemán. Alejandría ya había sido bombardeada, y volvería a serlo, pero había que cargar el convoy, lo que significaba trabajar sin descanso hasta acabar la faena. En el *Noordendam* hacían turnos de doce horas con cuatro para dormir y sándwiches para las comidas. DeHaan estaba en cubierta, arrodillado junto a Van Dyck, que utilizaba guantes para manejar el acero recalentado de un engranaje averiado, cuando apareció el médico.

DeHaan no tenía la menor idea de a quién le mandarían; tal vez un médico militar jubilado que se había retirado con su mujer a la exótica y barata Alejandría. Pero no era el caso del individuo que estaba al pie de la pasarela, donde un infante de marina de guardia anunció:

—Dice que viene a ver al capitán.

—Déjelo subir.

El recién llegado sonrió y, tras un instante de vacilación, empezó a subir la pasarela lenta y cautelosamente, agarrándose a la cuerda que hacía de barandilla con una pálida mano, no fuera a caerse al agua y se lo tragara un monstruo marino.

—¿Es usted el capitán DeHaan? —preguntó consultando un papelito—. ¿Estoy en el barco correcto?

¿Y en qué idioma hablaba? No era holandés, y tampoco alemán. Yiddish, claro, se dijo DeHaan, que no pudo evitar sentir admiración por Dickie al comprender lo que había hecho.

Aparentaba unos veintitantos y llevaba un traje negro demasiado ancho, una corbata estrecha y negra, una camisa que debía de haber sido blanca,

pero, tras meses de lavarla en cuartos de hotel, se había vuelto gris, y un sombrero negro que le estaba una talla grande. Tenía la frente despejada, ojos ansiosos e inquisitivos y una cara esperanzada, pero preparada para la decepción, lo mismo que los hombros, anticipadamente caídos.

—Me llamo Shtern —dijo.

Los marineros que trabajaban alrededor de las bodegas abiertas estaban demasiado pendientes del visitante para el gusto de DeHaan, de modo que se lo llevó a la cámara de mapas, lo invitó a sentarse en uno de los taburetes y se sentó en el otro, ante el tablero inclinado para las cartas náuticas.

—Bienvenido al *Noordendam*, doctor Shtern —le dijo DeHaan en alemán—. Aunque en realidad todavía es el *Santa Rosa*.

—¿Doctor? Bueno, casi.

—¿No es usted médico?

—Hice los tres primeros años de la carrera, en Heidelberg.

—¿Es usted alemán?

—En realidad, ahora ya no soy nada, capitán. Originalmente, procedemos de una pequeña ciudad de Ucrania.

—Tres años —murmuró DeHaan—. Pero puede hacer todo lo que hace un médico, ¿no?

—Hice muchas prácticas con cadáveres. Por desgracia, nos obligaron a abandonar Alemania, así que no pude seguir estudiando.

—¿Vino a Alejandría desde Alemania?

—Bueno, primero pasamos una temporada en Amberes, desde donde tratamos de viajar a Palestina. La vimos desde el barco, pero los ingleses nos detuvieron y nos mandaron a un campo en Chipre. Luego, pasados unos meses, nos permitieron venir aquí.

—Lo que necesitamos en este barco, Herr Shtern, es un médico, así que a partir de ahora será usted el doctor Shtern, si no le importa.

—Haré de lo que sea, capitán, con tal de poder mandar dinero a mi mujer. Todo esto ha sido muy duro para nosotros. Somos judíos, capitán. Refugiados.

—¿Somos?

—Mi mujer y tres niños, muy pequeños todavía —respondió Shtern sonriendo con orgullo.

—Por lo general, las tripulaciones de los barcos mercantes cobran al finalizar un viaje, por largo que sea; pero, si nos facilita los datos, podemos telegrafiar el dinero a su mujer.

—¿Tienen enfermería, capitán? ¿E instrumental?

—Le conseguiremos todo lo que necesite. Hoy mismo, doctor Shtern.

—Y, capitán, ¿puedo preguntar por el salario?

—Como oficial, ganará treinta libras esterlinas al mes. Unos ciento cincuenta dólares.

El rostro del joven se iluminó.

—Gracias, capitán —dijo—. Muchas gracias.

—Puede darme las gracias, doctor Shtern, pero lo que hacemos es peligroso —le advirtió DeHaan, pensando en los tres niños—. Especialmente ahora. Espero que lo comprenda.

—Sí, lo sé —murmuró Shtern—. Leo los periódicos. Pero necesito este trabajo.

—Mi primer oficial lo acompañará a tierra y se asegurará de que tenga todo lo que necesite. Eche un vistazo a las medicinas que tenemos en el barco, pero es un botiquín muy escaso. También le compraremos ropa, de modo que no se preocupe por eso.

Shtern asintió.

—Será todo nuevo para mí —dijo—. Pero lo haré lo mejor que pueda, capitán. Ya lo verá.

Esa noche, pasadas las once, DeHaan se decidió al fin a hacer algo que había estado posponiendo durante días. Se sentó ante la mesa del comedor de oficiales con un café y se puso a redactar un mensaje de radio para Terhouven. Fuera, la carga continuaba, con su sinfonía de silbidos, campanadas y chirridos de máquinas, pero DeHaan, concentrado en su tarea, apenas la oía. Probablemente, el código comercial utilizado por la Hyperion Line no era ningún secreto para los británicos —ni para nadie, quizá—, de modo que tenía que ser tan elíptico como pudiera y confiar en que Terhouven supiera leer entre líneas.

La primera parte era fácil: un salario mensual a ingresar en un banco de Alejandría, a nombre de un oficial médico recién contratado. La segunda, no tanto: el nuevo cargamento, «designado por las autoridades locales para un puerto del Mediterráneo». Y si Terhouven, que seguía la guerra desde Londres y conocía el origen de la transmisión, creía que se trataba de un cargamento de higos para Marsella, mejor para él. Para la última parte —la más difícil—, lo mejor que se le ocurrió a DeHaan, tras varios comienzos fallidos, fue: «Advertirás cambios en nuestra situación administrativa». Para Terhouven, era un acertijo fácil de adivinar, si es que todavía no estaba al

tanto de lo ocurrido: la Sección IIIA del Estado Mayor del Almirantazgo holandés y el comandante Leiden habían pasado a la historia; ahora tenían otro propietario. Y, en cuanto a quién podía ser, bueno, era esa gente a la que uno se refería elípticamente.

Y no es que Terhouven pudiera hacer nada al respecto; pero en el remoto país del papeleo la vida seguía su curso, con los seguros contra riesgos de guerra contratados por los llamados «clubes» de compañías navieras, el dinero cambiando de manos, los abogados y, en una palabra, toda la compleja burocracia de la marina mercante. ¿Afectaba su cambio de estatus a alguna de esas cosas? DeHaan no lo sabía; puede que sólo significara que ahora Terhouven tendría nuevos y entretenidos quebraderos de cabeza.

Ratter entró en el comedor de oficiales, se dejó caer en el banco, se quitó la gorra y se pasó los dedos por el pelo.

—Johannes.

—Eric.

—¿Café?

—Prefiero un algo.

—Ve a por una botella a la cámara de mapas, si quieres.

—Iré, pero dentro de un minuto. Antes voy a molestarte un poco.

—Tú no molestas. Estoy acabando de escribir un mensaje para Terhouven.

—¡Ah, si pudiera vernos en estos momentos! Se le pondrían los pelos de punta.

—Supongo que sí. ¿Cómo va la carga?

—De aquella manera. Un cable se ha partido y ha dejado caer diez bombas encima de todo lo demás.

—¿Han explotado?

—Yo diría que no. Pero dales tiempo. Y dos hombres no se han presentado para la guardia de medianoche.

—¿Los has buscado?

—Sí, y se han largado —respondió Ratter. DeHaan soltó un juramento—. Uno de los españoles y el marinero de primera Vandermeer.

—¡No! ¿Vandermeer?

—Se ve que el tío duro no era tan duro como parecía. A estas horas, debe de estar corriéndose una juerga, sin más preocupación que salvar su propio pellejo. ¿Vas a denunciarlos?

—No —respondió DeHaan tras pensarlo unos instantes—. Dejémoslos vivir con lo que han hecho. ¿Qué tal nuestro médico?

—Muy trabajador y muy voluntarioso. Vendajes, mercromina, un dedo entablillado... ¿Contento de haberte librado de eso, Eric?

—Un poco, sí.

—Un hombre lo ha llamado «rabino».

—¿En su cara?

—No.

—¿Has hecho algo?

—Le he dicho: «Puedes llamarle eso cuando te cosa el puto pellejo, pero hasta entonces cierra el jodido pico». Creo que lo ha captado. ¿Qué le dices a Terhouven?

—Que ahora estamos en manos británicas. En el lado oculto de la Armada.

—No le hablas de este convoy...

—No, pero, si no volamos por los aires, iremos a sitios y haremos cosas.

Ratter meneó la cabeza.

—Esto es cada vez más extraño, ¿no te parece? —DeHaan releyó el mensaje y escribió «EMD» al final—. Pero, ahora que lo pienso —murmuró Ratter—, la última vez que consulté a una gitana, dijo algo sobre misterios. ¿Sombras? ¿Oscuridad? Algo.

—¿De verdad hiciste eso?

—Pues sí, de verdad. En Macao, hace unos años. Era rusa, pelirroja.

—¿Y?

—Me leyó la mano. Pensé que quizá habría algo más, pero no lo hubo.

DeHaan dobló la hoja por la mitad. Durante la travesía, tendrían que respetar el silencio de radio, de modo que el señor Alí lo enviaría antes de zarpar.

—Dentro de unas horas tenemos que repostar —le dijo a Ratter—. Y aprovisionarnos de comida y de todo lo demás.

—Hasta entonces, ¿has dicho algo de una botella?

—El armario de la izquierda, tercer cajón. Tráetela aquí, te acompañaré.

23 de mayo, 3:00 horas. Edificio de la Administración del Puerto.

El capitán del *Ellery*, el destructor británico que mandaría el convoy, estaba dando una charla informativa en una pequeña sala del sótano. Los capitanes de los cuatro barcos mercantes tomaban notas: señales en clave con la lámpara Aldis o las banderas, curso en zigzag para no facilitarles las cosas a los submarinos alemanes, partes meteorológicos... El capitán se paseaba

frente a una pizarra, ante la que se detenía de vez en cuando para garabatear una cifra en un diagrama, haciendo chirriar la tiza en el encerado. Los dos capitanes griegos se miraban constantemente: ¿qué estaba diciendo? La primera vez que lo hicieron, el canadiense que mandaba el *Maud McDowell*, un perro viejo grueso y canoso se volvió hacia DeHaan y le guiñó un ojo.

—La situación en Creta —dijo el capitán del destructor— depende del control de los campos de aviación, Maleme, Heraklion y Retimo. Los alemanes han tomado Maleme, pero lo han pagado caro, y lo siguen pagando, porque tienen que hacer frente al contraataque de una división neozelandesa. Nosotros controlamos el puerto de Sphakia, al sur de la isla. Ha sido una lucha muy dura, hemos perdido barcos y aviones, pero hemos hundido uno de sus convoyes de tropas: cinco mil hombres. De modo que la cosa está muy lejos de haber acabado, y este convoy podría ser decisivo. ¿Entendido? —Los demás capitanes asintieron—. Entonces, para acabar, déjenme recordarles por última vez que lo más importante es mantener su posición. Si se quedan rezagados, no podremos ayudarlos. ¿Entendido? —Lo entendían—. Muy bien, la hora H son las cuatro cero cero. Es su última oportunidad de hacer preguntas. ¿Bien? —Nadie tenía preguntas. El capitán dejó la tiza, cogió el borrador y empezó a limpiar la pizarra. Cuando acabó, se volvió y se quedó mirándolos un instante—. Gracias, caballeros —se limitó a decir.

5:20 horas. En alta mar.

Navegaban formando un rombo: el *Ellery* protegía el flanco izquierdo, los dos barcos griegos encabezaban la marcha emparejados, seguidos por el *Maud McDowell* y el *Noordendam*, y el destructor *Covington* guardaba el flanco derecho. Con Kees al timón, DeHaan, al pie de la escalerilla del puente de mando, observaba maniobrar al *Covington*.

Era un buque magnífico, en opinión de DeHaan, alargado y gris a la luz grisácea del amanecer, escoltado por blancas gaviotas sobre un mar gris salpicado de cabrillas. Los cañones tenían las fundas de lona recogidas y, de vez en cuando, se oía el seco ladrido de los anuncios lanzados por los altavoces de la megafonía. El destructor alteraba su curso constantemente; viraba uno o dos puntos al este del convoy y, un minuto después, volvía a torcer hacia el oeste, una exigencia, suponía DeHaan, del sistema ASDIC, que lanzaba ondas ultrasonoras y registraba el eco de su impacto en los submarinos. Con sus treinta y cuatro nudos de velocidad frente a los ocho de

los cargueros, recordaba a un perro pastor yendo y viniendo, sin perder de vista a sus cuatro rollizas ovejas.

Esa mañana, DeHaan se sentía especialmente en sintonía con su barco, con el ronroneo de las máquinas, con su vibración en la cubierta, bajo sus pies. Porque, pese a navegar a ocho nudos, velocidad impuesta por el viejo *Triton*, se estaba esforzando. El *Noordendam* acusaba la sobrecarga, las bodegas llenas hasta las escotillas de bombas y minas, los cuatro tanques de la cubierta de proa y los dos cazas Hurricane, cuyas alas cortaban el viento con un gemido lúgubre, en la de popa.

De pronto, el barco empezó a perder velocidad. DeHaan, con el corazón en un puño, subió la escalerilla a la carrera e irrumpió en el puente, donde Kees ya estaba gritando por el tubo acústico.

—¿Qué estáis haciendo? —exclamó DeHaan quitándole el tubo de las manos.

Antes de que Kees pudiera responder, DeHaan oyó decir a Kovacz:

—... Lo arreglaremos tan deprisa como podamos.

No esperó a oír más. Le devolvió el tubo a Kees y echó a correr hacia la sala de máquinas, cuatro cubiertas más abajo.

Empezó a bajar escalerillas a toda velocidad, apartando a los marineros, que se volvían para mirarlo, hasta que llegó a la plataforma enrejada que conducía a la última escalera, a nueve metros por encima de la sala de máquinas. Miró abajo a través de la nube de humo aceitoso, teñido de rojo por la luz de la sala de máquinas. Bajo sus pies, un bosque de tuberías, tres gigantescas calderas, motores auxiliares, condensadores, generadores, bombas y el motor principal, con sus enormes pistones de acero, que ahora subían y bajaban a escasa velocidad. Allí abajo costaba respirar; no había aire, sólo gases, vapor, trapos chamuscados, aceite hirviendo, hierros al rojo... Hacía un calor infernal y el ruido de las máquinas resonaba en la enorme bóveda de acero y repercutía en el casco.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la semioscuridad, DeHaan vio a los engrasadores y los fogoneros formando un círculo alrededor de la caldera número tres y de Kovacz, que blandía una llave inglesa de más de un metro de largo. El jefe de máquinas apretó los vástagos de la llave alrededor de un grueso tubo y, con la ayuda de un fogonero, intentó sacarlo de un codo. DeHaan bajó corriendo la escalerilla.

Kovacz tenía la camisa negra de sudor y la marca roja de una escaldadura le recorría la cara interior del antebrazo, desde la muñeca hasta el codo. Para hacerse oír, DeHaan tuvo que gritar con todas sus fuerzas:

—¿Es muy grave, Stas?

Kovacz indicó el tubo con un movimiento de la cabeza.

—Ha reventado una junta, así que hemos cerrado la caldera tres.

Una grieta en el codo soltaba un chorro de vapor que ascendía tres metros en el aire.

—¿Podemos ir a ocho nudos?

—Mejor no. No podemos forzar las otras dos.

—¿Cuánto tiempo calculas, Stas?

Kovacz no se molestó en contestar. Cogió un trapo húmedo, que empezó a despedir vapor en cuanto lo aplicó a la rueda de la llave inglesa para intentar apretarla alrededor del tubo.

—A la de tres —le dijo al fogonero agarrando el mango; luego, contó hasta tres y, entre gruñidos, los dos hombres echaron todo el peso del cuerpo sobre la llave. Por unos instantes, sus pies dejaron de tocar el suelo—. *Psia krew* —dijo en polaco: «Sangre de perro».

Un engrasador se acercó con un mazo de acero y lanzó una mirada interrogativa a Kovacz.

—Sí, inténtalo.

El engrasador levantó el mazo por encima de su cabeza y lo descargó con todas sus fuerzas contra el codo, en un intento de desprender el óxido de la rosca. A continuación, Kovacz y el fogonero volvieron a hacer fuerza con la llave inglesa, pero el tubo no cedió. Kovacz dejó la llave puesta, dobló la cintura y apoyó las manos en las rodillas.

—Muy bien —dijo con voz apenas audible en el estrépito de la sala de máquinas—. Que alguien vaya a buscarme la jodida sierra.

El polaco se irguió, se secó parte del sudor que le cubría el rostro y miró a DeHaan. «Lo siento».

—En la Armada polaca no te pasaban estas cosas —le dijo DeHaan.

—Anda que no.

En la cubierta lo esperaba el marinero de primera encargado de las señales. El resto del convoy se había adelantado, pero el *Covington* se había acercado a ellos por el través de babor. Desde el ala del puente de mando del destructor, una lámpara Aldis hábilmente manejada les lanzaba rápidos destellos.

—Quieren saber qué nos pasa —dijo el marinero.

—Respóndeles: «Problema mecánico».

El encargado de señales empezó a accionar la lámpara Aldis. Cuando acabó, su colega del *Covington* envió otro mensaje.

—Dicen que «¿Cuánto tiempo?», señor.

—Eso quisiera saber yo —murmuró DeHaan.

—¿«Lo ignoramos», señor?

—Sí.

Apenas recibió el mensaje, el *Covington* cambió bruscamente de rumbo y se alejó del *Noordendam* trazando un círculo y aumentando la velocidad a medida que se distanciaba.

—¿Qué está haciendo, señor?

DeHaan no estaba seguro. Pasados treinta segundos, el *Covington*, que seguía alejándose con rumbo este, inició un rápido viraje y volvió a presentarles la proa. Ahora DeHaan sabía exactamente lo que ocurría, y procuró que el marinero no advirtiera su tensión.

La sirena del *Covington* soltó dos bramidos. Seis largos segundos, y una sacudida breve y sorda hizo vibrar el casco del *Noordendam* como si lo hubieran golpeado con un gigantesco mazo de goma. Instantes después, otras dos sacudidas.

El marinero tenía los ojos desorbitados.

—Cargas de profundidad —dijo DeHaan.

07:00 horas. El *Covington* había desaparecido y el *Noordendam* estaba solo en el mar.

El ataque había durado veinte minutos, durante los que el *Covington*, zigzagueando sobre el supuesto submarino bajo las angustiadas miradas de la tripulación del carguero, había lanzado los barriles de las cargas de profundidad siguiendo un método conocido como «el cinco de tréboles»: tres rodando por los raíles de popa y dos lanzadas al aire por sendos morteros. Años antes, cuando DeHaan servía como segundo oficial en un barco que hacía la ruta de las Indias Orientales holandesas, el primer oficial le había explicado el principio de las cargas de profundidad de un modo que no olvidaría jamás: el agua tenía sus propias leyes físicas, sobre todo en lo tocante a las explosiones. «Si has decidido acabar con todo y no quieres fallar —le había dicho—, llénate la boca de agua antes de meterte el cañón de la pistola. Te harás un boquete en la parte posterior de la cabeza».

El ataque del *Covington* no había tenido éxito —suponiendo que allí abajo hubiera realmente un submarino, porque el ASDIC tenía fama de descubrir

fantasmas—, puesto que en la superficie del mar no había aparecido ninguna mancha de aceite ni ningún resto. Tampoco burbujas gigantes, aunque los submarinos alemanes podían, y solían, soltar *pillenwerfers*, falsas burbujas para engañar a su atacante. El destructor, que probablemente había perdido la señal del submarino y no podía quedarse haciendo de niñera del *Noordendam* eternamente, le deseó buena suerte y se perdió en el horizonte. El mercante seguía avanzando, aunque a escasa velocidad, mientras Kovacz y sus hombres se afanaban en la sala de máquinas y el resto de la tripulación esperaba el torpedo.

Sin embargo, el día fue tranquilo.

No demasiado caluroso, gracias a la fresca brisa, y bastante despejado, salvo por unos grandes cumulonimbos en el cielo meridional. Muy bonitos: densos y grises en la parte inferior, blancos y abombados en el centro y vaporosos en lo alto, sobre un cielo intensamente azul. Sin embargo, Kees no paraba de gruñir que el barómetro había bajado. Kees siempre lo veía todo negro. «Vamos a pasarlas putas», fue el pronóstico que le hizo a DeHaan. Pero a ese respecto el capitán no podía hacer gran cosa y, por otra parte, gracias a la sobrecarga, el *Noordendam* calaba más de lo habitual, ciertamente una ventaja cuando se espera tiempo inestable.

Dadas las circunstancias, DeHaan no tenía mucho que hacer. Se puso a dar vueltas de aquí para allá, hasta que decidió pasarse por la cabina de radio para ver si el señor Alí había oído alguna noticia interesante en la BBC. Cuando abrió la puerta, el radiotelegrafista estaba inclinado sobre su mesa y muy concentrado, sosteniendo un auricular junto a la oreja con una mano y haciendo girar el dial con la otra. Cuando vio a DeHaan, le tendió los auriculares diciendo:

—Estamos recibiendo la radio de alguien. En la banda de alta frecuencia.

Inicialmente, sólo se oía ruido, una transmisión que había sobrepasado con mucho su alcance estimado, aunque a veces las señales podían recorrer distancias sorprendentes si alcanzaban el mar abierto. Al cabo de unos instantes, DeHaan comprendió que el ruido era un fuerte zumbido. ¿Una interferencia? No, cambiaba de octavas, se debilitaba y se apagaba totalmente, pero regresaba. De pronto, se oyó una voz que decía «¡... al sur de ustedes!» y sonaba como si el comunicante estuviera corriendo. Luego, la señal se cortó.

DeHaan hizo ademán de quitarse los auriculares, pero el señor Alí levantó una mano: «Espere». Tenía razón, el zumbido volvió a sonar, y por unos instantes mucho más claro. El motor de un avión. «¡Nueve cuarenta! ¡Nueve

cuarenta! Está...». Perdido. Una brusca explosión de estática, quizá, o algo en el avión. Luego, pasados unos segundos, «¡Oh, Dios!», dicho en voz baja, para sí. Una vez más, la señal se transformó en una sucesión de ruidos entrecortados y se perdió. DeHaan se quitó los auriculares.

—¿De dónde viene? —le preguntó al señor Alí.

—De Creta, creo. Un avión. Luchando contra unidades blindadas, quizá. Nueve cuarenta podría ser el número de un tanque.

—No oigo gran cosa —dijo DeHaan, que en realidad sí oía, pero no quería oír más—. ¿Va a intentar coger la BBC? —le preguntó al señor Alí tendiéndole los auriculares.

El radiotelegrafista miró el reloj del panel.

—Aún faltan unos minutos, capitán.

A las 08:50, Kovacz volvía a tener las máquinas a pleno rendimiento. DeHaan calculó que, en aquellas tres horas y media, el convoy les habría sacado unas veinte millas; el *Noordendam*, a once nudos frente a los ocho del convoy, podía recuperarlas en siete horas. Durante ese tiempo, navegarían en solitario. Serían un atractivo blanco para cualquiera que se cruzara en su camino, pero si hasta entonces no los habían atacado, se dijo DeHaan, puede que estuvieran seguros. O bien el ASDIC del *Covington* había realizado una falsa detección —un barco hundido, quizá—, o bien el submarino había huido. Entre tanto, la tormenta se iba cerrando en torno al *Noordendam*, densos nubarrones habían oscurecido la mañana y una cortina de lluvia cubría todo el cielo meridional, donde las cegadoras culebrinas de los relámpagos centelleaban de dos en dos y de tres en tres, secundadas por los distantes redobles de los truenos. El viento arreciaba por momentos y una corriente de popa añadía velocidad al *Noordendam* en su persecución del convoy.

DeHaan no podía luchar ni contra los alemanes ni contra los elementos, y tampoco hacer que el *Noordendam* navegara más deprisa, pero necesitaba ocuparse en algo, de modo que decidió concentrarse en elevar la moral de la tripulación. En Alejandría se habían aprovisionado de carne de ternera. DeHaan ordenó que la sirvieran a mediodía, con patatas y mostaza —la única habilidad del cocinero—, doble ración de cerveza y piña natural como postre. Luego, reunió a los oficiales para tomar el café.

Kees estaba de guardia en el puente y Poulsen, el fogonero danés, haciendo prácticas como primer maquinista en la sala de máquinas; pero Ratter, Kovacz, el señor Alí y el doctor Shtern —con los pliegues de la

camisa y los pantalones nuevos todavía visibles y una gorra azul de oficial encasquetada hasta las cejas— se presentaron puntualmente en el comedor de oficiales.

Cuando todo el mundo se acomodó, DeHaan anunció que a las 16:00 horas deberían haber dado alcance al convoy.

—¿No dijiste que tendríamos cobertura aérea? —le preguntó Ratter.

—Lo dije, pero como ves...

—Tienen problemas —terció Kovacz—. Podemos estar contentos si tenemos algo.

—Cierto —corroboró el señor Alí—. El parte de las ocho de la BBC sonaba a eso.

—¿A qué? —preguntó Shtern.

—A derrota. «Ataques enemigos de enorme violencia». «Las fuerzas británicas resisten valerosamente». Lo mismo que decían en Francia en el cuarenta.

—¿Y si pierden Sphakia? —preguntó Ratter.

—Nos lo dirán —respondió DeHaan.

La sonrisa de Ratter significaba: «¿Estás seguro?».

—Es mejor que estemos preparados para eso —dijo Kovacz—. Lo que hay en Creta son tropas británicas y griegas evacuadas del Peloponeso hace tres semanas. Algunas tuvieron que retirarse desde Albania, y ya sabéis lo que es una retirada, el caos, la pérdida de armas, la desaparición de oficiales, los vehículos inutilizados... Lo que está en juego no es Creta, sino la continuación de la guerra.

—¿Vivió usted el treinta y nueve, señor Kovacz? —le preguntó Shtern.

—Algo viví, sí. Más de lo que me habría gustado.

—Tal vez resistan —opinó DeHaan—. Ellos no creen que estén acabados. ¿Más café, doctor Shtern?

—Sí, gracias.

—Hay leche y azúcar. Aproveche mientras quede. Shtern se echó una cucharada de azúcar en el café. DeHaan le preguntó a Ratter qué tal se las apañaba Cornelius. El pinche había sustituido a Patapouf como ayudante de cocina.

—No sabría decirte. El cocinero se pasa el día refunfuñando, pero siempre lo ha hecho. La comida sigue igual.

—Ese cocinero... —empezó a decir Shtern, pero no supo cómo acabar.

El señor Alí se echó a reír.

—¿Puedo fumar? —preguntó.

—Bajo cubierta, claro que sí —respondió DeHaan.

—Es la vida en el mar, doctor Shtern —dijo el radiotelegrafista poniendo un cigarrillo en la boquilla—. Se acostumbrará.

Unos golpes de nudillos en la puerta de la sala anunciaron la entrada de un vigía, que llevaba los prismáticos colgados del cuello.

—El señor Kees lo necesita arriba, capitán.

El vigía estaba muy alterado, y todo el mundo miró a DeHaan, que estuvo a punto de suspirar; pero, como no podía, se limitó a decir:

—Enseguida vuelvo.

Tapó la taza con el platillo, se puso en pie y consultó su reloj. La vida había recuperado su pulso normal durante una hora, ni un minuto más.

En cubierta, una docena de marineros observaba el mar en silencio. Una columna de humo negro se alzaba a sesenta metros de altura en el encapotado cielo; inmóvil en el viento, la espesa humareda ascendía de un ancho foco de densas y anaranjadas llamas. DeHaan extendió la mano y el vigía le dio los prismáticos. Era el buque cisterna *Evdokia*, inmóvil, a popa del *Noordendam*.

—Seguro que ha sido nuestro submarino —le dijo Kees apenas entró en el puente—. Ya sabía yo que no podía andar lejos.

—¿Algún superviviente?

—No hemos visto ninguno. Los británicos habrán recogido a los que hubiera. —Catorce mil toneladas de gasóleo, gasolina para avión o lo que llevarán. Alrededor del *Evdokia*, el mar estaba cubierto de combustible en llamas—. Siempre van a por los cisterna, cuando pueden elegir —dijo Kees.

Era cierto. DeHaan había oído hablar de convoyes en los que el buque cisterna navegaba literalmente amarrado a dos destructores. Levantó los prismáticos y barrió el mar en llamas, pero sólo vio un viejo bote salvavidas flotando boca abajo.

—Podría quedar alguien en el agua —dijo devolviéndole los prismáticos al vigía.

—Sí, señor —respondió el marinero tragando saliva, y se volvió para seguir observando el mar.

DeHaan volvió al comedor de oficiales.

Esa tarde DeHaan hizo la guardia de cuatro a ocho y condujo al *Noordendam* a través de la tormenta. El barco avanzaba trabajosamente, arrojándose a las simas de agua con todo su peso, alzando la proa en las crestas de las olas y volviendo a precipitarse al vacío. Cuando Ratter llegó a relevarlo, avistaron el

convoy a eso de una milla, y el *Ellery*, que navegaba en cola, cambió de rumbo para guiarlos. Apenas habían ocupado su sitio a popa del *Maud McDowell*, cuando vieron que lo alcanzaba un rayo; por un instante, una bola de fuego azul envolvió el pararrayos de lo alto del mástil, que, al parecer, funcionó y desvió la descarga hacia el mar, en vez de hacia las bodegas, porque, de no haber sido así, se habrían enterado.

Cuando dejaron atrás la tormenta, DeHaan se retiró a su camarote e intentó dormir. Estaba muerto de cansancio, no le quedaba un gramo de fuerza —el verdadero significado de «agotado»— y le dolía todo el cuerpo. «Así que duerme», se dijo. Pero no hubo manera. De hecho, el insomnio era un viejo conocido. De niño, para conciliar el sueño, imaginaba que iba en un tren, en el último coche de un tren lleno de camas en las que todas las personas a las que conocía dormían profunda y apaciblemente; sólo tenía que acercarse a la puerta del final del coche, asegurarse de que estaba bien cerrada, subirse a la última cama del tren y dormir como un tronco.

Pero de eso hacía mucho tiempo.

De modo que volvió a encender la luz, se levantó y se acercó a su biblioteca de cuarenta libros. *¿Quién quiere trabajar?* Francia, la guerra, las tribulaciones de los Van Hoogendam, abandonados en la página ciento cuarenta y ocho. Una herencia, un pérfido tío, la hermosa Emma y, luego, el olvido.

25 de mayo, 18:30 horas. Puerto de Sphakia.

En otros tiempos debía haber sido un sitio precioso, un pueblo de pescadores de casas estrechas y altas arracimadas alrededor del puerto. El sol bañaba las desconchadas paredes de color ocre o rojizo, rosa salmón o verde pastel, las redes se secaban extendidas en el empedrado y las barcas de pesca se balanceaban en la cerúlea superficie del mar. Aparte de pescado —dirían los veraneantes, de regreso al fresco verano de Rotterdam—, no había más que pan, higos y queso de cabra, y el correo sólo llegaba una vez por semana. Pero lucía el sol y el cielo era azul.

Ahora, una de las casas se había quedado sin fachada y enseñaba el papel pintado y las camas desnudas, las vecinas no tenían cristales en las ventanas y el impacto de un proyectil había dejado una mancha de color carbón en el tercer piso de la vivienda de la taberna.

En la zona de descarga, que se encontraba en el extremo occidental de la pequeña bahía, se veía una enorme grúa doblada por la mitad y otra de la que

caían chorros de chispas azules, mientras los soldadores trabajaban en la penumbra. Pero al menos había suficiente profundidad para que los cargueros pudieran fondear en el muelle, al que empezaban a llegar los camiones pintados de camuflaje que se llevarían el cargamento. DeHaan contó cuatro grúas que parecían funcionar. Frente a la bahía, el *Ellery* y el *Covington* se habían unido al enorme crucero pesado que, secundado por varias corbetas y dragaminas, protegía lo que tal vez fuera el último puerto utilizable de toda Creta.

Unos minutos después de amarrar, un contraмаestre de la Armada Real británica, que parecía no haber dormido en varios días, subió a bordo y encontró a DeHaan.

—Descargaremos primero el barco griego —le dijo—. Pero vamos a empezar por sus dos aviones. Corren más prisa.

—¿Suelen atacar el puerto? —le preguntó DeHaan.

—De vez en cuando —respondió el contraмаestre—. Últimamente, bastante a menudo.

Al otro lado de las montañas que rodeaban el pueblo, se oía fuego de artillería. Su eco rebotaba en las laderas antes de llegar al puerto.

Minutos más tarde, cuando llegaron los aviones, DeHaan descubrió que el pueblo de Sphakia era el orgulloso propietario de una sirena. Nada del otro mundo, un trasto viejo y afónico comprado por el alcalde que subía y bajaba con voz de bajo, cascada y ronca, y hacía ladrar a los perros. Las alarmas de los buques de guerra de la bahía eran mucho más convincentes; sus sirenas lanzaban largas series de estridentes mugidos, mientras los marineros corrían a ocupar sus puestos de combate.

DeHaan había acompañado al contraмаestre hasta la escalerilla y estaba esperando educadamente a que llegara a tierra. Era un individuo de tez pálida y pelo rojizo, tranquilo, si no cachazudo, y seguramente demasiado curtido para alterarse por tan poca cosa, porque, al volverse para otear el cielo, más que nada parecía irritado. Ni asustado ni furioso; simplemente, lo que se avecinaba iba a darle trabajo y causarle molestias, una vez más. Apretó los labios, meneó la cabeza lentamente y luego se alejó por el muelle en dirección al *Maud McDowell*.

Los aparatos de la primera oleada eran Junkers 87, más conocidos como Stukas, bombarderos en picado de un solo motor, con ruedas carenadas fijas bajo las alas. Eran tres, venían del norte, de Maleme, a unos treinta kilómetros

de distancia, sobrevolando los árboles a quinientos pies de altura, y se dirigían claramente hacia el puerto. Para entonces, las tropas británicas que se encontraban en las líneas del frente ya habían informado por radio, de modo que el crucero, los dos destructores y los barcos de apoyo recibieron a los Stukas con una barrera de fuego antiaéreo. Los cañones Oerlikon, con cargadores de sesenta proyectiles, disparaban con una cadencia de veinte por minuto, en ráfagas de ocho segundos, mientras que los Bofors disparaban ciento veinte proyectiles por minuto, pero de calibre superior. Tanto en unos como en otros, uno de cada cinco proyectiles era trazador, de modo que los fuegos artificiales eran espectaculares: docenas de largos regueros rojos pasaban por encima del *Noordendam* y luego caían, mientras los aviones se lanzaban en picado. DeHaan contemplaba el espectáculo arrobado, pese a que los proyectiles trazadores silbaban cada vez a menor altura sobre su cabeza.

Los bombarderos atacaron en fila; el primero voló en pedazos casi enseguida, el segundo se estrelló contra la ladera de una montaña y prendió fuego a los resinosos pinos, y el piloto del tercero, cegado por el fuego frontal, viró, se deshizo de su bomba —que hizo saltar por los aires un establo a las afueras del pueblo—, se inclinó sobre el agua, al este de los barcos y, tras dejar un reguero de humo, se precipitó al mar haciendo trompos.

La segunda oleada tuvo más vista. Siguió la curva de las montañas y luego viró bruscamente hacia el puerto. Una bomba levantó una gigantesca columna de agua entre el *Triton* y el *Mand McDowell*. Otra, al ser alcanzada por las baterías antiaéreas, hizo volar por los aires al aparato que la transportaba, a cien pies por encima del *Noordendam*, sobre cuya cubierta cayó una lluvia de metal en llamas. De la tercera nunca se supo.

«¿Dónde está la RAF? Aquí no». Aparte de los dos Hurricanes sujetos a la cubierta del *Noordendam* con cables de acero, no se veían más aviones que los otros tres Stukas que habían tomado el relevo de los anteriores. Pero la Armada Real británica estaba siendo certera, y el tableteo de las baterías antiaéreas era frenético y constante, aunque buena parte de los proyectiles acababan en las casas del puerto, arrancando nubes de polvo del enlucido de las fachadas.

DeHaan trepó por la escalerilla del puente, donde Kees y un marinero de primera contemplaban el espectáculo. Un segundo después estaba de espaldas en el suelo, cubierto de cristales y con el marinero tendido sobre sus piernas, mientras fuera llovía hierro, primero intermitentemente y luego, a mansalva. Cuando intentó incorporarse, notó que se había quedado sordo de un oído y agitó la cabeza, como un perro, pero en vano. En ese momento, apareció

Kees, chorreando sangre por la nariz y las comisuras de los labios; tras ayudarlo a levantarse, se llevó la palma de la mano a la boca y escupió la boquilla de la pipa.

Al mirar a su alrededor, DeHaan comprendió que las ventanas no tenían cristales, lo que hacía más fácil ver las llamas que ardían en proa, y el intenso fognazo amarillo que se produjo instantes después. Así que el barco estaba ardiendo... «¿Y ahora qué?». DeHaan intentó correr, pero aún estaba aturdido y sólo pudo salir al ala del puente dando tumbos. Alguien había accionado la alarma de incendios, y DeHaan pudo ver unas siluetas indistintas que arrastraban una manguera hacia proa. Se dirigió allí y encontró a Van Dyck, que mandaba una de las brigadas de extinción; el contramaestre sujetaba una manguera de alta presión y dirigía el potente chorro de agua hacia uno de los tanques, que estaba ardiendo y lanzando al cielo sus proyectiles, uno tras otro, por un agujero de su blindaje delantero.

—¡El *Maud McDowell*! —exclamó Van Dyck.

DeHaan lo buscó con la mirada, pero no consiguió verlo. Vio el *Triton*, pero no el mercante canadiense, porque ya no estaba allí. No estaba ardiendo, no estaba hundiéndose. No estaba.

30 de mayo. Puerto de Tánger.

Wilhelm sirvió el té levantando y bajando la tetera mientras el chorro de agua caía sobre las hojas de menta del fondo de los vasos.

—Mi ritual del té —dijo—. Todos los días a esta hora.

El sol se ponía en la ventana de su estudio. Tumbada en el diván, su modelo, sin más ropa que una tela de *strass* con flecos, fumaba un cigarrillo y lo observaba todo como un gato.

—¿Verdad, Leila? —le preguntó Wilhelm en francés—. La hora del té.

—¿Siempre se sirve así? —preguntó DeHaan.

—Es para que se enfríe el agua —respondió Leila—. Así no se rompe el vaso.

Era hermosa, extrañamente hermosa, y, aunque se había cubierto pudorosamente con la tela, el caballete de Wilhelm mostraba lo que había debajo. Su cadera, dibujada con lápiz grueso y sombreada con carboncillo, se curvaba mientras ella extendía el brazo para coger una naranja de un frutero colocado junto al diván. DeHaan buscó el frutero con la mirada, pero en su lugar vio una pila de libros.

—Nos preguntábamos cuándo volveríamos a verte —dijo Wilhelm hablando otra vez en holandés.

DeHaan volvió la cabeza para escucharla. Del otro oído sólo había recuperado parte de la audición.

—Un poco más y no volvéis a verme —contestó DeHaan—. Leila no entiende el holandés, ¿verdad?

—No. —La idea era casi divertida—. No lo creo.

Wilhelm acabó de servir el té y lo dejó reposar. El aroma de la menta flotaba en la habitación. La chica se sacó un cigarrillo del bolsillo de la gastada camisa de algodón.

—¿Quieres uno?

Era un Gauloise, lo que los marinos ingleses llamaban un *golliwog*, y DeHaan lo encendió con particular placer.

—Y por aquí, ¿qué tal? —le preguntó a Wilhelm.

—Vamos, ¿cómo lo diría?, a velas desplegadas. ¿No es ésa la expresión marinera?

—Sí.

—Leila, cariño —le dijo Wilhelm a la modelo—, creo que ya hay agua caliente.

Leila apagó el cigarrillo, le lanzó una sonrisa de complicidad —«Está bien, te dejaré sola con él.»— y se alejó por el pasillo. Al cabo de unos instantes, se oyó el agua de la ducha.

—En cualquier caso, me alegro de verte —dijo Wilhelm.

—Tenía que salir de ese maldito barco —le explicó DeHaan—. De momento, nuestras órdenes son fondear aquí, pero supongo que no tardaremos en zarpar de nuevo.

—¿Fue muy duro?

DeHaan se quedó sorprendido, pero por lo visto se le notaba.

—Estábamos en mitad de un ataque aéreo —murmuró—. A nosotros nos fue de poco, pero otros tuvieron peor suerte. Sí, la verdad es que fue terrible. Uno de los tanques del cargamento se prendió fuego. No sabemos cómo; tal vez, una ráfaga de fuego antiaéreo. Estábamos echándole agua con dos mangueras, pero cada vez que parábamos, volvía a ponerse al rojo vivo. Los de Alejandría lo habían cargado con toda su munición, una estupidez, y los proyectiles no hacían más que salir disparados. Tendríamos que haberlo arrojado por la borda, pero no había quien se acercara, y además era demasiado pesado. La cubierta estaba muy caliente, y debajo teníamos un montón de bombas.

—¿Hubo alguna víctima?

—Momentos antes, habíamos perdido a un hombre.

—Lo siento, Eric.

—Sí, yo también, pero tuvimos suerte de no perder a nadie más. — DeHaan creía en la moderna idea de que era bueno hablar de las malas experiencias, pero ahora veía que en el fondo no era así, al menos para él—. ¿Qué querías decir con «a velas desplegadas»?

—Pues que aquí se está preparando algo muy gordo. Nosotros sólo somos una pequeña parte, pero de momento hemos sobornado a la mitad de los empleados de la compañía eléctrica. —Wilhelm hizo una pausa y luego, ahuecando la voz irónicamente, como si estuviera contando una historia de fantasmas, añadió—: ¿Quién sabe?

—¿Es cosa de Leiden y la Sección IIIA?

—No, ahora son los ingleses. No sé si hemos ascendido, descendido o simplemente cambiado de manos. En cualquier caso, es algo grande, y no paran de preguntarnos, de esa forma tan seca que tienen ellos, si no podemos conseguir ayuda. Lo que no es tan fácil, aunque lo hemos intentado. Y nos han dado calabazas una y otra vez, cosa que irrita enormemente al pobre Hoek.

—¿Puedo hacer algo?

—Dudo que les gustara. Puede que sea mejor para ti, porque la policía ha estado husmeando por aquí. Alguien está mosca.

—¿La policía marroquí?

—La española. Por lo menos, dicen que son de la policía y te enseñan una placa, pero...

—¿Qué quieren?

—Preguntan por éste y aquél, gente de la que nunca he oído hablar. Tengo la sensación de que lo único que quieren es entrar en casa y echar un vistazo, y quizá asustarme un poco.

—¿Y funciona?

—Por supuesto que funciona. Esos hombres trajeados, muy serios... No puedes evitar preguntarte qué saben —dijo Wilhelm, y se encogió de hombros. En la otra habitación, el agua de la ducha dejó de correr—. En fin —murmuró—. Es el precio de la fama.

30 de mayo. Baden-Baden.

Para S. Kolb, la pesadilla continuaba.

Ahora, en una ciudad balnearia de pesadilla, entre una muchedumbre de oficiales de las SS cubiertos de espeluznante quincalla —calaveras, fasces y otras insignias igual de siniestras— que se paseaban con la barbilla bien alta y una chica colgada del brazo. Del izquierdo, porque el derecho tenían que dejarlo libre para saludarse y mentarse a Hitler los unos a los otros cada treinta segundos. «El paraíso de los nazis», se decía Kolb.

Tres semanas antes estaba atrapado en Hamburgo, esperando a que a su oficial de enlace, el inglés que se hacía llamar «señor Brown», se le ocurriera cómo sacarlo de la pesadilla alemana, porque al barco que debía llevarlo a Lisboa le había dado por hundirse. Y allí se había quedado, muriéndose de asco en una triste pensión de una triste calle cercana al puerto, aguardando día tras día la visita de la agente Fräulein Lena, sin más compañía que los periódicos y fantaseando con aquella mujer seca, madura y encorsetada, pero más deseable conforme pasaban sus solitarias horas. Kolb acabó decidiendo que su aspecto de gélida mojigata de la *Mittelbourgeoisie* era pura apariencia. Bajo su coraza de ballenas, ardía el fuego de la pasión y las perversiones esperaban su oportunidad.

Y, mira por dónde, así fue.

Kolb, indeciso entre la prudencia y la lujuria, acabó rindiéndose a esta última y, cuando Fräulein Lena llamó a su puerta, bien pasada la medianoche, la invitó a compartir con él su botella de aguardiente de albaricoque. Tan dulce, tan reconfortante, tan letal. Y ella aceptó. Pasó un buen rato antes de que ocurriera nada, pero, cuando iban por el último cuarto de la botella, la educada conversación entre desconocidos acabó en un largo beso con sabor a albaricoque. ¡Dios, la señorita Lena se sentía tan sola como él! En un abrir y cerrar de ojos, estaba exhibiéndose por la habitación en aquel corsé que había disparado la calenturienta imaginación de Kolb, aunque no era negro, sino rosa. Y, encima, no tuvo que desarmarlo, como se había temido; fue ella misma la que se tomó un delicioso tiempo para hacerlo, mientras él la miraba con ojos hambrientos. Y, muy poco después, Kolb descubrió que sí, que había perversiones practicadas por toda la humanidad en todo el planeta. Pero esa noche fueron nuevas, incitantes y lenta pero exhaustivamente exploradas. Incluida, al final, aquella última perversión, la más secreta de todas, que permanece oculta bajo el «séptimo velo», por llamarlo así, el que, prototípicamente, nunca se deja caer.

Pues bien, ella lo dejó caer.

Y lo traicionó.

Volvieron a encontrarse unos días después de su noche de amor, en un salón de té decorado en tonos amarillos, con pañitos y cortinas de encaje, en el que todo era demasiado pequeño. Y ella le traía buenas noticias de parte de Brown. En pocas palabras, unos antiguos agentes del Komintern que viajaban en un arrastrero letón harían una escala imprevista en la ciudad el día veintisiete. Esos hombres, letones de la minoría rusa, lo sacarían subrepticamente de Alemania y lo dejarían en un puerto antes francés y ahora italiano, Niza, con fama de tolerante con los viajeros sospechosos que llegaban o salían, siempre que dispusieran de dinero. Y, por si fuera poco, le dijo Fräulein Lena con una sonrisa, tenía una nueva identidad para él, porque el S. Kolb empezaba a estar muy visto, *nicht Wahr?* Le llevaría la documentación «a su habitación». Y lo haría «mañana por la tarde». Momento en que —su mirada lo decía todo— lo esperaban placeres indescriptibles.

En ese instante lo supo. Lo había vendido, estaba a punto de venderlo o se lo estaba pensando. ¿Qué fue exactamente lo que vio? ¿Los ojos? ¿La voz? ¿El alma? No habría sabido decirlo, pero lo cierto es que sus antenas echaban chispas, y con eso bastaba. Como agente experimentado, sabía que, en cuestión de huidas, cuanto antes mejor. De modo que le cogió la mano por encima de la porción de tarta y le dijo que no podía esperar. ¿Y si iban a algún sitio tranquilo, enseguida, y estaban... juntos? Ella tardó una fracción de segundo en reaccionar, y en ese instante él se estremeció como si la Gestapo hubiera pisado su tumba.

—Mañana, cariño —dijo ella.

Kolb dijo que enseguida volvía, fue al baño, echó el pestillo, saltó por la ventana y se alejó por el callejón. Puede que estuvieran esperándolo, pero no lo creía. Se presentarían en la pensión, «mañana por la tarde», si es que no estaban allí en esos momentos. ¿Por qué? Pero no era el momento de hacerse preguntas. Llegó a la calle, apretó el paso y se metió en un edificio de oficinas, donde se escondió en una agencia de seguros: un cliente potencial deseoso de que sus herederos no pasaran penurias. Treinta minutos después abandonaba la ciudad dejando sus pertenencias en el cuarto de la pensión, como había hecho en innumerables ocasiones, sin pesar. En su profesión se viajaba ligero de equipaje.

«Pero, a ver, ¿por qué?». No lo sabía. Puede que Fräulein Lena hubiera estado con ellos desde el principio, puede que se hubiera pasado ese mismo día, puede que fuera el tiempo, puede que fuera porque la había hecho pecar. Pobre, inocente Fräulein Lena, tentada y seducida. Desde luego, se lo habían

dicho y se lo habían repetido: «No hagas eso, nunca». Pero, en fin, lo había hecho, la cosa no tenía vuelta de hoja y ahora empezaba una nueva pesadilla, la pesadilla de los trenes regionales. ¡Viajeros al tren con destino a Buchholz, Tostedt, Rotenburg...! Siempre regionales, cercanías, a ser posible, nunca expresos, nunca en primera clase, porque ahí los controles de pasaportes estaban garantizados. Dormía de pie o sentado en el pasillo, apretujado entre cuerpos sudorosos, soldados, obreros, amas de casa, alemanes que, pese a la guerra, las bombas y Adolf Hitler, tenían que ir a Buchholz, a Tostedt o a Rotenburg.

¿Estaría en alguna lista? ¿Qué habría hecho Fräulein Lena? Le habría sido difícil delatarlo sin delatarse ella misma, de modo que lo habría hecho anónimamente. «Creo que el individuo que dice llamarse S. Kolb es un espía. Se aloja en esta dirección». Bueno, en tal caso, no estaría en una lista «importante» (a éstos traérmelos), aunque sí larga (con éstos quiero hablar). En el mar de denuncias que inundaba Alemania, la de Fräulein Lena sólo sería una más. No obstante, no podía registrarse en ningún hotel ni cruzar ninguna frontera, así que tendría que seguir viviendo en los trenes. Y, en su momento, con un poco de suerte, llegaría a Stuttgart, la ciudad de su última oportunidad.

Su contacto de emergencia, únicamente para situaciones desesperadas, por favor. Había memorizado las frases, que tenían que ser exactas, y el procedimiento, que debía ser observado escrupulosamente. De modo que, cuando por fin llegó a Stuttgart, escribió:

«Se venden: una bicicleta de mujer y una bicicleta de hombre. Una es roja y la otra verde. Ochenta marcos por las dos. Goetz, Bernstrasse 22».

El día en que apareció la respuesta, tuvo que ir al museo de arte de la ciudad, subir al tercer piso y, una vez allí, a las dos y veinte de la tarde, contemplar *Huldigtig der Naxos*, «Homenaje a Naxos», de Ebendorfer, una espantosa pintura romántica en la que un pastor griego sentado en el suelo, ante una columna rota, tocaba la flauta mirando las montañas nevadas del fondo.

«Quédese diez minutos, ni uno más ni uno menos». ¿Sabían, se preguntó Kolb, lo largos que podían ser diez minutos en compañía de Ebendorfer? Llegado el momento, no apareció ningún espía. Sólo dos mujeres bien vestidas, que lo miraron de arriba abajo y se pusieron a cuchichear, sin duda sobre su mala pinta. Pobre S. Kolb; sucio, maloliente, hambriento, asustado y, ahora, humillado. A las tres, estaba en el encantador trenecito que hacía el trayecto a Tubinga.

Volvió a rendir homenaje a Naxos al día siguiente, y lo reiteró al otro; la reiteración ocasionó que un vigilante del museo lo saludara amistosamente con la cabeza y lo dejara aterrado. Minutos después, cuando estaba a punto de despedirse del pastor griego, un caballero bien vestido se colocó a su lado.

—¿Le gusta Ebendorfer?

—La verdad es que sólo conocía el de Heidelberg.

¡Rescatado! Había completado las dos partes de la contraseña.

—Qué cosa más fea —murmuró su salvador y, tras unos instantes de perversa contemplación, añadió—: Sí, es realmente perfecto.

Al día siguiente lo llevaron a Baden-Baden, donde durmió en un catre en la rebotica de una tienda. Se pasó allí cuarenta y ocho horas, oyendo sonar la campanilla, que repiqueteaba cada vez que se abría la puerta, la charla entre los clientes y la dependienta, y el alegre timbre de la caja registradora. Por fin, el hombre del museo reapareció empujando una bicicleta, se la dio y le dijo que tenía que ir al pueblo de Kehl y, una vez allí, visitar determinada casa cerca del puente sobre el Rhin, desde donde lo sacarían de Alemania.

Baden-Baden. Indudablemente, aquel hombrecillo insignificante, con una franja de pelo negro alrededor de la calva, bigote ralo, gafas y un traje gastado, que empujaba una bicicleta por las impolutas calles, no pertenecía al mismo mundo que aquellos espléndidos dioses de las SS. ¿Sería, esto... un judío? Unas cuantas miradas hostiles sugerían precisamente eso, pero nadie dijo nada. Baden-Baden estaba por la salud, por la vitalidad, por la pureza de cuerpo y mente, durante el día, y por la gimnasia durante la noche —«Vamos a echar unas risas»—, de modo que nadie quería perder el tiempo con el astroso S. Kolb. Mientras no entrara en un hotel o un restaurante, dejarían que siguiera empujando su bicicleta por las calles. Uno de ellos le hizo un expresivo gesto con la mano: «Aligera».

Eso lo puso tan nervioso que se subió a la bicicleta y empezó a pedalear. Pero el sillín estaba demasiado bajo y tenía que ir con las piernas muy abiertas, haciendo eses a derecha e izquierda, mientras ellos soltaban sus grandes y sonoras risotadas de nazis. Por supuesto, en su momento mataría a la mayoría, utilizando este papel o aquel otro, pero evidentemente no era el momento de recordárselo. Sólo se cayó dos veces en el trayecto a Kehl, donde lo aguardaba una sorpresa.

Una anciana de ochenta años, por lo menos, que lo vistió con un uniforme de guarda de zoo, gorra incluida, guardó su ropa en una pequeña maleta, le

entregó unos papeles con fotografías de pasaporte —bastante parecidas— y luego cruzó el puente con él en dirección a Estrasburgo. Como le costaba andar, iba cogida de su brazo con una mano y apoyada en un bastón con la otra, y tan encorvada que, cuando decía algo, Kolb tenía que inclinarse.

—Los de la frontera nunca me molestan, y tampoco lo molestarán a usted.

Y, lejos de hacerlo, le dejaron acompañar a Francia a su anciana madre. Pero, mientras hacían cola, el corazón de Kolb latía con fuerza, y la mujer, que se dio cuenta, le apretó el brazo.

—Vamos, tranquilícese —le dijo.

Tras pasar el control —muy somero, en su caso—, la anciana dijo que regresaría a Kehl en tren. Kolb intentó darle las gracias por lo que había hecho por él, pero ella no necesitaba su gratitud.

—Esos cerdos mataron a mi hijo —le explicó—. Y ésta es mi manera de darles las gracias.

Kolb esperó a que el tren arrancara y luego fue a buscar una pensión de las suyas.

Allí todo era distinto y olía distinto; lo notó enseguida, como siempre. Porque aquello, Estrasburgo, seguía siendo Francia, pese a todas las cláusulas de la rendición de 1940, pese el retorno de Alsacia a la soberanía alemana. Seguía siendo Francia, pese a la ocupación, pese a Vichy, pese a la policía del régimen, que podía ser tan despiadada como la Gestapo, si no más. Seguía siendo Francia, de donde siempre era posible escapar. Por eso era Francia.

31 de mayo. Algeciras, España.

La travesía entre Tánger y Algeciras duró tres horas. En el Estrecho, la corriente en dirección al Mediterráneo era muy fuerte, hasta el punto de que, una vez entraban en ella, los submarinos tenían que emerger a la superficie cuando querían salir. En ocasiones, esa circunstancia convertía el paso del Estrecho en una experiencia memorable. Pero ese día no fue así. El sol hacía espejear el agua y los pasajeros marroquíes y españoles se protegían de sus rayos bajo el toldo de lona, así que DeHaan consiguió un trozo de barandilla para él solo y se quedó contemplando la costa africana, que iba alejándose de la popa.

El encuentro al que se dirigía era cosa de la DIN, que le había hecho llegar otro mensaje de radio codificado por intermedio de Wilhelm. Era muy parecido al anterior: elípticas hileras de números y letras enmarcando una

notificación breve y seca como un hueso, aunque habría sido más apropiado llamarla una orden, sin margen para el comentario o la réplica.

—Parece que te quieren en España —le dijo Wilhelm en su estudio.

Fríos como el hielo, pero, al menos, eficientes. Un modesto Citroen lo recogió en la plaza de la Victoria —la de Franco, dos años antes—, en el paseo marítimo de Algeciras, y lo llevó por un polvoriento camino, apenas más ancho que el coche, entre prados en los que pastaban reses de pelaje rojizo y largos cuernos y, luego, a través de un interminable alcornocal, hasta el cortijo de alguien: al parecer, los de la inteligencia naval vivían a lo grande o bien —como en aquel caso— tenían amigos que vivían así.

Un criado con chaqueta blanca lo esperaba en la puerta de una inmensa casa eduardiana —triumfante presencia inglesa, con su batería de chimeneas, en el paisaje andaluz— y lo condujo a través de un magnífico vestíbulo. DeHaan buscó armaduras con la mirada, pero no estaban allí; una biblioteca y un salón tapizado de rojo, luego a un invernadero con suelo de baldosas en mitad de un jardín lleno de arbustos y arriates que sólo podían sobrevivir a la sequedad del clima con las atenciones de un ejército de jardineros. La casa y la finca entera parecían haber salido indemnes de la Guerra Civil, lo que implicaba una considerable habilidad política por parte de sus propietarios, que habrían tenido que vérselas, en medio de la contienda y el caos, primero con los republicanos y sus aliados comunistas y, después, con los nacionales y sus pistoleros falangistas. Pero nadie había roto un ladrillo.

—Comandante Hallowes —dijo un individuo alto levantándose para recibirlo, mientras el criado desaparecía—. Le agradezco que haya venido.

Su anfitrión tenía un rostro terso y juvenil, y el pelo prematuramente blanco, vestía un traje de lino de color café y una corbata a rayas que seguramente indicaba su pertenencia a tal o cual club, y DeHaan intuía que a su apellido le faltaba algo —un título, un tratamiento honorífico—, tan inseparable de su poseedor que resultaba innecesario mencionarlo. Estaba ante una pared llena de cactus en urnas de cristal. Con actitud relajada y amistosa. Al cabo de un instante hizo un gesto con la mano hacia un par de sillones de mimbre y preguntó:

—¿Le parece bien que nos sentemos ahí? —Junto al sillón de DeHaan había una mesita con un vaso y un platito de almendras—. Acabo de llegar de Gibraltar —dijo Hallowes tomando asiento frente a él—. Habríamos podido encontrarnos allí, pero es un sitio complicado para verse, porque toda la gente que llega de la Península o sale hacia ella está vigilada, abiertamente por los

españoles y discretamente por los alemanes, o eso creen ellos. De modo que pedí a unos amigos que me dejaran utilizar su casa.

—Hay sitios peores para vivir —dijo DeHaan.

—Desde luego. —DeHaan le dio un sorbo a su bebida, un aperitivo de color dorado que sabía a hierbas elaboradas según alguna receta secreta, un sabor indefinible pero delicioso—. ¿Qué? —preguntó Hallowes—. ¿Le hicieron pasar muy mal rato en Creta?

—No demasiado. Sufrimos algunos daños en el casco y nos quedamos sin cristales, pero eso tiene arreglo. Por desgracia, perdimos un hombre durante el ataque, otros dos desertaron en Alejandría cuando vieron el cargamento y el ayudante del cocinero cayó durante la operación del cabo Bon.

—¿La moral alta, pese a todo?

—Sí, pese a todo.

—Entonces, ¿listos para seguir?

—Supongo que sí. ¿Ha acabado todo en Creta?

—Sí, todo. Evacuamos a todos los efectivos que pudimos, pero más de diez mil hombres cayeron prisioneros. No obstante, ellos perdieron cerca de setenta mil, de modo que la victoria les ha salido cara. Tenían que arriesgarse, porque temían que utilizáramos nuestras bases para bombardear los campos petrolíferos de Rumanía. Consiguieron lo que querían, pero a un precio muy alto. Esperamos que eso signifique que no intentarán lo mismo en Malta, porque conservarla es vital. Si no podemos hostigar sus líneas de abastecimiento, el norte de África se convertirá en un infierno para nosotros.

Fuera, un jardinero con sombrero de paja regaba unas macetas con geranios.

—Hablando de bases aéreas... —dijo DeHaan—. Pensábamos que tendríamos cobertura aérea, en Creta.

—Sí, bueno, ése es el problema. El problema del Mediterráneo. En Creta era grave, pero, francamente, en Malta es aún peor. El primer año, todo lo que tenían allí era tres Gloster Sea Gladiators, pequeños cazas biplanos de la Armada, y muy apreciados, bautizados *Fe*, *Esperanza* y *Caridad*. Los habían descubierto en la bodega de un portaaviones, y los pilotos han sido unos valientes. Por desgracia, sólo ha sobrevivido el *Fe*.

—¿Pueden hacer llegar convoyes?

—Lo hemos intentado, y volveremos a hacerlo, pero el porcentaje de pérdidas es del cincuenta por ciento. De todas formas, no es ahí adonde vamos a mandarlo. Tenemos en mente algo mejor para ustedes. Para empezar,

volveremos a convertirlos en el *Santa Rosa*. Ya sabe, cuando den las doce, ¡tachán!

El comandante tenía muy poquita gracia, pero DeHaan hizo un esfuerzo y sonrió.

—¿No acabará alguien advirtiéndolo que hay dos *Santa Rosa*?

—¡Bah, yo no me preocuparía por eso! —respondió Hallowes—. En cualquier caso, éste será el último viaje del *Santa Rosa* y, cuando haya acabado... En fin, ya veremos qué haremos.

Hallowes se quedó esperando, pero DeHaan se limitó a apurar la bebida. Por un instante, tuvo la extraña sensación de que aquello ya le había ocurrido con anterioridad; puede que en otra vida hubiera sido capitán de un navío de línea holandés con setenta y cuatro cañones y se hubiera reunido con un almirante inglés para coordinar la lucha contra Prusia, España, Francia o el país que tocara ese año.

—Ese viaje —dijo al fin DeHaan—, ¿es por el Mediterráneo?

—Por el Báltico.

—Allá arriba.

—Sí, exacto. Está relacionado con nuestro proyecto de detección direccional por alta frecuencia, la DD/AF, o «dedafe», como la llamamos coloquialmente. El sondeo de toda la vida, pero más eficaz, y crucial en estos momentos para mi gente. Si podemos encontrarlos, podremos destruirlos; tenemos que mejorar en eso, y a la de ya. Las cifras son «alto secreto», como siempre ocurre con las cifras, pero no tengo inconveniente en decirle que, desde el treinta y nueve, hemos perdido más de seiscientos barcos mercantes, la mitad, hundidos por submarinos, y si no conseguimos detectar sus submarinos, barcos de guerra y aviones más deprisa y mejor, nos moriremos de hambre, en vez de luchando. —Hallowes se acabó la bebida y dio una voz—: ¡Escobar! —DeHaan oyó unos pasos que se acercaban por el jardín. Hallowes pidió otros dos aperitivos—. Le apetece, ¿no?

—¿Y los detalles? —preguntó DeHaan cuando volvieron a quedarse solos.

—Los están ultimando mientras hablamos. Le serán transmitidos en persona. Nada de mensajes de radio esta vez. Así que, mientras espera, asegúrese de estar bien abastecido: gasóleo, agua, comida y todo lo demás. Si los proveedores navales de Tánger no pueden ayudarlo, háganoslo saber.

—Podemos llenar hasta los topes. Deberíamos hacerlo, para el Báltico; son tres mil quinientas millas. Pero en Alejandría ya se ocuparon de nosotros, su gente, Dickie y los demás.

—Estoy seguro de que lo hicieron —dijo Hallowes complacido—. Pero ¿quiénes son los demás? —preguntó enseguida.

—Bueno, la gente de la base.

—¡Ah!

—Sólo por curiosidad, ¿por qué utilizan un carguero? Creía que este tipo de cosas se lanzaban en paracaídas.

—Lo que queremos mover es demasiado grande, capitán. Mástiles de antenas de doce metros de altura, camiones especialmente equipados... En cuanto al equipo de recepción propiamente dicho, es delicado y pesado, la peor combinación posible, así que no podemos arriesgarnos a usar paracaídas. Y además es mucha cosa; lo que queremos es una estación de observación costera totalmente equipada. Eso significa que escuchará todas las frecuencias, no sólo HF, sino también VHF y UHF; las producidas por las chispas de las bujías de encendido al saltar a los magnetos de los motores de avión y también las del espectro más bajo, porque algunos barcos alemanes, que atacan camuflados como mercantes, usan radios Hagenuk, un sistema de ondas ultracortas con un alcance de tan sólo ciento cincuenta kilómetros, y con nuestras actuales estaciones no podemos escucharlas. En cualquier caso, incluso de noche, sería una operación difícil para nuestros aviones. En esa parte de Europa los alemanes tienen grandes radares, así que lo que necesitamos es un viejo carguero oxidado, oxidado y neutral, indefenso y lento, que surca los siete mares para que su dueño se saque un dinerillo.

—Muy bien, el Báltico —dijo DeHaan tras unos instantes de silencio—. No es un mar grande, pero baña un buen puñado de países.

—En efecto, y todos conflictivos en estos momentos.

«Sí, ésa es la palabra —se dijo DeHaan. La Unión Soviética; Finlandia, aliada de Alemania y recién derrotada en una guerra contra los rusos, que habían ocupado Lituania, Letonia y Estonia el año anterior; Suecia, neutral; Dinamarca, ocupada, y la propia Alemania—. Conflictivos».

—Pero hoy en día —añadió Hallowes— es mejor no dar coordenadas. Yo en su lugar esperaría el correo en cosa de una semana. Entonces, las sabrá. Puede que incluso se lleve una sorpresa.

«Y estaré lo bastante lejos para que no me oigas si grito».

El criado llegó con las bebidas, y Hallowes le preguntó:

—¿Se queda a comer?

—Aquí lo llaman *espadón*^[4].

DeHaan se sirvió un poco más de aquel pescado de carne blanca y tierna.

—Es lo mejor que he comido en mucho tiempo —admitió—. Aunque, si es fresco, cualquier pescado del Mediterráneo es bueno.

—Totalmente de acuerdo. ¿Le gusta el pagel?

—Puede ser un poco fuerte.

—Es usted demasiado educado, capitán. Una amiga mía lo llama «el horrible secreto de Neptuno».

—Bueno, después de dos meses de arenque en lata...

Siguieron charlando de esto y de lo otro, hablando por hablar, hasta que se acabaron la segunda copa de vino y empezaron la tercera, momento en que DeHaan dejó caer:

—Estando en Alejandría, de hecho, estando en compañía de su hombre allí, conocí a cierta mujer. —DeHaan hizo una pausa y esperó la reacción de Hallowes, cuyo «¿Sí?», cuando al fin llegó, fue un tanto balbuceante—. En fin, nadie que usted conozca, supongo.

Hallowes parecía aliviado.

—No, capitán, no es nuestro estilo. Pero, tal como están las cosas hoy en día, hizo bien en desconfiar.

—Pues, sí, desconfié.

—No era alemana, claro... ¿Rusa? ¿Húngara?

—Del país, creo.

—Mmm...

Cuando DeHaan llegó a Algeciras, el transbordador no estaba en el puerto, de modo que el chófer de Hallowes lo dejó en el Reina Cristina, el mejor hotel de la ciudad, para que esperara en el bar. DeHaan habría preferido darse una vuelta, pero el famoso viento andaluz estaba haciendo de las suyas en las polvorientas calles de Algeciras, una ciudad depauperada, triste y vagamente siniestra, así que, con la promesa del camarero de avisarlo cuando el transbordador entrara en puerto, se sentó a la barra, pidió una cerveza y encendió un North State.

Preguntarle a Hallowes por Demetria había sido una estupidez por partida doble. Primero, porque Hallowes podía mentirle perfectamente, y tal vez lo había hecho, y, segundo, porque Demetria era agua pasada, fuera quién fuese y sintiera por ella lo que sintiese. Aun así, le habría gustado saber la verdad, porque la noche que habían pasado juntos había sido especial y lo había dejado con ganas de más.

Pero ahora ella formaba parte del pasado y ya no era más que un recuerdo. Cuando le habían dicho en Sphakia que formaría parte de un convoy cuyo destino no era Alejandría, sino Tánger, había comprendido que no volvería a verla. Podía haber encontrado el modo de hacerle llegar una carta, si hubiera sido listo y hubiera tenido ocho semanas, pero ¿qué le habría dicho? ¿Saca un pasaje para un destructor y ven a verme a Tánger? No, su desayuno en la habitación del Hotel Cecil, cuando al fin reconocieron que no podían seguir haciendo el amor, había sido su última comida juntos.

Como la cena con Arlette. Finales de abril de 1940, con la tragedia cerniéndose en el aire, a tan sólo unas semanas, aunque entonces nadie lo sabía.

—Nuestra última noche —había dicho Arlette—. Tienes que llevarme a cenar.

El restaurante lo eligió ella: la Brasserie Heininger, en la plaza de la Bastilla. DeHaan supo que había sido un error en cuanto entraron. Era demasiado lujoso, con sus mesas de mármol blanco, sus bancos rojos, sus espejos dorados y sus mostachudos camareros yendo de aquí para allá con bandejas de *langouste* y *saucisson*, mientras la abundante clientela de elegantes parisinos reía, gritaba, flirteaba y pedía más vino con el exaltado optimismo de las jornadas anteriores a la guerra.

«Esto no es para nosotros», se dijo DeHaan. Arlette, que llevaba un vestido de color esmeralda de una época y una talla que habían pasado a la historia, le había pedido que se pusiera el uniforme, gorra incluida, y él le había hecho caso. Y allí estaban, ante el cordón rojo, él, por su parte, cariacontecido y más que consciente de que su sitio era el figón y no la *brasserie*. Mientras esperaban, una elegante pareja cruzó la puerta muy decidida, susurró unas palabritas al oído del *maître* y ocupó una mesa. La mirada del *maître* era de disculpa, pero aquella gente podía hacer lo que quisiera. DeHaan, con la gastada gorra de capitán sujeta bajo el brazo, procuró hacer como que no le importaba.

Al rato, apareció el *propriétaire*. No podía haber sido nadie más; bajo y aturrullado, preguntándose angustiado qué iría mal a continuación. Pero aquello, aquello lo podía arreglar.

—Soy el señor Heininger —dijo. Él no lo mencionó, pero DeHaan sabía que era el uniforme, aunque sólo fuera un uniforme de marino mercante, lo que había obrado el milagro—. Mesa catorce, André —le dijo al jefe de camareros en un tono perentorio; luego, volviéndose hacia DeHaan, anunció —: Nuestra mejor mesa, capitán, para usted y para la señora.

Y no mentía. Todos los ojos siguieron la procesión hasta la santa mesa: «¿Quiénes serán?». Con mucho aspaviento, el jefe de camareros retiró la tarjeta de «Reservado», le apartó la silla a Arlette, dio una palmada de director de orquesta y les dijo:

—Para empezar, creo, ¿*deux Kirs Royales*? Y a continuación, por supuesto, champán, ¿verdad?

Sí, por supuesto, qué remedio. Y, luego, la perfección del exceso. *Choucroute*, col fermentada con bacon, cerdo y embutido, otro *Kir Royale*, lo que significaba más champán para regar la col, porque el Roederer que había pedido DeHaan no era suficiente. Y, cuando la viejecita que vendía flores en la calle fue recorriendo las mesas, le compró una gardenia a Arlette, que se la puso en el pelo, soltó una lagrimita, lo besó y un momento después estaba otra vez riendo, entusiasmada, contenta, triste, achispada, todas las cosas que le gustaban y todas a la vez.

Mientras esperaban el café, DeHaan hizo un gesto con la cabeza hacia el lienzo de pared de encima del banco.

—Puede ser que me equivoque —le dijo—, pero ese agujero de la esquina parece un agujero de bala.

—Lo es.

—¿Y no piensan taparlo?

—¡Eso nunca! Es famoso.

«Bueno —pensó DeHaan en la penumbra del bar del Reina Cristina—, puede que ahora haya más».

Consultó su reloj. ¿Dónde se había metido el transbordador? En una mesa cercana había dos hombres hablando en alemán. Los veía en el espejo; dos sujetos de rostros duros, ruidosos, groseros y serios, que no paraban de fumar y mantenían una extraña conversación sobre cierta gente que se metía en «aguas calientes» pasando «por encima de sus cabezas», porque no sabía «lo que le convenía». DeHaan tenía la sensación de estar asistiendo a una escena interpretada en su honor, como si los dos alemanes hablaran entre sí, pero en realidad estuvieran hablando para él. Uno de ellos buscó su mirada en el espejo, la sostuvo unos instantes y luego la apartó. No, se dijo DeHaan, no era nada. Sólo aquella maldita ciudad, que, con su dichoso viento y sus calles oscuras, había hecho que se le disparara la imaginación.

Arlette, la *brasserie*.

—Ahora, a casa —le había susurrado ella al oído cuando llegó la *addition* en su bandeja de plata. Una sorpresa muy gala, la de aquella cuenta, porque la cantidad era demasiado baja; los *Kirs Royales* y el champán no aparecían por

ningún sitio. Al parecer, los habían tratado como a huéspedes de honor, pero dentro de un orden: allí nadie comía gratis, porque comer gratis no era un honor, era abusar.

A esas alturas, se había hecho muy tarde, casi todas las mesas estaban vacías y el *propriétaire* los esperaba junto a la puerta para abrírsele y dejar entrar el aire fresco de la noche de abril. DeHaan le dio las gracias y el hombre le estrechó la mano y se despidió:

—*Au revoir, à bientôt.*

Adiós, hasta la vista.

1 de junio. Rue de la Marine, Tánger.

DeHaan encontró las oficinas en un hermoso edificio antiguo frente al Petit Socco. El viejo ascensor gemía suavemente mientras subía palmo a palmo hasta el tercer piso, el último, de cuyo descansillo partía un largo corredor flanqueado por puertas de empresas de exportación y compañías navieras, en una de las cuales podía leerse «M. J. Hoek» y, bajo una línea negra, «Commerce D'Exportation». La secretaria de Hoek, una francesa cuarentona, sabía quién era.

—¡Ah, ya ha llegado! El señor Hoek lo estaba esperando. —La mujer lo precedió a lo largo de otro pasillo, dejando tras de sí un intenso olor a perfume y sudor—. El capitán DeHaan —anunció abriendo la puerta de un despacho.

Era una habitación enorme, iluminada por grandes y empañados ventanales que daban, al otro lado de la calle, a un edificio en cuya cornisa de piedra caliza podía leerse: «Compagnie Belgue De Transports Maritimes».

El reino de Hoek estaba atestado pero era acogedor: archivadores de madera coronados por pilas de correspondencia pendiente de clasificar, una caja fuerte decimonónica que parecía un monstruo negro, periódicos comerciales y listines amontonados en estanterías que llegaban hasta el techo, donde un ventilador inmenso giraba lentamente soltando un débil chirrido a cada vuelta... Todo ello presidido por un descomunal escritorio colocado entre los dos ventanales, ante el que Marius Hoek permanecía sentado en una silla giratoria con ruedas. Al ver entrar a DeHaan, su rostro se iluminó y sus manos impulsaron la silla hacia él.

—El mejor mueble de oficina que se ha inventado jamás —dijo el inválido. DeHaan vio que la silla de ruedas estaba arrimada a un rincón—.

Así que el marino ha vuelto al hogar... —bromeó Hoek regresando al escritorio—. ¿Pido que le traigan un café? ¿Unas pastas?

—No, gracias —respondió DeHaan sentándose en la silla de enfrente del escritorio.

Se quedaron callados unos instantes. El mes transcurrido desde la cena en el Al Mounia había sido muy largo para los dos, y ambos lo sabían sin necesidad de mencionarlo.

—Nos telegrafiaron que vendría —dijo al fin Hoek—. Para algo relacionado con un correo.

—Sí, para recibirlo. O recibirla, ahora que lo pienso.

Hoek asintió: sí, todo podía ser.

—Detalles, detalles... —dijo casi suspirando—. ¿Sabe, DeHaan? No imaginaba... —Se quitó las gafas y se frotó el caballete de la nariz con dos dedos—. En fin —murmuró volviendo a ponérselas—, digamos simplemente que es más trabajo del que imaginaba.

—Y más complicado —dijo DeHaan en tono comprensivo.

—¡Uf! No lo sabe usted bien. Bueno, puede que sí lo sepa. En resumidas cuentas, el caso es que apenas me queda tiempo para ganarme la vida. Suponiendo que pudiera —añadió Hoek al instante—. Porque el negocio se ha ido el infierno él solito, sin necesidad de esta otra insensatez.

—¿No hay clientes? —preguntó DeHaan con incredulidad.

—¡Uy, clientes, todos los que quiera y más! El mundo entero necesita minerales, hoy más que nunca, y en los treinta, con el rearme, se volvieron locos comprándolos. «Materias estratégicas», ésa es la consigna, y te compran todo lo que tengas. Cobalto y antimonio. Fosfatos. Amianto. Plomo y mena de hierro. Parece que todo lo que sacamos de la tierra provoca explosiones o te protege de ellas, prende fuegos o los apaga. Así que no hay nada que no pueda vender. Pero intente embarcarlo. Y, cuando lo consigas, o se lo torpedean, o se lo bombardean, o choca contra una mina o simplemente desaparece. La paz era mucho mejor para el negocio, al menos para el mío. Pero no para otros, se lo aseguro. En Suiza se están poniendo las botas, porque esos cabrones avariciosos están comprando para Alemania.

—Y usted no comercia con Alemania...

—Nunca lo habría hecho, créame. Pero ahora lo hago de vez en cuando. Nunca directamente, siempre a través de un tercer país, un país neutral; pero no es ningún secreto, ponga lo que ponga en los manifiestos. Lo hago porque nuestros autoritarios amigos me han dicho que lo haga, para parecer neutral. Me pone enfermo, pero ¿a quién le importa?

—No están equivocados, ¿sabe? —dijo DeHaan.

—Tal vez no, pero, encima, de buenas a primeras me veo luchando ¡para los británicos! Los admiro por su coraje y todo lo demás, pero yo firmé para luchar por Holanda.

—Ambos lo hicimos.

—Y ahora han hecho lo mismo con usted.

—Sí, y sin preguntar. ¿Qué ha ocurrido con Leiden?

—Supongo que lo han arrinconado. «Esto es una guerra, majete». —Hoek separó las manos: «El mundo es así»—. De modo que ahora controlan mi vida, y las de todos los que se nos han unido, aunque a ellos no puedo decírselo.

—Aun así, ha conseguido reclutar gente.

—Lo he intentado. Demasiadas veces. Y, la mayoría, he quedado como un imbécil en la comunidad de los expatriados. Que es pequeña, muy cerrada y muy chismosa. Procuero no ser demasiado directo, pero al final les tienes que preguntar, y algunos te miran horrorizados. «No lo comentes», les pido, pero, en la mayoría de los casos, sé que es inútil.

—Pero seguro que algunos...

—Sí, alguno que otro. Hace dos semanas tenía nueve, ahora me he quedado con ocho. A un pobre diablo, con el que solía jugar al ajedrez, lo atropelló un camión cuando estaba cruzando la calle. O estaba borracho, como de costumbre, o bien lo asesinaron. ¿Cómo quieren que lo sepa? Soy un aficionado, DeHaan, y este oficio no es para aficionados. No sé cuánto durará esta guerra, pero mucho me temo que yo no veré su final.

—Estoy seguro de que lo que verá, *Mijnheer* Hoek, es usted un hombre de recursos. Por eso le pidieron que se uniera a la causa, para empezar.

—Yo también creía que lo era, pero ya no estoy tan seguro. Aunque hemos hecho algunos progresos. La mayoría, gracias a los esfuerzos de Wilhelm, que es extraordinaria, y de otras tres mujeres, dos amas de casa holandesas y una enfermera canadiense.

—¿Qué están haciendo, si es que puede contármelo?

—¿Y por qué no? Los espías podemos hablar al menos unos con otros, ¿no? Estamos investigando el negocio del alquiler de casas, casas en la costa. Intentamos hablar con los propietarios, los agentes, los criados y hasta los fontaneros. Cualquiera que pueda saber lo que se traen entre manos los inquilinos. Que en más de un caso son agentes alemanes que utilizan lo chalés para mantener vigilado el Estrecho. Tienen toda clase de cachivaches dentro de las casas, aparatos electrónicos, telescopios que permiten ver por la noche

y cosas por el estilo. El truco está en entrar en las casas y echar un vistazo. Pero es muy difícil. No son muy simpáticos, y sospechan de todo. Mevrouw Doorn, la mujer de un dentista, llamó a una puerta para preguntar por una dirección, y le mordió un perro guardián. No obstante, nadie se queda en casa eternamente; de vez en cuando, tienen que salir y, cuando lo hacen, los mantenemos vigilados. Algunos llevan uniformes españoles, y tienen amigos españoles. Una cosa que he aprendido es que el cabrón de Franco no es tan neutral como asegura.

—¿Y cuando averiguan algo?

—Telegrafiamos a nuestros amigos y, a partir de ese momento, se ocupan ellos. El pasado miércoles, por ejemplo, el chalet *Mirador*, situado junto al faro del cabo Espartel, voló por los aires. Sencillamente, salió disparado y cayó al mar, llevándose consigo un trozo de acantilado. —Hoek hizo una pausa, antes de añadir—: Y no creo que fuera el gas.

—No, seguro que no —murmuró DeHaan.

Hoek empezó a tamborilear con los dedos sobre la carpeta del escritorio, hizo girar la silla y se quedó mirando las estanterías de los periódicos.

—Nunca hubiera imaginado que haría cosas así...

—No es usted el único, ¿sabe? —dijo DeHaan al ver que no seguía hablando.

—Sí, lo sé —respondió Hoek volviendo a hacer girar la silla hacia DeHaan.

—Hay un asunto que tengo que solucionar aquí —dijo DeHaan—. Entre Alejandría y Creta, perdimos tres hombres, de modo que necesito encontrar gente en Tánger. Y mi forma de no ser demasiado directo, como usted dice, será contratarlos para un viaje normal y explicárselo todo luego, en alta mar.

—Se ahorrará más de una negativa.

—Ésa es la idea.

—Aun así, no le será fácil encontrar gente.

—Lo sé, pero tengo que intentarlo. Algunos hombres están haciendo turnos dobles, y eso no puede seguir así indefinidamente. Por suerte, puede que ya tengamos un sustituto, porque al día siguiente de salir de Sphakia descubrimos que llevábamos un polizón. Debió de apañárselas para subir a bordo mientras descargábamos y se escondió en el armario de la pintura, donde lo encontraron dos de mis hombres. Intentó huir, aunque no sé adonde pensaba ir, pero lo cogieron y lo ataron con una cuerda.

—¿Un marinero?

—Un soldado. Un soldado griego. Supongo que perdería el contacto con su unidad, o bien fue el único que se salvó. Realmente, no sabemos lo que ocurrió. No es más que un pobre diablo muerto de hambre. Apenas podemos entendernos con él, porque en el barco nadie habla griego, pero mi jefe de máquinas, que es un pedazo de pan, dice que puede convertirlo en un buen engrasador. La otra alternativa es ponerlo en manos de la policía, pero con eso no ganaríamos nada.

—Un desertor —murmuró Hoek.

—No todo el mundo puede soportarlo —dijo DeHaan—. Él no pudo. De todas formas, aunque nos quedáramos con él, seguiría necesitando otros dos. Por lo menos. Me gustaría que fueran cinco, pero hay que ser realistas.

—Creo que conozco a alguien que podría serle de ayuda —dijo Hoek tras pensarlo unos instantes—. Es un joven marroquí, muy espabilado y muy decidido. Sospecho que simpatiza con el Istiqlal, pero puede que eso no sea tan malo, si lo piensa detenidamente.

—¿El Istiqlal?

—Un movimiento independentista de aquí: fuera españoles y franceses, y luego un Estado marroquí libre. El chico se llama Yacoub. —Hoek le repitió el nombre separando las dos sílabas y luego le preguntó—: ¿Quiere que se lo escriba?

—No, me acordaré. ¿Yacoub es su nombre de pila?

—Su apellido. Pregunte por él en la zona del puerto y todo el mundo sabrá a quién se refiere. Trabaja en la oficina del puerto, como administrativo, creo, pero conoce a todo el mundo y es muy eficaz. Seguro que en Tánger hay marineros mercantes, aunque no estén en la oficina de contratación; pero, si los hay, Yacoub los encontrará. Es una mina de oro y, según los británicos, es de fiar.

—Gracias —dijo DeHaan—. Ahora, respecto al correo...

—Sí, el correo. Se quedará cuarenta y ocho horas. No me pregunte por qué, porque no lo sé. De modo que, hombre o mujer, necesitará un hotel. Puede que sea mejor no pasarnos de discretos, porque la gente de aquí parece saberlo todo, y eso sólo excitaría su curiosidad. Así que le buscaremos algún sitio concurrido, con gente llegando y marchándose constantemente y donde no se fijen demasiado en la clientela siempre que paguen de más. Así que la elección está clara: el Grand Hotel Ville de France, para llamarlo con todas las letras, que es ese viejo caserón de colores chillones de la rue de Hollande. ¿Lo conoce?

—No.

—Ya lo conocerá. Quizá debería alojarse en él la noche que llegue el correo, porque él, o ella, no podrá acercarse al barco. Es más, no tienen que verlos juntos. ¿Hacen eso los capitanes de barco? ¿Alojarse en una habitación de hotel?

—A veces, cuando el barco se queda algún tiempo en un puerto.

—Eso es lo que yo haría. Yo me ocuparé de hacer la reserva, cuando me telegrafíen el nombre y la fecha, y luego le transmitiré la información a usted.

—¿Por radio?

—No, en mano.

—De acuerdo, suena bien, podría funcionar —dijo DeHaan tras reflexionar sobre los detalles.

—Sí, ya. Sonar, siempre suena bien, hasta que se lían las cosas —dijo Hoek, regocijado, al parecer, por la forma que tenían las cosas de liarse a las primeras de cambio—. Y ahora, capitán DeHaan, debo insistir en que se tome un café conmigo.

—Bueno, como quiera —respondió DeHaan. El *Noordendam* podía seguir apañándose sin él un rato; además, nunca le había gustado quedarse en el barco cuando estaba atracado.

Cuando Hoek mandó a su secretaria a traerles dos cafés, DeHaan le pidió noticias de Holanda.

Hoek abrió un cajón y le tendió una gran hoja de papel. En la cabecera, podía leerse «*Je mantientrai*», lo mantendré, el lema de la familia real holandesa. DeHaan sabía lo que era: un periódico de la resistencia. Holanda siempre había sido un país de impresores, de modo que al menos ese aspecto de la resistencia funcionaba de maravilla.

—¿Puedo quedármelo?

—Páselo cuando lo haya leído.

—¿Cómo lo ha conseguido?

—Me lo ha traído un pajarito —respondió Hoek muy ufano—. Dan las mejores noticias que pueden, lo que no es mucho. Nosotros no lo estamos pasando tan mal como los polacos. Los alemanes quieren una ocupación tranquila para sus hermanos arios, de modo que aún no se han quitado el disfraz de cordero, pero lo cierto es que están sangrando el país metódicamente. Todos los alimentos van a parar al este y, tal como lo tienen montado los alemanes, el dinero, también. Su actitud, cuando ganan una guerra, no ha cambiado nunca. *Vae victis*, dicen, «¡Ay del vencido!».

—Estoy preocupado por mi familia —dijo DeHaan—. Es muy difícil saber algo de ellos, y muy duro saber que no puedes hacer nada por ellos.

—Sí, pero no se puede decir que usted no esté haciendo nada. —Hoek se inclinó hacia él y bajó la voz—. Debo advertirle, capitán, que tenga cuidado mientras esté en la ciudad. Porque creo que están empezando a saber cosas sobre nosotros. Puede que por el momento sólo sean cosas sueltas, unos cuantos papeles encima de algún escritorio, en el que sin duda hay otros mucho más interesantes; pero alguien está trabajando en el asunto y, cuando se haya aclarado, hará algo y lo hará de inmediato, sin darnos tiempo para charlas.

—¿Meses?

—Quizá.

—Pero no semanas. O días.

Hoek se encogió de hombros: «¿Cómo quiere que lo sepa?».

2 de junio. Oficina de la Administración del Puerto. Tánger.

DeHaan supo quién era Yacoub en cuanto lo vio. Perteneecía a cierta tribu, habitante de las ciudades portuarias, Penang y Salónica, La Habana y Dar es Salaam. Era una tribu de hombres jóvenes de origen humilde que, sin más ayuda que su ingenio, intentaban prosperar en la vida, y con ese fin se habían agenciado un traje.

Lo llevaban todo el santo día y, como rara vez eran sus primeros propietarios, se esforzaban para conseguir que tuviera el mejor aspecto posible. A continuación, con la ayuda de un libro viejo o un hombre viejo, aprendían un idioma extranjero, a veces dos, y hasta tres, y lo practicaban a la menor oportunidad. Por último, elegían una sonrisa a juego con el traje y el idioma. ¡Cuánto se alegraban de verte! ¿En qué podían servirte? ¿Adónde podían llevarte?

En la oficina del puerto, perdida en el laberinto de muelles y diques secos, Yacoub vestía una chaqueta gris, hablaba buen inglés y mejor francés, y sonreía cordialmente. Miró el reloj y le preguntó a DeHaan si le importaba esperarlo en el pequeño zoco de enfrente del paseo marítimo, ¿unos veinte minutos? ¿De verdad no le importaba? Lo sentía muchísimo, pero es que tenía que acabar un par de cosillas que no podía dejar a medias.

Un zoco pequeño pero abarrotado: una sucesión de tenderetes pegados unos a otros en una estrecha calleja, por cuyo arroyo discurría un hilillo de agua negra y en la que el olor a piel de cabra añeja y fruta podrida casi podía cortarse. Un buen sitio para usar los antiguos espantamoscas, se dijo DeHaan espantando una con la mano, y también para recordar los viejos tópicos sobre

los ojos de las mujeres cubiertas con velo. Compró una naranja, y la disfrutó tanto como el placer de tirar las mondas al suelo, siguiendo la costumbre local. Cuando se la acabó y se disponía a lavarse las manos en una fuente, apareció Yacoub, abriéndose paso entre el gentío.

El marroquí condujo al holandés de tenderete en tenderete y de silla de camello a tetera de cobre, como si DeHaan fuera un turista y él, un guía. Dedicaron un minuto a charlar del tiempo y luego DeHaan le explicó que necesitaba marineros para su barco. Yacoub no era optimista.

—Han desaparecido todos, señor. La guerra no ha dejado ni uno.

—¿Y en la oficina de contratación?

—Vaya y véalo usted mismo.

Lo que vería, según Yacoub, sería un puñado de asesinos y ladrones, y un borracho con una pierna y un ojo de menos —«Un viejo pirata libanés, según dicen»—, si es que todavía no se había embarcado.

Era una descripción un tanto novelesca, pero DeHaan captó la idea.

—Alguno habrá, que no sea ni ladrón ni asesino —dijo—. Con guerra o sin ella, los hombres se despiden de los barcos.

—No muchos, hoy en día. Y la mayoría no vuelven al mar. Después de todo estamos en Tánger; aquí puedes esconderte de la guerra, encontrar una mujer y descubrir el modo de ganar un poco de dinero. No hace falta que le diga que los marineros saben hacer muchas cosas. Y en esta ciudad a nadie le importa lo que hagas.

—Pero seguro que no todos se quedan en tierra...

—No todos. Pero, de los pocos que vuelven a embarcarse, todavía son menos los que están dispuestos a cambiar de barco, y no tardan poco en enrolarse. La pizarra de la oficina de contratación está llena de ofertas, de arriba abajo.

DeHaan renunció a regatear por una raída alfombra para la oración. El vendedor alzó los ojos al cielo y bajó el precio, pero Yacoub le susurró algo entre dientes, y el hombre desapareció.

—Preguntaré a mis amigos —dijo Yacoub—. Mis amigos se enteran de muchas cosas. Aunque puede que haya otra posibilidad. En Tánger hay muchos bares de marineros de todo tipo, Chez Rudi, por ejemplo, algunos de ellos peligrosos. Pero, en una pequeña calle de la medina llamada rue el-Jdid, hay uno conocido como l'Ange Bleu, el Ángel Azul, aunque no tiene letrero. A veces, los marineros van allí a buscar a algún viejo amigo cuyo barco han visto en el puerto, y en otras ocasiones, van a buscar otro barco en el que

enrolarse. Discretamente. Y, si un capitán ofrece bastante dinero, el marinero podría estar interesado. O, si no lo está, hacer correr la voz entre sus amigos.

Salieron de la oscura calleja del zoco y siguieron andando por el paseo marítimo. La mañana de junio era espléndida, y legiones de ociosos habían salido a *faire la promenade* y disfrutar de la suave y acariciante brisa de junio. El alma romántica que había llamado a la ciudad «una paloma blanca en el hombro de África» debía de haberse inspirado en días así. Y Yacoub, llevado por la misma inspiración, se embarcó en una colorista descripción del ambiente local: ingleses y americanos ricos, amantes enamorados de los amantes de sus amantes, poetas y lunáticos, intrigas en la corte del sultán... Y ambiciosos pachás que conspiraban con los extranjeros en sus luchas por el poder.

—Siempre los extranjeros —dijo Yacoub—. Puede que nos merezcamos nuestra historia, pero sólo el cielo sabe la sangre que hemos derramado intentando impedirles que vinieran aquí. Ejércitos españoles, legiones francesas, agentes alemanes, diplomáticos ingleses... Todos luchando contra nosotros y entre sí desde comienzos de siglo. Y, para rematarlo, esa maldición que son los burócratas franceses, tan enamorados del poder que dictaron normas hasta para los encantadores de serpientes.

—No lo pueden evitar —dijo DeHaan—. Nadie lo entiende, pero está en su naturaleza.

—Creo que Holanda también tiene colonias.

—Sí, en las Indias Orientales.

—Y en Sudamérica también, ¿no?

—Allí también, sí. La Guayana Holandesa.

—¿Y le parece a usted justo, capitán?

—Empezó hace mucho tiempo, cuando el mundo era un sitio muy distinto. Pero no puede seguir así eternamente.

—Eso pensamos nosotros. Y algunos esperamos que Inglaterra nos ayude, si nosotros les ayudamos a ganar esta guerra.

—Nadie puede predecir el futuro —respondió DeHaan—. Pero hay quien cumple sus promesas, incluidos algunos gobiernos.

—Sí, de vez en cuando —dijo Yacoub.

»La política..., pensó DeHaan. Con frecuencia, el destino de la tribu de Yacoub. Porque, con su traje, sus idiomas y su sonrisa, se convertían, involuntariamente, en el agente perfecto. Conocían a todo el mundo y se movían en todos los ambientes, así que los reclutaban para una causa o para la contraria, para la independencia nacional o la codicia extranjera. Les daban

dinero, les hacían sentirse importantes y, en no pocas ocasiones, acababan sacrificándolos.

Yacoub guardó silencio mientras pasaban frente al *Club Nautique* y los almacenes de los proveedores marítimos en dirección al muelle en el que se alzaba el edificio de la Administración del Puerto. Cuando se detuvieron frente a él, el joven se volvió hacia DeHaan y le dijo:

—Si es tan amable de acompañarme dentro, capitán, creo que en la oficina hay correo para usted.

En la lancha del servicio portuario que lo llevaba al *Noordendam* fondeado a unas dos millas de la costa, DeHaan tuvo tiempo de leer las dos cartas y meditar sobre su contenido. La primera era una copia de un libramiento efectuado telegráficamente por el Barclay's Bank de Londres, que le enviaba la sucursal de dicho banco en Tánger. El libramiento, de la Hyperion Line, que figuraba con dirección en la capital británica, podía interpretarse como la respuesta a su mensaje a Terhouven, en el que le informaba del cambio de situación administrativa del barco. La cantidad, familiar para DeHaan, era considerable y suficiente para repostar, reabastecer y pagar los sueldos de la tripulación.

Tradicionalmente, las tripulaciones cobraban al finalizar un viaje, lo que en otros tiempos significaba arribar a Rotterdam; pero, dado que ya no era así, Terhouven había elegido como sustitutivo una escala en un puerto marroquí. ¿Significaba algo más? Era lo que se preguntaba DeHaan. Su próximo destino era un puerto del Báltico cuyo nombre sería una incógnita hasta la llegada del correo; pero todo hacía pensar que zarparían hacia el norte de vacío —salvo por los aparatos secretos—, de modo que, lógicamente, recogerían algún cargamento en el Báltico y, a continuación, pondrían rumbo a no se sabía dónde.

Pero, puesto que había que pagar a la tripulación, no sería a su nuevo puerto de matrícula, Londres, suponía DeHaan, o tal vez Liverpool o Glasgow. No obstante, a algún sitio tendrían que ir una vez hubieran cumplido su misión. Pero Hallowes no había sido muy explícito; se había limitado a decir que sería el último viaje del *Santa Rosa*. ¿No habría querido decir que sería el último viaje del *Noordendam*, verdad? No, no podían hacer eso. Inglaterra, atenazada por el bloqueo submarino, necesitaba desesperadamente hasta el último mercante que se mantuviera a flote. En fin, eso es lo que se dijo DeHaan.

El segundo sobre no llevaba sello. Iba dirigido al «Capitán E. M. DeHaan, *NV Noordendam*» y llevaba la inscripción «entregar en mano» en la esquina inferior derecha. Todo ello escrito a máquina, según todas las apariencias, una vieja máquina portátil que había tenido una vida dura: la cinta estaba medio seca, a las «aes» les faltaba la curva de arriba y a la «tes», la de abajo. Dentro del sobre, había media hoja de papel rayado corriente, cuidadosamente partida para aprovechar la otra mitad. Estaba escrita en inglés, versión rusa.

1 de junio de 1941

Capitán DeHaan: Como está en puerto, ¿puede concederme entrevista? Hablé con usted en Rotterdam, en 1939, para artículo de periódico. Gracias. Estoy en Hotel Alhadar.

Cordialmente,

MARIA BROMEN

DeHaan la recordaba perfectamente: la periodista rusa que escribía para *Na Vakhte*, En Guardia, un diario naval publicado en Odessa, además de para el semanario ilustrado *Ogonyok*, a veces para el *Pravda* y ocasionalmente para los periódicos comunistas del resto de Europa. No era un trabajo habitual para una mujer, que además era joven, una treintañera, pero también, como pudo comprobar DeHaan, seria, decidida y experta en el comercio marítimo. DeHaan, que no se fiaba del Komintern —de su agencia encargada de la subversión en los sindicatos de marinos—, probablemente no le habría concedido la entrevista; pero ella se las arregló para hablar con Terhouven, que intercedió ante su capitán.

—Dile que la Hyperion es una empresa progresista —le había dicho el naviero—. Que nos preocupa el bienestar de nuestras tripulaciones.

DeHaan se dejó convencer. La periodista, seria y precavida al principio, fue relajándose a medida que avanzaba la entrevista, y DeHaan, por su parte, comprendió que sólo pretendía hacer bien su trabajo y que no era la soviética amargada que se temía. Al final, DeHaan fue totalmente sincero con ella y, aunque nunca había visto el artículo, Terhouven, que sí pudo leerlo, declaró que «no estaba mal».

DeHaan levantó la vista de la carta y vio que el oxidado casco del *Noordendam* se alzaba ante la proa de la lancha. Hallowes —se dijo—, los alemanes del Reina Cristina, las conversaciones con Hoek y Yacoub, y ahora aquello. «¿Por qué no os vais todos al infierno y me dejáis navegar en paz?».

La lancha soltó dos bocinazos y, tras unos momentos de espera, la pasarela del *Noordendam* bajo unos metros, se detuvo, volvió a subir y, por fin, bajó del todo. Durante tres días, la vida en el barco recuperó el pulso

normal. Los hombres recibieron su paga y, tras escuchar las amenazadoras advertencias de los oficiales para que mantuvieran la boca cerrada, bajaron a tierra, armaron la jarana de costumbre, encontraron las ofertas de la bolsa sexual de Tánger más que a la altura de sus expectativas y volvieron al barco en parejas y en tríos, pálidos, aplacados y resacosos. Al menos, volvieron todos y ahorraron a DeHaan y Ratter la habitual visita a las cárceles locales. Shtern diagnosticó que la fiebre de un engrasador era palúdica, remendó a un par de marineros que habían montado gresca en un bar y atendió al soldado griego, Xanos, que había conseguido prenderse fuego en un zapato mientras vigilaba la única caldera encendida.

—A mí no me preguntéis —gruñó Kovacz—, porque yo no sé nada.

DeHaan se concedió un permiso y se quedó en su cabina leyendo sus libros, poniendo sus discos y tratando de mantener a todo el mundo al otro lado de la puerta.

Se quedó allí hasta el mediodía del cinco, cuando Yacoub se presentó diciendo que Hoek quería verlo y lo esperaba en su despacho. DeHaan, que sabía lo que eso significaba, respiró hondo, dobló la página del libro que estaba leyendo y, para aprovechar la lancha, volvió a Tánger con Yacoub.

El *chergui*, el viento cálido del sur, hacía vibrar las ventanas del despacho.

—Bueno, ya está aquí —dijo Hoek tras unas frases de cortesía—. Se registró en el Ville de France ayer por la noche. Está en la habitación número trece.

DeHaan y Hoek intercambiaron una mirada, pero lo dejaron correr.

—Entonces, esta noche —dijo DeHaan.

—Sí. Estará esperando. Según mi informador en el hotel, es joven, inglés y sólo ha traído un maletín. En una palabra, parece un correo.

—Supongo que saben lo que hacen.

La expresión de Hoek significaba: «Por la cuenta que les trae».

—Ya que estoy aquí, ¿qué opina de esto? —le preguntó DeHaan tendiéndole la nota de la periodista rusa.

—¡Joder! ¡Éramos pocos y parió la abuela! —exclamó Hoek—. ¡Los rusos!

—¿Podría ser una casualidad?

—Lo dudo. ¿Qué está haciendo aquí?

—Están en todas partes, en los puertos. Siguiendo las noticias del mar, según ellos.

—Espiendo, vaya.

—Sí. ¿Qué opina usted? Yo no haría nada.

Hoek se lo pensó unos instantes.

—Yo iría.

—¿Iría?

—Para descubrir de qué va la cosa, sí. Si lo que quiere es confirmar algo, tendrá que preguntárselo. Yéndose por todas las ramas que sean, pero se lo preguntará.

—Entonces, ¿por qué arriesgarnos?

—Porque dar la llamada por respuesta es una respuesta, capitán. — DeHaan asintió, aunque no muy convencido—. Usted decide —le dijo Hoek—. Pero, si va a verla, ¿me lo hará saber a través de Yacoub? —DeHaan dijo que lo haría—. ¿Le ha sido de ayuda el chico?

—Me habló de un bar de marineros, l'Ange Bleu... Puede que me dé una vuelta por allí.

—No sería mala idea —dijo Hoek. Al otro lado de la puerta, se oía el ruido de un teletipo que tecleaba un largo mensaje y hacía sonar una campanilla al final de cada línea. Hoek consultó su reloj—. Entonces, se hará a la mar pronto...

—Dentro de unos días, si no lo han anulado.

—No, no lo han hecho.

—Más vale que me acerque al hotel —dijo DeHaan levantándose—. No sea que me quede sin habitación.

—Descuide, es un hotel muy grande. En fin, puede... —empezó a decir Hoek, pero se interrumpió—. Puede que no volvamos a vernos —murmuró al fin.

DeHaan se quedó callado.

—Al menos por un tiempo —dijo al cabo de unos instantes.

—Sí, por un tiempo.

—Puede que cuando acabe la guerra vuelva por aquí y celebremos otra cena —dijo DeHaan—. Con champán.

—Sí, para festejar la victoria.

—Esperemos que sí.

—Bueno, yo estoy seguro de que, tarde o temprano, venceremos.

—Entre tanto, tenemos mucho que hacer.

Por toda respuesta, Hoek se encogió de hombros de un modo muy elocuente y esbozó una sonrisa.

Luego, se despidieron.

Eran las tres de la tarde cuando DeHaan se registró en el Grand Hotel Ville de France, un viejo caserón de colores chillones, tal como lo había descrito Hoek, con vestíbulo de mármol verde, asientos tapizados en rosa y apliques dorados entre los cuadros de caravanas del desierto que adornaban las paredes. Pero también era un viejo caserón sorprendentemente tranquilo. En el enorme vestíbulo sólo se veía un cliente, un árabe en chilaba que hojeaba ruidosamente un periódico, y en el patio, cuando DeHaan entró en la habitación y abrió el balcón, reinaba esa curiosa paz de los hoteles provincianos a primera hora de la tarde, apenas perturbada por el gorjeo de los gorriones.

DeHaan le dio una propina al botones que le había subido la bolsa de lona, esperó unos minutos y, luego, bajó por las escaleras al piso inferior y buscó la habitación trece en el largo pasillo alfombrado. Llamó a la puerta con dos discretos golpes de nudillos, esperó y volvió a llamar. No hubo respuesta. Volvió a su habitación, colgó la chaqueta en el armario, se tumbó en la cama y se quedó contemplando el techo. Las cuatro. Las cinco. Volvió a intentarlo. Nada. ¿Estaría en otra habitación? Miró a su alrededor y sólo vio puertas cerradas a ambos lados del silencioso pasillo. Puede que el correo tuviera otro asunto que resolver en Tánger. Regresó a su habitación.

A las siete, el hotel había vuelto a la vida. Abajo, en el salón de té, un piano empezó a tocar melodías animadas, casi marchas, que recordaban las canciones de las *boîtes* parisinas. En el patio, las ventanas se abrían y se cerraban, alguien tosía, las luces se iban encendiendo tras las cortinas corridas... Entre tanto, pese a su condición de agente clandestino, a DeHaan le había entrado hambre. Pero no pensaba aparecer por el comedor del hotel, de modo que hizo otro intento ante la puerta de la número trece y, tras pegar el oído a la hoja inútilmente, salió en busca de l'Ange Bleu, diciéndose que era una forma más provechosa de matar el tiempo que esperar en su habitación.

Tuvo que pedir indicaciones, pero acabó encontrando la rue el-Jdid, una calle en pendiente, con anchos escalones, en el corazón de la medina. Casi al final de la cuesta, había un bar sin letrero. DeHaan entró, se sentó en uno de los taburetes de madera y esperó al camarero marroquí, que estaba hablando con un par de clientes sentados a la barra. El camarero lo vio, les hizo un gesto con el dedo —«Vuelvo en seguida»— y se acercó a DeHaan, que le pidió una cerveza y le preguntó si había algo para comer. No, nada, pero la cerveza, de la marca española Estrella de Levante, era espesa y llenaba.

El camarero volvió con los otros dos clientes, marineros, supuso DeHaan, uno de los cuales siguió contando —en inglés, inglés americano— una historia que parecía larga y complicada.

—La cuestión es que nadie en el barco sabía qué hacía un «chistador» — estaba diciendo el estadounidense—, pero tampoco estaban dispuestos a admitirlo, así que le preguntaron qué necesitaba, y él contestó que un taller y mucha chapa. Pues bien, como tenían las dos cosas, se las proporcionaron, y él se fue tan contento y empezó a trabajar en el taller día tras día, soldando todas aquellas chapas. Si alguien se extrañaba, los marineros le decían: «¿Ése? Es el chistador». Pero día tras día se preguntaban: «¿Qué estará haciendo?». Fueron pasando las semanas, y todo el barco esperaba. Por fin, vieron que había hecho una enorme bola de chapa, con todas las juntas muy bien soldadas, lisa, ¿comprendes? Bueno, pues a continuación el chistador va a ver al capitán y le dice: «Capitán, ahora necesito una grúa y un soplete». El capitán le contesta que de acuerdo, y a la mañana siguiente el chistador coge a un par de hombres para que lo ayuden y entre los tres empujan la bola de chapa, que es enorme, porque lo menos tiene tres metros de circunferencia, la sacan del taller y la llevan hasta la cubierta principal, donde está la grúa. A continuación, sujeta la bola con los cables de la grúa y hace que la suban y la dejen a un metro de la borda, pero encima del agua. —El camarero echó un vistazo a su alrededor, comprobó que todo el mundo estaba servido y luego apoyó el codo en la barra. El marinero, que al parecer llevaba un buen rato hablando, siguió contando la historia—: Encima del agua, ¿comprendes? Bueno, pues el chistador coge el soplete y empieza a calentarla. Como ya he dicho, es enorme, pero él no desespera y sigue aplicándole el soplete. A esas alturas, todo el barco está pendiente de la bola, los que han subido de la sala de máquinas, los que estaban trabajando en cubierta, todo el mundo. Por fin, la bola de chapa empieza a ponerse roja, primero un poco, y al rato, completamente. El chistador se aparta y se frota la barbilla, así. ¿Está lo bastante caliente? ¿Está a punto? Sí, se dice, está perfecta. Deja el soplete en el suelo y le hace una señal al tío de la grúa: «¡Suéltala!». El otro tira de la palanca, y la bola cae directamente al mar.

El camarero se quedó esperando.

—¿Y? —preguntó al fin.

—Y hace «¡chiss!».

Los dos marineros sonrieron de oreja a oreja y, al cabo de unos instantes, el camarero soltó una carcajada forzada.

—¡Chiss!... Sí, es gracioso —dijo, y se fue a atender a otro cliente.

El marinero que había contado el chiste se volvió hacia DeHaan.

—Creo que no lo ha cogido.

—No —respondió DeHaan—. Ha pensado que le tomaba el pelo.

—Pobre.

—No es un chiste marroquí —dijo el otro marinero.

—Soy el Peluca —se presentó el chistoso—. Y éste es el Oso.

Los apodos les venían que ni pintados, se dijo DeHaan. El Peluca tenía el pelo pajizo y liso, y lo llevaba largo y peinado hacia atrás, y el Oso era alto y ancho como un armario ropero.

—Yo me llamo DeHaan. Soy capitán de un barco que está fondeado frente al puerto.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—El *Noordendam*. De la Hyperion Line, una naviera holandesa.

—Así que holandés...

—Pues sí.

—¿Qué transportan?

—De momento, vamos de vacío.

El Peluca asintió.

—¿Y qué, llenando la carbonera? —Aunque ahora los barcos utilizaban gasóleo, la expresión seguía empleándose con el significado de repostar. DeHaan respondió que sí—. Nosotros somos del *Esso Savannah*, así que igual el gasóleo es nuestro.

—Podría ser. Por cierto, necesitamos marineros de primera.

—¿Ah, sí? Bueno, nosotros lo somos, pero estamos bien donde estamos —respondió el Peluca, y se volvió hacia su compañero—. Estamos contentos con la Standard Oil, ¿verdad, tú?

—Ya lo creo, estamos de coña —confirmó el Oso.

—No, en serio, estamos bien —insistió el Peluca—. Hay quien nunca está contento donde está, pero en ningún sitio dan nada por nada. Por lo menos en Estados Unidos.

—Les sorprendería lo que pagamos nosotros —dijo DeHaan.

—¿En un carguero holandés?

—Cuando nos falta gente, sí.

—Bueno —dijo el Oso—, tampoco vamos a estar en el *Savannah* mucho tiempo...

—¿No?

—Lo que quiere decir mi compañero —explicó el Peluca— es que, en cuanto el viejo Roosevelt nos meta en esta guerra, nos vamos a la marina

regular.

—¿Están seguros de que los dejarán?

—Claro, ¿por qué no?

—Porque, si Estados Unidos entra en guerra, necesitarán todos los buques tanque que tengan.

Un breve silencio. Según la versión del futuro de DeHaan, los dos marineros acabarían navegando en un buque tanque que habría dejado de estar protegido por la neutralidad de Estados Unidos.

—Sí, puede ser —murmuró al fin el Peluca, y se acabó la cerveza—. ¡Tómese otra con nosotros, capitán! —le dijo a DeHaan—. Un rompecalderas, cerveza con whisky, ¿de acuerdo? —DeHaan habría preferido seguir con cerveza sola, pero el Peluca fue más rápido que él—. ¡Eh, Hassan! —le gritó al camarero—. ¡Tres rompecalderas!

El whisky, de centeno y demasiado dulzón, estaba embotellado en Canadá, según la etiqueta. Pero DeHaan sabía de sobra que en los puertos extranjeros el whisky importado sólo era para los valientes, y sólo podía confiar en que no lo hubieran destilado en algún garaje de Marraqesh. No obstante, fuera lo que fuese, funcionó, y a la tercera ronda DeHaan comprendió que empezaría a hacer eses en cuanto se bajara del taburete. También fue bueno para la camaradería. El Peluca y el Oso le hicieron saber en términos nada equívocos cuánto compadecían a la gente atrapada en la Europa ocupada y las ganas que tenían de zurrarles la badana a los nazis. Habían visto buques tanque británicos ardiendo frente a las playas de Miami, abarrotadas de gente que no había querido perderse la oportunidad de ver submarinos alemanes «allí mismo».

A las ocho y media, el bar estaba hasta los topes y, pese a la bruma de los rompecalderas, DeHaan comprendió que tenía que ir en busca de su correo.

—Señores —les dijo a los marineros—, creo que ha llegado el momento de retirarme.

—De eso nada. Todavía no has contratado a nadie.

DeHaan miró a su alrededor. El bar estaba lleno de marineros borrachos; probablemente lo único que conseguiría sería que le partieran la cara.

—Ya vendré otra noche —dijo bajando del taburete como pudo y metiéndose la mano en el bolsillo.

Pero el Peluca sacó unos cuantos billetes de dólar de un grueso fajo y los arrojó sobre la barra.

—Eso es demasiado —le dijo el Oso.

—No, pago yo —insistió DeHaan.

El Peluca los hizo callar con un gesto.

—Hassan se los merece —dijo—. ¡Chiss!

DeHaan se echó a reír. No veía el momento de contarle el chiste a alguien; puede que al correo le gustara. El Oso parecía indeciso.

—Bueno, vale, es verdad —admitió al fin, y se volvió hacia DeHaan—. ¿Adónde vas, compañero? ¿Al puerto?

—No, no. Vosotros quedaos.

—¿Qué? ¡No digas tonterías! —rezongó el Peluca—. ¿Dejarte ir solo por ahí? ¿Nosotros? —gruñó, y meneó la cabeza: «Con la gente que anda suelta».

Y tenía razón. Salieron a la cálida noche de junio y, haciendo eses, empezaron a bajar los escalones de la rue el-Jdid. El Peluca, que no había hecho más que empezar con su repertorio, estaba cantando, con entonada voz de tenor: «Por fin conocí a una / que sí me hacía tilín, / una maestra de escuela / que me gastó el pizarrín», cuando notaron que los seguían dos hombres. Era difícil saber quiénes eran. Llevaban camisas y pantalones oscuros, y sombreros de paja caídos sobre los ojos. ¿Españoles? ¿Marroquíes?

Los marineros se pusieron en guardia. Se volvieron y se quedaron inmóviles, mientras los dos hombres avanzaban unos pasos y se detenían dos escalones más arriba.

—¿Quieren algo de nosotros? —les preguntó el Peluca.

DeHaan intuía que los desconocidos no hablaban inglés. Uno de ellos se metió la mano en el bolsillo.

—Ése es mío —le dijo el Oso al Peluca—. Encárgate del otro.

El Peluca se llevó los índices y los meñiques a la boca y soltó un agudo silbido de dos notas. En lo alto de la calle, unas siluetas salieron a la puerta de l'Ange Bleu y alguien gritó:

—¿Necesitáis ayuda?

Un largo silencio y, luego, en la puerta del bar, el sonido de una botella rompiéndose contra la pared.

Fue suficiente. Los dos hombres empezaron a bajar los escalones lentamente y pasaron junto a DeHaan y los dos marineros. No estaban huyendo, sino marchándose tranquilamente. Uno de ellos volvió la cabeza hacia DeHaan y lo miró de arriba abajo, midiéndolo con los ojos. «Si te cogemos solo...».

—¡Que os jodan! —les gritó el Oso dando un paso hacia ellos.

Uno de los hombres dijo algo y el otro se echó a reír. Luego, continuaron su camino y se perdieron en la oscuridad, aunque sus pasos siguieron oyéndose hasta que doblaron la esquina al final de la calle.

5 de junio, 21:05 horas. Habitación 13, Grand Hotel Ville de France.

DeHaan percibió el olor a quemado cuando aún estaba en el pasillo, pero dentro todavía era más fuerte.

—¿Es usted DeHaan? —le preguntó el correo cerrando la puerta.

—El mismo.

—¿Dónde se había metido?

El correo había colgado la chaqueta en el respaldo de una silla y se había aflojado la corbata. Encima de la cama, había un maletín con los cierres abiertos, junto a unos folletos grapados con cubiertas de papel de seda verde, una libreta de direcciones y un revólver reglamentario del ejército británico.

—Es la cuarta vez que vengo —le respondió DeHaan.

El correo era tal como lo había descrito el informador de Hoek: joven e inglés. En realidad, muy joven. Y estaba muy tenso. Tenía la cara pálida y la frente contraída.

—Es que tenía cosas que hacer —murmuró, y miró a DeHaan detenidamente—. Creo que el otro día conoció a un amigo mío, en Cádiz.

DeHaan no tenía la mente muy despejada, pero no tardó en comprender de qué iba la cosa y reaccionó:

—No, no fue en Cádiz, fue en Algeciras.

El correo se dio por satisfecho.

—Muy bien —dijo—. Veo que ha estado de celebración.

—Tenía cosas que resolver en un bar. Así que he ido al bar. Discúlpeme un momento —le dijo al correo, y se dirigió al baño.

El olor a quemado venía precisamente de allí. Cuando salió, miró perplejo al correo y le preguntó:

—¿Qué demonios ha estado haciendo ahí dentro?

—¿Qué quiere decir?

—Lo sabe perfectamente.

El correo se puso rojo.

—Tenemos que destruir los papeles quemándolos o echándolos al retrete y tirando de la cadena. He pensado que primero los quemaría y luego los tiraría al retrete. Las dos cosas, para estar más seguro.

—Y de paso le ha pegado fuego al asiento del váter.

—Sí. No se lo diré a Hallows, ¿verdad?

—No, no se lo diré a nadie.

DeHaan se tapó la cara con las manos, como si estuviera cansado.

—Lo sé —dijo el correo.

—Lo siento —murmuró DeHaan, que tuvo que secarse los ojos.

El correo se acercó a la cama y empezó a remover los documentos. Al fin, encontró lo que buscaba y entregó a DeHaan un trozo de papel amarillo en el que había unos números —tres grupos de tres— y una frecuencia en megahercios.

—Mantendrán el silencio de radio, por supuesto, pero nosotros encontraremos el modo de ponernos en contacto con ustedes si lo necesitamos. No deben intentar comunicar con nosotros, en ninguna circunstancia. Con una excepción. Si su barco es atacado o abordado, o piensa que la operación va a ser descubierta, debe enviar el código que le he dado en esa frecuencia, a cualquier hora del día o de la noche, y debe enviarla dos veces. Si pudiéramos, los ayudaríamos, pero en realidad no es para eso, ¿comprende? Es para otra gente, que estará en peligro si la operación se descubre. ¿Queda claro, capitán?

—Sí.

—Entonces, aquí están sus órdenes —dijo el correo tendiéndole un sobre marrón—. Esperaré mientras las lee.

DeHaan sacó una hoja de papel del sobre y la leyó, sabiendo que no podría asimilar toda la información hasta que tuviera la ocasión de dedicarle algún tiempo. Cuando alzó la vista, el correo tenía la libreta de direcciones abierta en una mano y una estilográfica en la otra.

—Tiene que firmarme por los códigos y las órdenes, capitán.

DeHaan firmó.

—¿Y si tengo preguntas?

—Yo no contesto preguntas —dijo el correo—. Me limito a poner los documentos en sus manos.

—Entiendo —dijo DeHaan.

—Y no debería tener preguntas —añadió el correo—. Está todo muy claro.

DeHaan subió a su habitación y abrió el balcón. ¿Lo había dejado cerrado? No se acordaba, pero era evidente que sí. En el salón de té de la planta baja, el piano se había convertido en cuarteto, con un saxofón. Estaban tocando, con más ganas que talento, una canción que conocía, una de Glenn Miller *Moonlight Serenade*. Al otro lado del patio, una mujer se maquillaba sentada a una mesa. DeHaan se quitó la chaqueta y los zapatos, se tumbó en la cama y volvió a sacar la hoja del sobre.

MUY CONFIDENCIAL

Para uso personal y exclusivo del destinatario

DIN

JJP/JJPL/0626

OTMA/95-0626 R 34 296 3B - 0900/2/6/41
De: Director Adjunto/OTMA

Para: E. M. DeHaan
Capitán/NV *Noordendam*

Muy urgente

Asunto: Hyperion-Lijn NV *Noordendam*

Zarpar 04:00 hrs 7/6/41 puerto Tánger para anclar pos. 38° 32' N/9° 11' O para convertir carguero *Santa Rosa*. De allí puerto Lisboa, 4,3 millas desembocadura río Tajo para fondear al pie rua do Faro marca F3. Contactar agente Penha, rua do Comercio 24, para cargar cargamento especial y recibir manifiesto aceite de oliva, latas sardinas y troncos alcornoque con destino puerto Malmö. Zarpar puerto Lisboa 02:00 10/6/41 hacia pos. 55° 20' N/13° 20' E a una milla frente región Smygehuk costa sueca. A las 03:00 21/6/41 esperar dos destellos verdes, confirmar dos destellos verdes, para subida a bordo ARCHER para dirigir descarga cargamento especial. Zarpar Smygehuk 18:00 21/6/41 hacia puerto Malmö muelle 17 para cargamento madera pino destino Galway. Zarpar puerto Malmö 27/6/41. Recibir más información en alta mar.

0626/1900/5/6/41+++DD/OTMA

PUERTOS DE ESCALA

Una breve conversación mantenida a más de mil kilómetros de Tánger el veintiocho de mayo había sacado a la luz la vida secreta del carguero español *Santa Rosa*.

El escenario había sido el Baltic Exchange, situado en una calle llamada St. Mary Axe, entre antiguos bancos mercantiles y compañías de seguros, en el corazón financiero de Londres, conocido como la City. Todos los días laborables de doce a dos, los corredores de las compañías navieras y exportadoras de Londres se encontraban allí, entre columnas de mármol y bajo cúpulas de cristal, para tomar una copa, intercambiar información sobre el mundo del comercio marítimo y ultimar la contratación de barcos. Bastaba un apretón de manos para que un cargamento de carbón, trigo o madera iniciara su andadura.

Nacido como un café en 1744, el Baltic había vivido tiempos gloriosos y turbulentos: las guerras napoleónicas, la guerra comercial danesa, la frenética especulación de 1873 en torno al sebo, cuando la grasa de vaca iluminaba las calles de Londres y de medio Continente... Pero eso formaba parte del pasado. El esplendor pervivía; un empleado de librea seguía llamando a los corredores desde lo alto de un púlpito, pero ahora muchos no respondían. Con tanto barco bajo supervisión nacional, con la gente del petróleo quedándose junto a los teletipos de sus oficinas, con las transacciones norteamericanas haciéndose ahora en Nueva York, en el bar del Downtown Athletic Club, últimamente, la parroquia que se reunía para el chalaneo de mediodía era escasa.

No obstante, el negocio continuaba. Había que seguir transportando —«moviendo», en el argot del oficio— los cargamentos con destino a los puertos de Asia, de Sudamérica, de los países europeos neutrales, y los corredores, hombres como Barnes y Burton, daban gracias por cualquier trato que pudieran cerrar. Después de todo, era lo que habían hecho todos los días de su vida laboral, aunque Barnes y Burton, agente de exportación y agente de transporte marítimo, respectivamente, se habrían sentido horrorizados de

haber sabido lo que hicieron la tarde del veintiocho. Porque Barnes y Burton eran tan patriotas como el que más, tal vez demasiado mayores para el servicio activo, pero servían como podían: Barnes como vigía antiaéreo por las noches y Burton, entrenándose todos los fines de semana con su unidad de la milicia, la Home Guard en Sussex, donde los Burton siempre habían tenido una casa.

Eran casi las dos cuando se encontraron en el *Baltic*. Burton representaba a varias pequeñas navieras españolas, mientras que, ese día, Barnes tenía un cargamento de sal turca y grandes dificultades para encontrar un transporte.

—¿Y el *Santa Rosa*? —le preguntó a Burton—. Tengo entendido que está en el Mediterráneo.

—¡Que más quisiera yo! —respondió el agente naviero.

—Pues, ¿dónde está?

—En ningún sitio, me temo.

—¿Y eso?

—Ardió hasta la línea de flotación en Campeche.

—¿Estás seguro?

—Hombre...

—No habías dicho nada.

—Ya. Hace sólo unos días. Estaba recién reparado y a punto de zarpar.

—¿En Campeche?

—Exacto. Si puedes esperar dos semanas, a lo mejor tengo el *Almería*.

—Supongo que tendré que conformarme.

«Qué extraño», se dijo Barnes. Siempre estaba muy atento a las noticias del tráfico marítimo, y estaba seguro de haber oído en el parqué que el *Santa Rosa* había hecho escala en Alejandría. Y se lo había oído decir a alguien fiable, a uno de los formidables viejos leones del *Baltic*, un escocés de pelo cano y barba florida, condecorado por partida doble en la pasada guerra, un hombre que tenía informadores en todas partes, en Oriente y en Occidente, un hombre que nunca se equivocaba. Pero no se lo dijo a Burton. El parqué no era el sitio para contradecir a los colegas.

Pero no paró de darle vueltas al asunto mientras regresaba a la oficina paseando por St. Mary Axe, donde la Sociedad Aseguradora de Viudas y Huérfanos, convertida en un cascarón vaciado por las bombas, no podía dejar de recordarle que estaba en 1941 y los días de los barcos fantasma eran cosa del pasado. Ahora los viejos clípers sólo desaparecían en los bancos de niebla para no reaparecer hasta diez años más tarde en libros para adolescentes

titulados *Extrañas historias del mar*. No, sencillamente, alguien estaba en un error, en un tremendo error. ¿Quién?

Cuando llegó al despacho, se lo contó a su secretaria.

—No lo entiendo. Porque Burton parecía muy seguro de lo que decía.

—Puede que haya dos con el mismo nombre —sugirió la secretaria—. De todos modos, ¿por qué no se lo pregunta a alguien más?

¡Vaya si lo haría! Y, esa misma tarde, le telegrafió un mensaje a un viejo amigo, que llamó a una empresa exportadora de Alejandría.

La respuesta llegó al día siguiente. Su amigo había preguntado en el puerto y, efectivamente, el carguero español *Santa Rosa* había estado anclado allí hacía una semana. Su hombre en los proveedores de buques recordaba los colores, de modo que habían echado un vistazo al *Brown's Flags and Funnels*, y sí, no cabía duda, era el *Santa Rosa*.

Llegado a este punto, Barnes empezó a verlo claro. Era un chanchullo. Relacionado tal vez con el seguro —en el mundo del comercio marítimo lo que sobraba eran sinvergüenzas—, si es que no era cosa del gobierno. ¿Y por qué no? «Endiabladamente ingenioso», pensó, y dejó correr el asunto. En cuanto a qué gobierno, amigo o enemigo, cualquiera sabía; pero, a fin de cuentas, él era un agente de mercancías no un agente de barcos, así que mejor no entrar en profundidades.

Y así habría quedado la cosa, pese a que los escuchas de la B-Dienst alemana habían transcrito el cable, en inglés liso y llano, y redactado un informe. Un informe de escaso interés. ¿A quién le importaba que los ingleses hubieran alquilado un carguero español? Nadie se habría preocupado por el asunto, si no hubiera sido porque el hombre de la DIN alemana en Alejandría informó de que el *Santa Rosa* había entrado en puerto. Y no había salido. Eso sí era interesante. Entonces, ¿dónde estaba el barco? O, mejor, ¿qué barco era?

El día seis, DeHaan se despertó al amanecer. Salvo por los gorriones, que estaban de regreso en el patio, en el hotel reinaba una paz maravillosa. La noche anterior prácticamente había conseguido memorizar la orden de la DIN y, tras analizar las fechas, las localizaciones y las millas náuticas que las separaban, había concluido que era ajustado pero posible. Todo funcionaría tal como lo habían planeado los ingleses... siempre que todo funcionara. Por supuesto, habían dejado un poco de margen para incidencias mecánicas o climatológicas, pero muy poco, medido con el reloj de la Armada Real

británica, no con el de la marina mercante. No obstante, con la ayuda de Kovacz y los dioses marinos, podían conseguirlo.

Tenían que conseguirlo.

Porque no disponían de los tradicionales tres días para establecer contacto; tendrían que estar allí a la hora en punto. No podía ser de otro modo, porque aquélla era una operación, más que arriesgada, suicida. La costa meridional de Suecia, y sobre todo las desoladas playas de la bahía de Smyge, estaban a cien millas de las bases navales alemanas de Kiel y Rostock, y habría patrullas a manta, tanto marítimas como aéreas, así que no era sitio para que el *Noordendam* —como *Santa Rosa* o santa lo que fuera— estuviera yendo y viniendo por allí. «Dios mío —se dijo—, que haya niebla».

DeHaan cogió el reloj, que estaba sobre la mesilla de noche. Las cinco y diez. Faltaban menos de veinticuatro horas para que zarparan. Mejor, menos tiempo para romperse la cabeza. En cuanto al *Noordendam*, estaba listo como nunca lo había estado, con los tanques de combustible y la despensa llenos, los depósitos de agua hasta los topes, un médico a bordo y una tripulación veterana que se había enfrentado al fuego enemigo y había sobrevivido.

Así que, vete al puerto, coge la lancha que te llevará al barco y despídete de Tánger y de las jóvenes nativas que te dicen adiós desde la orilla. Una joven que no le diría adiós sería la periodista rusa, y era un alivio. Porque había estado haciéndose preguntas sobre ella. Aquella carta era muy extraña. ¿Qué estaba haciendo allí? La verdad es que aún le quedaba un rato, quizá toda la mañana, para hacer lo que le apeteciera, un raro placer para DeHaan. Pero de ningún modo para eso. Un «eso» que sería la típica monserga soviética. ¿Qué opina de la situación mundial? ¿Piensa trabajar por la paz y la justicia? Quizá podría hablar con nosotros de vez en cuando. ¿Necesita dinero? No, con todos los detalles en los que tenía que pensar, no estaba dispuesto a someterse a eso. Aunque, para ser sincero, tenía que reconocer que la chica había sido exquisitamente correcta la única vez que se habían visto. Más tiesa que un palo, eso sí. Eslava, sería... ¿Qué más?

6 de junio, 8:20 horas. Hotel Alhadar.

Difícil de encontrar, en una calleja a la vuelta de otra calleja, triste, sucio y feo. El recepcionista, sentado tras una reja de malla, tenía unas bolas chinas en una mano, un cigarrillo en la otra y dos ojos recelosos. —«¿Y éste quién coño es?»— bajo un fez adornado con una borla.

—Ha salido.

DeHaan dio media vuelta y se marchó sintiéndose engañado, idiota e irritado consigo mismo. De pronto, como por arte de magia, la periodista le dio alcance mientras se alejaba por la calleja.

—Capitán DeHaan... —dijo ella jadeando—. Lo he visto entrar hotel.

—¡Ah! Buenos días —respondió DeHaan.

—Entremos aquí. —Un par de peldaños conducían al interior de un diminuto café, oscuro y vacío. DeHaan dudó; aquello no le gustaba—. Por favor —le rogó la chica—. No puedo estar calle. —¿Qué? La siguió al cafetín, se sentaron, un chico joven se acercó a la mesa y DeHaan pidió dos cafés—. Esperaba usted viniera —dijo la periodista en un tono que no era meramente cortés.

Ahora que la tenía enfrente, veía que era tal como la recordaba, aunque quizá algo mayor de lo que había pensado. Nadie la habría llamado guapa, se dijo DeHaan. Pero tenía un rostro que atraía la mirada. Frente ancha y decidida, pómulos prominentes, ojos de un tono verde severo, casi áspero, boca pequeña curvada hacia abajo, a punto para la cólera o la decepción, pelo abundante de un tono castaño oscuro, como de humo marrón, caído sobre la frente y recogido en la nuca. Llevaba un traje gris claro, una blusa gris oscuro de cuello amplio —flojo y deformado, como si hiciera tiempo que no se la quitara— y un enorme bolso de cuero en bandolera. Pero el detalle que destacaba sobre todos los demás era el penetrante olor de un perfume barato y fuerte, del que suele usarse cuando no puedes bañarte.

DeHaan sacó el paquete de North State y le ofreció uno.

—Sí, gracias —dijo ella.

Pese a la densa penumbra del café, DeHaan pudo ver que tenía ojeras y, cuando le acercó la cerilla al fino cigarro, advirtió que le temblaba la mano.

—¿Me va a hacer una entrevista? —le preguntó.

—Si quiere...

La mujer apretó los labios; luego, volvió la cara.

—Señorita Bromen...

—Un momento, por favor —le rogó la periodista, y se concentró durante unos segundos—. Leí que su barco estaba en Tánger, y me acordé de él —explicó apartándose el pelo de la frente—. Y de usted.

—¿Sí? ¿De Rotterdam?

—Sí, de Rotterdam.

DeHaan esperó a que siguiera hablando, pero ella le dio una calada al North State y se limitó a decir:

—Es duro no tener cigarrillos.

—¿Está escribiendo algún artículo aquí, en Tánger? —le preguntó DeHaan tras otro silencio. Ella meneó la cabeza lentamente—. ¿Entonces?

El café llegó, espeso y negro, en dos tazas diminutas, acompañadas por un cuenco lleno de azucarillos marrones e irregulares. La periodista se echó uno en la taza, empezó a remover el café y fue a coger otro azucarillo, pero se arrepintió.

—Estoy huyendo —dijo con voz tranquila, sin melodrama—. No es fácil. ¿Lo ha hecho alguna vez?

—No —respondió DeHaan—. Todavía no —añadió con una sonrisa.

—Mejor que no tenga que hacerlo.

—Mejor.

—Tiene que sacarme de aquí, capitán. En su barco.

—Sí —dijo DeHaan, pero, al ver que a la mujer le cambiaba la cara, se apresuró a rectificar—: Quiero decir que lo entiendo. Pero, por supuesto, eso es totalmente imposible. —Ella asintió: lo sabía perfectamente bien—. ¿Lo comprende, verdad?

—Sí, lo sé —murmuró la periodista; luego, tras una pausa, bajó la voz y dijo—: ¿No hay alguna cosa, algo que pueda hacer? No me importa lo que sea.

—Mire...

—Trabajaré. En los barcos rusos también trabajan mujeres.

—Y en Holanda también trabajan algunas, en los remolcadores y las gabarras. Pero el *Noordendam* es un carguero, señorita Bromen.

Ella iba a contestar, a replicarle, pero renunció.

—¿Tendrán algo de comer aquí? —preguntó al cabo de unos instantes.

En eso sí podía ayudarla, se dijo DeHaan. Llamó al chico y le preguntó.

—¿*Beignets*? —propuso el muchacho—. Aquí al lado hay una panadería.

DeHaan se metió la mano en el bolsillo preguntándose cuánto dinero llevaría. Para su sorpresa, vio que era bastante. Por supuesto, se lo daría todo a ella.

—¿Qué le ha ocurrido, señorita Bromen? —le preguntó cuando el chico los dejó solos—. ¿Puede contármelo?

—Estoy huyendo de *Organyi* —respondió la periodista con una sonrisa amarga: «¿De quién, si no?». La palabra se utilizaba para designar a los «órganos» de la seguridad del estado, la policía secreta—. En mi trabajo, es un juego al que tienes que jugar. Quieren usarte porque eres periodista, y los periodistas hablan con extranjeros.

—¿Trabajaba para ellos?

—No, no del todo. Me pidieron que hiciera cosas y yo dije que haría, pero no hice bien. No fui... lista. No los desafié, porque no se puede, pero fui estúpida, torpe... Cualquiera ruso comprende eso. Y nunca llegué a ser importante, a hablar con gente importante, porque entonces... Y era mejor ser una mujer, débil, aunque ellos querían que fuera con hombres. Entonces, yo decía que era virgen, casi me echaba a llorar. Pero ellos nunca se marcharon, hasta la purga de 1938; entonces se marchó uno, pero vino otro, y luego también se marchó.

»Pero eso no duró y un día, en Barcelona, se presentó uno que no me convenía. No se creyó que fuera estúpida, no se creyó las lágrimas, ni nada. “Harás esto”, dijo, y me explicó lo que ocurre si no lo hago. Con él, uno más uno eran dos. Así que huí. Dejé todo lo que tenía y cogí tren a Madrid. Puede que Francia fuera mejor idea, pero no estaba pensando bien. Estaba asustada. ¿Sabe cómo es eso? Había llegado al final de mi coraje. —La periodista hizo una pausa mientras recordaba y se acabó el café—. Pero no me persiguieron, todavía no. Creo que quizá el mal hombre de Barcelona no quería contarle, informar lo que había pasado, pero luego tuvo que hacerlo, seguro, porque encima de él había alguien que también sabía que uno más uno son dos. Luego, un día, en Madrid, los vi, y el único amigo que tenía no quiso hablar conmigo más. Entonces era segunda semana en mayo, y otra vez huí. A Albacete. Entonces, me quedaba muy poco dinero. Había vendido la reloj, la pluma, la máquina de escribir cirílico... Aprendí cómo hacerlo de refugiados, de judíos. Es extraño cómo los encontré. Cuando estás huyendo, vas a ciudad, y luego a barrio donde te sientes segura, y allí están, han hecho lo mismo, han encontrado el mismo sitio. No con los ricos, con los pobres, pero no muchos pobres, demasiado distintos a ti. Luego, los ves en mercados, en cafés. Fantasmas. Y tú también eres un fantasma, porque el ser que eras se ha ido. Así que los reconoces, y te acercas ellos, y ellos ayudan, si pueden. Pero creo que usted sabe eso, ¿no, capitán?

—También ocurre en mi barco —respondió DeHaan—. Como en cualquier barco. Después de todo, formamos parte del mundo. Así que la mayoría de los miembros de mi tripulación no pueden regresar a su país. Quizá no puedan hacerlo en toda su vida.

—¿Y usted?

—Yo tampoco. Al menos mientras dure la guerra.

El chico volvió de la panadería con un plato lleno de aros de masa frita espolvoreados con azúcar. Lo dejó en la mesa, y DeHaan le dio otro puñado

de dirhams, demasiados, evidentemente, porque el muchacho abrió unos ojos como platos y le dio las gracias con mucha efusividad.

Los buñuelos recién hechos estaban todavía calientes y olían que alimentaban.

—Los veo todas mañanas —dijo la señorita Bromen—. Los llevan por el calle en una hoja de palma.

Comía con mucho cuidado, inclinándose sobre la mesa.

—¿Están buenos?

Ella asintió con entusiasmo. DeHaan probó uno. Era verdad.

—Perdone —se disculpó la periodista chupándose el azúcar de los dedos.

—Así que se vino a Tánger... —dijo DeHaan.

—El norte de África, un sueño para los refugiados. Desde aquí puedes ir cualquier sitio, si tienes mucho dinero. Hasta puedes trabajar. En España es duro, después de la guerra que tuvieron, el gente es pobre, muy pobre, y la policía es terrible. Así que vine aquí, mi última esperanza, hace un semana. Sin dinero, sin nada más por vender, sólo pasaporte. A veces, he robado, pequeñas cosas... Algunos refugiados saben hacerlo, pero yo no.

—Le ayudaré, señorita Bromen. Permítame que haga eso, al menos.

—Es usted bueno —dijo ella—. Eso vi en Rotterdam. Pero temo es mucho tarde para eso, ya.

—¿Por qué es demasiado tarde?

—Me han visto, descubierto. No conviene a ellos. En el avenida que sale de Grand Socco. Iban en coche en otra dirección y, cuando se pararon, yo había metido en calleja y escondido en edificio.

—¿Cómo sabe que eran ellos?

—Eran ellos. Cuando los conoces, son fácil reconocer. —DeHaan se acordó de los alemanes del Reina Cristina—. Me vieron, capitán, pararon el coche. Pararon donde yo estaba justo. No vi más, no esperé, así que puede estuve equivocada. Pero puede siguiente vez no los vea. Y entonces... bueno, ya sabe. Lo que le pasa al gente como yo.

—Sí, lo sé.

—¿En verdad? No me matan, no en ese momento —dijo la señorita Bromen. Iba a añadir algo, pero se quedó dudando, tal vez porque no quería emplear las palabras que empleaba en su fuero interno. Sin embargo, acabó diciéndolo lo mejor que supo, con una voz que era apenas un susurro—: Me degradan.

«No, no lo harán». DeHaan se inclinó hacia ella.

—Déjeme hablarle de dinero, señorita Broman, de los capitanes de barco y el dinero. Los capitanes de barco ganan dinero, pero aparte de dárselo a sus familias, no tienen forma de gastarlo. Sólo en los puertos. Donde puedes gastar como un marinero borracho, y desde luego yo lo he hecho, pero esos vicios no son tan caros. Le digo todo esto para que sepa que voy a comprar su libertad. Puede decirme cuánto cuesta, y será un placer comprarla para usted. Un nuevo pasaporte, un pasaje para un barco... Cogemos un papel y lo sumaremos todo.

—Lo que cuesta es tiempo —respondió la señorita Broman—. Lo sé, he visto a los ricos, los más ricos, esperando, y esperando. Por meses. Todo el dinero del mundo. Pueden sobornar, pueden regalar, pero siguen esperando. Si no cree, pregunte refugiados, yo se los presentaré.

—¿Entonces?

—Entonces tiene que ser un barco a la noche. A un puerto neutro. No control de pasaportes al salir, no control de pasaportes al bajar. Desaparecer. Sin rastro que husmear.

—¿Sólo eso? —repuso DeHaan con una sonrisa amarga.

—Conozco los puertos, capitán. Conozco cómo funcionan. —Era cierto, y DeHaan lo sabía—. Ningún otra cosa funcionará —aseguró la periodista—. Lo siento, pero es así.

Permanecieron en silencio largo rato, porque no había nada más que decir. Todo lo que podía hacer DeHaan era levantarse y marcharse. Y eso fue lo que se dijo, pero no le sirvió de nada. Torció el gesto y farfulló unas palabras. Era una frase en holandés, y nada amable, pero ella sabía lo que significaba, y se frotó los ojos. En cumplimiento de una promesa que se habría hecho a sí misma, supuso DeHaan.

6 de junio, 21:05 horas. Bahía de Tánger.

Para aquella breve misión, había reclutado al mejor, el contramaestre Van Dyck, que iba sentado en popa, al timón del bote del barco. Esa noche, el mar estaba picado, y DeHaan se reafirmó contra la borda con la vista fija en las luces de la ciudad. En el bolsillo, un plano garabateado en un trozo de papel. «No tiene pérdida», había dicho ella. Un pequeño muelle fuera de uso frente a la rue el-Khatib, del que partía otra calle que llevaba a una parte antigua del puerto, donde enseguida vería una hilera de cabañas grandes frente a un canal; en la cuarta, vivía un refugiado judío que se ganaba la vida ajustando brújulas a bordo de barcos mercantes. No tenía más que llamar a la persiana.

DeHaan le había pedido, le había insistido en que se marchara con él en ese mismo momento, para mayor seguridad, y lo acompañara al barco, pero no había habido manera de convencerla. Casi suplicando, ella había dicho que tenía que recoger unas cuantas cosas en el hotel, pero sobre todo tenía que despedirse de gente, gente que se preocupaba por ella. Cuando DeHaan lo intentó una vez más, ella dijo que cogería la lancha del puerto, pero él no podía permitirle que hiciera eso, porque la policía española tenía un control de pasaportes en el muelle. No, la recogería con el bote del *Noordendam*. A mediodía, en cuanto llegó al barco, buscó la rue el-Khatib en el *Brown's Ports and Harbours*, donde aparecía justo al borde de la página del plano de Tánger, en el extremo oriental del puerto, una zona excluida del tráfico marítimo hacía años y dejada de la mano de Dios que en realidad ya ni siquiera podía considerarse parte del puerto. En el mapa se veía una calle procedente del oeste que desembocaba en aquel embarcadero, pero la que se alejaba del puerto no aparecía.

Cuando vieron el embarcadero, Van Dyck redujo la velocidad. Las luces del puerto quedaban muy al este, pero el destello de la baliza Le Charf les había permitido calcular el punto en el que la rue el-Khatib desembocaba frente al mar. O eso esperaba DeHaan. Aquélla no era una de las cosas más sensatas que había hecho en su vida, y Van Dick tampoco estaba muy conforme; desde que habían dejado el *Noordendam*, apenas había abierto la boca. A Ratter tampoco le gustaba la idea de llevar una pasajera en el barco, pero sólo serían dos días, le había dicho DeHaan, hasta que llegaran a Lisboa. Ratter se había limitado a lanzarle una mirada de perplejidad: «¿Por qué haces esto?».

«Porque no tengo elección», se dijo DeHaan mientras se acercaban al embarcadero. Y, en definitiva, ¿qué más daba llevar otra alma perdida a bordo? Kovacz, Amado y sus compañeros, Shtern, el soldado griego Xanos, los alemanes comunistas, todos, del primero al último, eran fugitivos obligados a vagar por el mundo. «En el pobre *Noordendam* siempre hay sitio para alguien más».

Van Dyck apagó el motor y aprovechó la inercia del bote para arrimarlo al embarcadero. DeHaan se levantó y ató un extremo de la amarra a una cornamusa y el otro al embarcadero, que tenía las maderas podridas y levantadas, un lado inclinado hacia el agua y un poste de menos.

—¿Es éste?

—Tiene que ser.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, tú quédate en el bote.

—De aquí no se lo va a llevar nadie, capitán.

—Lo sé, pero no hace falta que vayamos los dos.

Van Dyck sujetó el bote contra el embarcadero mientras DeHaan bajaba.

—¿Quieres que te guarde eso? —le preguntó el contraamaestre señalándole la cabeza.

DeHaan se quitó la gorra y se la lanzó. Van Dyck tenía razón: si había que ir solo por los muelles en plena noche, era mejor ser un simple marinero.

Al final del embarcadero, una solitaria farola proyectaba un cono de luz amarilla sobre el suelo. Un enjambre de mariposas nocturnas atacaba la desprotegida bombilla. DeHaan se detuvo debajo, estudió el plano, volvió a guardárselo en el bolsillo y echó a andar por una calle bordeada de tinglados. Allí no se oían radios ni se veían luces, sólo gatos callejeros. La calle acababa en un muro, pero según el plano había que torcer a la izquierda, y, efectivamente, entre la última casa y el muro había un pasadizo por el que apenas se podía avanzar de frente. El otro extremo estaba oculto en la oscuridad; DeHaan dudó unos instantes y, luego, reanudó la marcha deslizándose una mano por la pared. El pasadizo daba a un descampado; DeHaan tomó un camino de tierra bordeado de hierbajos que cruzaba un terreno arenoso y luego pasaba bajo un enorme depósito, que en otros tiempos debía de haber servido para almacenar combustible. Al otro lado, el camino se convertía en una ancha pista de tierra, que daba un brusco giro y continuaba a lo largo de un viejo almacén de ladrillo sin un solo cristal entero en sus negras ventanas.

El almacén parecía no tener fin. DeHaan iba dejando atrás puertas condenadas y plataformas de carga y descarga. Ahora, a la derecha también había una tapia. «Estoy encajonado», se dijo. Probablemente, al otro lado del edificio habría un camino que llevaría a la bahía, pero allí no se sentía la presencia del mar, sólo la noche y el silencio. Por fin, llegó a la esquina del almacén y vio un tramo de vías; las malas hierbas crecían entre las traviesas, pero en el aire seguía flotando un débil olor a creosota. «Como en otros tiempos», pensó DeHaan recordando sus doce años y las correrías con los amigos por el puerto de Rotterdam, entre maquinaria roñosa y callejas que no llevaban a ninguna parte. Se detuvo, se sacó el plano del bolsillo y encendió una cerilla. Sí, esa escalera tan bien dibujada eran las vías y las líneas sombreadas que se veían al otro lado eran tres canales. Pero ¿dónde estaban?

Llegó al primero al cabo de unos minutos. Peces muertos, agua muerta, un *dhow* medio hundido en la orilla opuesta... Encendió otra cerilla para consultar el mapa y, de pronto, cuando la estaba agitando en el aire para apagarla, oyó una voz, o bien creyó oírla. Sólo fue un instante: una voz aguda que lanzaba un par de notas, como si estuviera cantando. Pero, antes de que pudiera descubrir de dónde venía, la voz cesó y volvió a hacerse el silencio, un silencio que ahora era total, porque las cigarras también se habían callado.

El canal tenía un afluente, un segundo canal bordeado por un camino cubierto de carbonilla. El sendero conducía a una larga hilera de cobertizos que se perdía en la oscuridad. El que a él le interesaba era el cuarto: la señorita Broman había dibujado una equis en un cuadrado del mapa. DeHaan pasó de largo junto a los tres primeros y se detuvo ante la pesada persiana de la cuarta. ¿Habría alguien allí dentro? Porque no se oía una mosca. Acercó la mano a la persiana y, tras unos instantes de indecisión, la golpeó con el puño. La persiana se movió. DeHaan dio un paso atrás y la miró con atención. En un lado del marco, destacaba un pequeño triángulo de un amarillo más claro en el que la madera estaba astillada y se veían tres agujeros de tornillo, mientras que en la persiana, a la misma altura, había una anilla de hierro de la que colgaba un cáncamo, unido a ella por un candado cerrado. DeHaan volvió a llamar, esperó unos instantes y, luego, cogió el borde inferior de la persiana con las dos manos y la levantó hasta arriba. Al otro lado había una puerta.

—¿Hola? —dijo, primero en un susurro y, a continuación, alzando la voz. Nada.

La puerta estaba entornada. La abrió del todo y contó hasta diez. «Vuélvete al embarcadero. No quieres ver lo que hay dentro de esta cabaña». Pero necesitaba verlo, así que cruzó el umbral y penetró en una habitación cuadrada que tenía las paredes enlucidas y apestaba a humedad. En una esquina, se veía un jergón de paja cubierto con una sábana y, junto a la cabecera, una hilera de libros colocados en el suelo y sostenidos con piedras. En la pared de enfrente, sobre una mesa de pino sin pulir, había una lámpara volcada en medio de un charco de queroseno, que había empapado un montón de hojas de papel y media barra de pan. En el suelo, más papeles.

—¿Hay alguien aquí?

Lo dijo por decir, primero en alemán y luego en francés, sabiendo que era absurdo, que no habría respuesta. Sabiendo, también, que quienquiera que hubiera estado allí no iba a volver.

Conmocionado, con el corazón encogido y rabioso, abandonó el cobertizo y emprendió el camino de regreso. Puede que lo estuvieran observando y puede que no, pero casi le daba igual. Y había sido un idiota, ahora lo sabía, yendo allí sin la Browning, bien escondida bajo el jersey, pero ni siquiera se le había ocurrido cogerla. Bien, no volvería a pasarle, si sobrevivía a esa noche, si conseguía regresar a su barco y si alguna vez volvía a sentir la tentación de dejarlo. Caminaba a toda velocidad, casi al trote, pero, cuando llegó al pasadizo, la calle de los almacenes cerrados y, por fin, el embarcadero, ya eran las diez.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Van Dyck al verlo llegar solo.

—No estaba —respondió DeHaan, que saltó pesadamente al bote, soltó la amarra y se sentó en proa. Van Dyck le tendió la gorra en silencio e intentó poner en marcha el bote, pero el motor eligió ese momento para remolonear. Los dos hombres maldijeron al unísono, mientras el contraataca accionaba en vano el estarter—. ¡Cogeremos los malditos remos, si no hay más remedio!

—Tranquilo, capitán, sólo está ahogado. —DeHaan podía olerlo perfectamente, de modo que decidió tomárselo con calma—. ¿Adónde habrá ido esa mujer? —murmuró el contraataca.

—No lo sé. Puede que se la haya llevado alguien.

Van Dyck no dijo nada, pero su rostro se ensombreció. El mundo era mucho peor de lo que nunca había imaginado. Volvió a accionar el estarter, y ésta vez el motor empezó a toser, soltó una bocanada de humo y se puso en marcha.

—Buen chico —le dijo el contraataca abriendo el regulador. Luego, puso el bote en movimiento y, con un amplio giro, dirigió la proa hacia la bahía.

Habían pasado un par de minutos, cuando oyeron rugir un coche que venía del puerto y, al llegar al embarcadero, frenó en seco y se detuvo con un chirrido de neumáticos.

—¡Dios! —exclamó DeHaan—. ¡Ahora nos dispararán!

—¿Qué? —farfulló Van Dyck.

DeHaan se arrodilló en el suelo del bote e indicó a Van Dyck que hiciera lo mismo. Pero nadie disparó. Un hombre y una mujer saltaron fuera del coche y echaron a correr por el embarcadero. El hombre era un anciano y apenas podía correr, pero agitaba los brazos y gritaba frases que no podían entender.

—¿Capitán?

—Da media vuelta.

08:00 horas, 7 de junio de 1941. 35° 50" N/6° 20' O, rumbo NO 275°. Niebla y fuerte corriente SE en popa. Salida puerto de Tánger a las 3:40 horas con 41 tripulantes a bordo. Avistadas dos naves con rumbo este. Sin novedad a bordo. E. M. DeHaan, capitán.

Finalizada la anotación en el cuaderno de bitácora, DeHaan dejó a Ratter al cargo de la guardia matutina y salió al ala del puente, donde el vigía escrutaba diligentemente el mar con los prismáticos, aunque la niebla, densa y gris, no permitía ver gran cosa. DeHaan se sentía mucho mejor ahora que estaba de nuevo en el mar, en su elemento, dejándose mecer por el balanceo del barco, contemplando las inmaculadas masas de espuma que rompían contra la proa y resplandecían sobre el agua gris del Atlántico. No le molestaba la niebla, que tenía su propio olor, a sal y humedad, el aroma del aire puro y fresco tal como lo había hecho Dios. En los transatlánticos, cuando faltaban pocas horas para avistar tierra, siempre había pasajeros que preguntaban a algún camarero por cierto olor desagradable, como a podrido, acompañado de una subida de la temperatura. «Es la tierra, señor —respondía el camarero—. Se huele mucho antes de verla».

En algún punto al norte del *Noordendam*, se oyó el débil mugido de una sirena. Al otro lado de la puerta del puente, Ratter alzó la mano y tiró de un cordón que pendía sobre su cabeza. La sirena del *Noordendam*, instalada justo detrás de la cabina, produjo un breve gorgoteo, lanzó un chorro de agua al aire y, por fin, soltó un fuerte bramido, que hizo vibrar los cristales del puente. DeHaan consultó su reloj. La reunión en el comedor de oficiales era a las nueve, así que podía quedarse un rato más en el puente. Lo que había anotado en el cuaderno de bitácora se ajustaba a la realidad: sin novedad a bordo, el *Noordendam* avanzaba seguro y decidido a través de la niebla con rumbo noroeste y viento favorable.

Ahora Maria Broman ocupaba el camarote de Ratter, que se había mudado al de Kees. La noche anterior, DeHaan, que estaba leyendo tumbado en la cama, había oído que la periodista se daba una larga ducha al otro lado del tabique. Una hora antes, al subir al bote, la mujer había contado una historia rocambolesca. Su amigo y ella habían regresado al cobertizo hacia las ocho y, al ver que alguien había forzado la persiana, se habían marchado a toda prisa, sin entrar, y habían ido a casa de otro refugiado. Pero la pesadilla no había acabado: alguien que podía usar un coche la llevaría al embarcadero, pero ese alguien, que se pasaba las horas muertas en determinado café, no

estaba allí, ni aparecía por ningún sitio, hasta que se hizo tan tarde que había que encontrarlo como fuera, y lo encontraron, aunque casi demasiado tarde.

«Pero nunca es tarde si la dicha es buena», se dijo DeHaan. Dentro de unas horas, echarían el ancla para volver a pintar; luego, como el *Santa Rosa*, pondrían rumbo a Lisboa, adonde arribarían el día nueve. Para la periodista, era la oportunidad de volatilizarse. El día anterior, tras dejarla en el cafetín, DeHaan había pasado por el Barclay's Bank y sacado una suma considerable en dólares estadounidenses, para que la señorita Broman tuviera suficiente dinero al desembarcar y más posibilidades de sobrevivir. Podía conseguirlo, se dijo DeHaan. Si España, teóricamente neutral, simpatizaba con la causa alemana, Portugal, que tampoco participaba en la contienda, favorecía a la chita callando a Inglaterra, una alianza que se remontaba al siglo XIV. En consecuencia, era probable que los funcionarios portugueses, menos deseosos de complacer a los alemanes, hicieran la vista gorda. Con documentación falsa y un poco de suerte, la periodista podría aguardar en Lisboa el final de la guerra. Siempre que los *Organyi* no dieran con ella. Eso era más problemático, porque, según se decía, estaban en todas partes y eran implacables. Pero no era imposible. Y, con documentos falsos muy buenos y con muy buena suerte, quizá incluso pudiera cruzar el charco e instalarse en un sitio mucho más seguro.

A las nueve, reunión en el comedor de oficiales, con DeHaan en la presidencia y Ratter, Kees, Kovacz, el señor Alí, Shtern y Poulsen, el fogonero danés que hacía provisionalmente de primer maquinista, sentados a ambos lados de la mesa. Cornelius estaba sirviendo café, de modo que casi era como en los viejos tiempos, aunque se dirigieran a Lisboa para recoger un cargamento secreto: mástiles, antenas reticulares y tres camiones con destino a Smygehuk, en la desolada costa del sur de Suecia.

—¿Pasando frente a las bases alemanas de la costa noruega? —preguntó Kees—. ¿Y después el Skagerrak y el Kattegat? ¿Los estrechos daneses? ¡La madre! Hay una mina o una lancha torpedera cada dos palmos de agua. Muy bien, vamos a hacer una porra. Apuesto diez florines a que no llegamos a los seis de longitud este. ¿Tú qué dices, Ratter?

—Recuerda que somos un carguero español —respondió el animoso Ratter.

—Y yo Simbad el Marino.

—Con los italianos funcionó.

—Porque Dios estaba de buenas y tuvimos mucha chamba. Y porque eran italianos.

—Por favor —terció Shtern—, ¿alguien puede decirme qué es el Kattegat?

—El canal que separa Dinamarca y Suecia —le explicó Kees—. Significa «gatera» y es muy estrecho.

—¿Quién nos estará esperando? —preguntó Kovacz.

DeHaan se encogió de hombros.

—No me han dado más que un nombre en clave. Podría ser cualquiera.

—Entonces, los suecos no saben nada, ¿no? Porque, en caso contrario, llevaríamos la carga directamente a Malmö.

—Así lo interpreto yo —dijo DeHaan.

—O quizá prefieren no saber nada —sugirió el señor Alí.

—Sí, la política de la neutralidad. Es muy posible.

—¿Cuándo tenemos que estar frente a Suecia? —preguntó Kovacz.

—El veintiuno antes del amanecer.

Hubo una pausa mientras todo el mundo hacía cuentas.

—Podemos conseguirlo —opinó Kovacz—. Si el once hemos zarpado de Lisboa.

—Lo de Lisboa será rápido —dijo DeHaan—. Se supone que cogeremos troncos de alcornoque y no sé qué más con destino a Malmö, pero en realidad no cargaremos nada.

—Y, después de Suecia, ¿qué? —preguntó Ratter.

—Entonces sí que entraremos en Malmö, para recoger madera de pino y llevarla a Galway.

—La República de Irlanda... —dijo Ratter al cabo de unos instantes—. Así que de país neutral a país neutral, en un barco neutral.

—Ésa es la idea. Pero recibiremos más instrucciones en alta mar. Y no me extrañaría que nos desviarán a un puerto inglés.

—Y se acabó el *Santa Rosa* —añadió Kees—. Y luego, ¿otro convoy?

DeHaan asintió. Malo, pero no peor que lo que habían estado haciendo.

—¿Iremos bordeando la costa sueca del Kattegat? —quiso saber Poulsen.

—Por supuesto —contestó DeHaan—. No sé si servirá de algo, pero lo intentaremos.

—Yo sí sé que no servirá de nada —afirmó Kovacz—. En el Báltico, no. Los alemanes hacen lo que les da la gana, y los suecos ni rechistan. No se atreven. No tienen ganas de que los invadan.

El señor Alí le dio un golpecito a la boquilla y dejó caer la ceniza en el cenicero.

—Es cierto —dijo. «Y puedo probarlo». Por su expresión, era evidente que tenía una historia que contar, y todos se dispusieron a escucharla—. Por ejemplo, ayer por la mañana, sin ir más lejos, había un barco francés comunicando por radio con su armador, en Marsella. Por lo que pude entender, llevaban un cargamento de wolframita para Leningrado. Pero una patrulla los obligó a entrar en puerto, y ahora están retenidos allí. No los dejan continuar.

—Claro —dijo Ratter—, como que eso es tungsteno, con el que se fabrican las planchas de blindaje y también proyectiles capaces de atravesarlas. Hoy en día es muy difícil de conseguir, y los alemanes lo querrán para ellos.

—Seguro —asintió Kees—. Y eso que los soviéticos son sus aliados.

—¿Dio alguna razón el barco francés?

—Eso es lo que estaba pidiendo el armador, cuando los alemanes interceptaron la comunicación. Saturaron la frecuencia y, cuando el radiotelegrafista intentó cambiar a otra, también la saturaron.

—Si te paras a pensarlo —murmuro DeHaan—, es un tanto extraño.

—No tan extraño —repuso Kovacz—. Están empezando a cansarse los unos de los otros.

—¿Algo más en la radio? —le preguntó DeHaan al señor Alí—. ¿La BBC?

—Nada realmente nuevo. Los combates del norte de África, y la muerte del Kaiser en Holanda, tras veintitrés años de exilio.

—¡Bravo! —exclamó Ratter—. Ojalá se cueza en el infierno.

—Nunca le gustó Hitler, Ratter —le recordó Kees.

—Sí, eso decía. Pero su hijo es un general de las SS. Seguro que él sí le gustaba.

—¿Algo más, señor Alí? —preguntó DeHaan.

—Lo de siempre. Los alemanes, concentrando divisiones en la frontera polaca.

Kovacz y DeHaan intercambiaron una mirada.

—Se veía venir —murmuró el jefe de máquinas.

5 de junio. Hotel Rialto, Tarragona.

Tumbado en la desvencijada cama, S. Kolb intentaba leer el periódico. Saber algo de francés servía realmente de poco con un diario español, y el que le habían dado en el cine —ni para eso tenía suerte— era denso y difícil, con muy pocas fotos y sin tiras cómicas. El equivalente español de *Le Monde*, tal vez, lleno de largos y sesudos artículos. Y él prefería los breves y sensacionalistas de los periódicos populares.

Puede que aquel hotel no fuera tan malo, se dijo. En sus tiempos. Estaba en la parte más bonita del paseo marítimo, tenía vistas al Mediterráneo, seis plantas... El sitio ideal para un turista inglés poco derrochador. Pero en sus tiempos. Durante la guerra, un obús había alcanzado una de las esquinas superiores, así que ahora había un manchurrón negro en lo alto de la fachada, varias ventanas condenadas y un persistente olor a incendio añejo en todo el hotel.

No importaba: para lo que iba a durar en él... En Stuttgart, había vuelto al redil del señor Brown, y encima agradecido, en ese momento. Le había salvado el maldito pellejo. Sin duda. La verdad es que, si tenías que vivir la vida de la clandestinidad, más valía que lo hicieras dentro de una organización clandestina; vivirías más, por regla general, porque ir por libre era casi imposible. No obstante, había habido un momento, delante de aquel chafarrinón del museo de Stuttgart, en que le habían entrado ganas de desaparecer, de cambiar de vida. «Todavía no», se había dicho, en mitad de una guerra, no cuando todo el mundo tenía que luchar en algún bando. Más tarde. Quizá.

¡Qué ingratitud! Después de todo, se habían tomado muchas molestias para protegerlo. Como el preciado cuenco de porcelana de la abuelita: era horroroso, lo odiabas, pero te habrías guardado mucho de romperlo. Lo habían sacado sigilosamente de Estrasburgo, lo habían llevado a la zona libre controlada por el régimen de Vichy y de allí lo habían paseado a todo lo largo de Francia, en una ambulancia, un camión y hasta un carro cargado de verdura y tirado por un caballo, en el que había tenido que ponerse la vieja y maloliente boina de un campesino, calada hasta las cejas. Una vida estupenda, si vivías así. Compartiendo los productos de la tierra, cuando los había. Y, por fin, Portbou, el puesto fronterizo de los Pirineos, en un coche fúnebre. Como empleado de la funeraria, gracias a Dios, acompañando un pesado y pomposo féretro forrado de satén negro. Allí dentro no parecía que hubiera demasiado aire para respirar, la verdad. Pero ¿quién quería morir en un ataúd?

Por supuesto, cuando gastaban tiempo y dinero en ti, no estaban tratando de salvarte la vida, sino más bien tratando de encontrar el modo de que la

perdieras trabajando para ellos. Así que algo tendrían en mente.

En Lisboa, al parecer. Esa tarde había visto al hombre de Brown, llegado, seguramente, del consulado de Barcelona, a una hora de viaje de allí. Bueno, en realidad no lo había visto —el cine estaba a oscuras, salvo la pantalla, donde un guerrero español les zurraba la badana a unos cuantos moros antes de desayunar—, pero era una presencia familiar. Corpulento y asmático, había mirado al individuo sentado en la «octava fila contando desde atrás, segunda butaca a la derecha del pasillo» como si fuera poco más que un paquete. Aparte de la breve contraseña —«¿Puede decirme si está libre este asiento?»—. «Había una señora mayor, pero se ha ido.»—, se había limitado a quedarse sentado junto a él la media hora estipulada y luego se había largado dejando el periódico en la butaca.

¿Qué le habría costado decirle un par de palabras? ¿Susurrarle «Buena suerte» o algo por el estilo? ¿Algo amable? No, hombre, no, ni un mal comentario sobre aquel bodrio de película; simplemente, había seguido jadeando a su lado y le había dejado aquel periódico ilegible con instrucciones escritas a mano en la penúltima página, como siempre. En resumidas cuentas, el tren nocturno a Lisboa y luego, sin duda, el siguiente hotel, seguro que cerca de los muelles. Los muelles, los muelles, siempre los muelles, infestados de espías. En su profesión —lo sabía— había gente que no vivía así en absoluto, que viajaba en primera clase y se pasaba las horas muertas en los casinos con una mujer colgada de cada brazo. En cambio, él... ¡Malditos genes! Era hijo de un pringado, parecía un pringado y lo trataban como a un pringado. Era todo una formidable y chirriante máquina, que daba vueltas y más vueltas soltando nubes de vapor y nunca se paraba.

Dios, qué hambre, qué vacío en el estómago... Otra cosa que no ayudaba a levantar los ánimos. Pero la comida de los restaurantes baratos empeoraba conforme descendías hacia el sur. Al menos, en el norte se empapuzaban de patatas; aquí era aceite y judías, judías y aceite, todo bien salteado con ajo, el sacramento de los pobres, que a él le daba cien patadas. Y la misma maldita historia en Lisboa, seguro.

«El tren nocturno a Lisboa», una frase muy poética, pero muy engañosa. Después del cercanías que lo había dejado en Barcelona, S. Kolb se pasó la mayor parte de los dos días siguientes en un asiento de dura madera de un coche de tercera clase, entre devoradores de chorizo y críos emberrenchinados, algún que otro fugitivo y una interminable sucesión de

reclutas exhaustos. El reparto iba cambiando, pero Kolb seguía interpretando su papel en aquella tortuga que traqueteaba por los campos de España, cuando no estaba parada en una estación de mala muerte o en mitad de la nada.

Era medianoche pasada cuando al fin llegó a la Estação do Rossio y encontró a la «mujer de la pañoleta verde» esperándolo en el andén. La mujer lo llevó, no a una pensión cerca del puerto, sino a lo que Kolb tomó por una casa de huéspedes, en el barrio de la Alfama, bajo la ciudadela árabe. No, no era una casa de huéspedes, le dijeron, sino un escondite para varios agentes en tránsito hacia un sitio u otro, y mejor que no viera a los otros, añadieron, ni se dejara ver. No obstante, los oyó, aunque estaban encerrados en su cuartos, e infringió la norma, pero sin querer, porque abrió la puerta de la habitación al mismo tiempo que su vecino. Un individuo alto y flaco con pinta de profesor, que se quedó mirándolo unos segundos y luego volvió a entrar y cerró. Su aspecto fue una sorpresa para Kolb, que lo había oído quejarse en sueños al otro lado del tabique y se lo había imaginado muy distinto. Con todo, no se estaba tan mal en el «escondite»; por lo menos, le daban de comer, judías aceitosas, que le llevaban en una bandeja, con una chuleta diminuta. Los roñosos del Servicio de Inteligencia Británico...

A la mañana siguiente, conoció al señor Brown. Rollizo, plácido y con una pipa entre los dientes, de modo que había que esforzarse cosa mala para entender lo que farfullaba. El caso es que Kolb lo entendió todo la mar de bien. Tras escuchar el relato de sus viajes, tomando notas en una libreta, el señor Brown le anunció:

—Vamos a enviarlo a Suecia. —Kolb, secretamente satisfecho, asintió. Un país neutral, limpio y sensato, lleno de complacientes mujeronas... Un paraíso en la tierra, después del infierno que había vivido—. No habla el idioma, ¿verdad?

Aparte de «*Skoal!*», ni una palabra. Pero «*Skoal!*» podía serle muy útil.

—¿Cómo llegaré allí? —preguntó Kolb.

—Vamos a mandarlo en un carguero. Un mercante holandés, pero camuflado de español. Lo dejarán en Malmö. ¿Ha estado alguna vez?

—Nunca.

—Es tranquilo.

—Estupendo.

—Luego, quizá, a Dinamarca. —Ocupada. Pero educadamente ocupada—. Por supuesto, desde Dinamarca es fácil viajar a Alemania.

—Quizá sepan quién soy. Sospecho que Fräulein Lena me delató.

—No estamos seguros de que lo hiciera, y ahora se ha reunido con las Valquirias. Además, tendría una nueva identidad.

—Muy bien —respondió Kolb.

Como si importara que estuviera o no de acuerdo. No obstante, había un atisbo de esperanza: Suecia, donde, si lo cogían, lo encerrarían. ¿Si lo cogían? ¡Pues claro que lo cogerían! Ya se encargaría él.

—¿No le importa? —le preguntó Brown mirándolo atentamente.

—Hay una guerra que ganar —respondió Kolb.

Es posible que Brown hubiera rezongado, no estaba seguro, porque sólo había visto una nubecita de humo saliendo de la cazoleta de su pipa. ¿Sería su forma de rezongar?

—Efectivamente —murmuró Brown, y le anunció que saldría pasadas las doce de la noche del día diez—. Lo llevaremos al puerto. No podemos permitir que se pierda por Lisboa, ¿verdad?

8 de junio, 16:00 horas. En alta mar.

DeHaan se dirigió al puente para hacer la primera guardia. Los trabajos de pintura aún no habían acabado, pero les faltaba poco. Nunca había visto bregar a los hombres de aquel modo. Durante la reunión en el comedor de oficiales, se había decidido que sólo les dirían que se dirigían al norte, con un destino secreto y una escala en Lisboa, durante la que no se daría permiso para bajar a tierra. ¿Era la idea de participar en una misión secreta lo que les había servido de acicate? Desde luego, era evidente que algo los acicateaba, porque habían puesto manos a la obra y arrimado el hombro del primero al último, afanándose en los andamios y trabajando deprisa. Y, por una vez, el tiempo había ayudado. La idea de que unas cuantas ventadas y unas cuantas olas pudieran echar a pique una operación tan importante parecía casi absurda, pero la historia de la guerra probaba que así era, y DeHaan lo sabía.

Ratter subió la escalerilla del puente con un saco en una mano y los ojos brillantes.

—¿Quieres ver lo que compré en Tánger? —le preguntó a DeHaan metiendo la mano en el saco y sacando una lata redonda y ancha con una etiqueta escrita a mano en el centro: «FUTLIHT PARED, 1933. JAMS CAGNI/JONE BLONDI»—. Diez rollos —dijo el primer oficial—. Probablemente, toda la película, y puede que haya alguna otra cosa más.

—¿Dónde los conseguiste?

—En el mercadillo de los ladrones.

Por el mundo de los puertos, se dijo DeHaan, rodaban las cosas más extrañas, objetos inimaginables con su propias historias. ¿De dónde habría salido aquello? ¿De un cine de Tánger? ¿De un barco de pasajeros? En cualquier caso, seguro que, antes de llegar al *Noordendam*, había hecho un viaje de lo más interesante.

—He pensado que podíamos ponerla cuando los hombres hayan acabado de pintar, como premio.

—Puedo pagártela, del fondo de los oficiales.

—No, no, es un regalo para el barco.

—¿Todavía tenemos el proyector?

—Ha costado encontrarlo, pero sí, estaba en el cajón de las guindalezas.

—Claro, ¿dónde si no? ¿Y funciona?

—No sé lo que pasará cuando pongamos la película, pero lo he montado y parece que sí. Las ratas habían hecho un nido en el altavoz y se habían comido los cables, pero Kovacz los ha cambiado.

El proyector ya estaba en el barco cuando DeHaan se había hecho cargo de él, aunque nadie sabía cómo había llegado allí.

—La pondremos esta noche a las nueve —decidió DeHaan—. Dile a Van Dyck que coloque una pantalla de lona en la cubierta de proa.

Era una noche estupenda para ver una película: una miríada de estrellas tachonaba la negra bóveda del cielo y un suave viento de proa hacía ondular y restallar la pantalla de lona, de modo que James Cagney tan pronto se hinchaba como se agitaba violentamente, provocando un regocijado griterío en el patio de butacas. El proyector hizo el tonto los diez minutos de rigor, pero luego funcionó, aunque hacía pasar la película un poco más deprisa de lo normal, así que los personajes parecían actuar con cierta precipitación. Por desgracia, pese a los cables nuevos, el sonido que salía del altavoz dejaba bastante que desear; las voces eran confusas, como si los actores estuvieran comiendo pan, y de vez en cuando la música se ralentizaba y daba a *Desfile de candilejas* una atmósfera extraña e inquietante, de película de terror.

Pero no importaba. Oficiales y marineros se sentaron en el entablado y se lo pasaron en grande; algunos no entendían ni jota, pero tampoco importaba. Era una película de Busby Berkeley, así que había mucho que ver: montones de chicas escuetamente vestidas y, al cabo de un rato, en traje de baño, formando y deshaciendo figuras en un ballet acuático que acabó en una gran

apoteosis: un vistoso y cimbreante surtidor de nadadoras, que agitaban los brazos como gráciles pájaros.

Ratter manejaba el proyector y DeHaan estaba sentado a sus pies. Observando a la tripulación, le dio por pensar que en el fondo eran muy pocos, sólo un puñado de hombres apiñados en la enorme cubierta, bajo el cielo nocturno. Cuando la película no había hecho más que empezar, la señorita Bromen apareció en cubierta y se quedó parada, sin saber dónde sentarse. DeHaan la llamó y le hizo sitio a su lado. Debía de haberse lavado la ropa, porque llevaba un mono y un jersey, que le habría conseguido alguien, y la cabeza cubierta con una pañoleta.

—¿Ponen películas a menudo? —le preguntó a DeHaan.

—Nunca. Ésta la encontró en Tánger el primer oficial.

—Inglés difícil para mí —dijo la periodista al cabo de unos instantes.

—James Cagney tiene problemas con su mujer, y Jean Blondell, que es su secretaria, está secretamente enamorada de él.

—¡Ah! ¿Y ahora qué pasa? —preguntó la señorita Bromen al cabo de unos instantes—. ¿Es marinero?

—Hace de marinero, en un número de musical.

—Ya. ¡Se están pegando!

—Es que son marineros y están en un bar.

Después de la pelea, una canción:

Here's to the gal who loves a sailor

It's looking like she always will.

She's every sailor's pal.

She's anybody's gal.

Drink a gun to Shanghai Lil^[5].

10 de junio, 3:00 horas. Puerto de Lisboa.

Al llegar a la desembocadura del Tajo, en la ciudad de Cascais, el *Noordendam* recogió al práctico que iba a guiarlo a través de los bancos de arena del delta. Los prácticos suelen ser gente sociable y parlanchína, que parece disfrutar con esa faceta de su trabajo, y aquél no era una excepción.

—La guerra está en punto muerto —le dijo a DeHaan en inglés—. Salvo en Libia, y allí tampoco va a ninguna parte. Avance, retirada, avance... —

DeHaan asintió. A juzgar por el último periódico que había visto y por lo que contaba la BBC, las cosas parecían ser así—. Puede que haya llegado el momento de los diplomáticos —opinó el piloto—. Hitler tiene lo que tiene, y los ingleses y los norteamericanos encontrarán el modo de entenderse con Japón. ¿No le parece?

—Es una forma de verlo —respondió DeHaan, que sólo trataba de ser educado—. Pero la ocupación es algo duro, para Europa.

—Para algunos, sí. Pero antes de la guerra, con los comunistas y el desempleo, las cosas tampoco iban tan bien. ¿Usted no es español, verdad? —le preguntó el práctico tras una pausa.

—Soy holandés.

—Pensaba que tal vez fuera alemán. ¿Y es capitán de un barco español?

—El anterior capitán se marchó sin avisar. Y yo era el único disponible. De todas formas, no creo que dure mucho.

—¿Los marineros son españoles?

—Algunos. Ya sabe cómo son las cosas en los mercantes de servicio irregular. Hay gente de todas partes.

—Cierto. Una lección para el resto del mundo, ¿no le parece?

DeHaan asintió y luego se puso a observar la corredera y a hablar con la sala de máquinas. Cuando el *Noordendam* dejó atrás los bancos de arena y quedó amarrado a los dos remolcadores, la lancha del puerto se llevó al práctico, y DeHaan respiró aliviado.

A las cuatro de la mañana, DeHaan seguía en el puente. Con un remolcador a proa y otro a popa, el *Noordendam* se deslizaba lentamente río arriba, a lo largo de los muelles de Lisboa, que dormía, silenciosa y apaciblemente, envuelta en una oscuridad que sólo atenuaban las farolas y las escasas luces diseminadas por las colinas. En momentos así, algo en el interior de DeHaan cobraba vida con fuerza. Estar despierto mientras a su alrededor todo dormía era una especie de honor, como si en esos instantes la responsabilidad de una imaginaria guardia nocturna recayera en él.

Tal como les había prometido el capitán del remolcador, a las cinco y media estaban amarrados al muelle que se extendía frente a la rua do Faro, no muy lejos de un tinglado en cuya fachada podía leerse «F3» pintado en blanco. En circunstancias normales, DeHaan habría abandonado el puente y se habría ido

al camarote, pero las circunstancias no eran normales, así que se quedó donde estaba. Cuando las primeras luces del amanecer iluminaron la ciudad, el puerto volvió a la vida: un grupo de estibadores se dirigía a la oficina de contratación fiambarrera en mano; la última fulana de la noche regresaba a casa pedaleando cansinamente en su bicicleta; las gaviotas volvían a la carga; un viejo Fiat negro se detenía ante el tinglado; un camión del ejército lo imitaba instantes después; unos cuantos soldados somnolientos saltaban a tierra, formaban una línea irregular al pie del muelle, encendían cigarrillos y se ponían a charlar; poco después, una pareja madura se detenía detrás de los soldados, dejaba una maleta en el suelo y se ponía a esperar... Mientras DeHaan contemplaba la escena, siguieron apareciendo civiles, hasta cuarenta, llegó a contar; luego lo dejó correr, porque no paraban de llegar.

A las ocho menos diez, Kees entró en el puente para hacerse cargo de la guardia matutina.

—¿Qué pasa ahí abajo?

—No estoy seguro. Parecen refugiados.

—Pensaba que todo esto era secreto.

—Bueno, ten los ojos abiertos —le dijo DeHaan, y se marchó a su camarote, impaciente por coger la cama y dormir unas cuantas horas.

Pero la cama tendría que esperar. En el pasillo que llevaba al camarote, la puerta de la cámara de mapas estaba abierta y, al otro lado, Maria Bromen aguardaba sentada en uno de los taburetes. Al ver a DeHaan, se levantó.

—Quiero despedirme. —Se había arreglado lo mejor que había podido: el traje y la camisa, impecables, los sencillos zapatos, relucientes, el pelo, recogido...—. Me han dejado una plancha. ¿Estoy bien?

—Ya lo creo, está perfecta. Pero pensaba que se iría por la noche...

—¿No se van hoy?

—Lo intentaremos, porque llevamos varias horas de retraso, pero tenemos que hacer algunas cosas, así que será después de medianoche.

—De todas formas, me iré ahora, y quería dar las gracias. Hay más cosas que gustaría decir, pero creo que ya sabe. Así que gracias, y suerte y felicidad.

—Hay un poco de jaleo ahí afuera —dijo DeHaan—. Puede que sea mejor que espere un rato.

—Sí, refugiados. Los he visto. Quieren subir a su barco, marcharse de la ciudad, pero el ejército no permitirá. No tiene nada que ver conmigo.

—No tienen ni idea de adonde vamos.

—Les da igual. Habrán oído cosas: Sudamérica, Canadá... Y le ofrecerán dinero, joyas, lo que sea.

—En fin —dijo DeHaan tras una pausa—, buena suerte, y tenga cuidado. ¿Necesita alguna cosa?

—Lo tengo todo, gracias a usted. Voy a ser rusa más rica de Lisboa.

DeHaan asintió y la miró a los ojos, deseando que se quedara.

—Entonces, adiós —murmuró tendiéndole la mano.

Ella se la estrechó muy educadamente, al estilo ruso. Tenía la mano helada.

—Puede que volver a encontrarnos.

—Me gustaría que así fuera —respondió DeHaan.

—Nunca se sabe.

—Nunca se sabe —dijo DeHaan. Luego—: Cuídese mucho.

—Lo haré. Pero, ahora estoy lejos, creo que todo saldrá bien. Lo sé.

—¿No quiere esperar hasta la noche?

No quería.

«Testaruda...». Pero eso era lo que la había mantenido viva, mientras esperaba un golpe de suerte.

—Al menos, deje que la acompañe y la ayude a pasar entre toda esa gente.

—Es mejor sola. Los soldados me dejarán pasar; yo no les importo, sólo impedir que la gente suba al barco.

—Sí, tiene razón —dijo DeHaan.

Volvieron a darse la mano, y la periodista se marchó. A mitad del pasillo, se volvió, dio uno o dos pasos hacia él, con el rostro tenso, sin expresión y, luego, se volvió de nuevo y desapareció.

A las diez y media, DeHaan bajó a tierra para ir a la oficina del agente de aduanas, situada en la rua do Comércio. En el muelle, los soldados le hicieron un pasillo a través de la muchedumbre de los refugiados, conminándolos a apartarse y empujándolos con los fusiles cuando no tenían más remedio. Lo hacían sin brutalidad, limitándose a cumplir las órdenes con encallecida resignación. Fueron sólo unos instantes, pero a DeHaan se le hicieron eternos. La gente lo interpelaba en todas las lenguas de Europa ofreciéndole mil dólares o sosteniendo un anillo por encima de las cabezas. «No puedo llevaros». Tal vez pudiera, tras una batalla con las autoridades del puerto, pero, como en el fondo pensaba como Kees que no pasarían de los seis grados de longitud este, al único sitio al que los llevaría, con toda probabilidad, sería al fondo del mar, o a un campo de concentración alemán.

—¿Le ha ocurrido algo? —le preguntó Penha, el agente de aduanas, al verlo llegar.

Así que se le notaba... DeHaan negó con la cabeza.

Penha era un individuo moreno y bajo, atildado y muy nervioso.

—Estaba esperándolo —dijo—. Anoche me quedé aquí hasta muy tarde.

—No hemos podido cumplir el horario previsto —respondió DeHaan.

Durante el viaje a Lisboa, una fuerte corriente de proa les había hecho perder velocidad, como mostraba la corredera del cuarto de mapas, una cuerda sujeta por un extremo a un carretel y por el otro a una barquilla sumergida en el agua.

—Su cargamento está en el tinglado. Tengo que facilitarle la entrada y darle esto. —Penha tenía el falso manifiesto sobre el escritorio, y se lo entregó a DeHaan inmediatamente, como si tuviera prisa por librarse de él—. No es usted lo que esperaba —dijo.

—¿Y qué esperaba?

Penha se encogió de hombros.

—Una especie de bucanero —dijo usando la palabra francesa, *boucanier*, que a DeHaan le sonó extrañamente romántica.

—Pues sólo soy el capitán de un mercante holandés.

Penha encendió un cigarrillo.

—No estoy acostumbrado a hacer este tipo de cosas.

—No, estoy seguro de que no —respondió DeHaan—. Hace un mes, yo habría dicho lo mismo. Y hace un año mi país vivía en paz. Pero todo ha cambiado.

Una razón insuficiente, a juzgar por la expresión de Penha.

—Éste es un trabajo en el que el honor cuenta. La confianza, la confianza en las personas, lo es todo. La firma que figura en ese papel que tiene en las manos es mi firma.

«¿Tengo que disculparme?». Penha no actuaba por convicción, se dijo DeHaan; al parecer, se había visto forzado.

—No está previsto enseñarle esto a nadie, señor Penha —dijo DeHaan—. Es una especie de seguro. Y se mantendrá en secreto.

—¿En secreto? ¿Está seguro?

—Sí, diría que lo estoy.

—Porque yo no lo estoy.

—¿Por qué no? —le preguntó DeHaan al cabo de unos instantes.

Un largo silencio. En el despacho de Penha, que iba de aquí para allá tratando de decidir qué hacer —«¿Lo cuento o no lo cuento?»—, sólo se oían

los ruidos de la calle.

Al final, ganó la cautela.

—Tengo mis razones.

DeHaan le dio tiempo para que cambiara de opinión, tiempo para decir algo más, pero la batalla había acabado.

—Debería volver a mi barco —dijo DeHaan poniéndose en pie.

—Tendrán que cargar esta noche —le advirtió Penha—. Y yo debo estar presente. «Si no le parece mal».

—¿Es muy temprano a las nueve?

—Allí estaré.

—Debo zarpar en cuanto pueda.

—Sí —respondió Penha—. Debería.

Hasta el muelle de la rua do Faro había un paseo de quince minutos. Un paseo por el barrio comercial de detrás del puerto que había sido insustancial a la ida, pero no lo fue a la vuelta. Porque, fuera lo que fuese lo que inquietaba a Penha, era contagioso. Por ejemplo, el individuo que mataba el tiempo ante un escaparate, junto a la esquina de la rua do Comércio. O la pareja que estaba contemplando el río y se volvió a su paso. O, minutos después, cuando salía de la calleja del almacén, el Peugeot aparcado en el arcén de la carretera por la que los camiones llegaban hasta el muelle. En su interior, un individuo grueso de mediana edad leía un periódico extendido sobre el volante y fumaba en pipa. A DeHaan le pareció que estaba particularmente contento, perfectamente en paz con el mundo, como si aquella fuera la mejor, o más bien la única forma posible de leer el periódico, sentado en el interior de tu coche, junto a un tinglado del puerto. Cuando DeHaan llegó a la altura del vehículo, el hombre plegó el periódico, se volvió hacia él y bajó la ventanilla.

—¿Capitán DeHaan?

—¿Sí?

El hombre se inclinó sobre el asiento y le abrió la puerta del acompañante.

—¿Puede entrar un minuto? —«Pero ¿de qué va esto?», se dijo DeHaan—. Por favor —añadió el desconocido al ver que dudaba, pero en un tono no tanto educado como perentorio. Luego volvió a llevarse la pipa a los labios y se quedó esperando. DeHaan dio la vuelta por delante del capó y subió al coche. El interior era elegante, con mullidos asientos de cuero, y estaba lleno de humo dulzón—. Se lo agradezco —dijo el hombre—. Si menciono el nombre de Hallowses, ¿le servirá de ayuda?

—Sí, supongo que sí.

—Mi nombre es Brown. Estoy en la embajada, aquí en Lisboa.

—¿En la agregaduría naval, quizá?

—Mmm, no, más bien no. Pero lo que hago no se diferencia mucho de lo que hace su amigo Hallowes. Los mismos perros, distintos collares, por decirlo así.

—¿Es él quien le ha pedido que hable conmigo?

—No, no. Él no me ha pedido nada. Pero, en definitiva, todos estamos en el mismo bando, ¿no? ¿Lo comprende? —DeHaan tardó unos instantes, pero asintió—. Estupendo, una cosa que nos quitamos de en medio. Verá, capitán, estoy aquí porque tengo un pequeño problema y necesito su ayuda. —DeHaan esperó. En su interior, la aprensión crecía por momentos—. Según creo, el... *Santa Rosa* zarpa esta noche rumbo a Suecia. ¿Estoy en lo cierto?

—A Malmö, sí.

—Por supuesto, ésa es la versión oficial. Y muy discreta, por decirlo de algún modo.

—Señor Brown, ¿qué quiere usted?

DeHaan había sido brusco y directo. Y no había causado el menor efecto.

—Un amigo mío necesita ir a Suecia. Tenía la esperanza de que usted pudiera hacerme el favor de llevarlo en su barco.

—No recuerdo que eso figure en las órdenes que he recibido de la DIN.

—¿La DIN? —dijo Brown, muy poco impresionado—. No, seguramente no figura. No obstante, eso es lo que le pido que haga, y la DIN no tiene por qué enterarse, si es eso lo que le preocupa. Es un hombrecillo insignificante. Ni siquiera notará que lo lleva a bordo.

—¿Y si digo que no?

—¿Es eso lo que me está diciendo? Porque yo en su lugar no lo haría.

—¿Por qué no?

—Porque no —dijo Brown como para sí mismo—. ¿Se ha fijado en un Fiat negro que está aparcado en el muelle?

—Sí, lo he visto.

—Dentro hay dos portugueses. Dos hombres de lo más normal, sin nada de particular, y sin embargo son gente importante. Poderosa, ésa es la palabra. Pueden, por ejemplo, incautarse de su barco y encerrar a su tripulación. Pero ninguno de los dos queremos eso, ¿verdad? Sería una lástima para el esfuerzo de guerra y todo eso. No, no, usted tiene que ir a Suecia. Pero una boca más en el barco no supone ninguna diferencia. Seguro que puede hacerle un hueco.

Segurísimo. Pero, si hacía lo que quería Brown esta vez, algo le decía que habría otra, y que la cosa no acabaría ahí. Además, Brown no se atrevería a incautarse de su barco; su trabajo peligraría haciendo algo así. «Muy bien, entonces bájate del coche».

—Usted no es contrario a llevar pasajeros, ¿verdad?

El tono de la pregunta sugería una amenaza velada; en realidad era más una afirmación que una pregunta, y DeHaan comprendió que se refería a Maria Broman.

—Y confío en que el bienestar de... en fin, de cualquier pasajero significará algo para usted, ¿no?

«Y, como en Lisboa puedo hacerlo, lo haré, amigo mío».

—Sí —respondió DeHaan.

—Bueno, entonces ningún problema.

Esta vez, DeHaan tardó un poco más en responder.

—No, ningún problema.

Brown asintió. «Siempre funciona».

—Está usted ayudando a ganar la guerra, capitán. Aunque se le explique una mínima parte, aunque le dé a usted igual cómo se hacen las cosas en mi mundo, está ayudando. Todos tenemos que echar una mano, si queremos ganar, ¿no le parece?

—¿Cuándo vendrá?

—Cuando usted diga, capitán. ¿Cuándo le parece?

—Antes de las nueve, luego estaremos muy ocupados.

—Vendremos a esa hora. Y le estamos muy agradecidos, créame. Y, debería añadir, cualquier dificultad que tenga aquí en Lisboa, no dude en acudir a mí. —Brown metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una tarjeta en blanco en la que sólo figuraba un teléfono escrito a mano—. Es el número de la embajada británica. Ellos saben cómo localizarme.

DeHaan comprendió que ahora le debían un favor y se preguntó si podría utilizarlo para ayudar a Maria Broman. Puede que incluso sirviera para llevarla a Inglaterra. Pero presintió que eso abriría cierta puerta en la vida de la periodista a lo que Brown llamaba «su mundo», una puerta que no se abría del otro lado. DeHaan se guardó la tarjeta en el bolsillo y bajó del coche.

—Adiós, capitán —dijo el señor Brown—. Y gracias otra vez.

20:35 horas.

Dos faros doblaron la esquina del tinglado y se apagaron mientras el coche seguía avanzando lentamente hacia el final del muelle.

21:30 horas.

Visto desde dentro, el tinglado, con sus diez metros de altura, parecía inmenso. DeHaan, acompañado por Kees y Kovacz, siguió al señor Penha entre montañas de pacas y bidones apilados, hasta que el portugués dio con su cargamento: una isla de cajas de madera rodeadas por una valla de alambre sellada con un precinto metálico. Sin ceremonias, el señor Penha sacó una pequeña cizalla del maletín y rompió el precinto.

—Todo suyo —le dijo a DeHaan.

Luego, le tendió un papel para que lo firmara —«troncos de alcornoque, sardinas y aceite de oliva»—, se lo guardó y se alejó con pasos rápidos, que fueron apagándose a lo largo del pasillo y acabaron con un enfático portazo.

—No es gran cosa —dijo Kees poniéndose en cuclillas para examinar una de las cajas.

Una insignificancia, para lo que solía transportar un carguero. Secciones de torre de seis metros de largo y antenas reticulares de tres metros de diámetro. También había una docena de cajones cuadrados de tres por tres y tres camiones de plataforma, pintados de negro mate.

—Habrà que llevar todo esto a pulso hasta el final del muelle —dijo DeHaan—. Luego, las grúas lo subirán a bordo.

—Podemos transportar las secciones de torre en los camiones —dijo Kees—. Haciendo retroceder el del final, que tiene la parte posterior encarada hacia la puerta. Pero necesitaremos bastantes hombres para subirlas. —Kees apoyó la mano en uno de los cajones de tres por tres—. ¿Qué habrá aquí dentro?

—Ni idea —respondió DeHaan—. Suministros, tal vez.

Kees cogió la palanca que llevaba bajo el cinturón y la aplicó a una tabla del cajón, que cedió con un chirrido de clavos. A través de la abertura, se veía un bulto alargado y anguloso envuelto en papel impregnado de aceite.

—¿No oléis la grasa? —preguntó Kees cortando el papel con una navaja y rasgándolo hasta dejar al descubierto un objeto de metal gris reluciente de lubricante.

—Yo diría que esto es una metralleta. Lo que no veo es el cargador.

—Tiene que estar ahí dentro, en algún sitio —dijo DeHaan.

—Eso decía siempre mi mujer —bromeó Kovacz.

—Ve a buscar ayuda —le dijo DeHaan a Kees, que volvió a clavar la tabla.

Mientras Kees se alejaba, Kovacz se subió al camión que tenía más cerca.

—Puede que hayan vaciado los depósitos.

El jefe de maquinistas accionó el encendido, y el motor se puso en marcha con un formidable rugido que resonó en el alto techo de la nave.

—¡Dios! ¿Qué hay ahí dentro? —gritó sobre el estruendo del motor.

Kovacz puso primera, el cambio se engranó con un ruidoso crujido y el camión empezó a avanzar metro a metro.

—No hace más. Apuesto a que no alcanza los veinte por hora ni cuesta abajo.

—Está manipulado —le gritó DeHaan—. Necesitaban potencia, no velocidad.

Kovacz hizo avanzar el camión otro par de metros y luego lo detuvo y paró el motor.

—A mi tío Dice, que tiene una granja en Leszno, le encantaría este trasto.

—Pues tendrá que esperar —respondió DeHaan.

Kees volvió acompañado por la mitad de la tripulación. Entre todos, gruñendo y maldiciendo, levantaron la primera sección de la torre y la hicieron rodar por la plataforma del camión, encarada hacia la puerta del tinglado. DeHaan se subió a la cabina, pero no acertó con la marcha atrás, y todo el mundo gritó alarmado, hasta que pisó el freno. Al segundo intento, el camión empezó a retroceder a lo largo del pasillo, cruzó la puerta del almacén y siguió deslizándose lentamente hacia el borde del muelle.

Cuando DeHaan bajó de la cabina, Ratter lo estaba esperando.

—¡Despierta, oh Lisboa! —exclamó sonriendo de oreja a oreja.

—No se puede evitar —dijo DeHaan.

—Vendrá la policía... —dijo Ratter. Luego, miró a su alrededor, le dio un codazo a DeHaan e hizo un gesto con la cabeza hacia el tinglado. Una solitaria figura los observaba entre las sombras de la puerta—. Si es quien creo —murmuró Ratter—, más vale que vayas.

En el tinglado reinaban el ruido y la confusión, así que DeHaan la cogió del brazo y la acompañó hasta un lugar apartado, donde sólo se oía el chapoteo del río contra los pilares del muelle.

—Perdón —murmuró la periodista con cara de cansancio y voz apesadumbrada—. Tal vez si hubiera esperado hasta noche...

—¿Qué ha ocurrido?

La señorita Bromen respiró hondo y procuró tranquilizarse.

—Me han detenido —«Cómo no...»—. No tiempo a llegar a la calle. Dos hombres, en un coche. No eran policías normales, otra policía. Política, creo.

—¿Y?

—Me han llevado a un despacho y dicho que no tenía visado para Portugal y que, si quedarme, me internarían. Han sido muy educados, nada bruscos. Sólo hacían lo que dice la ley.

—¿Qué significa eso exactamente? ¿Se lo han explicado?

—Un campo, eso es lo que significa. Un sitio al este de la ciudad. Han dicho el nombre, pero no recuerdo. Según ellos, no es como en Alemania, pero tendría que quedarme allí hasta que pudiera ir a otro sitio.

—¿Y adonde iría? —le preguntó DeHaan.

—A Rusia, han dicho. O de vuelta a Tánger, si me dejan los españoles. O a cualquier sitio en el que me permitan entrar. Podría escribir cartas, me han dicho. Todos los internados escriben cartas, aunque correo irregular.

—Pero le han dejado volver aquí...

—Sí, hace rato. Me han tenido todo el día en el despacho. Traído un sándwich y luego me han dicho que volver aquí. Que, si regresaba al barco, como si nunca hubiera entrado en el país.

¿Era aquello obra del señor Brown? DeHaan se puso a hacer cábalas —si A, entonces B—, pero acabó perdiéndose en una maraña de posibilidades, incluida la de que el inglés no supiera nada.

—Señorita Bromen... —empezó a decir DeHaan—. Maria. Lo que vamos a hacer es muy peligroso. Usted estaba en el barco cuando lo pintamos, y sabe lo que eso significa.

—Sí, lo sé.

—Entonces también sabe que podríamos fracasar, que podríamos acabar mal. Si nos cogen, nos escoltarán hasta un puerto alemán. O nos hundirán. Así que puede que la vida en un campo de internamiento portugués sea mucho mejor que lo que le espera si sube a mi barco. Al menos, seguiría con vida, y mientras hay vida hay esperanza. Además, no pueden retenerla eternamente. Tarde o temprano esta guerra acabará, como todas las guerras, e, incluso si los británicos capitulan, habrá algún tipo de acuerdo, tratados, arreglos...

—No creo que pueda vivir en un campo —murmuró la periodista meneando la cabeza lentamente—. Pero piensa que debería quedarme, ¿verdad?

—No quiero que le hagan daño, o que la maten. No quiero que acabe en una prisión alemana.

—No importa —respondió Maria encogiéndose de hombros—. Si hay posibilidad de escapar, de llegar a un sitio donde me dejen en paz, prefiero riesgo. No hay tiempo para explicar, pero nací en un país que era una prisión, y resulta que yo era una de los que no podían soportarlo. Así que, con mi trabajo, me las arreglé para marcharme. No lo bastante lejos, pero casi. Casi, ¿verdad? —le preguntó mirándolo a los ojos.

—Sí, casi.

DeHaan estaba furioso y, al mismo tiempo, sorprendido de su cólera. No quería que ella se diera cuenta, pero ver las luces de la ciudad tan cerca, justo al otro lado del muelle, lo encolerizaba. ¿Qué importancia habría tenido que se quedara?

—Sé que llevarme no conveniente —dijo la periodista—. Vayan a donde vayan. Puede decirme que no, y aceptaré. Esos dos hombres me están esperando en su coche, ahí fuera, en la calle. Me han dicho que confiaban en mí.

—No —respondió DeHaan—. No dejaré que vuelva con ellos. Pero puede que más tarde no me agradezca haberla llevado en mi barco...

Maria levantó una mano, como si fuera a tocarlo, pero no lo hizo.

—Entonces, le daré las gracias ahora, antes de que ocurra nada.

Echaron a andar por el muelle en dirección al *Noordendam*, mientras uno de los lentos y ruidosos camiones salía del almacén con varios marineros sentados en una larga caja. En el barco, el contramaestre estaba dirigiendo los cables de acero que pendían de la grúa, y Maria Broman y DeHaan empezaron a subir la pasarela, mientras la primera sección de torre ascendía lentamente en el aire.

11 de junio, 2:40 horas. En alta mar.

—Mantén rumbo tres uno cero.

—A la orden, señor.

—Continuaremos con rumbo noroeste durante una hora, aproximadamente. E indica avante toda.

Cuando el timonel puso el indicador en «Avante toda», sonaron dos timbrazos, a los que un instante después respondieron los de la sala de máquinas. En popa, la lancha del práctico regresaba al puerto y las luces de la costa se debilitaban paulatinamente. Cornelius entró en el puente con una taza

de café y un bote de leche condensada. DeHaan bebió un poco de café y luego añadió un chorro de leche y lo removió con un lápiz.

—¿Qué tal va todo bajo cubierta? —le preguntó al chico.

—Todos nos alegramos de irnos, capitán.

—Sí, yo también.

Cornelius se quedó un rato junto a él, contemplando el mar ante la proa.

—Hoy el café está muy bueno —le dijo DeHaan cuando se disponía a marcharse—. Felicita al cocinero de mi parte.

Cornelius respondió que lo haría y abandonó el puente. DeHaan se volvió hacia popa y vio la bandera española ondeando al viento y la estela del *Noordendam*, que resplandecía a la luz de la luna. Tenían por delante un viaje de ocho días. Según el *Brown's Almanac*, Lisboa estaba a un punto al este y mil cien millas de Glasgow, es decir, a unas cien horas; cuatro días si mantenían la velocidad a once nudos. Después, había dos rutas para elegir: dirigirse a Elsinor —el shakespeariano nombre del puerto danés de Helsingör — por el canal de Kiel, que atraviesa el norte de Alemania, una opción más que temeraria; o bien por Skagen, un puerto enclavado en la punta septentrional de Dinamarca. Había una tercera ruta más corta, a través de los «cinturones», como se conocían a los canales que serpenteaban entre las islas danesas, pero la curva alrededor del Báltico los habría llevado demasiado cerca de la costa alemana. Yendo por el este, a lo largo de los cinco kilómetros del paso entre Helsingör y la costa sueca, se tardaba menos de un día en llegar a Malmö, que estaba a sólo unas horas al oeste del Smygehuk.

«Y luego, de vuelta a Malmö, para recoger la madera de pino», se dijo DeHaan. Y para dejar a Kolb. Por último, en teoría, a Irlanda. El destino de Maria Bromen. Otros siete días, si es que llegaban. Así que, durante dos semanas, seguiría en el camarote de Ratter.

19:00. Cena en el comedor de oficiales, con todos presentes —salvo Kees, que hacía la segunda guardia—, además de Maria Bromen, de nuevo en mono, jersey negro y zapatos de lona, y el espía viajero, el «insignificante hombrecillo» del señor Brown. Que, efectivamente, era bajo y esmirriado, con una franja de pelo negro alrededor de la calva, gafas y bigote ralo. Y muy tímido. Tal vez demasiado, se dijo DeHaan. Mientras los demás entraban, él esperó a ver dónde se colocaba cada cual, remoloneando hábilmente, y luego, cuando todos estuvieron sentados, se acomodó en el único asiento libre.

—La señorita Bromen ha vuelto para acompañarnos al norte, y tenemos otro pasajero: Herr Kolb.

DeHaan fue presentando a todo el mundo por el orden en que estaban sentados, mientras Kolb asentía y murmuraba «Encantado de conocerlo» en un inglés con marcado acento.

—¿De dónde es usted, señor Kolb? —le preguntó el señor Alí.

—De Checoslovaquia —respondió el interpelado—. De Bohemia, una región del norte donde se habla checo y alemán.

—¿Es usted alemán de nacimiento?

—En parte —dijo Kolb—. Allí está todo muy mezclado.

—¿Y en qué trabaja? —le preguntó Kovacz.

—Soy representante de maquinaria industrial —respondió Kolb—. De una empresa de Zurich.

—El negocio es el negocio —comentó Ratter—. Con guerra o sin ella.

—Eso parece —dijo Kolb casi con satisfacción. No era culpa suya—. Con guerra o sin ella.

Cornelius sirvió la cena: sopa de cebada, salchichas, arroz y naranjas marroquíes. Maria Bromen peló una utilizando una uña con sorprendente habilidad y se la comió gajo a gajo.

Cuando DeHaan, acabada la cena, se dirigía a su camarote, Ratter lo alcanzó en el pasillo.

—¿Quién es, Eric?

—Un favor a los británicos. Lo dejaremos en Malmö.

—¿Es peligroso?

—¿Por qué lo preguntas?

—No lo sé. ¿Lo es?

—Sólo es un pasajero. Te aseguro que no quería cogerlo, pero ellos insistieron, y aquí está.

—Todo el mundo se pregunta quién es desde ayer.

—Pues deja que se lo pregunten —respondió DeHaan—. Total, un misterio más.

—¿Sabes que esta mañana se ha recorrido todo el barco? Ha estado en todas partes, incluida la sala de máquinas y las dependencias de la tripulación.

—No, no lo sabía, pero ¿y qué? ¿Qué va a hacer? Digamos que es simple curiosidad y olvidémonos del asunto. Tenemos cosas más importantes de qué preocuparnos.

12 de junio, 5:10 horas. Frente a Vigo.

A cien millas al este del *Noordendam*, en la niebla matutina. A DeHaan siempre le había gustado aquel puerto: una amplia bahía, un atraque cómodo, una ciudad que recibía a los marineros con los brazos abiertos... Durante una de las guerras del siglo XVIII, una escuadra holandesa, que luchaba al lado de la flota inglesa, había tomado Vigo. En la escuela naval, el instructor les había enseñado un viejo mapa, dibujado con la extraña perspectiva habitual en la época, en la que una línea de grandes barcos cabalgaba sobre pequeñas olas semicirculares. Más tarde, durante las guerras napoleónicas, Vigo también había desempeñado algún papel. ¿De qué lado? ¿Del de la flota inglesa o del de la francesa?

DeHaan oyó unos golpes de nudillos en la ventana de babor del puente. Ruysdal, el vigía, le hacía señas para que saliera al ala.

—Allí, capitán.

No muy lejos, unos bultos flotaban a la deriva, mecidos por el suave oleaje.

DeHaan los enfocó con los prismáticos.

—Una luz —le pidió a Ruysdal.

El vigía encendió el reflector y dirigió el haz amarillo hacia el grupo de formas. Cuerpos. Unos veinte. Algunos, vestidos con prendas oscuras, otros, en ropa interior, como si la muerte los hubiera sorprendido mientras dormían; varios llevaban chalecos salvavidas, y dos hombres estaban atados el uno al otro por las muñecas. DeHaan buscó algún distintivo, algún signo identificador, pero, pese al foco, la luz gris del amanecer le impidió ver nada.

—¿Ves el nombre de un barco? ¿Algo?

—No, capitán.

Había más: restos de naufragio, trozos de madera, un pedazo de lona y un salvavidas blanco, pero si llevaba algún nombre, debía de estar boca abajo.

—¿Detenemos el barco, señor? ¿Echamos la lancha al agua?

DeHaan seguía buscando algún signo de vida, mientras el aguaje de proa alzaba los cuerpos, que giraban sobre sí mismos y se deslizaban a lo largo del casco.

—No —respondió DeHaan—. No podemos hacer nada.

Ruysdal mantuvo la luz enfocada sobre los cadáveres hasta que desaparecieron tras la estela del *Noordendam*.

—Pobre gente, fueran quienes fuesen... —dijo Ruysdal.

—Lo anotaré en el cuaderno de bitácora —murmuró DeHaan, y regresó a la cabina del puente.

13 de junio, 19:20 horas. Frente a Brest.

Durante la cena, se hablaba generalmente en inglés, aunque a veces, en atención a Kovacz y Poulsen, se utilizaba el alemán. Todo el mundo seguía la conversación, a menudo con la ayuda del vecino; era mejor que el silencio, y mejor, también, que el pescado ahumado con judías.

—¿Dónde estamos ahora mismo, capitán? —preguntó Kolb.

—Frente a Brest, aproximadamente. Aunque lejos, a unas doscientas millas.

—Por los campos de minas —explicó Ratter.

—Sí —dijo Kovacz—. En Brest hay una importante base naval.

—Y submarinos —añadió el señor Alí.

—Los submarinos salen de La Rochelle, creo —dijo Ratter—. Pero, salgan de donde salgan, el caso es que nos están vigilando.

—Somos una presa fácil —dijo Kolb—. Así que, ¿por qué molestarnos?

—Han hundido más de un barco neutral, los de un bando y los del otro —explicó Ratter—. Supongo que hay gente que quiere añadir otra marca en su lista, y simplemente aprieta el botón.

—O está de malas —apuntó el señor Alí.

—Sí —dijo Ratter—. ¿Por qué no?

Nadie supo responder. Eran cosas que ocurrían y seguirían ocurriendo.

—Esta guerra es inhumana —dijo Maria Bromen—. Todas lo son.

—Acabará —respondió DeHaan—. Algún día.

—¿La guerra? —preguntó Kolb.

—Esta guerra.

—¿Han oído el chiste de Hitler y el final de la guerra? —les preguntó Kolb—. Hitler está en su despacho; mira su retrato y le dice: «Todo el mundo quiere quitarme de en medio, pero tú sigues ahí colgado. ¿Qué será de nosotros cuando acabe la guerra?». Y el retrato le contesta: «Muy fácil, Adolf. Me quitarán a mí y te colgarán a ti».

Alguien tradujo, y se oyeron algunas risas. El señor Alí resumió las noticias de la BBC, y los comentarios al respecto se prolongaron hasta los postres. Otra vez naranjas, recibidas con satisfacción. Luego, Ratter fue al puente para relevar a Kees y los demás se retiraron a sus camarotes. DeHaan y Maria Bromen se quedaron solos en el pasillo, delante de sus puertas.

—Bien, buenas noches —dijo él.

—Sí —respondió ella—. Que descanse.

¿*Claudine en París*? DeHaan se quedó pensativo ante su biblioteca y luego cogió el libro y leyó un párrafo. Ahora, bajo sus pies, las grandes y largas olas del Atlántico hacían cabecear al *Noordendam*, que se tomaba su tiempo para coronarlas y a continuación se lanzaba de cabeza hacia las simas de agua.

15 de junio, 6:45 horas.

Ese día el cielo era de la RAE Si habían cumplido el horario, al amanecer debían de haber cruzado los cincuenta grados de latitud norte. La corredera del *Noordendam* parecía confirmarlo, pero DeHaan no estaría convencido hasta que Ratter tomara las coordenadas a mediodía. Los cincuenta grados norte eran una especie de frontera: Francia había quedado atrás, al sur, y ahora el *Noordendam*, con el Canal de la Mancha a estribor, se alejaba de los campos de minas que protegían el oeste de Inglaterra. Y, en consecuencia, también de las luces de la neutral Irlanda, un refugio seguro. Pero era mejor no verlas, se dijo DeHaan, que había considerado la posibilidad de dejar a Maria Bromen en tierra antes de rodear el sureste de Inglaterra y entrar en aguas enemigas. No obstante, no tenían tiempo para entrar en puerto, y no podían dejarla sola en un bote; de hecho, tampoco podían permitirse perder el bote.

Así que seguiría a bordo. Como su pasajera. Por supuesto, DeHaan deseaba que se convirtiera en algo más, pero ese deseo había subido una colina interior y luego rodado por la ladera opuesta: la llamada nocturna a la puerta, que en su imaginación permanecería cerrada. Porque ella diría que no. Lo diría con ternura, seguro, pero DeHaan no quería oírsele decir. Y tenerla tan cerca hacía que las cosas fueran mucho peor. La cercanía. Uno de los grandes acicates del deseo, sin duda. Paneles de oficina, tabiques de habitaciones, mamparos de barco... Uno no podía convertirse en un espíritu y atravesarlos, pero tampoco quitárselo de la cabeza.

«Un paseo por cubierta». Ordenó al timonel que mantuviera el rumbo y abandonó el puente. Durante la noche, el mar se había ido encrespando poco a poco, y ahora la proa del *Noordendam* se abría paso entre un fuerte oleaje alzando rociones, que azotaban la cubierta y le arrancaban volutas de vapor. DeHaan se quedó petrificado. Aquello no podía ser lo que temía. Echó a correr hacia proa, se arrodilló y, con los ojos irritados por la sal, apoyó la mano en la superficie de hierro. Luego, regresó al puente a toda velocidad.

El aullido de la sirena provocó la inmediata aparición de Ratter, Kees y las dos brigadas de extinción, que corrieron a buscar las mangueras. Gritando

por encima de la sirena, DeHaan les dijo dónde estaba el fuego. Ratter, el primero en llegar, se envolvió la mano en el faldón de la camisa e hizo girar la rueda que abría la escotilla de la primera bodega de carga. Cuando la levantó, una nube de humo gris se elevó sobre la cubierta.

—¡Traed una manguera! —gritó Kees.

Un marinero metió la boquilla de la manguera por la abertura, pero, cuando accionó la palanca, la súbita presión del chorro se la arrancó de las manos, y no lo lanzó al interior de la bodega porque DeHaan lo agarró a tiempo.

—Dame eso —le dijo DeHaan a Kees.

Kees le tendió su linterna y DeHaan se tumbó boca abajo y recorrió el interior de la bodega con el haz de luz, pero no consiguió ver nada a través de la humareda.

—¿Qué demonios pasa? —le preguntó Ratter.

DeHaan no supo responder. En las bodegas, podían producirse incendios debido a explosiones espontáneas del polvo o a la lenta combustión de fibras húmedas.

—En esos cajones hay munición —dijo Kees—. O cosas peores. Saltaremos por los aires.

Ratter puso un pie en el primer travesaño de hierro de la escalerilla, que descendía hasta la quilla. Había diez metros de altura, repartidos en tres pisos, y los travesaños sólo medían quince centímetros de ancho, porque los astilleros procuraban ahorrar todo el espacio posible para la carga, de modo que una caída habría sido mortal de necesidad. Ratter empezó a bajar entre toses, pero, al ver que DeHaan se disponía a seguirlo, se detuvo y alzó la cabeza hacia él.

—Te agradeceré que no me pises las jodidas manos, Eric —le advirtió.

—Vale.

Kees se puso de espaldas a la escotilla, y DeHaan vio su pie, que se movía en el vacío buscando los resbaladizos peldaños. Arriba, los marineros habían orientado la manguera de tal modo que el potente chorro de agua pasaba muy cerca de sus cabezas. Un error, y ninguno de los tres viviría para contarlo. En cubierta, alguien, probablemente Kovacz, gruñó:

—Demasiado cerca...

Alguien tuvo la buena idea de encender las luces de la bodega, lo que, además de probar que el sistema eléctrico estaba intacto, les permitió ver que la cabina y el capó de uno de los camiones estaban en llamas.

—¡Cerrad la manguera y pasádmela! —gritó Kees alzando la cabeza hacia la escotilla.

—¡Ni se te ocurra! —dijo DeHaan.

—No te preocupes.

La luz les permitió bajar más deprisa. Tan deprisa, que DeHaan resbaló, soltó la linterna, que aterrizó ruidosamente en el suelo de la bodega, y se quedó agarrado con las dos manos a un travesaño.

Cuando llegaron abajo, jadeando, tuvieron que taparse la boca con los faldones de las camisas. Kees abrió la manguera y dirigió el chorro hacia el camión. El fuego de la cabina se apagó enseguida, pero el combustible del motor hacía que las llamas del capó se reavivaran una y otra vez. Los tres hombres avanzaron hacia el vehículo chapoteando en cuatro dedos de agua marrón y acabaron tendiéndose en el suelo para orientar el chorro de la manguera hacia el motor, de abajo arriba. Eso sí funcionó.

—¿Mojo los cajones? —preguntó Kees.

—No, mejor no —respondió DeHaan.

—Los camiones se prenden fuego solos —dijo Ratter observando el capó carbonizado—. Pasa cada dos por tres.

—¿No vaciasteis el depósito? —le preguntó DeHaan a Kees.

—Pensé que necesitarían ponerlos en marcha en cuanto los descargáramos.

DeHaan se acercó al cajón de tres por tres que estaba más cerca del camión y apoyó la mano en él. La madera, ennegrecida por el humo, estaba caliente, pero nada más.

—Hemos llegado a tiempo —murmuró.

—Sabotaje —dijo Ratter.

—Tal vez.

—Ese alemán esmirriado.

Con la agilidad de un oso y enmascarado con un trapo, como un bandido, Kovacz bajó la escalerilla, se acercó a ellos y se quedó mirando el camión carbonizado.

—¿Ha ardido? ¿Él solo? —El polaco cogió el par de guantes de bombero que llevaba en el bolsillo posterior del pantalón, se los puso, se acercó al camión apartándose el humo de la cara y abrió la puerta de la cabina—. Tenía puesto el encendido —les dijo—. Puede que los cables se hayan calentado.

—Ha pasado demasiado tiempo desde que lo cargamos —respondió Ratter—. Se habría descargado la batería.

—¿Sabéis de algún caso parecido? —preguntó DeHaan.

—De uno —respondió Kees al cabo de unos instantes—. En el *Karen Marie*. Un gran turismo, creo.

—Entonces, es posible —dijo DeHaan, y se volvió hacia Kovacz—. ¿Ves algo raro ahí dentro?

—Nada de nada.

—Líbrate de él —murmuró Ratter, que se refería a Kolb.

—¿Y cómo lo hago, según tú? —le preguntó DeHaan—. ¿Reúno a la tripulación y lo cuelgo de una grúa?

—Puedes hacerlo, ¿sabes? —repuso Kees—. Y sin que nadie se entere, si es necesario.

—¡No digas barbaridades! —contestó DeHaan.

Pero Kees no estaba del todo equivocado. Según la ley holandesa, en su barco, DeHaan era poco menos que Dios y podía hacer prácticamente lo que le viniera en gana.

Kovacz bajó de la cabina y levantó el capó. Los cuatro hombres observaron el motor, mientras el olor a goma quemada se extendía por la bodega.

—Nada —dijo Ratter—. ¿Cómo demonios lo habrá hecho?

—Espera un minuto. —Kovacz metió la mano debajo del motor y sacó un negro jirón de tela—. ¿Un trapo grasiento?

Silencio. Los cuatro oficiales se miraron. Las lágrimas trazaban surcos blancos en la carbonilla que les cubría la cara.

—Puede que haya sido la mujer —dijo Kees entre toses.

—O cualquiera de la tripulación —replicó DeHaan—. O quizá ya estaba ahí cuando cargamos el camión.

—¿Y el encendido puesto? —objetó Kovacz.

—Si se caló en el muelle y luego nadie se dio cuenta... —sugirió DeHaan. Después de todo, cosas más raras se habían visto, y todos sabían que en las bodegas solían producirse incendios difíciles de explicar—. En fin, quedan otros dos camiones. Esperemos que tengan bastante con ellos. Johannes, quiero que te des una vuelta por el barco y eches un vistazo en el armario de la pintura y sitios así. Ya sabes a qué me refiero.

Ratter asintió.

—¿Qué le decimos a la tripulación?

—Que ha sido un trapo grasiento.

20:10 horas. Frente a la costa de Irlanda.

Ahora el tiempo sí era el del Atlántico. Y el barómetro seguía bajando, seguramente debido a un sistema de tormentas procedente del norte. Kolb no se presentó a cenar, pero, con aquella mar, no tenía nada de particular que los cabeceos y balanceos del barco mantuvieran a los pasajeros encerrados en sus camarotes.

—¿Qué tal lo lleva? —le preguntó DeHaan a Maria Bromen cuando se levantaron de la mesa.

—Bien, no importa.

—Suba a cubierta y mire el horizonte. Suele funcionar.

—Haré —respondió la periodista—. ¿Dónde estamos?

Cuando llegaron al cuarto de los mapas, DeHaan sacó una llave, abrió la puerta, encendió la luz y extendió una carta náutica sobre el tablero del armario. La señorita Bromen se colocó junto a él. Olía a jabón, jabón bueno, no del que usaban en el barco.

—Estamos por aquí —dijo DeHaan señalando un punto con el compás.

—Entonces, mañana, ¿aquí?

—Tenemos el mar en contra. Me conformaría con que estuviéramos frente a la bahía de Donegal.

—¿Tiene que estar en un sitio en determinado momento?

—Sí, pero en este trabajo siempre te concedes un día de más. Siempre que puedes.

—Y no decirme adonde vamos...

—No debería —respondió DeHaan, que se sentía un poco tonto.

—¿A quién contar? ¿A una ballena?

DeHaan sonrió y volvió a guardar el mapa en su cajón.

—¿No le gustan las sorpresas?

—Bueno, algunas sí. Ésta, no lo sé.

DeHaan apagó la luz y le sostuvo la puerta. Una vez más, se quedaron parados ante sus respectivos camarotes y luego se dieron las buenas noches. DeHaan estaba a punto de cerrar, cuando la oyó decir:

—¿Podría...?

DeHaan volvió a salir al pasillo.

—¿Sí?

—¿Tiene algún libro que pueda leer?

—Entre y mire a ver si hay algo que le gusta.

DeHaan cerró la puerta detrás de la señorita Bromen y fue a sentarse en la litera, pero se quedó de pie, con la espalda apoyada en el mamparo, mientras ella paseaba la mirada por los estantes.

—Holandés, francés, más holandés... —murmuró decepcionada.

—Hay alguna cosa en inglés. ¿No lee en inglés?

—Me cuesta, y con el diccionario. ¿Qué es esto?

—¿Qué?

—Esto.

DeHaan se acercó a las estanterías. La periodista tenía un dedo apoyado en una historia de las guerras navales del siglo XVIII.

—No creo que eso...

Cuando Maria se volvió, tenía los ojos cerrados y la cara muy cerca de la suya. «Aquella boca enfurruñada...». Seca, pero cálida y peculiar, y muy suave. Y delicada, aunque apenas se rozaron. Ella se apartó y se pasó la lengua por los labios. Ya no estaban tan secos. Por unos instantes, se quedaron el uno frente al otro, con los brazos caídos; luego, DeHaan le puso las manos en la cintura, y ella se le acercó lo justo para rozarlo con los pezones, que se le marcaban en el jersey.

—Apaga luz —le susurró con voz ronca.

DeHaan cruzó el camarote y tiró de la cadenilla de la lámpara. Tardó apenas unos segundos, pero, cuando se volvió, ella era una forma blanca en la oscuridad, sin más ropa que las bragas, largas y holgadas, casi calzones. Se quedó inmóvil, esperando mientras él se desnudaba. Luego, murmuró:

—Quítamelas tú.

DeHaan lo hizo tan despacio como pudo y acabó arrodillándose ante ella y levantándole primero un pie y luego el otro para sacárselas. Lo que le hizo a continuación debía de gustarle, porque apesó su cabeza entre las manos y lo atrajo hacia sí con fuerza. Al cabo de unos instantes, lo soltó y corrió a la litera.

Donde todo fue bastante rápido, la verdad, pero sólo esa vez.

El *Noordendam* crujía y gruñía, luchando contra el mar en la oscuridad. «Mucho mejor que una habitación», pensó DeHaan, sintiendo la áspera manta apretada alrededor de sus cuerpos entrelazados.

—Lo subieron en Rangún —le estaba contando a Maria—. Era el último bulto del cargamento, un enorme barril de madera. Un pobre inglés, nos explicaron, funcionario colonial, de regreso a su tierra para que lo enterraran en la tumba familiar. Para conservar el cuerpo, habían llenado el barril de brandy, y te aseguro que olía a una legua. Conque lo metimos en la bodega. Pero en el Mar de la China meridional nos alcanzó una tormenta, se rompió

una duela y el barril empezó a perder brandy. En fin, no podíamos dejarlo así, y menos en pleno verano, de modo que lo abrimos, y allí estaba el difunto, con una camisa a flores y varias cajas metálicas impermeables. Llenas de opio.

—¿Qué hicisteis?

—Lo arrojamos por la borda.

—¿Arrojasteis al muerto por la borda?

—No, no, me refería al opio. Al muerto le encontramos otro ataúd: un bidón de pintura, lleno de trementina.

—Me crié en Sebastopol —dijo Maria—. Soy ucraniana. Marya Bromenko. Lo de Maria Bromen después. Pensé que mejor para los periódicos occidentales. Fíjate si era ambiciosa... Mis padres tenían todas sus esperanzas en mí. Mi padre tenía una pequeña tienda en el puerto: tabaco, sellos, cosas así. Pero a mí quería darme estudios. No fue fácil, pero nos las arreglamos. Mejor que muchos. En nuestra mesa siempre algo: patatas, en las épocas malas, y pastel de patatas, en las buenas. Como puedes ver...

—¿Qué es lo que puedo ver?

—Lo ancha que soy ahí abajo, como una patata. DeHaan le deslizó la mano por las caderas.

—A mí no me pareces una patata.

—Ya lo sé. Lo supe la primera vez que te vi. Supe que te gustaba.

—¿Tanto se me notaba?

—Las mujeres lo notamos. Pero, bueno, yo era como era, nunca sería bailarina, y odiaba la idea de ser una maestra más. Así que periodista. Fui a la universidad en Moscú, durante un año, pero era 1919, ya sabes, la guerra civil, y a veces no clase, o desfiles. Y había que decir lo que esperaban que dijeras, porque te preguntaban por los demás estudiantes, querían saber si espías, y siempre te estaban provocando. «¿No odias a ese bastardo de Lenin?». Y acabé cansada de todo eso, harta, y asustada, así que pensé mejor volver a casa, a Sebastopol... Creo que ya entonces sabía que problemas con esa gente.

»Pero mi querido padre no se rindió. Me encontró un trabajo, en un periodiquillo de allí, noticias del puerto y los barcos. Me esforcé todo lo que pude y acabé dando con una buena historia, la del *Lieutenant Borri*, un dragaminas francés que transportó tropas a Odessa, y su capitán, uno de esos aventureros franceses que escriben novelas. Claude Farrère, se llamaba, un

sinvergüenza, pero interesante. Gracias a esa historia, empecé a trabajar para *Na Vakhte*, donde por primera vez escribí desde el punto de vista de una mujer. ¿Qué comen ustedes a bordo del barco? ¿Echan de menos a sus novias cuando están en el mar? Pequeñas historias, aparentemente inocuas. Como las de Isaac Babel, aunque no tan buenas; más bien, quizá, como las de Serebin. Se llaman *feuilletons*, ése es el nombre técnico. Siempre había que poner un poco de comunismo: la comida es mejor que con el zar, sí, echo de menos a mi novia, pero estoy trabajando para construir el socialismo... Todos hacíamos eso, aprendías a hacerlo, a contentar a los comisarios —dijo Maria bostezando y desperezándose—. Es muy tarde, y tienes que madrugar, ¿no?

—No trabajo hasta medianoche.

—Estarás cansado de dormir en dos veces...

—Acabas acostumbrándote.

—De todas formas, es mejor que te deje dormir.

—Tengo toda la vida para dormir.

Cuando se quedaban callados, podían oír el viento suspirando tras el ojo de buey y la lluvia azotando la cubierta.

—Hay tormenta —dijo Maria.

—Esto no es nada. Lo normal en el Atlántico.

Maria volvió a bostezar y se acurrucó entre los brazos de DeHaan.

—¿No te gustaría acariciarme más?

—La verdad es que sí.

15 de junio, 18:10 horas. Frente a Glasgow.

DeHaan estaba en el cuarto de los mapas cuando oyó el avión, el zumbido de un pequeño motor, que pasaba sobre el barco, se apagaba y regresaba al cabo de unos instantes. Subió corriendo al ala del puente y vio un pequeño biplano, que en esos momentos viraba hacia el *Noordendam* en el plomizo cielo. Un biplaza, un aparato de reconocimiento que no había visto hasta entonces, con distintivos británicos en el fuselaje.

—Nos ha estado haciendo señales —le dijo Kees abriendo la puerta de la cabina.

—¿Cómo?

—Agitando la mano fuera de la ventanilla y señalando la cubierta de proa.

El avión sobrevoló el puente a tan poca velocidad que a DeHaan le sorprendió que no entrara en pérdida. El piloto sacó algo por la ventanilla,

descendió hacia la cubierta de proa, lo dejó caer sobre la escotilla y se alejó tras saludar de nuevo.

DeHaan y el vigía fueron a proa y recogieron una bolsa de lona cerrada con una cremallera. Dentro había un trozo de miraguano, que habría mantenido la bolsa a flote si hubiera caído al mar, y un portafolios de plástico, que contenía un fajo de hojas.

DeHaan volvió al puente con los documentos.

—¿Qué es? —le preguntó Kees.

DeHaan no estaba seguro. Instrucciones mecanografiadas, con rumbos y posiciones subrayados, y flechas entre grupos de cruces diminutas dibujadas con tinta roja.

—Campos de minas —dijo al fin—. En el Skagerrak. Un plano muy preciso.

—Actualizado.

—Eso parece.

—Y, como es alto secreto, no habrán querido utilizar la radio.

—No, imagino que no quieren que nadie sepa que tienen esto.

Kees examinó el plano.

—¿Sabes? —dijo al cabo de unos instantes, sonriendo—. A lo mejor pierdo la apuesta.

—Podría ser —respondió DeHaan—. Con esto podemos llegar bastante más allá de los seis grados este.

—Bueno, de momento no pagaré.

—No, yo tampoco lo haría.

DeHaan convocó a los oficiales superiores a las ocho y, cuando Ratter, Kees y Kovacz se reunieron con él en el comedor, despachó a Cornelius, que estaba haciendo limpieza después de la cena, y extendió el plano de los campos de minas sobre la mesa.

—Lo que me pregunto —dijo Ratter— es qué haríamos si realmente fuéramos un carguero español.

—Usar la radio, cuando llegáramos al mar del Norte. Es un suponer, porque no creo que la Kriegsmarine reparta mapas a los neutrales.

—Tampoco son tantos —dijo Kees—. Los pocos que burlan el bloqueo. Y no creo que los guíen, ¿no?

—No, no creo. Una vez dejas atrás la costa de Noruega, hay bastante tráfico: suecos con mena de hierro para Alemania, noruegos y daneses yendo

y viniendo con todo tipo de cargamentos... Y, lo hagan como lo hagan, nosotros estaremos entre ellos, como un carguero más.

—¿Señales de reconocimiento? —preguntó Kovacz.

—¡Dios, espero que no! Los ingleses nos habrían advertido, si las hubiera. ¿Podrían hacerlo? ¿Y los mercantes argentinos y portugueses que surcan el Báltico?

Kovacz se encogió de hombros.

—Como ha dicho Kees, no son tantos. Puede que el bloqueo británico no funcione tan mal. Ahora Alemania depende de Suecia, Rusia, los Balcanes...

—De eso es de lo que se quejaba Adolf —dijo Ratter—. De la geografía.

—Mentiras nazis, Johannes —repuso Kovacz—. Siempre ha sido *Wehrwille*, voluntad de hacer la guerra, y lo sigue siendo.

—Necesitan este cargamento, ¿no? —preguntó Ratter con los codos apoyados en la mesa y los ojos clavados en el plano—. Lo necesitan de verdad.

—Eso espero —respondió DeHaan.

—Ya lo creo que lo necesitan —dijo Kovacz—. Para los submarinos. Para... ¿cómo lo llaman? Para las «firmas». Los ingleses tienen antenas radiogoniométricas en todas partes, Islandia, Terranova, Gibraltar, Ciudad del Cabo... Basta mirar el mapa y pensarlo un poco. Localizan todas las señales, marcan las posiciones en las cartas y hacen alguna que otra presa; pero esta estación de Suecia es para los submarinos. Construidos en Kiel y Rostock, y luego puestos a prueba y mejorados en el Báltico. Cada operador de radio es diferente, tiene su propia «firma», su manera de utilizar la tecla de transmisión, de tal forma que, si eres capaz de reconocerlo, puedes saber dónde se encuentra en cada momento. Lo que la DIN pretende hacer es escribir la biografía de cada submarino, averiguar su número, puede que incluso el nombre del oficial al mando. Quieren seguirlo desde su nacimiento, en los astilleros del Báltico, hasta su muerte. Porque si el U-123 está en el océano Índico, no está en las rutas de los convoyes del Atlántico.

Ratter encendió un cigarrillo y agitó la cerilla hasta apagarla.

—¿Cómo sabes todo eso, Stas?

—Cuando estaba en la marina, en Polonia, teníamos gente trabajando en eso. Las cuatro quintas partes de la tierra son agua, o sea que hay un montón de sitios para esconderse. Por lo tanto, el gran reto de la guerra naval siempre ha sido encontrar al enemigo antes que él a ti. Si no lo consigues, estás acabado, y todo el valor y el sacrificio del mundo no evitará que pierdas la guerra.

Hacia el norte, siempre hacia el norte. La noche del dieciséis penetraron en el corazón de la tormenta. El viento aullaba ensordecedoramente, sobre la cubierta se desplomaban olas de diez metros y una lluvia racheada azotaba las ventanas del puente. Fue DeHaan quien asumió el mando durante la tempestad, pero Ratter y Kees estuvieron toda la noche entrando y saliendo de la cabina, todos cubiertos con chubasqueros, incluido el timonel, que tenía los nudillos blancos de tanto apretar la rueda y sólo hizo la mitad del turno, porque a las dos horas DeHaan pidió un relevo y lo mandó abajo. La tormenta los empujaba hacia el oeste, y DeHaan, luchando por mantener el rumbo, cedía punto tras punto a regañadientes, porque el *Noordendam* no podía encajar toda la violencia del viento en el través.

—¡Por amor de Dios, vira a estribor! —exclamó al fin Kees.

DeHaan dio la orden, y el *Noordendam* viró hacia el oeste y puso proa al viento. El señor Alí subía de vez en cuando y, parpadeando mientras se secaba las gafas con un pañuelo, informaba de las llamadas de auxilio que le llegaban por radio, porque esa noche el Atlántico Norte había agarrado la guerra y estaba intentando partirla en dos. Luego, una violenta ráfaga de viento rompió la antena, y el radiotelegrafista no volvió a aparecer.

El diecisiete, que amaneció con un horizonte escarlata, la tormenta quedó atrás. DeHaan bajó tambaleándose a su camarote, se quitó la ropa y se derrumbó en la litera. Poco después, se despertó notando algo suave y caliente junto a él, que durante unos segundos —los que tardó en volverse a dormir— hizo que se sintiera inmensamente feliz. Volvió a despertarse, esta vez solo, creyó, hasta que sacó la cabeza de debajo de la manta y la vio de pie ante el ojo de buey, mirando afuera. Se quedó contemplándola, hasta que ella lo advirtió y se dio la vuelta secándose los ojos.

—¿Me estás mirando a mí? —le preguntó Maria.

—Pues sí.

—Muy bonito —dijo ella, y volvió a su lado.

Habían dejado atrás las Hébridas y se disponían a rodear las Orcadas y penetrar en el Mar del Norte, con día y medio de retraso, aunque todavía les daba tiempo a llegar a Smygehuk el día veintiuno, siempre que se mantuviera la bonanza. Y se mantuvo, salvo por los últimos coletazos de la tormenta, una sucesión de borrascas, que no inquietó excesivamente ni al *Noordendam* ni a su capitán. Aquella ruta había estado muy concurrida antes de la guerra, pero

ahora sólo se veían unos cuantos barcos pesqueros, un destructor británico a lo lejos y una corbeta que se les acercó por estribor, los acompañó durante unos veinte minutos y luego encontró algo mejor que hacer. A partir de ese momento, se quedaron solos en las grises, frías y picadas aguas del Mar del Norte, navegando con rumbo sursuroeste entre Inglaterra y Noruega, con el Skagerrak, el portal Reich, a unas doce horas al este.

Al anochecer, DeHaan se dio un garbeo de oficial en jefe por el barco, un paseo de fogata en fogata la noche anterior a la batalla. Parsimonioso y tranquilo, como si tuviera todo el tiempo del mundo, se detuvo a fumarse un North State con un grupo de marineros libres de servicio, tomó un sándwich de ternera en salmuera y un té en el comedor de la tripulación, se sentó en un banco del taller contiguo a la sala de máquinas y charló con fogoneros y engrasadores... A medida que avanzaba la noche se sentía más orgulloso de sus hombres: no oyó los refunfuños ni las quejas habituales, ni historias de robos o peleas. Nada como el peligro para que la gente se dejara de tonterías.

Se llevó a Amado aparte y le advirtió de que, en los próximos días, tal vez tuviera que volver a llamarlo a escena. Le preguntó a Van Dyck si podía montar una línea de comunicación entre la sala de radio y el puente de mando, y el contramaestre respondió que sí, aprovechando materiales de repuesto.

—Será una chapuza, porque el tubo atravesará la cubierta y subirá a lo largo del timón.

—De todas formas, hazlo —respondió DeHaan.

También tuvo una charla con Shtern, en el antiguo trastero convertido en enfermería, con su cruz roja en la puerta y sus paredes pintadas de blanco, y otra con S. Kolb, al que encontró leyendo en el comedor de oficiales.

—¿Buen libro, Herr Kolb?

Kolb le mostró el lomo: *Geschichte von Venedig*, de H. Krestchmayr.

—Una historia de Venecia. La encontré en mi hotel, en Lisboa.

—¿Guerras y comercio marítimo?

—Y los dogos. —«Con aquellos sombreritos», pensó DeHaan—. Sólo llega hasta 1895 —explicó Kolb—. Pero puede que sea mejor así.

—Esta noche entraremos en aguas alemanas —dijo DeHaan—. He pensado que debía decírselo.

—¿Va a asignarme un puesto de combate?

DeHaan fue diplomático.

—No esperamos entablar muchos combates, pero, en caso necesario, ya sé dónde encontrarlo.

—Sé manejar una radio, capitán.

«No lo dudo».

—¿Ah, sí? Bien, lo tendré en cuenta.

A las 21:00 horas, Ratter determinó la posición observando las estrellas y calculó que cruzarían la línea que bajaba de Stavanger, Noruega, en dirección al sur —los seis grados de longitud este— poco después de medianoche.

—Su puerta de entrada —dijo.

—Sí. Si nos van a parar, nos pararán ahí.

—¿Pasaremos con el barco a oscuras y por el centro del estrecho?

—No, con todas las luces encendidas y a seis millas de la costa noruega.

A las 0:18 horas del 20 de junio de 1941, el *Noordendam* penetró en la Europa ocupada por los alemanes, trazando una curva alrededor del campo de minas que hacía las veces de alambrada de aquella frontera marítima. DeHaan lo anotó en el cuaderno de bitácora con especial cuidado, porque presentía que no saldrían de allí. Al norte, una costa envuelta en la oscuridad. Sin una sola luz. Sin faros ni barcos faro, sin campanadas, sirenas ni boyas de señalización, sin ninguna de las ayudas a la navegación que habían permitido orientarse a los marinos durante siglos. No obstante, aquélla debería haber sido una de tantas travesías nocturnas con la luna en cuarto creciente —las campanadas de las medias horas, el motor a toda máquina, la estela alargándose tras la popa—. Pero no lo fue, porque podían sentir que algo los observaba y esperaba, fuera lo que fuese. «Tranquilízate», se decía DeHaan, pero era en vano. Ruysdal, al timón junto a él, no estaba mucho mejor.

—Rumbo cero nueve cinco, capitán —dijo de pronto sin motivo alguno.

—Mantenlo —respondió DeHaan, pensando que eran como dos perros ladrando en la noche.

Y, de repente, se desencadenó el infierno.

Desde la costa, potentes reflectores acribillaron el cielo. DeHaan cogió los prismáticos y siguió la dirección de los grandes haces de luz, pero no vio nada. Sin embargo, un débil rumor procedente del oeste fue creciendo hasta convertirse en un sordo estruendo y, por fin, en el inconfundible fragor de una escuadrilla de bombarderos. En respuesta, decenas de cañones antiaéreos retumbaron al unísono, salpicando la costa de diminutos destellos y el cielo, de deslumbrantes fogonazos envueltos en lentas y silenciosas nubes de humo, de color gris ceniza a la luz de los reflectores. Las primeras bombas fueron

como secos truenos, explosiones aisladas que entrecortaban las regulares detonaciones de las baterías antiaéreas y llegaban debilitadas a través del mar; luego, cuando el grueso de la formación sobrevoló el objetivo, se multiplicaron y se fundieron. Al menos algunas bombas eran incendiarias, porque, cayeran donde cayesen, producían grandes columnas de fuego naranja que ascendían al cielo envueltas en nubes de humo.

De pronto, una sombra cortó el extremo inferior de un haz de luz.

—Un bombardero —dijo Ruysdal.

Perseguido por los reflectores, el aparato se alejó haciendo zumbir el motor, se ladeó bruscamente y sobrevoló el mar, gruñendo en dirección al *Noordendam*, en cuya cubierta los marineros lo vitoreaban entusiasmados y agitaban los brazos, como si el piloto pudiera verlos.

—Un cabronazo valiente —murmuró Ratter, de pie ante la luz verde de la bitácora, que le iluminaba la cara desde abajo y le hacía parecer un chaval jugando con una linterna.

DeHaan se volvió hacia la costa a tiempo para ver el segundo bombardero —o el primero, que volvía a la carga—, un punto negro contra el resplandor de las explosiones. De pronto, un hermoso fogonazo en forma de estrella arqueó sus puntas de humo en el cielo e iluminó la borrosa silueta de lo que podría haber sido una superestructura.

—¿Un barco? —preguntó DeHaan.

—Eso parece, capitán —respondió Ruysdal.

—Están atacando la base naval de Kristiansand —dijo Ratter. Los antiaéreos seguían martilleando en la noche iluminada por las explosiones—. Puede que todo esto sea por nosotros —conjeturó el primer oficial.

—No harían algo así —dijo DeHaan.

—¿Estás seguro?

—No —respondió DeHaan al cabo de unos instantes.

Un reflector había localizado a un bombardero, de una de cuyas alas salía una fina línea de humo. Otro reflector se unió al primero, y luego otro. Lo habían cazado: ahora lo tendrían clavado contra las nubes todo el tiempo que quisieran. Pero la cosa no duró tanto. El avión giró sobre sí mismo muy lentamente y luego cayó como una hoja seca, oscilando en el aire, y se hundió en el mar entre una nube de vapor.

PUERTOS BÁLTICOS

Dejaron atrás los campos de minas del Skagerrak una espléndida mañana de verano.

A las 7:30, cuando doblaron el cabo Skagen, Ratter y DeHaan seguían juntos en el puente, en el que habían permanecido toda la noche, vaciando taza tras taza de café, estudiando los planos de los ingleses y ordenando los cambios de rumbo sólo cuando estaban totalmente seguros. Además, a medianoche habían apostado a dos vigías en proa, para que observaran la superficie del mar, que en esa época del año —comienzos de verano— nunca estaba totalmente oscura, porque el cielo escandinavo adquiría un tono pálido y plateado mucho antes de que amaneciera. Por lo demás, DeHaan tenía la sensación de que en el Kattegat la vida seguía su curso habitual: dos barcos noruegos hacían cabotaje delante del *Noordendam*, a lo lejos se veía un destructor y, como único signo de la ocupación, un arrastrero transformado patrullaba la orilla danesa haciendo ondear la enseña nazi.

Por primera vez en catorce horas, DeHaan se relajó y empezó a pensar en sus doloridos pies y en la litera de su camarote. Acababa de guardar los mapas en el portafolios de plástico, cuando uno de los vigías subió la escalerilla como una exhalación.

—¡Mina a la deriva, capitán! —gritó—. ¡Por la amura de babor!

—¡Paren máquinas! —le dijo DeHaan a Ratter, y salió disparado detrás del vigía, que corría que se las pelaba.

Llegaron a proa con la lengua fuera, pero podían haberse ido andando tranquilamente, porque, en el instante en que DeHaan vio la mina, supo que no podía hacerse absolutamente nada.

La esfera de hierro, pintada de naranja en su día y ahora roñosa, y erizada de varillas detonadoras, flotaba a diez metros de la amura arrastrando una cadena partida bajo el agua. No tenía un aspecto especialmente marcial o siniestro, pero sí práctico: trescientos kilos de amatol. Suficiente para hacer volar por los aires todo un pueblo.

Petrificados, DeHaan y el vigía la seguían con la mirada mientras se deslizaba junto al casco del *Noordendam*. Las máquinas estaban paradas, pero la inercia seguiría haciéndolos avanzar un buen rato, aunque intentaran dar un brusco viraje. Habrían podido dispararle con el rifle, pero estaba demasiado cerca. Todo lo que podía hacer DeHaan era retroceder por cubierta observándola, esperar que el destino enviara una pequeña ola o un soplo de viento y finalmente quedarse en popa, vivo de casualidad, observándola mientras se alejaba surcando el agua.

La noche del veinte, el capitán del *Noordendam* y uno de sus pasajeros no se presentaron a cenar. A primera hora de la mañana siguiente estarían frente a la costa meridional de Suecia, y todos tendrían mucho trabajo, así que DeHaan, que tal vez prefería descansar esa noche, había enviado a Cornelius a la cocina a por sándwiches de cebolla y margarina, y sacado dos botellas de Saint Gerlac de su reserva personal de la cámara de mapas. La Saint Gerlac era una espesa y deliciosa cerveza belga, destilada por los frailes —unos frailes muy animados, sin duda— de la abadía del mismo nombre, cuyo emblema —un ermitaño debajo de un árbol— aparecía artísticamente representado en la etiqueta. Se vendía en grandes botellas con tapones de porcelana, que permitían volver a cerrarlas si había que dejarlas a medias por algún motivo —una lluvia de monedas de oro o un nacimiento inesperado— y acabarlas más tarde.

A las siete y media, habían entrado en el Oresun, un canal que desemboca en el Báltico y que constituye la parte más angosta del estrecho danés, con el puerto de Helsingör, ocupado y totalmente a oscuras, en la orilla danesa, y las alegres luces del sueco Helsingborg, a tres millas al otro lado del canal. El *Noordendam* se mantuvo en el lado neutral de las aguas, de modo que pasó cerca de Helsingborg.

Eran las horas del largo, lento anochecer. En el camarote de DeHaan reinaba la oscuridad, las botellas de cerveza y los platos de los sándwiches estaban en el suelo y la ropa, cuidadosamente doblada, sobre una silla.

—¿Vamos a echar un vistazo? —propuso Maria levantándose de la litera.

DeHaan descorrió el pestillo de cobre del ojo de buey y lo abrió del todo. El cálido aire del anochecer le acarició la piel. Estaban muy cerca de Helsingborg, lo bastante para ver los edificios de madera del puerto, todos pintados del mismo tono rojo, lo bastante para ver la larga hilera de barcos de

vela y a un hombre que había sacado a su perro a pasear y saludaba al *Noordendam* desde el final del muelle.

—Sería bonito —dijo Maria. «Estar ahí juntos».

—Sí. Algún día...

—Algún día. —Que seguramente nunca llegaría, quería decir Maria—. ¿Va a pasar algo esta noche?

—Llegaremos al sitio al que vamos, hacia las dos de la madrugada, descargaremos y, luego, con un poco de suerte, regresaremos, no a casa, pero sí a un sitio parecido.

—¡Ah! —murmuró ella—. Es lo que pensaba.

—¿Lo sabías?

—Está en el aire, como una tormenta antes de desatarse.

En el muelle, dos chicos chapoteaban en el agua aceitosa, que les llegaba a la cintura.

—¿Sabes nadar? —le preguntó DeHaan, no del todo en broma.

—¿Me dejarías?

DeHaan tardó unos instantes en comprender que era una pregunta de mujer, no de fugitiva, y, rodeando a Maria con los brazos, la atrajo hacia sí. La sensación era tan agradable que no respondió de inmediato.

—Nunca —dijo al fin—. Además, el agua está muy fría.

—Este país es demasiado frío. —El muelle quedó atrás y en su lugar apareció el racimo de casas diminutas del casco antiguo—. Pero ¿y si pudiéramos ir a algún sitio?

—Iríamos.

—¿Adónde?

—A algún lugar en el campo.

—¿Dónde?

—En Francia, tal vez. Al final de una pequeña carretera.

—¡Oh! ¿Lejos del mar?

DeHaan sonrió.

—Con vistas al mar.

—Como en un libro —dijo ella—. Tú estarías en una terraza, con un catalejo. —Maria juntó los índices y los pulgares y, cerrando un ojo, miró afuera a través de los dos círculos—. «¡Oh, el mar! Lo echo de menos...». Tú también lo echarías de menos, cariño.

Las últimas casas de Helsingborg habían desaparecido, y la luz gris iluminaba una costa llana y rocosa.

—Ahora es todo así hasta Copenhague —dijo DeHaan.

—Lo conozco. Me gusta esa gente, los daneses, y se come bien. Muy bien. O se comía.

—Allí no lo están pasando tan mal. Tan mal como en otros sitios, quiero decir.

—Todo llegará. Ya verás.

Se quedaron callados, lamentando interiormente que la conversación los hubiera devuelto a la vida real.

—Pareces a gusto, ahí atrás —dijo Maria—. Muy... concentrado.

—¿Sí?

—Sí. —Maria le apartó los brazos con suavidad, se acercó a la estantería de la gramola, cogió el álbum de los discos y sacó uno—. ¿Qué tal éste?

Era el cuarteto para violonchelo de Haydn.

—A mí me gusta.

—¿Lo ponemos y... volvemos a la cama?

—Se acaba a los diez minutos...

—Pues dejaremos que acabe.

—Empezará a hacer «chsss-taca, chsss-taca...».

Maria torció el morro, enfurruñada al ver que no podía salirse con la suya.

—Porquería de trasto...

Pasaron ante una Copenhague totalmente a oscuras y, poco después, frente a las luces de Malmö. Una patrullera sueca los siguió un buen rato, lo bastante de cerca como para ponerlos nerviosos, pero acabó quedándose atrás sin molestarse en darles el alto. Seguramente habían supuesto que el *Santa Rosa* transportaba materiales de guerra a Kiel o Rostock, y no tenían ganas de irritar a sus vecinos alemanes, que los observaban desde la otra orilla. En esos momentos, poco después de medianoche, DeHaan estaba de nuevo en el puente, sin poder dejar de pensar en Maria, de preguntarse por qué ahora y de decirse que lo que el mundo te daba con una mano te lo quitaba con la otra.

Poco después doblaron el extremo suroccidental de la costa sueca y entraron en el Báltico, puntuales de puro milagro. «No —se dijo DeHaan—, nada de milagros». Habían echado el resto. Sobre todo Kovacz, que había conseguido arrancar sus mejores once nudos al *Noordendam*, librando su propia batalla contra el descacharrado sistema de tuberías, remendando los codos por los que el vapor se empeñaba en escapar para ver si podía escaldar a alguien, poniendo el alma en las subidas y bajadas de las enormes bielas de acero... Tanto él como sus fogoneros y engrasadores se merecían una

medalla, o al menos una mención de honor en los informes. Pero, por supuesto, no tendrían ni lo uno ni lo otro, porque aquel trabajo no se consignaba en informes. Todo lo que cabía esperar era una muda sonrisa de Hallowes, pero ellos no la verían. Habría un último y seco mensaje de la DIN, se dijo DeHaan, un destino, y luego silencio.

Ratter estaba en el ala del puente, apuntando a las estrellas con su sextante gótico con horizonte artificial, porque tenían que plantarse exactamente en los 55° 20' de latitud norte y los 13° 20' de longitud este. Ratter también se merecía una medalla. Andromedae, Ceti, Eridani, Arietis, Tauri, Ursae Majoris, Leonis, Crucis y Virginis... Igual que Ulises, santo patrón de cualquier capitán tan negado como para perderse en el Egeo. Ratter repitió la medición y consultó su almanaque: «Correcciones para los limbos superior e inferior de la luna». Al menos había estrellas, y apenas unos jirones de nubes iluminados por la luna. Una noche oscura y un denso aguacero no habrían estado mal, pero les habrían impedido determinar su posición. Además, tenían que ser visibles y, en aquella tenue oscuridad veraniega, lo eran, para bien y para mal.

—Johannes...

—¿Sí?

—¿Ya lo tienes?

—Prácticamente.

—¿Qué tal estamos?

—De coña. Enfrente de Cuba.

21 de junio, 2:50 horas. Frente a Smygehuk.

Ahora el *Noordendam* navegaba a oscuras. Y en silencio: el sistema de campanas horarias estaba desconectado, la tripulación tenía órdenes de mantenerse callada y el motor les hacía avanzar a la velocidad mínima por un mar en calma. A una milla del costado de babor, un pueblo de pescadores, un puñado de luces difuminadas por la neblina; luego, nada, sólo la noche en una costa desierta.

En el puente, DeHaan y Ratter; en el ala, el marinero de primera Scheldt, con una lámpara de señales verde en la mano; y, junto al cabrestante del ancla, Van Dyck con un par de hombres. DeHaan consultó el reloj, vio que quedaban unos minutos y llamó a la sala de radio utilizando el tubo acústico recién instalado.

—¿Todo normal, señor Alí?

—¡No, capitán, ni mucho menos! —respondió el radiotelegrafista con nerviosismo—. ¡Todo el mundo está transmitiendo! En todas las frecuencias... Aún no ha acabado uno, cuando ya empieza otro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ratter, que podía oír el tono del radiotelegrafista, pero no lo que decía.

—La radio no para —respondió DeHaan—. ¿Algo sin codificar? —preguntó volviéndose hacia el tubo acústico.

—Frasas en alemán, tal vez de barcos fondeados. Pero lo que es mensajes en clave... ¡Madre mía! Y transmitidos a toda prisa, capitán. Se ve que tienen mucho que mandar.

—¿Alguna idea sobre el origen?

—¿Y cómo voy a saberlo? Pero las señales son fuertes... Tal vez de Alemania.

«¿Qué está pasando?». Algo inesperado, eso estaba claro. ¿Una invasión? ¿Una convulsión política? «¿Se habrá acabado la guerra?».

—¿Ha escuchado la BBC? —preguntó DeHaan por el tubo acústico.

—A medianoche. Pero nada nuevo. Los combates en el Líbano, una alocución del señor Roosevelt... Y luego música de baile.

DeHaan le dio las gracias y volvió a colgar el tubo en su gancho. En la débil luz de la lámpara de la bitácora, las dos cincuenta y ocho.

—¿Alguna idea? —le preguntó Ratter.

—No.

Las dos cincuenta y nueve. Las tres.

—¿Qué hora tienes, Johannes?

—Las tres en punto.

—Scheldt...

—¿Capitán?

—Haz dos señales de tres segundos.

—A la orden, capitán.

La respuesta no se hizo esperar. DeHaan puso el telégrafo en «Parar máquinas» y le dijo a Ratter que ordenara echar el ancla. Cuando el cabrestante empezó a desenrollar la cadena, el eco de un sonido familiar atravesó la distancia que los separaba de la costa. Tonk. Tonk. Tonk. Un sonido que DeHaan llevaba oyendo toda la vida: el ruidoso petardeo del motor de un cilindro de un barco pesquero, amplificado por el largo tubo de escape que salía por el techo de la cabina. A DeHaan le recordaba los resoplidos de un barquito de dibujos animados.

—¡Ahí viene, capitán! —anunció Scheldt desde el ala.

—Dile al señor Kees que les eche una amarra y baje la pasarela.

Se llamaba *Ulla*, seguramente como la mujer o la hija del patrón y, como pudo comprobar DeHaan apenas saltó a la cubierta, era un clásico en su género, destartado y apestoso, con redes colgando por todas partes y los imbornales —los agujeros que desaguaban la cubierta cuando le pasaban la manguera— medio tapados por capas de escamas resacas. A bordo había ocho hombres, todos pescadores, a juzgar por sus monos, sus botas y sus espesas barbas. Inmóvil en la puerta de la cabina, el patrón, un fornido vikingo tocado con un gorro azul y amarillo de lana, tejido sin duda por su mujer, observaba con desconfianza todas aquellas idas y venidas por la cubierta de su barco.

Dos de los pescadores iban armados, el primero, con una Sten colgada del hombro, y el segundo, con una pistola enorme en una funda sujeta bajo la axila. Éste era el jefe, un joven oficial de la Armada Real británica, que hablaba con acento escocés; se identificó como el Archer que aparecía en las órdenes de la DIN y, cuando DeHaan le propuso que los oficiales del *Noordendam* se encargaran de la descarga, se quitó de en medio, obviamente aliviado. DeHaan no perdió el tiempo: Van Dyck y unos cuantos marineros subieron a bordo del *Ulla* y, con Kees dirigiendo la maniobra desde el mercante, al cabo de unos minutos el primer camión estaba en la cubierta del pesquero.

DeHaan y sus hombres hicieron en él el trayecto de una milla hasta la costa, donde amarraron a un poste y entre todos, tras muchos gritos y algún que otro dedo aplastado, consiguieron empujar el camión a una rampa y hacer que se deslizara hasta el agua. Luego, un hombre lo puso en marcha y lo llevó hasta la orilla.

—¡Qué demonios! —le dijo uno de los pescadores a DeHaan—. Empiezo a creer que esto va a funcionar.

Un pescador con voz de profesor, irónica y ligeramente regocijada. Un individuo alto, flaco y pelirrojo, con barba y gafas de carey.

DeHaan alzó los ojos hacia el cielo nocturno.

—Vamos a tardar un rato —murmuró—. No creo que hayamos acabado al amanecer.

—La patrulla pasa poco después de las ocho —respondió el pelirrojo siguiendo la mirada de DeHaan—. Es muy regular: las ocho, las diez y media y las cuatro y media. Un hidroavión Blohm und Voss de reconocimiento.

—¿Nunca... se adelanta?

—Nunca. Es un tío muy puntual nuestro alemán.

—Eso es muy útil.

—Ya lo creo. Así, tenemos la noche para trabajar.

—¿Y qué hace usted?

—¿Yo? Soy el lumbrera de por aquí.

—¿El lumbrera?

—Ya sabe, el científico.

—¡Ah, un profesor!

—Sí, lo era, pero ahora estoy en la Armada. Los de la RAF llegaron antes, pero, como no sabían muy bien qué hacer conmigo, me mandaron a la Armada, donde me dieron un par de galones y me dijeron: «¡A Suecia!». —El patrón puso marcha atrás y viró en redondo, y el *Ulla* empezó a petardear en dirección al carguero—. ¡Vaya escándalo que arma este trasto! —dijo el profesor—. Si tuviera un taladro con una broca para metal, podría convertirlo en un órgano a vapor, pero no creo que a Sven le gustara.

—No, yo tampoco. ¿Ésa es su especialidad?

—El sonido, sí. Las ondas, el UHF y toda esa mandanga. Me pasé veinte años en un laboratorio instalado en un sótano. Creo que la universidad ni siquiera se acordaba de que estaba allí. Luego, empezó la guerra, y los silbidos y los pitidos se acabaron para mí.

Cuando llegaron junto al *Noordendam*, Kees ya tenía el segundo camión suspendido de una grúa.

—Siento comunicarle que había tres camiones —dijo DeHaan—, pero uno se incendió en la bodega.

—¿Cómo ocurrió?

—No lo sabemos. ¿Podrán arreglárselas con dos?

—Sí, no creo que haya ningún problema. Sólo los necesitamos para subir las torres. Tenemos una especie de rampa, ya lo verá.

—Tal vez puedan aprovechar las piezas del que ardió.

—Lo haremos. Si duramos lo suficiente como para necesitar recambios.

Además del segundo camión, cargaron tres de las cajas alargadas en el *Ulla*. Eran las cuatro pasadas, y el amanecer estival empezaba a despuntar. Al mirar al cielo, DeHaan vio estrellas mortecinas, jirones de nube en la lejanía y, más allá, hacia el oeste, un cielo negruzco y borrascoso. «Lluvia a mediodía». Lo sabría con certeza cuando pudiera echar un vistazo al barómetro. No eran buenas noticias. El tiempo del Báltico tenía fama de

traicionero. Las tormentas se desataban con súbita violencia en cualquier época del año.

DeHaan iba sentado en la plataforma del camión de cabeza, con el profesor y Van Dyck, en el espacio que dejaban libre los extremos delanteros de las cajas. Tras ellos estaba el segundo camión, encarado del revés. Era el mismo sistema que habían utilizado en el puerto de Lisboa. Los motores trucados hacían que su avance por la arena y, luego, entre la maleza baja fuera lento pero seguro. Por fin, cuando estaban unos tres kilómetros tierra adentro, el conductor del primer camión hizo señales al del segundo, y ambos detuvieron los vehículos y pararon los motores.

Estaban en lo que parecía el patio de una granja abandonada. DeHaan saltó al suelo, se quitó la gorra y se pasó los dedos por el pelo. «El sueño de alguien, en otros tiempos», pensó. Una casita destruida por las llamas, los restos de una vieja cerca inclinada... No había nada más, sólo el viento, que suspiraba sobre campos desiertos y mecía las malas hierbas del antiguo jardín.

El oficial británico y uno de los pescadores fueron detrás de la casita, se alejaron unos metros y luego retiraron una enorme lona de camuflaje. DeHaan estaba impresionado: le había pasado totalmente inadvertida.

—Para los aviones de reconocimiento —dijo el profesor—. ¿Qué le parece?

—Muy bien hecha.

—Se la encargaron a los mejores estudios cinematográficos de Inglaterra. —Se acercaron a la entrada de un túnel, de unos seis metros por nueve—. ¿Ha desayunado? —le preguntó el profesor.

—Todavía no.

—Mejor.

DeHaan no tardó en comprender por qué. Apenas entró al túnel, percibió un hedor que casi le provocó una arcada.

—¿A qué huele, por Dios?

—¿Nunca había estado en un criadero de champiñones?

—No.

—Creemos que, hace mucho tiempo, esto era una mina, aunque no tenemos ni idea de lo que extraían. Luego llegó alguien, se hizo una casita y decidió utilizar el túnel para criar champiñones. Lo que huele es el medio de cultivo: los champiñones crecen en la putrefacción. En cuanto a cuál era el medio utilizado, es un tema abierto a la discusión. Aquí estamos divididos en

tres bandos: los partidarios del estiércol de cerdo, los de las patatas podridas y una facción intermedia: estiércol de cerdo y patatas podridas. ¿Qué opina usted?

—Que no volveré a probar los champiñones.

—Si es usted escrupuloso, le recomiendo las setas silvestres. Sígame por aquí.

Se internaron en el túnel y, cuando habían recorrido unos metros, el profesor cogió una lámpara colgada de un clavo y la encendió con una cerilla que prendió con el pulgar. DeHaan vio una sala inmensa, tan grande como un salón de baile, que tenía las paredes y el techo apuntalados con maderos y se extendía más allá del alcance de la luz.

—¿Duerme usted aquí dentro?

—Cuando hace buen tiempo no, pero en cuanto llega el invierno... —El profesor se encogió de hombros. Qué se le iba a hacer—. Estamos elaborando nuestro escudo heráldico: un dragón rampante plateado que se tapa la nariz con el pulgar y el índice de una garra, bajo una orla con la leyenda: «¡Puaj!». Bueno, ya ve cómo funciona esto. Guardamos las torres tumbadas aquí dentro y por la noche las sacamos con los camiones. Luego las colocamos erguidas sobre unas plataformas de cemento, y ya podemos escuchar las transmisiones de los submarinos y los barcos de Adolf. De un extremo a otro de la banda, incluido el vataje medio. Asuntos de intendencia militar, en su mayoría, pero se captan muchas comunicaciones no codificadas.

—¿Tienen electricidad? ¿En este sitio?

—¡No, no! Eso es lo mejor de todo. Tenemos generadores, o mejor dicho, los tienen ustedes. Porque los han traído, ¿verdad?

—Si nos los dieron, estarán —respondió DeHaan.

Cuando el sol tiñó de rojo el horizonte e iluminó el mar, seguían trabajando a marchas forzadas. Cada vez cargaban más el *Ulla*, que iba hundiendo el casco en el agua, mientras, desde la cabina, su patrón los fulminaba con la mirada. Pero el mar estaba en calma y sólo había que hacer una milla, así que a las siete menos diez el *Noordendam* estaba totalmente descargado.

—Gracias por su ayuda —gruñó el oficial escocés dándole un apretón de manos a DeHaan al pie de la pasarela del *Noordendam*.

La mayoría de la tripulación del carguero estaba en cubierta, observando el *Ulla*, que se disponía a hacer su último viaje a tierra. Algunos marineros

saludaban con la mano, y los pescadores les devolvían el saludo y hacían el signo de la victoria con los dedos.

Kees se hizo cargo del puente y puso al *Noordendam* en movimiento de inmediato —no convenía que los vieran anclados—, mientras DeHaan y Ratter bajaban al comedor de oficiales. Cuando acababan de sentarse a la mesa, apareció Cornelius con una cafetera y unas tostadas.

—Puestos a participar en una guerra —dijo Ratter—, más vale hacer esto que otras cosas. ¿Crees que servirá de algo?

DeHaan no supo qué responder. Tal vez sí; al menos, eso era lo que pensaba la DIN, y el *Noordendam* no era el único carguero que ese día descargaría Dios sabía qué cargamento en una playa perdida. Puede que todo sumado tuviera algún sentido. Apoyó la espalda en el asiento y se quedó con los ojos cerrados durante unos instantes; luego sacó un North State del paquete, se acercó el cenicero, encendió el purito con una cerilla y, por último, prendió fuego a las órdenes de la DIN.

El hidroavión Blohm und Voss apareció a las ocho y diez, sobrevolando la costa sueca en dirección este, a unas millas al norte del *Noordendam*. El aparato no se desvió de su rumbo en ningún momento, y el ronco zumbido de sus motores, fuerte durante unos instantes, acabó perdiéndose en la lejanía. Los vigías, si se fijaron en ellos, sólo debieron de ver un viejo mercante español que pasaba lentamente frente a sus puestos de observación, de regreso de Riga o Tallin, sin meterse con nadie.

En esos momentos, DeHaan estaba en su camarote, acostado en la litera y profundamente dormido. No oyó el avión alemán y apenas el despertador, que tres horas después se desgañitó durante unos instantes y, tras una tosecilla, se quedó sin voz. Normalmente, DeHaan habría extendido la mano y apagado el maldito chisme, pero no podía moverse. Lentamente, fue recobrando la conciencia de la realidad, fragmento a fragmento —dónde estaba, qué tenía que hacer—, obligó a sus pies a apoyarse en el suelo, fue al lavabo, se echó agua caliente por la cara, decidió no afeitarse y se afeitó.

Luego, fue a buscar a Maria Bromen, pero no estaba en su camarote. Poco después, la encontró en la cubierta de popa, sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la caja de un cabrestante y el rostro alzado hacia el sol. Maria abrió un ojo, lo volvió hacia él y le dio los buenos días.

—He ido a verte hace un rato, pero dormías como un tronco.

—¿Has estado en el camarote?

—Un rato, sí.

DeHaan esbozó una sonrisa de disculpa.

—No me vendría mal una siesta —dijo—. Después de la guardia de mediodía.

«Así que, si quieres acompañarme...».

—¿Ya estaremos en Malmö?

—Seguramente. Esperando cargar.

—¿Cuánto nos quedaremos?

—Dos o tres días, si trabajan seguido. Pero en cada puerto hacen las cosas a su manera, en unos más deprisa que en otros. Una vez, en Calcuta, recogimos un cargamento de carbón, y lo cargaron porteadores, cientos de hombres y mujeres que no paraban de subir y bajar por la pasarela con espuelas en la cabeza. Tardaron dos semanas.

—Los suecos no trabajan así.

—No, hace tiempo que no.

Maria se quedó callada, y DeHaan intuyó que estaba contando los días que les quedaban de estar juntos. Dos o tres en Malmö y tal vez una semana de viaje hasta Irlanda.

—De todas formas —dijo al fin la periodista—, puede que se tomen tiempo.

«Sí, puede».

En ese momento aparecieron Shtern y Kolb, que estaban paseando por cubierta con las manos a la espalda, como si fueran pasajeros de un transatlántico.

—Buenos días, capitán —dijo Kolb—. Hoy hace un tiempo estupendo.

—Sí, hay que disfrutarlo.

12:20 horas. Frente a Falsterbo.

Rumbo nornoroeste, para costear la península del extremo suroccidental de Suecia. Cielo encapotado con claros menos oscuros y raudas nubes bajas que se acercaban por el oeste. No tardaría en llover. DeHaan se frotaba los ojos, fumaba y bebía café para mantenerse despierto.

—¡Se acerca un barco, capitán! —anunció de pronto el vigía del ala de babor.

—¿De qué clase?

—Por el humo, un barco a carbón, capitán. Está a unos cinco kilómetros a babor, y viene hacia nosotros.

¿Procedente de la costa danesa?

DeHaan lo enfocó con los prismáticos: una columna de humo negro que ascendía de la chimenea de detrás de la cabina de mando, antenas en el techo, un cañón en la cubierta de proa, *M 56* pintado en la amura y la enseña de la esvástica ondeando en el mástil.

—Vira a dos dos cinco —ordenó DeHaan al timonel—. Timón a babor, y rápido.

—Dos dos cinco al sur —respondió el timonel haciendo girar la rueda.

Si mantenían aquel rumbo pasarían por detrás de la *M 56*.

Lentamente, el *Noordendam* obedeció al timón, volvió la proa hacia babor y, cuando el timonel hizo girar la rueda en sentido contrario, siguió avanzando en línea recta. Pasados treinta segundos, cuando DeHaan pensaba aliviado que la maniobra había funcionado, la proa de la *M 56* torció hacia el sur con un brusco viraje que la situó justo en frente de los prismáticos de DeHaan.

—Ha cambiado de rumbo, capitán —dijo el vigía con voz tensa—. Viene a nuestro encuentro.

DeHaan utilizó el silbato para llamar a la sala de máquinas. Kovacz contestó de inmediato.

—Sube al puente, Stas —le dijo DeHaan—. Deprisa, por favor.

En menos de un minuto, el jefe de máquinas entró en el puente con la camisa manchada de sudor en las axilas y el estómago, debido al calor de la sala de máquinas, y jadeando, después de subir a la carrera una escalerilla tras otra.

—¿Qué ocurre, Eric?

DeHaan le pasó los prismáticos y señaló un punto en el mar. Usando el grueso pulgar para ajustar las lentes, Kovacz enfocó el barco y lo observó durante unos segundos.

—¡Mierda! —masculló.

—¿Qué es?

—Un dragaminas. Clase M. Podría ser francés o noruego. Un cascarón construido justo después de la guerra, en el diecinueve o el veinte. Los utilizan para patrullar la costa, sobre todo, pero, si encuentra una mina, puede ocuparse de ella. —Kovacz le devolvió los prismáticos y añadió—: Y nos va a dar el alto.

—Ya lo está haciendo —respondió DeHaan mirando por los prismáticos. En la borda de la patrullera, un marinero les hacía señales de Morse, abriendo y cerrando hábilmente la persianilla de la lámpara Aldis. «¿Qué barco?». DeHaan siguió enfocando el dragaminas—. Pero no tienen ninguna prisa —dedujo basándose en el ritmo al que acertaba la distancia.

—¡Y un cuerno, no tienen prisa! Lo que pasa es que no puede ir a más de diez, doce nudos a lo sumo, y los está utilizando todos.

—Seguiremos a tres cuartos de la velocidad máxima —le dijo DeHaan—. Y a ver qué pasa —murmuró preguntándose si habrían interpretado su cambio de rumbo como un intento de fuga. Puede que hubiera cometido un error.

Kovacz fue hacia la puerta, pero se detuvo y se volvió hacia DeHaan.

—No dejaré que me cojan prisionero, Eric.

DeHaan bajó los prismáticos y lo miró a los ojos.

—De momento, mantengamos la calma, ¿de acuerdo?

—Sólo te lo digo para que lo sepas.

El polaco se marchó y DeHaan llamó al vigía del ala de estribor.

—Dile al señor Ratter que venga al puente y tráeme al marinero de primera Amado. ¡Deprisa!

Deslizando las manos por la barandilla, el vigía bajó la escalerilla en tres saltos.

—Están repitiendo las señales, capitán —le advirtió el otro vigía.

—Muy bien. Coge la lámpara Aldis y responde: «*Santa Rosa, Valencia*». Pero tómatelo con calma.

—Sí, capitán. Soy lento por naturaleza.

—Estupendo. Y de paso equivócate en las letras.

—Cuenta con ello, capitán.

La patrullera estaba a menos de una milla, y seguía acercándose. DeHaan consultó el reloj. Las doce cuarenta y ocho. En la *M 56*, los marineros iban y venían por cubierta mientras un oficial recorría el *Noordendam* con los prismáticos; los primeros, completamente uniformados —algunos, incluso con gorras de marinero que parecían boinas, con una cinta en la parte posterior—, y el oficial, en chaqueta y pantalón azules, camisa blanca y corbata negra. ¿En aquella vieja cafetera a carbón? DeHaan se temió lo peor. En el tubo acústico que comunicaba con la cabina de radio sonaron tres clics del señor Alí. DeHaan lo descolgó.

—¿Sí?

—¿Envío algún mensaje? —preguntó el radiotelegrafista.

—No, permanezca en silencio.

DeHaan estaba colgando el tubo de su gancho, cuando Ratter entró a toda prisa. Al parecer estaba dándose una ducha; iba descalzo, tenía el pelo mojado y llevaba los faldones de la camisa por fuera de los pantalones. DeHaan se sorprendió a sí mismo mirándole el parche del ojo para ver si estaba seco. ¿Se lo quitaría para ducharse? Ratter levantó los prismáticos, los enfocó sobre la patrullera alemana y maldijo entre dientes.

—Han izado la señal de «Paren máquinas» —murmuró.

DeHaan miró a su vez. Era cierto.

—Johannes, baja a la cámara de mapas y busca los planos de los campos de minas, que están en el tercer cajón del armario de la izquierda, con la carta del canal de Mozambique.

—Si los quemamos, no podremos salir de aquí.

—Lo sé. Pero escóndelos donde sea. En un conducto de ventilación o un sitio por el estilo.

—¿No estamos en aguas suecas?

—¿Quieres hacerlo ya, por favor?

—¿Y si intentamos llegar a la costa?

—Quieres hacer el favor.

Apenas se había marchado Ratter, cuando apareció Kees, seguido por el vigía y Amado, que estaba pálido y asustado. DeHaan puso el telégrafo de la sala de máquinas en «Paren máquinas».

—¿Crees que nos dará el alto? —preguntó Kees.

—Ya lo ha hecho. Los estamos esperando.

Kees soltó un suspiro que significaba: «Sabía que ocurriría esto». El timbre del telégrafo de la sala de máquinas sonó para confirmar la orden, y DeHaan oyó que el motor se detenía.

—Habrá que recurrir a Amado —dijo Kees.

—Dale unas cuantas instrucciones, todavía tenemos unos minutos. Venimos de vacío de Riga, donde hemos dejado algodón portugués y yute. Y nos dirigimos a Malmö para recoger un cargamento de madera.

—En fin, habrá que intentarlo. Puede que volvamos a tener suerte —dijo Kees, que, a juzgar por su tono de voz, no lo creía.

—Puede.

—Pintura y una bandera —murmuró el segundo oficial meneando la cabeza con amargura y desánimo—. No es gran cosa.

—No —admitió DeHaan—. No es gran cosa.

Con el motor parado, el *Noordendam* empezó a perder velocidad y mecerse suavemente en el oleaje. «Pintura y una bandera...». Por supuesto, la DIN podía haber hecho algo más, pero no lo había hecho. Después de todo, ¿de qué les habría servido cualquier otro camuflaje si los hubieran sorprendido con el cargamento secreto? Y, ahora que habían cumplido su misión, ¿qué más daba lo que les ocurriera? Sólo tenían que cerrar el pico. ¿Lo harían? ¿Cuarenta y un marineros, Maria Bromen y S. Kolb?

Kees se había llevado a Amado a un rincón de la cabina y estaba explicándole, lenta y cuidadosamente, lo que tenía que decir. El español asentía con la cabeza; sí, lo entendía, pero estaba muerto de miedo. DeHaan volvió a enfocar la patrullera con los prismáticos: ahora el oficial estaba junto a la borda. Tenía poco más de veinte años, la barbilla levantada de un modo peculiar y la espalda rígida como una tabla. Mientras DeHaan lo observaba, se llevó las manos a ambos lados de la gorra y se aseguró de que estaba recta.

La M 56, con el motor en punto muerto y un marinero sentado tras el escudo de hierro que sostenía el largo cañón de la ametralladora, se detuvo frente al través de babor del *Noordendam*. Cuando el oficial alemán se inclinó sobre la borda, megáfono en mano, DeHaan y Kees escoltaron a Amado, que ahora iba tocado con la gorra de capitán, hasta el ala del puente y, a continuación, bajaron tras él a cubierta, donde DeHaan le tendió su megáfono.

—¿Cuál es su destino? —preguntó el oficial en alemán, y sus palabras resonaron por encima del agua.

—¿Habla usted español?^[6] —preguntó Amado a su vez. DeHaan apenas lo había oído. Amado buscó el interruptor, lo accionó y volvió a intentarlo.

El oficial alemán bajó el megáfono y, al cabo de unos instantes, volvió a levantarlo y repitió la pregunta, más lenta y enérgicamente. A los extranjeros había que tratarlos así si querías hacerte entender.

Pero con Amado no funcionó. Una vez más, preguntó al oficial si hablaba español.

El alemán se quedó mirando a DeHaan y Kees y preguntó:

—¿Hablan alemán sus oficiales?

«¿Qué?». Amado meneó la cabeza y extendió los brazos.

El oficial señaló a Kees con el índice dos o tres veces, para mayor énfasis, y gritó:

—¡Oficial, oficial!

Kees extendió una mano y Amado le dio el megáfono.

—Nos dirigimos a Malmö —dijo en alemán.

—¿Quién es usted?

—El segundo oficial.

—¿Cuál ha sido su última escala?

—Riga.

—¿Qué cargamento transportan?

—Vamos de vacío.

«Y ahora todos podemos continuar nuestro camino».

El oficial dejó caer la mano que sostenía el megáfono y recorrió el *Noordendam* con una larga y pensativa mirada, de proa a popa y de popa a proa.

—Mantengan las máquinas paradas —ordenó, y se dirigió hacia la cabina de la *M 56*.

Era el primer oficial de la patrullera, se dijo DeHaan, y había ido a consultar al capitán. ¿Tenían algún modo de comprobar su historia? Lo dudaba. Los rusos habían ocupado Letonia hacía un año y, pese a ser teóricos aliados de los alemanes, no se darían ninguna prisa en responder a sus preguntas. Además, la *M 56* no podía telegrafiar sin más al puerto de Riga; algo así requeriría un largo viaje por los vericuetos administrativos de la *Kriegsmarine*.

—¿Qué estará haciendo?

—Está hablando con el capitán. Quiere abordarnos.

—Pero ¿por qué?

DeHaan sonrió.

—Podría empezar por sus primeros años en el colegio y continuar a partir de ahí, pero todo se reduce a la manera de ser de cada uno. Es el carácter, como siempre.

—Estamos en aguas suecas —dijo Kees—. Desde aquí se ve Falsterbo. ¿Se lo recordamos?

—No creo que les importe mucho.

—Cabrones...

En la *M 56*, los marineros, que en su mayoría no habían cumplido los veinte, miraban con curiosidad el *Santa Rosa* y a los tres hombres que esperaban en su cubierta el fallo de su oficial.

—¿Cuánto rato nos va a tener aquí? —preguntó Kees.

—Hasta que decida lo que quiere hacer.

Por fin, un individuo maduro con uniforme de oficial y cuidada barba gris se asomó a la puerta de la cabina. «¿Un marino sacado del retiro y destinado a

una patrullera con una tripulación imberbe?». Su mirada se cruzó con la de DeHaan, que pensó: «¿Un capitán mercante?». ¿Había meneado la cabeza? ¿Sólo un poco? ¿«Con este oficial no hay nada que hacer»? No, seguramente sólo habían sido imaginaciones suyas. El capitán volvió a la cabina e, instantes después, el joven oficial regresó a la borda muy ufano y orgulloso de sí mismo. Ahora llevaba una pistola en la funda del cinturón. Levantó el megáfono y, muy lentamente, ordenó:

—Prepárense para ser abordados.

—Manda a Amado abajo —le dijo DeHaan a Kees—. Luego, ve a la cabina de radio y que el señor Alí envíe el mensaje codificado, dos veces. Después, quema el papel, mete el libro de códigos de la BAMS en la bolsa lastrada y arrójalo por el costado de estribor.

—¡Me verán!

—Métetelo debajo de la camisa y tíralo por el lado que no puedan ver.

—¿Y si se lo huelen?

—Entonces, te dispararán.

Era evidente que estaban bien entrenados y tenían práctica. Dos se quedaron en su lancha, y DeHaan contó ocho en el grupo de abordaje que subió la pasarela, cinco armados con fusiles de infantería, uno con una carabina y otro con una metralleta de acero con culata plegable. Una vez en cubierta, formaron tres parejas y se dividieron en dirección a la sala de radio, el dormitorio de la tripulación y la sala de máquinas, mientras el oficial subía al puente, seguido por el moreno y cejijunto energúmeno que llevaba la metralleta. «Su gorila particular», se dijo DeHaan.

De cerca, el oficial era un individuo alto de piel blancuzca y ojos brillantes, con cuatro pelos rubios de patilla a patilla que pretendían pasar por barba. Ansioso, con una permanente y boba sonrisa en la cara, parecía un joven enamorado del poder, del mando, de los saludos y los uniformes, de las órdenes y los castigos. Al llegar al puente, se cuadró delante de DeHaan y se identificó:

—*Leutnant zur See Schumpel. Schumpel.*

«Recuerde ese nombre».

Schumpel sólo era alférez, pero eso cambiaría pronto. Bastaría un éxito, un golpe de suerte, para el ascenso. Y hoy, se dijo DeHaan, era su día, aunque él aún no lo sabía.

—¿También habla alemán? —le preguntó a DeHaan.

—Sí.

—¿Y es usted...?

—DeHaan.

—¿Qué cargo?

«Todavía no».

—Primer oficial.

—Entonces, podrá localizar la documentación del barco, el cuaderno de bitácora y el rol de la tripulación...

—Así es.

—Tráigamelos al comedor de oficiales.

«Bueno, ya está todo perdido». El barco fantasma estaba a punto de perder la sábana, y todo lo que DeHaan podía hacer era obedecer órdenes. Cogió el cuaderno de bitácora del puente y fue a la cámara de mapas a por lo demás, con el gorila de Schumpel pisándole los talones. Desde luego, podía haberse ocupado él en persona, pero ése no era el procedimiento. Mejor que DeHaan llevara sus culpas en sus propias manos. Eso era lo que quería Schumpel.

—¿Quién es el capitán del barco, usted o su compañero? —le espetó el alemán apenas se sentaron en el comedor de oficiales. DeHaan no respondió —. Sea razonable, señor. Ese español no es capitán de nada. O quizá, como dice el poema inglés, es capitán de su alma, pero nada más.

—El capitán soy yo —admitió DeHaan.

—¡Bien! Vamos progresando. Ahora, el cuaderno de bitácora y la documentación del barco.

Schumpel resultó ser un lector parsimonioso. Su índice se deslizó por una línea, se paró, encantado con lo que había encontrado, y no se movió hasta recibir una confirmación verbal —«¿Mmm? Mmm.»— de su dueño. Que, tras levantar la vista de la hoja, declaró:

—Parece ser que el barco en el que me encuentro es holandés y se llama en realidad *NV Noordendam*. ¿Es correcto?

—Lo es.

—Entonces, ¿puedo preguntarle por qué está pintado como un carguero español?

—Porque los barcos holandeses no pueden entrar en el Báltico.

—¿Y quién decidió utilizar ese subterfugio?

—Lo decidió su propietario.

—¿Sí? ¿Y con qué fin, diría usted?

—La ocultación, alférez Schumpel.

—Eso parece, pero ¿qué ganaría con eso?

—Dinero. Más del que ganaría en los convoyes británicos. Mucho más.

—¿Haciendo qué? ¿Llevando a cabo alguna especie de misión secreta?

—Eso es una forma un tanto grandilocuente de decirlo. Contrabando es una palabra más exacta.

—¿Contrabando de qué?

—De alcohol, ¿de qué iba a ser?

—Armas, agentes...

—No, no es lo nuestro. Nosotros hemos transportado vino y brandy, libres de impuestos, primero a Dinamarca y luego a Riga.

—A Dinamarca. ¿Se da usted cuenta de que Dinamarca es un aliado de Alemania, actualmente bajo nuestra supervisión?

—La bebida es la bebida, alférez Schumpel. En las malas épocas, en épocas de guerra, por ejemplo, ayuda a la gente a sobrellevar las cosas. Y la consiguen a costa de lo que sea.

—Y, exactamente, ¿en qué punto de la costa danesa entregaron ese cargamento?

—Frente a Hanstholm, en la costa occidental. A unas barcas pesqueras.

—¿Cómo se llamaban?

—No tenían nombre, al menos esa noche.

—Poco probable, capitán, tratándose de pescadores daneses. Pero dejemos eso por el momento. Una cosa importante: supongo que, cuando mis hombres interroguen a los suyos, contarán la misma historia.

—Contarán miles de historias, cualquiera menos ésa. Son marineros mercantes, una gente, como sin duda sabe, muy dada a contar historias del mar y mentir a las autoridades. Uno dirá esto, aquél lo otro y éste lo de más allá.

Schumpel lo miró fijamente. DeHaan le sostuvo la mirada.

—Ni que decir tiene, capitán, que perderá su barco, y vaya haciéndose a la idea de pasar una temporada en la cárcel.

—El barco no es mío, alférez, y el dinero que ganamos haciendo contrabando tampoco.

—Pertenece a...

—La Netherlands Hyperion Line, antaño con sede en Rotterdam. Propiedad de la familia Terhouven.

—Y la idea de ir a la cárcel, ¿tampoco le preocupa?

—Por supuesto que me preocupa. No obstante, debo decir que es preferible a acabar en el fondo del mar.

—Quizá. —El alemán hizo una pausa para ordenar los papeles sobre la mesa—. Vamos a recoger la documentación de todos los miembros de su tripulación. A veces, encontramos gente de lo más curiosa navegando por nuestro territorio. A propósito, ¿tienen ustedes armas a bordo?

—No. Por supuesto, no puedo hablar por la tripulación, pero que yo sepa, no.

—¿Me da su palabra, capitán? Registraremos el barco, ¿sabe?

—Se la doy.

—¿No lleva pasajeros, verdad? Al menos, no figuran en esta lista.

—Llevamos dos. Un viajante de una empresa de Zurich y una periodista rusa.

—¿Una mujer? ¿Una periodista rusa?

—Viaja conmigo, alférez Schumpel.

DeHaan esperaba una sonrisa de complicidad, que no llegó. Schumpel frunció los labios, como corroído por la duda, y volvió a clavar los ojos en DeHaan. Sí, los capitanes mercantes podían ser sinvergüenzas, contrabandistas, chulos... Pero ¿qué era aquél?

—¿Puedo ver su pasaporte? —DeHaan fue a buscarlo a un cajón de la cámara de mapas y se lo trajo. Schumpel lo examinó detenidamente, comparando la descolorida fotografía, hecha hacía años, con el original—. Los holandeses me caen bien. Suelen ser gente seria y honrada. Siento ver que los hay de otra clase.

«Sí, tipejos como yo. No sabes cuánta razón tienes». DeHaan se miró los zapatos y no rehistó.

Schumpel retomó su actitud anterior y su radiante sonrisa. Más radiante que nunca, porque aquél era un gran día, un día glorioso. No había duda de que se había distinguido: el desenmascaramiento de aquel barco irregular, un navío enemigo, después de todo, en aguas a los efectos alemanas, brillaría en su historial como una reluciente estrella.

Una tarde larga y melancólica, ahora con lluvia débil pero persistente. El *Noordendam* echó el ancla y Schumpel volvió a la *M 56* para consultar con su capitán e informar por radio al cuartel general. A su regreso al carguero, comunicó a DeHaan que iban a escoltarlos hasta la base naval de Dragør, en la costa danesa.

DeHaan permaneció en el comedor de oficiales mientras los alemanes registraban el barco, esperando a que encontraran las armas —la Browning

automática y el rifle— y preguntándose qué harían con él cuando las descubrieran. Por supuesto, se le ocurrió la posibilidad de recuperar el barco. Había mentido sin pensar —una forma estúpida de mentir—, y ahora lo lamentaba. Pero ¿qué importaba? Puede que le zurraran un poco, pero no demasiado; después de todo, era una valiosa captura. ¿Qué más podían encontrar? No mucho. En realidad, era imposible registrar a fondo un barco como el *Noordendam*, a menos que se dispusiera de una semana y cincuenta tipos muy espabilados y armados de destornilladores, porque lo que sobraba a bordo eran escondrijos.

A quienes por supuesto encontraron, gracias al rol, fue a los oficiales, y el comedor se transformó en celda, vigilada por un marinero armado con un fusil. Primero llegó Ratter, que seguía descalzo, luego Kees, y por último el señor Alí, seguido por Poulsen. Kovacz no apareció, ni tampoco Kolb. Evidentemente, se habían escondido bien, de momento, no como Shtern, que llegó poco después con las manos atadas a la espalda y un ojo a la funerals. En cuanto a los republicanos españoles y los comunistas alemanes, DeHaan sólo podía hacer especulaciones. Por ahora, estaban a salvo —la documentación de los marineros no hablaba de su filiación política—, pero, cuando llegaran a Dinamarca, las cosas podían cambiar. Como prisioneros de la Kriegsmarine tenían alguna posibilidad de sobrevivir; pero, si decidía intervenir la Gestapo, estaban perdidos. Y DeHaan no tuvo más remedio que reconocer que, si eso ocurría, la estación de Smygehuk también tenía los días contados. La tripulación del *Noordendam* era valiente, pero, con los métodos de interrogar de la Gestapo, la verdad acabaría saliendo a la luz.

Fue Schumpel en persona quien escoltó a Maria Bromen hasta el comedor de oficiales, y la mirada de irritación que le lanzó a DeHaan decía más de lo que el alemán imaginaba. ¿Envidia? Tal vez. Cuando Maria cruzó la puerta, sus ojos buscaron los de DeHaan, pero no para despedirse. «Esto no ha acabado», querían decir, aunque ambos sabían que, cuando los bajaran del *Noordendam*, no volverían a verse.

15:50 horas. Frente a la península de Falsterbo.

DeHaan fue conducido al puente, para que se hiciera cargo de él durante la travesía a Dragør, y fue allí donde Schumpel le recitó la lista de los pecados del *Noordendam*. Número uno: habían encontrado una pistola en la taquilla del fogonero Hemstra. Si el alférez esperaba alguna reacción, se llevó un chasco, porque DeHaan estaba sorprendido y se le notaba. ¿Hemstra? ¿El

tranquilo, callado y trabajador Hemstra? Así pues, dijo Schumpel, ¿no tenía nada que alegar? Muy bien, entonces, número dos: el jefe de máquinas, Kovacz, no había aparecido, y el pasajero S. Kolb, tampoco. ¿Alguna idea de dónde podían estar? Sin faltar a la verdad, DeHaan respondió que ninguna.

—Los encontraremos —aseguró Schumpel—. A no ser que hayan saltado por la borda. En cuyo caso, tenemos dos problemas menos. —El alférez pasó al pecado número tres—. No hemos encontrado el libro de códigos.

—He ordenado que lo arrojaran por la borda —admitió DeHaan—. Como capitán de un mercante aliado, era mi obligación.

—¿A quién se lo ha ordenado? ¿Al radiotelegrafista? —DeHaan no respondió—. Si no habla, daremos por sentado que fue a él.

—He actuado según las reglas de la guerra, alférez. Un oficial alemán no se habría comportado de otro modo.

La réplica enfureció a Schumpel, cuyos pómulos se encendieron levemente. La captura de un libro de códigos habría sido la guinda de su triunfo. Pero tuvo que contentarse con decir:

—Entonces, ha sido el oficial de radio. Le haremos saber que nos lo ha dicho usted.

Schumpel iba a seguir, pero en ese momento uno de sus hombres entró en el puente y le tendió un papel.

—Lo ha traído la lancha, señor.

Schumpel leyó el mensaje y se volvió hacia DeHaan.

—Permanecerá en el puente —le dijo, y dirigiéndose al gorila—: No lo pierdas de vista.

Y allí se quedaron los dos, mientras Schumpel se alejaba en dirección a la pasarela. Al cabo de unos instantes, DeHaan lo vio sentado muy tieso en la proa de la lancha, que regresaba a la *M 56* bajo la llovizna. Pasados veinte minutos, después de que el gorila rechazara un intento muy poco convencido de entablar conversación, DeHaan descubrió cómo había conseguido ocultarse S. Kolb.

Con no poca admiración. Acompañado por un marinero alemán, Kolb avanzaba por cubierta, camino, quizá, del dormitorio de la tripulación. O, con más probabilidad, de la cocina, porque llevaba el delantal más sucio que DeHaan había visto en su vida y la cabeza cubierta con el tocado tradicional de los cocineros de los mercantes: una bolsa de papel con los bordes doblados hacia arriba.

El cielo encapotado y la lluvia habían oscurecido la tarde, que avanzaba hacia un temprano anochecer. Schumpel regresó al *Noordendam*. Al verlo entrar en el puente, DeHaan advirtió que estaba exultante.

—Vamos a Alemania —anunció. DeHaan no mostró ninguna reacción, aunque le costó lo suyo—. A la base naval de Warnemünde. —«Al cielo, a oír cantar a un coro de ángeles»—. Resulta que el *Noordendam*... —Hizo una pausa para buscar la expresión adecuada—. Despierta interés —dijo al fin—. En ciertas personas. —DeHaan seguía sin responder, pero Schumpel no le quitaba ojo—. No le gusta, ¿verdad? Si tiene alguna idea sobre el motivo de ese interés y quiere decírmela, le concederé un favor.

«El bar de Algeciras, Hoek en su despacho, S. Kolb...».

—Lo ignoro —respondió DeHaan.

—Ese nivel de interés no es habitual.

—No puedo ayudarlo, alférez.

Schumpel estaba decepcionado.

—Muy bien. He ordenado que venga un timonel y que los maquinistas regresen a sus puestos. Su rumbo es sursuroeste, con la aguja en uno nueve cero. ¿Cuál es su velocidad máxima?

—Once nudos. Con buena mar.

—Hará diez. Mi barco nos escoltará.

DeHaan calculó rápidamente. La costa alemana del Báltico estaba a menos de cien millas: diez horas. En diez horas podían pasar muchas cosas. DeHaan consultó su reloj. Eran las cinco y diez.

El timonel apareció al cabo de unos minutos, cuando DeHaan estaba comunicando con la sala de máquinas.

—Hola, Scheldt.

—Capitán...

—Viraremos en redondo y luego tomaremos rumbo sursuroeste a uno nueve cero. —Fuera se oyó el motor del cabrestante y el ruido de la cadena, que empezaba a subir el ancla—. A Warnemünde, Scheldt.

—A la orden, capitán.

La vida en el puente de mando había vuelto a la normalidad: Scheldt le daba un cuarto de vuelta al timón de vez en cuando para mantener el rumbo, las máquinas zumbaban en las profundidades del *Noordendam*, DeHaan se fumaba un North State... «Ningún barco a la vista. Sin novedad a bordo». Schumpel se paseaba por el puente, se detenía un momento para asegurarse de

que la aguja marcaba lo que había ordenado y luego echaba un vistazo a la *M 56*, que lanzaba al cielo bocanadas de humo negro y avanzaba en posición de escolta a unos trescientos metros de la aleta de estribor. Apoyado contra el mamparo, el gorila de la metralleta se aburría y pensaba en las largas horas de viaje que tenía por delante.

Para DeHaan, el tiempo pasaba aún más despacio. Lo había hecho lo mejor que había sabido, pero el destino les había jugado una mala pasada; ahora, lo que había empezado en Tángers dos meses antes tocaba a su fin. Se lo decía una y otra vez, aunque sabía que eso significaba rendirse, abandonar, renunciar a la esperanza. Y luchaba contra ello: en su imaginación, la vigilancia costera de Falsterbo alertaba a la Armada Real británica, que justo en esos momentos tenía un submarino en aquella zona del Báltico. «Una tormenta repentina, la explosión de una caldera...». O Ratter y los demás oficiales retenidos en el comedor reducían a sus guardianes y recuperaban el barco con las armas ocultas. Esta última posibilidad no era del todo inverosímil, aunque, de hacerse realidad, el cañón de 105 milímetros de la patrullera no tardaría en hacerlos volar por los aires. Pero al menos sería un final digno, mucho mejor que el que les aguardaba en Alemania: los interrogatorios y la ejecución.

Así que la mente de DeHaan iba de un extremo a otro, de la esperanza a la desesperación, y vuelta a empezar. En realidad, no servía de nada, aunque de vez en cuando conseguía dejar de pensar en Maria Bromen y olvidar la amarga verdad de su situación: no sólo la había amado y la había perdido, sino que no podía salvarla.

20:35 horas. En alta mar.

—¿De dónde es usted, capitán? —le preguntó Schumpel.

—De Rotterdam.

—¡Ah! No lo conozco.

—Es la típica ciudad portuaria, parecida a tantas otras.

—Como Hamburgo.

—Sí, o El Havre.

—Puede que lo lleven a Rostock, donde está la administración central.

—Sí, en el estuario del Warnow, cerca de Warnemünde. He atracado allí alguna vez.

—Sospecho que esta vez no irá en barco, sino en automóvil.

—Quizá.

—Puede estar seguro.

Schumpel se quedó callado y siguió dando vueltas y consultando el reloj, mientras en el puente la vida retomaba su curso habitual: el resplandor verde de la luz de la bitácora, el timonel ante la rueda, el camarero con el café...

Pero no con el servicio de diario. Ahora que tenían invitados, Cornelius había traído una cafetera llena, pero, fiel a sí mismo, había olvidado la tapa, así que el café humeaba en el aire húmedo del puente. Pero al menos estaba caliente, para variar. Y el chico no estaba solo: lo acompañaba Xanos, el polizón griego de Creta. El pobre llevaba una mugrienta chaqueta de camarero y sostenía una bandeja con tazas y platillos, pero estaba tan nervioso con su nuevo trabajo que las manos le temblaban y hacían entrechocar las piezas de porcelana.

Schumpel estaba encantado.

—¡Vaya! Veo que son más civilizados de lo que pensaba...

—¿Café, señor? —le preguntó Xanos, que había aprendido las palabras alemanas para tan importante ocasión.

—Sí, gracias, tomaré una taza.

Xanos le presentó la bandeja y Schumpel cogió un platillo con una taza, que Cornelius le llenó de café. Un penetrante y delicioso aroma inundó el puente.

—¿Me acompaña? —preguntó Schumpel volviéndose hacia DeHaan.

DeHaan respondió que sí, pero, de pronto, los nervios pudieron más que Xanos, la bandeja se le escapó de las manos y las tazas aterrizaron estrepitosamente en el suelo. Schumpel se llevó un susto, al parecer enorme, porque soltó un «¡Arggg!» y, como si le hubieran dado un golpe en la espalda, lanzó el platillo y la taza al aire y se echó el café encima de la immaculada camisa. Pero la camisa no debía de preocuparle demasiado, porque volvió la cabeza y, al ver a Xanos, que acababa de apartarse de un salto, ahogó un grito, apretó los dientes y volvió la cabeza hacia el otro lado con los ojos desorbitados por el pánico. Xanos saltó sobre él e hizo algo con la mano. El alemán soltó un gemido, hincó las rodillas en el suelo, se inclinó lentamente hacia delante y golpeó la mesa con la frente, produciendo un ruido sordo.

En el otro extremo del puente, el gorila soltó un alarido. DeHaan se volvió hacia él. Tenía la cara humeando y se tapaba los ojos con la mano libre sin dejar de chillar, mientras Cornelius lo miraba boquiabierto, con la cafetera vacía colgando de una mano. De pronto, la metralleta giró hacia él, y el chico dejó caer la cafetera, se agarró al cañón con ambas manos y empezó a

bambolearse de derecha a izquierda, zarandeado por el gorila. Antes de que DeHaan y Scheldt acudieran en su ayuda, Cornelius había dado dos vueltas alrededor del alemán. DeHaan echó el puño atrás, pero Scheldt lo apartó de un empujón y propinó al gorila tres o cuatro puñetazos seguidos, que resonaron en los huesos de su cara. El último surtió efecto y, mientras Cornelius se caía de espaldas agarrado a la metralleta, el gorila murmuró: «Basta» y se sentó en el suelo.

—Perdone, capitán —dijo Scheldt, sacudiendo la mano con gesto de dolor.

—Coge el timón —respondió DeHaan. Si cambiaban de rumbo, el capitán de la *M 56* comprendería que había ocurrido algo. DeHaan se acercó a Schumpel, que seguía arrodillado con la frente apoyada en la mesa y el mango de un cuchillo asomando entre los omóplatos. ¿Un cuchillo de cocina? No, el mango estaba envuelto con cinta aislante: un arma rudimentaria—. Gracias, Xanos —dijo DeHaan volviéndose hacia el griego—. Y a ti también, Cornelius.

—Ha sido idea del señor Kolb —le explicó el chico—. Nos ha dibujado lo que teníamos que hacer en una hoja de papel, tal como usted le dijo que hiciera.

—¿Dónde está?

—En la cocina. Pelando patatas. Desde hace horas, capitán. No se cuántos kilos llevará pelados.

—¿Y los otros alemanes, Cornelius? ¿Sabes dónde están?

El chico puso cara de concentración y se pasó la lengua por los labios.

—El señor Kolb ha dicho que, si el plan funcionaba, le dijéramos que hay uno en la sala de radio. —Cornelius hizo una pausa para pensar y añadió—: Un encargado de señales, ha dicho. Y sé que hay otros dos en el dormitorio de la tripulación.

«Y otro en el comedor de oficiales, y al menos dos en la sala de máquinas». DeHaan se volvió hacia popa. En la oscuridad, las luces de la *M 56* subían y bajaban al ritmo del oleaje, manteniendo la posición a unos trescientos metros de su aleta de estribor. DeHaan se arrodilló junto al cuerpo de Schumpel y cogió su pistola, una pesada automática de cañón corto. Xanos dijo una frase en griego y señaló hacia la puerta: el gorila intentaba arrastrarse fuera del puente. DeHaan y Cornelius saltaron sobre él y lo agarraron; luego, Cornelius cogió un trozo de cuerda del soporte de las banderas de señales y DeHaan le ató las manos y los pies, y lo amordazó con una bandera.

—Si te mueves, te arrojamos por la borda, ¿entendido?

—Mmm —respondió el gorila a través de la tela.

DeHaan se metió la pistola de Schumpel en un bolsillo y le tendió la metralleta a Scheldt, que la dejó en el suelo, junto al timón. A DeHaan le habría gustado liberar a los prisioneros del comedor de oficiales, pero era demasiado arriesgado. Por el momento, no había habido disparos, así que el alemán de la cabina de radio ignoraba lo ocurrido. El siguiente problema era la comunicación entre el *Noordendam* y la *M 56*, con la que tendrían que enfrentarse en su momento, utilizando la fuerza o algún subterfugio. ¿Abordarla? ¿Embestirla? «Ya veremos», se dijo DeHaan.

—Mantén el rumbo uno nueve cero —le ordenó a Scheldt—. Voy a dejaros a Xanos y a ti a cargo del prisionero y del puente. Si viene algún alemán, podéis usar el arma. Así que más vale que le echéis un vistazo.

DeHaan indicó a Cornelius que lo siguiera y salió del puente por el ala de babor, el costado oculto a la vista de la *M 56*. Los dos hombres se deslizaron sigilosamente por cubierta hasta la puerta de la sala de radio. Estaba cerrada. ¿Por dentro? No lo sabrían hasta que intentaran abrirla. Pero, si tenía que disparar al alemán que estaba dentro, se dijo DeHaan, pondría en guardia al de la sala de oficiales. Se sacó la pistola del bolsillo y la examinó. El cañón tenía grabada una inscripción: J. P. sauer & sohn, suhl. cal. 7,65. El seguro se accionaba moviendo una palanca con el pulgar. DeHaan la levantó para quitarlo, pero vio que detrás del gatillo había otro dispositivo. ¿Cómo funcionaba? Ni idea; aquella pistola era diferente a su Browning. Pero cabía suponer que, una vez quitado el seguro, el arma dispararía cuando apretara el gatillo. DeHaan sacó el cargador, contó ocho balas y volvió a colocarlo.

—Quédate detrás de mí —le dijo a Cornelius.

DeHaan se acercó a la puerta, pegó el oído a la hoja y escuchó. Silencio. Cogió la manilla con dos dedos y levantó la pistola con la otra mano. Lentamente, empujó la manilla hacia abajo. Cedía. DeHaan respiró hondo, empujó la maneta hasta el tope, abrió la puerta y apuntó al interior.

El alemán estaba repantigado en la silla con ruedas del señor Alí, con los pies apoyados en la mesa de trabajo, las manos detrás de la cabeza y los ojos clavados en el techo. Si se había quedado traspuesto, ahora estaba totalmente despierto. Miraba la automática que le apuntaba al pecho con los ojos muy abiertos. Cuando intentó sentarse derecho, la silla se inclinó peligrosamente hacia atrás, pero volvió a apoyar las patas en el suelo en cuanto el alemán bajó los pies de la mesa.

—Me rindo. ¿Lo comprende? —preguntó levantando las manos—. Me rindo —repitió agitándolas en el aire para que DeHaan pudiera verlas.

—¿Ha llamado a su barco?

—No. Sólo estaba aquí sentado. Por favor...

—¿Le han llamado ellos?

—Hace una hora. He contestado, para que supieran que los recibía, y eso ha sido todo.

—¿Cuál es su señal de llamada?

—Siete ocho cero, cinco cinco seis. En seis coma nueve megahercios.

DeHaan lo observó con atención. Un chaval de veintipocos que, atrapado en la guerra, se había alistado en la Armada y luego había tenido la suerte o la habilidad de acabar patrullando la costa danesa a bordo de la *M 56*, el azote de los arenqueros.

DeHaan examinó la radio y, al no ver nada de particular, regresó al puente de mando escoltando al marinero alemán.

—Así que ya tenemos a dos... —dijo Scheldt al verlos entrar—. Bueno, a tres —se corrigió tras echar un vistazo al cuerpo de Schumpel.

DeHaan ordenó al marinero que se sentara al lado del gorila y lo ató de pies y manos.

—Voy a ir al comedor de oficiales —le dijo a Scheldt.

—Déjeme acompañarlo, capitán. Con la metralleta.

DeHaan se lo pensó.

—No —dijo al cabo de unos instantes—. Me llevaré a Cornelius.

El comedor de oficiales estaba en la cubierta principal, un nivel por debajo del puente, al fondo del pasillo en el que se encontraban la cámara de mapas y los camarotes de los oficiales. DeHaan se detuvo en la cubierta, ante la pesada puerta del pasillo.

—Cornelius, quiero que vayas al comedor, eches un vistazo y me digas qué está pasando y dónde está el alemán.

—A la orden, capitán —respondió el chico, todavía nervioso tras la toma del puente, pero lleno de buena voluntad.

—Puedes hacerlo —le aseguró DeHaan—. Es muy sencillo. Basta con que hagas lo de siempre, no hace falta que seas sigiloso ni astuto. Te acercas por el pasillo y dices que te manda el alférez Schumpel.

—¿Para qué me manda, capitán?

—Eres el camarero, ¿no? Para llevarles algo de comer. Hace horas que no prueban bocado, así que vas a... a contar cuántos son, para que el cocinero les prepare sándwiches y café.

Cornelius asintió.

—Sándwiches.

—Y café. No tengas miedo.

—A la orden, capitán.

Cuando Cornelius empuñó la manilla de la puerta, DeHaan comprendió que el alemán podía no tragarse el cuento; necesitaba comprobar lo que estaba ocurriendo en el comedor por sí mismo. Su primera intención había sido esperar a Cornelius ante la puerta, pero era evidente que tenía que entrar.

—Yo estaré en el pasillo —le dijo a Cornelius.

El chico abrió la puerta y entró. DeHaan lo siguió y cerró de un portazo, mientras Cornelius avanzaba por el pasillo pisando con fuerza para hacer ruido. Cuando estaba a medio camino, a punto de doblar la esquina del tramo que llevaba al comedor de oficiales, una voz preguntó en alemán:

—¿Quién anda ahí?

—¡El camarero!

DeHaan hincó una rodilla en el suelo para ofrecer un blanco menor y se agarró la muñeca de la mano derecha con la izquierda para inmovilizar la pistola. Si el alemán asomaba la cabeza por la esquina...

Cornelius torció a la derecha y desapareció. DeHaan oyó voces procedentes del comedor, pero no pudo entender lo que decían. Miró su reloj: las nueve menos diez. La radio llevaba quince minutos abandonada. Otra vez las voces. ¿De qué hablaban tanto? «¡Vamos, Cornelius! Cuenta las cabezas y lárgate».

Por fin, pasos. Y una voz, justo a la vuelta de la esquina. El alemán no quería perder de vista a los prisioneros.

—¡Eh, chico!

—¿Sí? —respondió Cornelius con voz temblorosa.

—A mí tráeme dos.

—Sí, señor.

—Y espabila.

Obediente, Cornelius se lanzó al trote por el pasillo. DeHaan lo siguió hasta la cubierta y volvió a dar un sonoro portazo.

—¿Y bien? —le preguntó al chico.

—Los tiene tumbados boca abajo, con las manos detrás de la cabeza.

—¿Sólo hay un alemán?

—Sí.

«Pocos». DeHaan comprendió que Schumpel había cometido un error: un grupo de abordaje no era suficiente para custodiar un barco.

—¿Qué pinta tiene?

—De marinero, capitán. Con un bigote como el de Hitler. No ha dejado de apuntarme con el fusil en ningún momento.

—¿De qué hablabais tanto?

—Me ha preguntado si había hablado con alguien del barco.

—¿Y qué le has contestado?

—Que sólo con el oficial alemán.

—¿Te ha creído?

—Se me ha quedado mirando. De un modo que daba miedo, capitán.

DeHaan no se atrevía a mandar a Cornelius a la cocina. Necesitaba a alguien para que se hiciera cargo de la radio, y la ronda del camarero nunca duraba menos de media hora. Así que esperó, de pie bajo la fina lluvia, con Cornelius junto a él. Las ocho cincuenta y cinco, las ocho cincuenta y ocho...

—Vamos a volver a entrar —dijo comprobando la automática una vez más.

—¿Para preguntar otra vez?

—No —respondió DeHaan—. Tú sólo di quién eres, sigue avanzando por el pasillo y, cuando estés cerca de la puerta, echa a correr. A toda prisa. ¿Entendido?

—Sí, capitán. ¿Va a matarlo?

—Sí.

DeHaan abrió la puerta y siguió a Cornelius por el pasillo, un territorio familiar —la cámara de mapas, su camarote, el de Ratter...—, convertido de pronto en un lugar extraño y lleno de amenazas.

—Llámalo —le susurró DeHaan a Cornelius.

—¡Hola! ¡Soy el camarero!

—Y ahora, ¿qué quieres?

—¡El camarero!

Llegaron a la esquina. Cornelius dudó. DeHaan dejó que el alemán echara un vistazo y luego empujó con fuerza a Cornelius, que pasó dando trompicones por delante del comedor. En dos zancadas, DeHaan se situó ante la puerta, localizó al alemán, lo encañonó y apretó el gatillo. Era un gatillo de doble acción, así que la bala no salió de inmediato, y en esa décima de segundo DeHaan comprendió que el marinero no era el monstruo que había descrito Cornelius. Sí, tenía un bigote como el de Hitler, pero eso era todo. Alto, delgado y nervioso, estaba sentado en el suelo con el fusil sobre las

piernas. Cuando vio lo que se disponía a hacer DeHaan, abrió la boca de par en par. La automática escupió fuego, y el alemán ahogó un grito y, con el rostro cubierto de sangre, lanzó el rifle por los aires.

A continuación, se produjo una enorme confusión. Los oficiales se levantaron de un salto, Kees se abalanzó sobre el fusil y Poulsen y Ratter agarraron al alemán, más porque los había mantenido prisioneros que por otra cosa, puesto que ya no representaba ninguna amenaza. Tan sólo jadeaba ruidosamente con los ojos cerrados. Agonizando, pensó DeHaan. Se equivocaba: le había apuntado al corazón, pero sólo había conseguido arrancarle un trozo de la oreja izquierda.

21:40 horas. En alta mar.

Ahora controlaban el puente y la cubierta superior del barco. Estaban a cinco horas y media de Warnemünde, con la sala de máquinas y el dormitorio de la tripulación todavía en manos de los otros cuatro marineros de la *M 56*. En el comedor de oficiales, DeHaan sólo pudo hablar unos instantes con Maria, que daba patadas contra el suelo y se frotaba las piernas para recuperar la buena circulación de la sangre.

—¿Controláis el barco? —le preguntó ella.

—Una parte.

—¿Qué vais a hacer ahora?

—Apoderarnos del resto y luego librarnos de la patrullera. Es muy probable que nos disparen, así que quiero que te quedes en mi camarote y estés lista para ir a los botes salvavidas. Al primer disparo, ve allí y espera.

—¿Ése es el plan?

—Es una posibilidad. En la oscuridad, alguno de los botes podría escabullirse y llegar a Suecia.

—Es mejor que ir al matadero —convino Maria.

Mientras tanto, Shtern había arrancado un jirón de la chaqueta del marinero y le había vendado la oreja. DeHaan le dijo que se quedara en el comedor con Poulsen y se llevó al alemán al puente. Tras ponerlo a buen recaudo, le dio la automática al señor Alí y le dijo que se fuera a la cabina de radio con el encargado de señales alemán.

—Que se ocupe de la comunicación con la patrullera —le dijo DeHaan al radiotelegrafista—. Si nos traiciona, dispárele.

—¿Y cómo voy a saber si nos traiciona?

—Porque oírás disparos de cañón.

DeHaan tradujo al alemán para el marinero, y el señor Alí se lo llevó a la cabina de radio. Aún quedaba algo por hacer: DeHaan y Ratter envolvieron el cadáver de Schumpel con una lona, la mortaja tradicional del mar, ataron los extremos con unos cabos y arrastraron el fardo hasta el costado de babor. Por un momento, consideraron la posibilidad de arrojarlo por la borda inmediatamente, pero los pesos de hierro que se usaban en esas ocasiones estaban en la sala de máquinas, y no podían arriesgarse a que los vigías de la *M 56* vieran el cadáver flotando en el agua. Tras enviar a Xanos y Cornelius al comedor de oficiales para que se unieran a la fuerza de reserva, DeHaan, Ratter y Kees se quedaron solos en el puente.

—Ahora, la sala de máquinas —dijo DeHaan—. Y, luego, el dormitorio de la tripulación.

—Tu pistola y el rifle están escondidos en un conducto de ventilación —dijo Ratter—. Con los planos de los campos de minas. Cuando los traiga, tendremos una pistola, dos rifles y la metralleta. ¿Iba armado el encargado de señales?

—No.

—Bien, más vale que nos movamos. He sido su prisionero toda una tarde y con eso tengo bastante.

Ratter se marchó y DeHaan se volvió hacia Kees.

—¿Qué hacemos con la patrullera? —le preguntó—. ¿Abordarla? ¿Embestirla?

—No conseguiríamos embestirla, es demasiado ágil. Cuando quisiéramos darnos cuenta, nos habrían alcanzado con el cañón una docena de veces, y tendríamos a los cazas aquí en veinte minutos. En cuanto a abordarla, no sé cómo íbamos a acercarnos lo suficiente con la lancha. Tienen un reflector, y ametralladoras. Sería suicida, DeHaan.

Diez minutos después, Ratter volvió con todo el arsenal del barco. Kees cogió el rifle Enfield, Ratter la metralleta, y DeHaan su Browning automática.

—Le daremos a Poulsen el fusil del alemán —propuso Ratter.

—¿Alguna idea? —le preguntó DeHaan señalando hacia popa con el pulgar.

—Los llamamos por la radio, les decimos que gracias por todo y nos largamos.

—Les decimos que tenemos a Schumpel y sus hombres y que nos los cargaremos si nos disparan —propuso Kees.

DeHaan sonrió. Sin comentarios.

—Dejaremos eso para más tarde —respondió—. Ahora, a la sala de máquinas.

—¿Por qué no llamamos antes? —preguntó Ratter—. Veamos cómo está la situación.

Puede que no friera tan mala idea, pensó DeHaan. Cogió el tubo acústico y sopló. Al ver que nadie respondía, utilizó el silbato.

—¿Sí? —respondió una voz vacilante—. ¿Quién es?

—DeHaan, el capitán. Tengo la sensación de que perdemos velocidad... ¿Va todo bien ahí abajo?

Una pausa de diez segundos. Luego:

—Todo bien.

—¿Y el motor? ¿Funciona como es debido?

—Sí.

—¿Seguro?

—Sí, conozco estos motores.

DeHaan colgó el tubo del gancho.

—Conoce esos motores.

—No es muy diferente del que lleva la patrullera —dijo Kees.

DeHaan levantó la Browning, la observó unos instantes y tiró del cerrojo.

—Vamos allá, señores.

Cuando llegaron al comedor, los ojos de Cornelius los miraron con un destello de admiración: sus oficiales, armados y dispuestos para la lucha... Ratter le alargó a Poulsen el fusil alemán.

—¿Has usado algo así?

—No. Cuando era niño, les disparábamos a los conejos, pero con una escopeta de nada. —El danés sopesó el arma y añadió—: Es de cerrojo manual, como los de la otra guerra. Parece bastante simple.

Shtern se puso en pie, decidido a unirse a ellos. DeHaan agradeció el gesto, pero negó con la cabeza.

—Creo que es mejor que se quede aquí.

—No, iré con ustedes.

—Lo siento, pero no podemos permitirnos que le disparen. Puede que más adelante tengamos heridos.

—Puede que los tengamos ahora.

—Deja que nos acompañe, Eric —terció Ratter.

A continuación, se levantó Cornelius, y enseguida Xanos. DeHaan les indicó que volvieran a sentarse.

—Vosotros ya habéis hecho vuestra parte —les dijo.

En fila india, con DeHaan en cabeza y Shtern en cola, avanzaron con cautela por la resbaladiza cubierta, arrimados al mamparo exterior, abrieron la escotilla principal y bajaron a las dependencias de la tripulación. La cubierta inferior, desierta y silenciosa, tenía un aspecto fantasmal; al parecer, los marineros estaban encerrados en su dormitorio. La siguiente escotilla los condujo a otra escalerilla, más empinada que la anterior, y luego a una pesada puerta corrediza. Al otro lado había una pasarela metálica que recorría el perímetro de la sala de máquinas, a siete metros de altura. El ruido del motor había ido aumentando a medida que descendían hasta convertirse, al otro lado de la puerta corrediza, en un enorme zumbido que ahogaba el constante rumor de las calderas.

DeHaan hizo señas a los demás para que se acercaran, pero aun así tuvo que alzar la voz.

—Tú abrirás la puerta —le dijo a Kees—. Pero lo justo —añadió, y se volvió hacia Ratter y Poulsen—. Vosotros quedaos detrás de mí. Si oís disparos, entrad y responded al fuego. Pero cuidado con las calderas. —Todos sabían lo que el vapor hirviente podía hacer a quien estuviera cerca. DeHaan los miró uno por uno y preguntó—: ¿Listos?

Ratter colocó la mano paralela al suelo y la hizo ondular.

—Tienes razón —dijo DeHaan. Arrastrándose ofrecería un blanco menor.

Kees se colgó el Enfield al hombro, agarró el asa de acero con fuerza y tiró de la puerta. DeHaan se agachó, respiró hondo, fue a la pasarela y empezó a arrastrarse hacia un punto desde el que pudiera ver la sala de máquinas, pero no le dio tiempo, porque, en el instante en que su cuerpo quedó a la vista, algo golpeó el borde de la pasarela a unos centímetros de su cara y silbó sobre su cabeza. DeHaan se arrojó hacia la puerta y cayó sobre Ratter, al tiempo que una bala agujereaba la zona de la pasarela en la que se encontraba un segundo antes.

—¡Dame ese maldito trasto! —dijo DeHaan levantándose de un salto y quitándole la metralleta a Ratter.

En ese momento, la voz de Kovacz resonó en la sala de máquinas:

—¡Maldito pedazo de idiota! ¡Acabas de matar al puto capitán!

Cuando DeHaan y los demás bajaron la escalerilla de la sala de máquinas, Kovacz los estaba esperando en el último peldaño, con la camisa y los pantalones negros de grasa, pero muy aliviado.

—¿Dónde has estado? —le preguntó DeHaan.

Kovacz indicó con la cabeza la zona de detrás de las calderas, que, oscura y llena de tuberías y maquinaria roñosa, había quedado en desuso tras una de las remodelaciones del barco.

—Ahí dentro —dijo—. Un buen rato. Pero me he cansado de esperar, así que...

Miró a sus hombres, dos engrasadores y un fogonero, que se habían acercado al grupo, y se encogió de hombros: «Hemos hecho lo que hemos hecho».

DeHaan miró a su alrededor y vio a qué se refería. Uno de los marineros alemanes estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en un pilar y los pies y las manos atados con alambre, y el otro yacía junto a él, con la cabeza en un ángulo extraño.

—Échele un vistazo, si quiere —le dijo Kovacz a Shtern, que se agachó junto al alemán y le buscó el pulso en el cuello—. Me ha oído cuando salía de ahí atrás —explicó Kovacz—. Y Boda le ha atizado.

—No hace falta que lo jure —respondió Shtern retirando la mano y mirando al alemán, que tenía la gorra incrustada en el cráneo—. ¿Con qué?

Boda, un fornido fogonero que llevaba una camisa de flores, dio un paso al frente, se metió la mano en el bolsillo y sacó un calcetín, en el que se distinguían los bultos redondeados de unas bolas de rodamiento.

—El otro se ha escondido detrás del banco de trabajo. Tenía un fusil, pero lo hemos convencido para que se rindiera. Es serbio. Un *Volksdeutsch*. Pero no está dispuesto a morir por Alemania.

—¿Ha sido él quien me ha contestado por el tubo? —le preguntó DeHaan. Kovacz asintió.

—Lo he obligado yo. Cuando ha sonado el timbre, creía que todavía controlaban el puente.

—¿Y quién me ha disparado?

—He ido a abrir una válvula y le he dado el fusil a Flores —explicó Kovacz.

Flores miró a DeHaan con una sonrisa vacilante, mitad de disculpa, mitad de orgullo. Era uno de los republicanos españoles que se habían enrolado con Amado.

—¿Luchaste en la guerra, Flores?

Flores levantó tres dedos.

—Tres años, señor. En el Ebro y en Madrid.

Un tirador de élite a bordo... Había apuntado y disparado en un abrir y cerrar de ojos, y no le había dado de milagro.

—¿Cómo habéis conseguido liberaros, ahí arriba? —le preguntó Kovacz a DeHaan.

DeHaan le contó lo ocurrido.

—Todo ha sido idea de Kolb —añadió—. También hemos tomado la sala de radio, así que sólo quedan dos alemanes, vigilando a la tripulación.

—Esos pueden esperar. Primero, la patrullera —dijo Kovacz consultando su reloj tras quitarle la grasa con el pulgar. Cada pocos minutos estaban una milla más cerca de Alemania.

—¿Tú qué harías, Stas?

—Mientras estaba ahí atrás no he pensado en otra cosa. Y he llegado a la conclusión de que tal vez podamos huir. A la chita callando. El serbio trabajaba en una tienda, pero asegura que la patrullera no hace más de diez nudos, y yo también lo creo. Por supuesto, si condenamos la válvula de seguridad y conseguimos hacer trece nudos, tal vez más, se darán cuenta y nos echarán a pique. Pero no de inmediato, porque tienen hombres a bordo; antes utilizarán la radio, el megáfono, las banderas de señales... Tardarán en reaccionar, tal vez demasiado, por el tiempo, la falta de visibilidad... y porque tenemos un truco.

—¿Cuál?

—El humo.

«Claro».

—¿Te refieres a cerrar las aletas de ventilación de los hornos?

—Se formará una buena humareda. Una nube espesa y negra.

El humo había sido una táctica naval muy efectiva durante la guerra del catorce. Un destructor con un generador de humo podía crear una humareda de kilómetros de extensión y utilizarla como la infantería utilizaba un muro: saliendo de detrás para disparar y volviendo a ocultarse.

Kovacz se sacó un trapo de un bolsillo y empezó a limpiarse las manos.

—Ahora, echemos un vistazo a los mapas —dijo.

22:35 horas. En alta mar.

Llevaron a los tres marineros alemanes al comedor de oficiales y dejaron a Poulsen vigilándolos, mientras el especialista en señales permanecía en la

sala de radio con el señor Alí. Tras hacer un alto en la cámara de mapas, DeHaan regresó al puente con Kees, Ratter y Kovacz. Scheldt seguía al timón, manteniendo el rumbo uno nueve cero.

DeHaan extendió el mapa del Báltico sobre la bitácora y usó un lápiz como puntero.

—Debemos de estar por aquí —dijo—. Al sudoeste de la isla danesa de Bornholm, controlada por los alemanes. ¿Johannes?

—Cerca. Es lo que indica la corredera, y estamos a unas cinco horas de nuestra última posición.

—No hay estrellas para poder comprobarlo.

—Ni luna, Eric. Ahí afuera está tan oscuro como la boca de un lobo.

—Esperarán que huyamos hacia el norte —dijo DeHaan—. A Suecia. No podemos ir hacia el oeste, a Dinamarca, ni hacia el sur, a Alemania. Así que tendremos que dirigirnos hacia el este. A Lituania. —DeHaan extendió el pulgar y el índice y midió la distancia hasta la costa oriental—. Yo diría que son unas doscientas cuarenta millas.

—Diecisiete horas con la válvula de seguridad condenada... —murmuró Kovacz.

—Haremos explotar las calderas —vaticinó Kees.

—Puede que no —respondió Kovacz—. Pero no podemos ir a Lituania. ¿Veis esto? Es la base naval alemana, y los campos de minas, de Klaipeda, o Memel, o como quieran llamarla ahora. Tendremos que ir más al norte.

—Líepaia.

—Sí, el primer puerto de Letonia.

—Territorio soviético —dijo Ratter—. ¿No nos entregarán a los alemanes?

—No de inmediato. Nos encerrarán, nos harán preguntas, llamarán a Moscú... Ya sabéis, los rusos se toman su tiempo.

Ratter levantó la vista del mapa y cruzó una mirada con DeHaan.

—¿Y los pasajeros?

—No les pasará nada —respondió DeHaan—. Además, no tenemos elección.

—Las patrullas aéreas pasan al amanecer, DeHaan —le recordó Kees—. Para entonces, estaremos por aquí.

Apenas a medio camino.

—Si nos encuentran, izaremos una bandera blanca.

Se quedaron esperando, por si alguien tenía una idea mejor, pero nadie habló.

—¿Y la tripulación? —preguntó al fin Ratter.

—Cuando la *M 56* nos dispare, porque nos disparará, daremos la orden de abandonar el barco con las campanas y las sirenas. Eso hará salir del dormitorio de la tripulación a los alemanes. Vosotros dos —dijo DeHaan mirando a Ratter y Kees— estaréis esperando en el pasillo con dos de los hombres de Stas y los reduciréis conforme salgan. Y, por el camino, les explicáis a Poulsen y el señor Alí lo que está pasando.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó Kees.

—Ahora mismo.

DeHaan dio tiempo a que Kovacz llegara a la sala de máquinas y cerrara las aletas de ventilación de los hornos; luego, salió al ala del puente y observó la chimenea, que lanzaba una columna de humo del habitual color blanco sucio. Soplaban un ligero viento del sudoeste, pero eso no importaría una vez viraran hacia el este. Mientras lo observaba, el humo adquirió un tono más oscuro, volvió a aclararse y, por fin, se volvió gris. DeHaan se acercó al mamparo de la cabina y miró a popa, hacia la *M 56*, que seguía en su sitio. Sus luces de posición brillaban nítidamente en la lluvia.

Cuando DeHaan volvió al puente y puso el telégrafo de la sala de máquinas en «Avante toda», Kovacz respondió de inmediato:

—Anulada la válvula de seguridad. Intentaremos conseguir catorce nudos.

DeHaan esperó, observando la *M 56* y mirando el reloj. Las diez cuarenta y ocho. Poco a poco, la vibración de las chapas de la cubierta aumentó bajo sus pies; podía sentir el motor trabajando, esforzándose, a medida que la presión de las calderas aumentaba y se aceleraba el movimiento de los pistones. Las once quince. ¿Estaba más lejos la *M 56*? ¿Eran más débiles las luces? Tal vez. No, lo eran.

De pronto, la voz del señor Alí sonó en el tubo acústico que comunicaba con la cabina de la radio:

—Un mensaje de la patrullera, capitán. Quieren saber si va todo bien.

—Que el especialista en señales contesté: «Sí».

El radiotelegrafista volvió a comunicar un minuto después:

—Ahora preguntan: «¿Han aumentado la velocidad?».

—Que responda: «No». Un momento, anule eso. Que les diga: «Voy a enterarme».

Once treinta y cinco.

—Preguntan: «¿Dónde están?».

—No responda, señor Alí. El especialista ha subido al puente.

Once cuarenta y cinco. DeHaan echó un vistazo a la *M 56*: ahora las luces eran muy débiles, puntos diminutos. La patrullera se había quedado atrás y el humo le entorpecía la visión.

—Quieren hablar con Schumpel —dijo el señor Alí por el tubo acústico—. Por la radio, inmediatamente.

—Dícales que Schumpel ha bajado a la sala de máquinas. Que hay algún problema.

El reflector de la *M 56* se encendió, empezó a sondar la humosa oscuridad y logró enfocar la aleta de estribor del *Noordendam*. El potente haz de luz iluminaba la humareda, una densa, negra y grasienta nube, que el viento empujaba hacia el este, mientras el olor a gasóleo quemado aumentaba en la cabina del puente. Kovacz llamó desde la sala de máquinas.

—El motor no da más, Eric.

—Los estamos dejando atrás —respondió DeHaan.

A popa, muy lejos, se oyó el megáfono de la patrullera:

—Alférez Schumpel, alférez Schumpel. Le habla el capitán Horst. Preséntese en la popa. De manera inmediata.

Por un instante, DeHaan pensó en hacerse pasar por Schumpel, pero optó por llamar a la cabina de radio.

—Dícales que se ha producido un incendio, señor Alí.

—¿Es verdad, capitán?

—No, sólo estamos soltando humo.

—Muy bien, voy a enviar el mensaje. —El radiotelegrafista volvió a llamar al cabo de un minuto—: Están contestando: «Paren máquinas». Lo repiten una y otra vez.

—Responda que recibido. Diga que tiene que subir al puente para comunicárselo al capitán.

—Han contestado: «Vaya inmediatamente» —dijo el radiotelegrafista a los treinta segundos.

DeHaan se volvió hacia popa. El *Noordendam* se distanciaba a ojos vistas; las luces de la patrullera desaparecieron y volvieron a aparecer al cabo de un instante. DeHaan consultó el reloj: casi medianoche. Cuando alzó los ojos, las luces habían desaparecido; sólo se veía el haz del reflector, que iluminaba el humo con una luz débil y gris. DeHaan llamó a la cabina de radio.

—Envíe esto: «El teniente Schumpel dice que recibido. Máquinas paradas. Llamará por radio en diez minutos». ¿Lo tiene?

—¡Lo tengo! —chilló el señor Alí con nerviosismo.

Pasaron quince minutos. Que acabaron con un fogonazo rojo en la *M 56*. Un proyectil pasó silbando sobre el *Noordendam* y levantó una columna de agua blanca delante de su proa.

—Scheldt —dijo DeHaan—. Vira a estenoreste, a cero cinco cero.

DeHaan se acercó al mamparo posterior de la cabina y accionó el interruptor que apagaba las luces de posición. De pronto, mientras Scheldt hacía girar el timón y la proa empezaba cambiar de dirección, se oyó un rumor sordo en el cielo. El ruido fue creciendo, pasó a gran altura sobre el *Noordendam* y se alejó hacia el noreste. Eran potentes motores de bombardero, docenas de bombarderos, no, más, muchos más, una oleada tras otra. «¿Qué demonios es eso?». No tenía sentido. «¿Volando hacia el noreste, hacia Rusia? ¿Por qué?».

DeHaan volvió a coger el tubo acústico.

—Díales que el barco está en llamas, que vamos a abandonarlo.

—¡Sí, capitán!

—Envíelo por segunda vez y que el especialista en señales se interrumpa a mitad del mensaje.

—Lo estamos enviando, capitán. Ahora están llamando por la radio. Gritando, capitán, y fuerte.

—Conteste: «Nos hundimos rápidamente. Despídanme de mi familia. *Heil Hitler*».

DeHaan consultó su reloj. El tiempo parecía haberse detenido. Otro fogonazo a popa; el proyectil desgarró el aire y se hundió en el agua a la altura del través de estribor.

—Scheldt, dé la orden de abandonar el barco con las campanas y la sirena. Yo cogeré el timón.

Ahora la aguja marcaba cero seis ocho, casi el nuevo rumbo. Cuando DeHaan asió las cabillas del timón, pudo sentir la vibración de los pistones en las manos.

El tercer fogonazo. El *Noordendam* se estremeció y cabeceó violentamente cuando el proyectil atravesó la popa.

Scheldt volvió a coger el timón y DeHaan salió al ala del puente y echó a correr hacia popa para examinar los daños. «Dios mío, que sea sobre la línea de flotación». De pronto, en algún lugar del barco, se oyeron disparos, una sucesión de detonaciones sordas bajo cubierta. DeHaan se detuvo en seco. Venían del pasillo de las dependencias de la tripulación. Se quedó

escuchando, pero sólo oyó el siguiente cañonazo de la *M 56*. El proyectil se hundió en el mar, en algún punto tras la humareda del costado de estribor, donde habrían estado de no haber cambiado el rumbo. A popa, muy lejos, sólo se veía el haz del reflector, que, cegado por el humo, barría el vacío desesperadamente.

DeHaan siguió corriendo y, al llegar a popa, se tumbó boca abajo y asomó el cuerpo fuera de la cubierta para examinar el casco. No muy lejos de la línea de flotación, vio un agujero de unos ocho metros de diámetro; el borde irregular todavía humeaba y el agua —el lastre de la bodega de popa— salía a chorros al ritmo de los cabeceos del barco. «Nada vital». La patrullera disparaba una y otra vez. DeHaan oía los cañonazos, pero ya no veía los destellos.

DeHaan se puso en pie y vio llegar a Ratter corriendo.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó DeHaan.

—Ya está. Pero no ha sido tan limpio como esperábamos. Kees ha recibido un disparo. En la pierna. No es demasiado grave, pero sí lo suficiente. Shtern está con él. Y a Amado le han dado en la garganta. Está muy mal.

—¿Vivirá?

Ratter negó con la cabeza.

—Shtern ha hecho todo lo que ha podido.

La *M 56* volvió a disparar, pero la detonación se oyó muy lejos. Ratter escrutó la oscuridad.

—Nos hemos librado de ellos —dijo—. Ahora tenemos hasta el amanecer.

Sobre sus cabezas, otra escuadrilla de bombarderos en dirección este.

2:30 horas. En alta mar.

Kovacz había abierto las aletas de los hornos, así que ya no había humo. Pero seguían navegando a toda máquina, avanzando a catorce nudos con rumbo estenoreste para evitar la base alemana de Memel y dirigirse al puerto de Liepaia. O Liepava, como se le llamaba en la marina mercante. A lo largo de los años, DeHaan lo había visitado en varias ocasiones; Letonia exportaba madera e importaba carbón, lo que implicaba utilizar cargueros irregulares. Para los alemanes era Libau. Habían dominado el país durante siglos, se llamaran a sí mismos Hermanos de la Espada —durante la Cruzada del Báltico—, Caballeros Teutónicos o Liga Hanseática. Luego, en 1918, llegó la

independencia, y cambió el nombre. Y más tarde, en 1940, cambió todo, y por supuesto el nombre: República Socialista Soviética de Letonia.

Rusia. Un país al que Maria Broman —y puede que alguien más a bordo, DeHaan no estaba seguro— mejor haría en evitar. Pero, después de todo, no había un solo puerto en el mundo en el que no estuvieran esperando a alguien para detenerlo. Y Maria no pondría pie en tierra con su propio nombre. De eso ya se había encargado DeHaan. Al volver al puente con Ratter, la había encontrado esperando junto a los botes salvavidas, como le había dicho. DeHaan le había dicho adonde se dirigían y le había pedido que volviera al camarote, donde más tarde podrían estudiar la situación; de momento, lo mejor que podía hacer era dormir. «¡Dios, ojalá pudiera hacerlo yo!». Pero tendría que esperar hasta las cuatro, cuando lo relevara Ratter. Bostezó, levantó los prismáticos y escrutó la oscuridad. Ahora tenía otro timonel; Scheldt había ido a descansar al dormitorio de la tripulación. «Pobre Amado». Al amanecer, lo enterrarían en el mar, con los dos alemanes. Si el *Noordendam* seguía a flote. A lo largo de su carrera, DeHaan había celebrado ocho funerales en el mar. El cuerpo, envuelto en una lona, se colocaba sobre unas tablas, que seis hombres levantaban a la altura de la borda y lanzaban al mar cuando al capitán decía: «Uno, dos, tres, en el nombre de Dios».

—¡Capitán DeHaan! ¡Capitán! —exclamó la voz del señor Alí en el tubo acústico de la cabina de radio.

—¿Sí?

—La BBC, capitán.

—¿Sí? ¿Quién habla, Roosevelt?

—Alemania ha invadido Rusia.

22 de junio, 4:10 horas. En alta mar.

En el camarote, la lámpara estaba encendida y Maria, sentada en la cama con la piernas cruzadas, sólo llevaba una camisa de algodón de DeHaan.

—Hecho —dijo la periodista. DeHaan siguió su mirada hasta la mesilla de noche y vio un montón de trocitos de papel carbonizados—. Es muy triste. Después de todo lo que hice.

—¿Y la fotografía?

—Sí, también, por el sello —respondió ella casi sonriendo—. Qué fotografía: esa mujer estaba loca y furiosa. Pero ahora ya le he dicho adiós —añadió al cabo de unos instantes—. Debería haber una ceremonia para cosas así.

—¿Para quemar un pasaporte?

—Sí. Puede que los judíos la tengan. —DeHaan se sentó junto a ella y posó una mano en su tobillo—. Ahora soy una apátrida —murmuró Maria.

—Necesitarás un nombre, una historia.

—El nombre será Natalia, creo. Natalia Pavlova, como la bailarina.

—¿Y nos conocimos en Tánger?

—Gracias a Dios. Mi marido me dejó. Un francés. Un inútil.

—Veo que ya tienes tu historia.

—¡Oh, sí, larga historia! Se me da muy bien, cariño.

7:15 horas. En alta mar.

Ningún avión de reconocimiento. Sólo una escuadrilla de bombarderos que regresaban de Rusia, alejándose del sol naciente. En cubierta, los hombres se protegían los ojos con la mano para verlos pasar. En cola de la formación, volando bajo, un aparato rezagado. De uno de sus motores salía un reguero de humo, mientras la hélice giraba perezosamente al viento.

¿Dónde estaban los aviones de reconocimiento? A mediodía todavía no habían aparecido. Puede que el capitán de la patrullera hubiera dicho que había hundido el *Noordendam*, para salvar el cuello, o puede que los aviones de reconocimiento tuvieran otras órdenes, ahora que había empezado la invasión. O quizá los estuvieran buscando en el norte. En el puente todo eran conjeturas, pero los aviones seguían sin aparecer. Puede que al final consiguieran llegar a Liepaia, se dijo DeHaan, así que era mejor empezar a hacer planes.

—Más vale que vayas a por los planos de los campos de minas y los quemes —le dijo a Ratter—. Y di a los oficiales que dentro de una hora nos reuniremos en el comedor.

Y allí se inventaron una historia, que luego fueron a contar a la tripulación.

—Puede que estemos mucho tiempo —les dijeron—. Así que cuidado con lo que decís.

17:40 horas. Frente a Liepaia.

Habían cruzado la línea de las patrulleras rusas, pero todavía estaban lejos cuando vieron Liepaia. No el puerto propiamente dicho, sino una columna de humo marrón que se alzaba a enorme altura, una columna bien alimentada,

espesa y tenaz. DeHaan habló por radio con la oficina del puerto, y un par de remolcadores de la Armada soviética salieron a buscarlos, los condujeron hasta la zona comercial del puerto y los dejaron ante un muelle de piedra en el que varios elevadores de grano se alineaban junto a una enorme fábrica de tractores. En el tejado de la fábrica, los soldados habían instalado dos ametralladoras antiaéreas, a cuyo alrededor estaban amontonando sacos de arena. Al pasar frente a la zona militar, vieron una pequeña parte de la flota soviética del Báltico: destructores, minadores, gabarras y un crucero ligero, con las máquinas en marcha.

—¿Has visto? —preguntó Ratter, que estaba en el puente con DeHaan—. Las torretas antiaéreas están orientadas hacia tierra.

Cuando bajaron la pasarela, el comité de recepción —¡Bienvenidos a Liepaia!— ya estaba esperándolos. Dos individuos vestidos con tiesos trajes rusos, con las camisas abotonadas hasta el cuello, y otros tres con uniforme de la marina. Todos muy eficientes: registraron las bodegas, echaron un vistazo al puente y la documentación del barco, pusieron a buen recaudo a los prisioneros alemanes y tomaron notas mientras DeHaan les contaba la historia de la captura y fuga del *Noordendam*.

—¡Bien hecho! —exclamó uno de los oficiales—. Ahora, vayamos a un sitio más tranquilo y charlemos un rato.

DeHaan lo siguió pasarela abajo y luego a lo largo del muelle, hasta un despacho del edificio del puerto, junto al que una bomba había abierto un cráter de diez metros. «¿Y los del traje?», se dijo DeHaan. Tampoco lo llevó a un sótano. En el despacho sólo había un sencillo escritorio, dos sillas y una fotografía enmarcada de Stalin, colgada de un clavo que había agrietado el yeso de la pared.

—Si lo desea, puede fumar —le dijo en alemán el oficial ruso, que se presentó como «*Kapitan Leutnant Shalakov*». Un capitán de corbeta. Un cuarentón de pelo ralo, nariz aplastada —rota hacía mucho tiempo— y ojos verdes y vivos. ¿Un judío ruso? Podría ser, se dijo DeHaan—. Pertenezco al estado mayor de la flota del Báltico —le explicó Shalakov.

Es decir, que era un colega de Leiden y Hallowes.

DeHaan aceptó su invitación a fumar.

—¿Quiere uno de éstos? —Shalakov miró la cajetilla, declinó el ofrecimiento cortésmente, encendió un cigarrillo de los suyos y tiró la cerilla

al suelo—. Yo también soy capitán de corbeta —dijo DeHaan. Shalakov no mostró la menor sorpresa—. De la Armada Real holandesa —añadió DeHaan.

—No lleva usted uniforme, capitán —respondió el ruso mirándolo divertido—. Y su barco tampoco. —Shalakov se levantó, se acercó a la ventana y miró hacia el puerto—. Ya hemos sufrido dos ataques aéreos. A primera hora de la mañana. Han bombardeado la base aérea y los depósitos de combustible del puerto.

—Hemos visto el humo.

—¿Cómo están de combustible?

—No demasiado mal.

—Me alegro, porque nosotros no podemos proporcionárselo.

—¿Es que nos vamos?

—Los héroes soviéticos se quedarán y lucharán contra los perros fascistas, por supuesto. Hasta el miércoles, tal como van las cosas; los alemanes tardarán unos cuatro días en entrar aquí. No podemos detenerlos; tenemos una división luchando contra el Grupo de Ejércitos Norte de Leeb, así que puede que usted y su tripulación tengan que participar en los combates, ya veremos. Pero, de momento, quizá pueda decirme qué hacían dando vueltas por el Báltico disfrazados de españoles.

—Un trabajo para la Armada Real británica.

—¡Nuestros valientes aliados! Siempre los hemos admirado... Sobre todo, desde anoche. ¿Le importaría decirme qué trabajo y dónde?

—Comprenderá usted, capitán, que no puedo.

Shalakov asintió: «Sí, lo comprendo».

—Es una actitud muy respetable —dijo—. Y, por el momento, le permitiremos darse ese lujo. Si hubiera llegado ayer, sería otra cosa. Pero ayer era ayer, y hoy es hoy. Hoy todo es diferente. Hoy son ustedes un valioso aliado, y un carguero más no nos vendrá nada mal.

—¿Adónde iremos?

—Tal vez a Riga, tal vez... Depende de lo de prisa que se mueva la Wehrmacht. Lo más probable es que las unidades de la flota báltica estacionadas en Liepaia se retiren a la base naval de Tallin, en Estonia. Tendremos que transportar equipo, personal, algunos civiles... Salvaremos todo lo que podamos, y ése será su trabajo.

—Podemos hacerlo —respondió DeHaan—. ¿Qué ocurrirá con mis hombres?

—Pueden seguir donde están. Tal vez interroguemos a sus pasajeros, pero, en cuanto a la tripulación, puede quedársela entera. Pero es mejor que

permanezcan en el barco. Esta mañana, las bandas letonas han vuelto a las andadas, han sacado los rifles de los comederos de las gallinas y están esperando a sus amigos alemanes. —Shalakov hizo una pausa antes de preguntarle—: ¿Qué eran, DeHaan? ¿Agentes? ¿En Dinamarca? Porque espero que no fuera en la neutral Suecia. Quizá dejaron agentes. Recogerlos no, desde luego.

—¿Por qué no?

—Admiro a la Armada Real británica y admiro el arrojo, como cualidad en las operaciones especiales. Y sé que los alemanes están haciéndoles la vida imposible a los mercantes ingleses. Pero no había la menor posibilidad de que su barco saliera del Báltico.

Los bombarderos volvieron al anochecer. En los altavoces instalados en las farolas, entre ruidos parásitos, una voz advirtió, primero en ruso —traducido por Kovacz— y luego en letón:

—¡Atención! ¡Atención! Atención, ciudadanos de Liepaia, estamos sufriendo un ataque aéreo. ¡Preparaos para tomar las armas y luchar contra los invasores!

DeHaan puso en alerta a las brigadas de incendios, ordenó desenrollar las mangueras y encargó a Van Dyck que comprobara las bombas. Luego, sonaron las sirenas, durante un buen rato, casi quince minutos, y por fin, al sur, se oyeron las primeras bombas, zambombazos huecos y apagados que avanzaban hacia el norte, acercándose a la ciudad. Cuando los antiaéreos empezaron a responder al fuego desde los barcos de la zona militar y los tejados de Liepaia, DeHaan se volvió hacia el muelle y miró al pie de la pasarela. Había permanecido vigilada desde que habían atracado, pero los dos soldados armados con fusiles habían desaparecido.

Mientras S. Kolb se alejaba apretando el paso por el muelle, una bomba incendiaria alcanzó una de las fachadas laterales de la fábrica de tractores, y una furiosa riada de fósforo verde se lanzó en su persecución. Kolb echó a correr, pero estaba claro que aquellos cabrones habían decidido amargarle la noche. Siguiendo la trayectoria de un bombardero, una ametralladora antiaérea disparó una larga ráfaga contra el pavimento del muelle, y Kolb se cubrió la cabeza con el maletín y puso pies en polvorosa.

No obstante, estaba contento y daba gracias a su buena estrella, que lo había sacado de aquel monstruo marino de hierro y librado de aquellos lacónicos holandeses. «Judías y pescado en conserva». Y el olor a gasóleo metiéndosele por la nariz mientras comía, dormía o leía el libro. ¿Lo llevaba? Sí, lo llevaba, llevaba la historia de Venecia —kilo y medio de dogos—, así que a arrimarse a alguna pared, no sea que lo agujereara algún trozo de metal al rojo caído del cielo. ¿Dónde demonios estaba? Los nombres de las calles estaban grabados en las esquinas de piedra de los edificios, así que allí lo tenía: «Vitolu iela». ¡Claro, la vieja Vitolu iela! ¡Con lo bien que se lo había pasado allí! ¿Había visto un plano de Liepaia alguna vez en su vida? No. ¿Y quién lo había visto? ¿A qué chiflado se le iba ocurrir visitar semejante agujero?

Oyó el silbido de la bomba, sintió que las piernas se le volvían de goma, agachó la cabeza entre los hombros y corrió a acurrucarse en el quicio de una puerta. Cuando el proyectil aterrizó, a unas pocas manzanas de distancia, se quedó sin respiración. «¡Ja, fallaste!». Empuñó el picaporte, pero la puerta estaba cerrada con llave. Una deslustrada placa de cobre informaba de que aquello era una escuela de arte, especializada en la ilustración ictiológica. «Así que ahí dentro se dedican a pintar peces...». Encima de la placa había una tarjeta clavada con una chincheta en la que alguien había escrito: «Cerrado».

No muy lejos, un edificio en llamas. El fuego arrojaba sobre la calle un intermitente resplandor anaranjado, en el que, por un instante, Kolb vio moverse una sombra. ¿Qué era eso? Un policía no, por favor. La sombra volvió a moverse: una mujer que salía del hueco de una puerta y se metía en el siguiente. Kolb avanzó dos puertas en su dirección y esperó. No tuvo que esperar mucho. Era gruesa, estaba jadeando y sostenía una enorme sopera tapada con una servilleta. ¿Sopa? ¡Claro que sopa, y qué sopa! «Crema de guisantes». No había nada en el mundo que oliera igual.

—Buenas noches, señora —le dijo Kolb en alemán.

La mujer emitió un sonido, un grito ahogado, y se llevó una mano al cuello.

Kolb se quitó el maletín de la cabeza y, en un momento de inspiración, se llevó la mano al sombrero.

La mujer volvió a posar la suya en la sopera.

—Señora, ¿podría decirme...? —Dos aviones pasaron rugiendo sobre sus cabezas, a unos cuarenta metros de las casas. Kolb no se oía ni los

pensamientos—. Señora —repitió alzando la voz, pero procurando darle un tono tranquilizador—, ¿podría decirme cómo se va a la estación de trenes?

—¿*Vuss*?

—Tranquila, preciosa, que conmigo estás a salvo.

La mujer lo miró y luego señaló con el dedo calle adelante.

—¿Trenes? —preguntó Kolb. La mujer asintió—. ¿A qué distancia?

—*Zwanzig minuten*.

Veinte minutos.

Kolb volvió a llevarse la mano al sombrero. «¿No tendrás una cuchara, por casualidad?».

—Buenas noches, señora —dijo, y echó a andar calle adelante.

Una estación de tren era una pésima elección durante un ataque aéreo, pero Kolb sólo necesitaba estar cerca, en un café o en la entrada de un edificio, porque los trenes no circularían hasta que los bombarderos se cansaran y se fueran por donde habían venido. No tenía documentación soviética, pero en aquel imperio el soborno estaba a la orden del día y, con Adolf aporreando las puertas de la ciudad, Kolb presentía que no tendría problemas.

Cercanías o expreso, esa noche cogería un tren. Un corto viaje al norte, a Riga, el París de los infiernos, y luego una visita al consulado británico. Donde preguntaría por el encargado del control de pasaportes, que casi siempre tenía algo que ver con los del espionaje, cuando no era él quien dirigía el cotarro. Y en el consulado también podían realizar transmisiones telegráficas seguras, o eso creían ellos. «Hola, Brown, majete, tengo aquí a uno de tus chicos, que por lo visto se dirigía a Malmö, pero se ha pasado un poco bastante de largo...».

Conque dame instrucciones, anda.

Y al puñetero Brown seguro que se le ocurría algo. Algo peligroso, por supuesto. Terriblemente difícil y deprimente.

A sus espaldas, en la calle que acababa de dejar, una explosión y, un segundo después, el derrumbe de una fachada que se desgajó de un edificio y se vino abajo en medio de una enorme nube de polvo. ¿No le habría caído encima a aquella buena mujer, verdad?

«Cabrones...».

23 de junio, 6:30 horas. Puerto de Liepaia.

DeHaan daba vueltas por el puente, impaciente por acabar la guardia. «Esto está demasiado al norte», se dijo. Cada corazón tenía su propia brújula, y la suya apuntaba mucho más al sur. Allí no era verano: el frío azul del cielo matutino sobre la ciudad y los marjales, los carrizos, las negras charcas y los bosques de abetos de los alrededores. Y la sombra de una oscuridad futura planeando sobre él. La sentía.

Poco a poco, el *Noordendam* volvió a la vida. Kees, renqueando con la ayuda de un bastón, se dirigió a popa con Van Dyck y una brigada de hombres para tapan el boquete del casco con un trozo de hojalata cortado a medida y soldado sobre el agujero. Tendría un aspecto horrible, pero impediría la entrada del agua. A las ocho, mientras tomaban café en el comedor de oficiales, DeHaan se extrañó de la ausencia de Kolb, y Shtern dijo que se había marchado durante el ataque aéreo.

—¿Y adonde demonios pensaba ir? —preguntó Kees.

Shtern no tenía la menor idea.

—De vuelta al trabajo —dijo Kovacz.

—¿Qué pasará ahora con nosotros? —quiso saber el señor Alí.

—Primero nos marcharemos de aquí —respondió DeHaan—. Y luego pasaremos a engrosar la flota mercante soviética.

En los años que llevaba en el mar, habían sido muchos los silencios que se habían apoderado del comedor de oficiales, pero aquél tenía un espesor muy particular. Desde luego, en su fuero interno, todos preveían algo así. No obstante, ahora había quedado dicho, y eso lo hacía mucho peor. Porque todos esperaban que a alguien se le ocurriera algo, como pasaba siempre. Pero esa vez no fue así.

—Puede que nos manden a Inglaterra —dijo al fin Kees.

—¿Con qué? —preguntó Kovacz.

—Grano, ganado...

—No tienen para comer ellos —terció Maria Bromen—... ¿cómo van a alimentar a los ingleses?

—Además, es imposible —dijo Ratter—. Podemos ir al norte, a Estonia y luego a Kronstadt, la base naval de Leningrado, pero nada más. Ahora los alemanes sembrarán de minas todo el Báltico, si es que no lo han hecho ya.

—Ellos aseguran que sí —dijo el señor Alí—. En la radio, sin codificar.

—Intentan asustar a los submarinos rusos —opinó Poulsen.

—A mí lo que me asusta es pasar años en Rusia —murmuró Shtern.

En ese momento, Cornelius asomó la cabeza por la puerta.

—¿Capitán? Lo necesitan en el muelle, señor.

—¿Ahora, Cornelius?

—Sí, capitán. Creo que es mejor que venga. Son soldados rusos, señor.

DeHaan se marchó llevándose a Kovacz como intérprete. Al pie de la pasarela, un engrasador y un marinero de primera los esperaban cabizbajos, custodiados por un pelotón de infantes de marina. Conocidos como «diablos negros» por el color de sus gorras, llevaban jerseys a rayas bajo las camisas del ejército.

Al ver bajar a DeHaan y Kovacz, el sargento que los mandaba se acercó a la pasarela y dijo unas frases en ruso.

—«Aquí tiene a sus hombres» —tradujo Kovacz—. «Los encontramos en la ciudad anoche, después del ataque aéreo».

—Dale las gracias —dijo DeHaan—. Dile que les estamos muy agradecidos.

Kovacz tradujo la respuesta del ruso: «Por favor, manténganlos en sus puestos de ahora en adelante».

—Dile que lo haremos. Que se lo garantizo.

—Falta uno —dijo Kovacz.

—Es Xanos, señor —dijo el marinero de primera.

—¿Dónde está?

—Lo han enrolado a la fuerza. Estábamos buscando un bar y lo perdimos de vista. Nos dijeron que se lo habían llevado unos marineros de uno de los barcos atracados en el puerto.

—Stas, pregúntales si pueden encontrar a nuestro hombre.

Kovacz habló con el sargento.

—Dice que no. Que lo siente, pero que no pueden registrar todos los barcos.

Los infantes de marina se marcharon y DeHaan mandó a sus dos hombres a sus puestos.

—Si volvéis a abandonar el barco —les dijo—, no hace falta que regreséis.

20:40 horas. Puerto de Liepaia.

DeHaan y Maria esperaban en el camarote. Intentaban leer, intentaban hablar, pero ahora los combates se oían al sur de la ciudad, débiles pero constantes, como una tormenta lejana. Un avión de reconocimiento alemán

sobrevoló el puerto, y algunos artilleros probaron suerte, pero estaba fuera del alcance del fuego antiaéreo. Luego, el crucero empezó a disparar los potentes cañones de sus torretas, cuyas detonaciones repercutían en las fachadas de los edificios próximos.

—¿A qué disparan? —preguntó Maria.

—Ayudan a su ejército, o lo intentan.

—Entonces, ¿la distancia de la batalla?

—Tratándose de cañones tan grandes como éstos... A unos ocho kilómetros, quizá.

—No es mucho.

—No.

Maria se levantó y se acercó al ojo de buey para contemplar el puerto y la ciudad.

—Creo que nos iremos pronto.

—¿Por qué?

Maria le indicó que se acercara. Frente a la pasarela había un camión del ejército. El toldo que cubría la parte posterior estaba levantado, y unos soldados forcejeaban con un objeto voluminoso, que empujaban hacia el borde de la plataforma, junto a la que otro grupo esperaba para bajarlo al suelo. Pasados unos instantes, DeHaan vio que el objeto era un piano de cola. Muy pesado: cuando las dos últimas patas quedaron en el aire, se escapó de las manos de los soldados y aterrizó pesadamente en las losas de piedra del muelle. Uno de los que estaban en la plataforma cogió una banqueta de piano, gritó algo a los de abajo y se la lanzó.

DeHaan soltó un suspiro y subió a cubierta, donde encontró a Van Dyck y varios marineros contemplando el espectáculo junto a la borda.

—¿Dónde lo quiere, capitán? —le preguntó el contramaestre.

—En la bodega de proa. Bajadlo con una eslinga y cubridlo con una lona.

Al parecer, los soldados pensaban subirlo por la pasarela; pero, al ver que Van Dyck señalaba la grúa de proa y los despedía con la mano, sonrieron, asintieron y se volvieron al camión.

DeHaan regresó al camarote.

—Entonces —dijo Maria—, iremos al norte...

—El oficial ruso dijo que a Tallin, la base naval.

—¿A qué distancia está?

—Un día, veinticuatro horas.

—Bueno, ya me lo advertiste en Lisboa.

—¿Te arrepientes de no haberte quedado allí?

Maria le pasó la mano por el pelo.

—No —respondió—. No. Mejor así. Es mejor hacer lo que quieres y, luego, que ocurra lo que tiene que ocurrir.

—Puede que allí arriba las cosas no sean tan malas.

—Sí, puede.

—Ahora están en guerra, y nosotros somos sus aliados.

Maria sonrió y le acarició el rostro con los dedos. —No los conoces. Quieres creer que es un buen mundo. —Maria se levantó y empezó a desabotonarse la camisa—. Yo voy a la ducha. No sé qué otra cosa hacer. — Y, mirando por el ojo de buey, añadió—: Y tú, ahí abajo.

En el muelle, un grupo de unas veinte personas, hombres y mujeres, observaba el barco y se apretujaba alrededor del que parecía llevar la voz cantante, un individuo con una barba patriarcal, un sombrero de fieltro de ala ancha y una capa. Algunos llevaban maletas, mientras que otros empujaban baúles provistos de pequeñas ruedas.

—Ahora vuelvo —dijo DeHaan cogiendo su gorra.

Cuando llegó a cubierta, el barbudo ya había subido la pasarela.

—Buenas tardes —le dijo a DeHaan en inglés—. ¿Es éste el *Noordenstadt*?

—El *Noordendam*.

—En el casco pone *Santa Rosa*...

—Aun así, es el *Noordendam*.

—¡Ah, bien! Nosotros somos el Kiev.

—¿El Kiev?

—El Kiev, sí. El Ballet de Kiev, la compañía itinerante. Nos esperaban, ¿no? —DeHaan empezó a reír y levantó las manos, dando a entender que no tenía la menor idea—. Kherzhensky. El director —dijo el barbudo en tono más relajado, y le tendió la mano—. ¿Y usted es...?

—DeHaan, el capitán. ¿Es suyo el piano que nos han traído?

—Nosotros no tenemos piano. Y la orquesta está en el *Burya*, el destructor. ¿Dónde nos acomodamos, capitán?

—Donde puedan, señor Kherzhensky. Puede que el comedor de oficiales sea el mejor sitio. Le mostraré dónde está.

Kherzhensky se volvió hacia su *troupe* y dio unas palmadas.

—¡Subid a bordo! —les gritó—. Nos van a poner en un comedor.

Veinte minutos después, aparecieron dos compañías de infantería de marina, que subieron la pasarela cantando. Luego llegó un camión cargado de muebles de oficina, después, un Grosser Mercedes con una estufa en el

asiento trasero y, a continuación, tres tenientes de navío con sus mujeres, sus hijos, dos perros y dos gatos. El teniente de alcalde de Liepaia se presentó acompañado por su madre, su criada y un comisario, seguidos por una docena de baúles, cuya carga supervisaron dos individuos trajeados, bigotudos y armados con metralletas. Un taxi dejó en el muelle a una familia judía, cuyos varones iban cubiertos con solideos. El conductor dejó el vehículo aparcado y subió la pasarela tras sus clientes. Lo siguiente fueron un grupo electrógeno y seis maquinistas de tren con las mujeres y los hijos de cuatro de ellos.

—Están a las puertas de la ciudad —le dijo un maquinista a DeHaan quitándose la gorra y secándose la frente con un pañuelo.

Era la una de la mañana cuando apareció Shalakov, con la corbata aflojada y la cara tensa.

—Veo que tienen las máquinas en marcha —le dijo a DeHaan entrando en el puente de mando.

—Parece que nos vamos.

Shalakov miró a su alrededor. La cubierta estaba llena de gente que iba de aquí para allá. Los hombres de traje y bigote fumaban y charlaban sentados en los baúles.

—¿Ha llegado el mensajero?

—No. Sólo todo eso.

—Esto es un manicomio. Tenemos bandas letonas y comandos de la Wehrmacht en la ciudad. —Shalakov respiró hondo y luego miró a DeHaan y sonrió lúgubrementemente—. Va a ser una guerra dura. Y larga. Bueno, aquí tiene la lista de los barcos del convoy. —Era una hoja con los nombres de las naves escritos a máquina y transliterados al alfabeto latino—. Comuniquen por radio en seis punto cinco, sin preocuparse del código, al menos esta noche. Vamos a la base naval de Tallin. Ya no merece la pena intentar llegar a Riga. Esperarán a que el *Burya*, el destructor que irá en cabeza, haga sonar la sirena y lo seguirán. ¿Están listos para zarpar?

—Sí.

—Yo voy en el minador *Tsiklon*, Ciclón. Bien, buena suerte, y nos veremos en Tallin.

1:30. Scheldt al timón, vigías en proa, popa y ambas alas del puente, Van Dyck con las brigadas de extinción y Ratter y Kees, en la cabina, con DeHaan. Esa noche, el bombardeo era al sur y al este; en el cielo de Liepaia, sólo había un aparato, arrojando nubes de octavillas, que descendían hacia el

puerto balanceándose en el aire. A la 1:42 una pareja llegó corriendo por el muelle y gritando súplicas en varios idiomas en dirección al *Noordendam*. La mujer iba vestida como para una velada en una sala de fiestas. DeHaan ordenó que bajaran la pasarela y dejó que subieran a bordo. Al llegar a cubierta, la mujer, que llevaba los zapatos en la mano y lloraba a lágrima viva, se dejó caer sobre las rodillas. Una de las bailarinas se acercó a ella y le rodeó los hombros con el brazo. Ahora se luchaba en la ciudad; se oían tiroteos intermitentes y desde el puente se veían líneas de trazador rojo que salían de lo alto de un faro y de la aguja de una iglesia situada frente al mar. Buenas posiciones de tiro, se dijo DeHaan, aunque su altura tuviera otra razón de ser.

A las 2:20, la sirena.

DeHaan puso el telégrafo de la sala de máquinas en «Avante lento» y, sin la ayuda de remolcadores, salieron cautelosamente del puerto. Podían ver el *Burya* a menos de una milla por delante del *Noordendam*, que ocupó su puesto entre una lancha torpedera y un rompehielos. En el último muelle del puerto de invierno, una muchedumbre rodeada de maletas, cajas y hatos gritaba y gesticulaba hacia los barcos conforme pasaban.

Siguiendo al destructor, el *Noordendam* trazó una larga y amplia curva hacia el norte y fue alejándose de la costa. A las 2:45 estaban en mar abierto, con fuerte viento, un puñado de estrellas entre las nubes y el mar cubierto de cabrillas. DeHaan ordenó «Avante toda» y, cuando el timbre de la sala de máquinas confirmó la orden, se volvió hacia el primer oficial.

—Señor Ratter...

—¿Sí, señor?

—Ice la bandera holandesa, señor Ratter.

Eran veinte barcos, alineados en la estela del *Burya*. La plebe de la marina: buques cisterna y nodriza, minadores, lanchas torpederas, dragaminas, rompehielos, un puñado de viejos arrastreros transformados en patrulleras y un pequeño carguero, que quedó descolgado poco después de las tres de la mañana, porque se averió y tuvo que echar el ancla. En cubierta, sus pasajeros, inmóviles y silenciosos, observaban el convoy mientras pasaba de largo. Una hora después, el *Burya* empezó a realizar una larga serie de cambios de rumbo. En la sala de radio del *Noordendam*, Maria Broman traducía las órdenes al señor Alí conforme llegaban. Virar a dos seis ocho,

virar a dos seis dos... En el puente, Scheldt hacía girar el timón a medida que DeHaan cantaba las órdenes.

—Un campo de minas ruso —dijo Ratter.

No se equivocaba. Minutos después, un buque cisterna cometió un error, realizó un viraje demasiado brusco, se partió en dos y se hundió de inmediato, mientras los escasos supervivientes huían a nado del combustible en llamas que cubría el agua. Una de las torpederas se detuvo para recogerlos y volvió a ocupar su puesto en el convoy. Una hora después del amanecer, la misma torpedera sufrió una avería frente a Pavilosta y quedó a la deriva, mientras la tripulación intentaba reparar el motor.

En el *Noordendam*, la luz del nuevo día iluminó una cubierta atestada de pasajeros. Algunos estaban mareados —un grupo de bailarines en la borda de popa—; otros, ayudando en la cocina con el desayuno: sándwiches de cebolla y margarina para todo el mundo; y otros, ausentes y con los ojos perdidos en el vacío, como en estado de shock. Se produjeron dos accidentes: un infante de marina se cayó por una escalerilla y un niño que corría por cubierta resbaló en una mancha de aceite. Shtern pudo ocuparse de los dos.

Con la luz del día también llegó un avión de reconocimiento alemán. Kees lo enfocó con los prismáticos y dijo que era un Focke-Wulf Condor, un bombardero cuatrimotor con gran autonomía de vuelo. El aparato trazó un círculo a su alrededor y luego siguió sobrevolándolos y dibujando largos bucles, sin perder el contacto visual con el convoy, que se deslizaba a diez nudos por hora.

—No parece que tenga mucha prisa —murmuró Kees.

—Esta noche volverá —dijo Ratter—. Con amigos.

Pero para la noche faltaban muchas horas. A la diez de la mañana del día veinticuatro, habían dejado atrás el golfo de Riga.

—No tomamos el paso interior —dijo DeHaan tras oír las órdenes retransmitidas por la sala de radio.

El paso entre la costa de Estonia y las islas de Jiuma y Saarema estaba lleno de bancos de arena y zonas de agua somera, que los marineros estonios señalizaban con escobas clavadas en boyas y los capitanes de barcos mercantes procuraban evitar. En consecuencia, el oficial al mando del *Burya*, o los controladores marítimos de la base de Tallin, hicieron virar el convoy hacia el oeste, hacia el Báltico. A mediodía, el Condor reapareció, lejos del alcance de la antiaérea, sólo para asegurarse de su rumbo y posición antes de ir a comer.

19:30 horas. Frente a la isla de Jiuma, Estonia.

En el tubo acústico, la voz de Maria Bromen:

—Dicen: «Pongan rumbo cero uno cinco».

Eso los llevaría al golfo de Finlandia y, luego, en ocho horas, a Tallin. Una travesía segura durante las primeras millas, con cobertura aérea de la base naval de Hangö, controlada por los rusos desde el final de la guerra ruso-finesa, en marzo de 1940. Una travesía segura, y un largo anochecer báltico, durante el que la luz fue debilitándose hasta adquirir un tono azul oscuro. A esas alturas, todos estaban muertos de cansancio, pasaje y tripulación. Cuando DeHaan bajó al comedor de oficiales para hacer una pausa de diez minutos, el director Kherzhensky, echado en el banco y envuelto en su capa, roncaba ruidosamente.

A las 21:30 estaban frente a la isla estonia de Osmusaar.

—Dicen que reduzcamos la velocidad a cinco nudos —comunicaron de la sala de radio—. Y los dragaminas van a adelantar al *Burya*.

—Ahora las minas son alemanas —dijo Kees—. O finlandesas.

—Eso es lo de menos —repuso Ratter—. Podrían ser de cualquiera.

Luego, silencio. Sólo el crujido de las grúas y el ruido de los motores de los barcos próximos, que avanzaban a velocidad mínima, cerrando filas tras los dos dragaminas. DeHaan podía ver el minador *Tsiklon* a babor y, a estribor, un arrastrero, con la cubierta atestada de cajas. DeHaan consultaba su reloj constantemente, así que, cuando el primer barco chocó con una mina, sabía que eran la 10:05.

Lo vieron, pero ni idea de lo que era, de lo que había sido. Se estaba hundiendo por popa, y la proa iba alzándose sobre el agua, mientras parte de la tripulación se alejaba en un bote salvavidas, remando con las manos.

—Se acercan aviones —anunció la sala de radio.

Oyeron el rumor de los motores, y el *Burya*, seguido por los demás barcos, encendió los reflectores, que agujerearon el cielo con sus potentes haces de luz amarilla.

—A los botes salvavidas —ordenó DeHaan.

Kees soltó un juramento y se volvió hacia el ala del puente, pero Ratter lo agarró del brazo.

—Lo haré yo.

—¡Y un cuerno! —gruñó Kees, que se soltó y se alejó cojeando.

DeHaan llamó a la sala de máquinas.

—Stas, te necesito en los botes. Puede que haya un ataque aéreo.

A Kovacz le correspondía mandar el segundo bote.

—La caldera tres está dando problemas —repuso el polaco.
La huida a Liepaia les pasaba factura, pensó DeHaan.
—Tienes que ser tú, Stas.
Con la cubierta llena de pasajeros, cundiría el pánico, el caos...
Kovacz soltó un gruñido, pero respondió que subiría en un minuto.

¿Una falsa alarma? En el ala del puente, el marinero que manejaba el reflector del *Noordendam* barría un cielo vacío con el haz de luz. Ratter escuchaba atentamente el distante rumor, con el cuerpo tenso, como un perro de caza.

—¿Están volando en círculo a nuestro alrededor? DeHaan aguzó el oído.

—Así es, señor —dijo Scheldt.

—Han pasado de largo —dijo Ratter a las 10:20.

—Irán a bombardear Kronstadt —conjeturó DeHaan.

—O Leningrado.

Los demás podían oírlo; sus reflectores apuntaban delante del *Burya*.

—No —dijo DeHaan.

El rumor resurgió al este del convoy y fue creciendo poco a poco.

—El ataque será... —se oyó decir por el tubo de la sala de radio.

El primer bombardero atravesó los haces de luz a toda velocidad, se dirigió derecho al *Burya* y sobrevoló su cubierta. A la luz de los reflectores, pudieron ver una esfera suspendida de un paracaídas que descendía lentamente hacia el destructor.

—Dorniers —dijo Ratter—. Lanzando minas en paracaídas.

Tras el primer aparato, siete u ocho más, volando en perpendicular al eje del convoy. Cuando las minas empezaron a explotar en la cabeza de la formación, una silueta se recortó fugazmente sobre el *Tsiklon*, y un grupo de minas encadenadas entre sí cayó a plomo sobre su cubierta. Unas décimas de segundo, y una inmensa bocanada de aire caliente sacudió el puente, al tiempo que un segundo avión pasaba rugiendo sobre el *Noordendam* con las alas inclinadas.

Se oyeron gritos en cubierta, diminutas bolas de fuego amarillo hicieron añicos las ventanas de la cabina y un grupo de minas encadenadas cayó girando en el aire, mientras el rugido del avión se perdía en la distancia. De pronto, una escotilla estalló en mil pedazos, las tablas volaron por el aire y en las profundidades del *Noordendam* se oyó una formidable explosión, que sacudió todo el casco e hizo que se escorara violentamente. DeHaan salió

despedido hacia atrás y, cuando consiguió ponerse de rodillas, vio a Ratter sentado junto a él con cara de estupefacción.

—No puedo oír —dijo y, extendiendo una mano hacia DeHaan, le arrancó de la frente un trozo de cristal—. ¿No necesitas esto ahí, verdad?

DeHaan notó que la sangre le resbalaba por la frente.

—Creo que podré arreglármelas sin él —dijo.

Ratter se pasó las yemas de los dedos por la cara, que le brillaba a la luz de la cabina. Scheldt consiguió levantarse agarrándose a la bitácora y sujetó el timón.

—¡Mierda! —farfulló el timonel. DeHaan se puso en pie, se tambaleó y, cuando consiguió recuperar el equilibrio, vio que Scheldt tenía los ojos clavados en la brújula—. ¿Dos ocho dos? —preguntó.

—Vuelve a cero nueve cinco, estesureste —respondió DeHaan.

Scheldt meneó la cabeza y tiró hacia abajo de una cabilla del timón, que no dejó de girar hasta que lo detuvo.

—Muerto —dijo.

DeHaan miró a través de las astillas de cristal de las ventanas. El *Tsiklon* había desaparecido y, a la luz de las llamas que envolvían el arrastrero, una sombra naranja oscilaba en la nube de humo que ascendía de la bodega de proa.

—¿Avanzamos, Johannes?

Ratter salió al ala del puente y miró al agua.

—Apenas.

—¿Seguís vivos ahí arriba? —preguntaron de la sala de radio.

—Sí.

—Esto está ardiendo.

—Y esto también.

En el través de babor, un mugido de sirena. Un segundo después hubo otro. Era un rompehielos, que barría la cubierta del *Noordendam* con el haz de su reflector. Al cabo de unos instantes, una voz habló en ruso a través de un megáfono. DeHaan salió al ala del puente, donde el vigía miraba boquiabierto la proa del rompehielos, cada vez más próxima. Cuando el capitán ruso comprendió que el *Noordendam* iba a la deriva, ordenó virar a estribor. En la cubierta del mercante, algunos pasajeros hacían gestos con las manos en dirección al rompehielos: «¡Viren!». Con un último y furioso bramido de sirena, la proa del rompehielos pasó a apenas tres metros de la popa del *Noordendam*.

Al volverse para regresar a la cabina, DeHaan vio a Kovacz subiendo la escalerilla del puente.

—Informe de daños —dijo el jefe de máquinas—. He perdido a los maquinistas. Las minas han destrozado el mamparo; dos de las calderas han explotado, pero la tercera sigue funcionando. Tenemos muertos y heridos, nos hemos quedado sin uno de los botes salvavidas y no consigo encontrar a Kees.

—Y el timón no responde —añadió DeHaan.

Van Dyck tenía a las brigadas de extinción trabajando a la altura de la bodega número tres, lo que significaba que el vapor de la caldera que no había estallado estaba dando presión a las mangueras.

Los restos del convoy se alejaban en dirección este, iluminando el cielo con los reflectores y disparando las baterías antiaéreas, porque los Dorniers habían iniciado un segundo ataque. DeHaan miró hacia cubierta: dinero; billetes que no supo reconocer revoloteaban en el aire. «Los bigotudos de las metralletas». Que habían construido una pequeña fortaleza amontonando sus baúles sobre la escotilla de la bodega de proa.

—Me vuelvo a la sala de máquinas, Eric —dijo Kovacz—. Conseguiré ayuda y haré todo lo que pueda. ¿Qué le pasa al timón?

—El eje de dirección no responde —contestó DeHaan—. Yo diría que el problema está ahí.

—Eso no tiene arreglo.

—No.

—Entonces vamos a la deriva...

—Sí, un punto o dos al nornoroeste.

—Finlandia.

Barcos y aviones seguían combatiendo encarnizadamente, pero, poco a poco, la batalla fue alejándose hacia el este, hasta quedar reducida a los súbitos resplandores que iluminaban el horizonte, acompañados de lejanas explosiones y los últimos haces de luz de los reflectores. Luego, el *Noordendam* siguió navegando solo en la oscuridad. En el puente, la opinión mayoritaria era que todo el convoy había sido aniquilado y hundido, pero eso nunca lo sabrían. Y había mucho que hacer. El pobre y maltrecho *Noordendam* apenas conseguía un par de nudos, pero, gracias a la habilidad de Kovacz, la única caldera útil seguía haciéndolo avanzar, ayudada por el viento de popa. Shtern trabajaba sin descanso ayudado por la tripulación y los

pasajeros, que cubrían decentemente a los muertos y los trasladaban a la cubierta de popa, y ponían a los heridos al abrigo del viento, envueltos en mantas. Habían buscado a Kees, dos marineros y dos pasajeros por todas partes, pero todo hacía pensar que habían caído por la borda, pues nadie había vuelto a verlos tras el ataque de los Dorniers.

Luego, el silencio —y también la oscuridad, porque avanzaban con las luces apagadas— se apoderó del *Noordendam*. DeHaan ordenó echar las escalas de red, bajar la pasarela y preparar los botes; luego, asignó hombres para ayudar a los pasajeros, primero a los heridos y luego a las mujeres y los niños. Cuando todo estuvo listo, los oficiales y los marineros empezaron a recoger sus pertenencias.

3:00 horas. En alta mar.

Obedeciendo órdenes de DeHaan, el señor Alí consiguió establecer contacto con una autoridad finlandesa del puerto de Helsinki o de alguna base naval: nunca llegaron a saber de quién se trataba. DeHaan se puso a la radio e informó de que tenía muertos y heridos a bordo, y de que se dirigían hacia las islas de la costa meridional, al oeste de Helsinki. No ofrecerían resistencia; la tripulación y los pasajeros del *Noordendam* se rendirían pacíficamente.

¿Y bajo qué bandera navegaban?

Bajo bandera holandesa, como barco mercante aliado de Gran Bretaña.

Entonces —le contestaron—, la palabra no era «rendirse». Ciertamente, Finlandia estaba en guerra con Rusia, pese al tratado, y ciertamente eso la convertía en aliado de Alemania. Sobre el papel. Pero, de hecho, Finlandia no estaba en guerra con Gran Bretaña, de modo que, si ponían pie en tierra finlandesa, serían considerados supervivientes de un accidente marítimo.

¿Estaba Finlandia en guerra con Holanda?, quiso saber DeHaan.

La pregunta provocó un largo silencio; luego, la autoridad finlandesa carraspeó y confesó que lo ignoraba. Creía que no, pero tendría que comprobarlo.

5:20 horas. Frente a la costa de Finlandia.

En la acuosa luz del amanecer septentrional, una isla.

Una forma oscura que se alzó del mar, baja y llana, cubierta por bosques en su mayor parte y rodeada de rocas contra las que rompían mansamente blancas olas. No era muy distinta de las otras islas, algunas próximas y otras

lejanas, pero era la que tenían justo enfrente, a unos dos kilómetros de distancia. Era su isla.

DeHaan puso el telégrafo en «Parar máquinas», el timbre confirmó la orden e, instantes después, el lento y trabajoso latido del motor cesó y sólo dejó silencio.

—Sube al puente, Stas —dijo DeHaan por el tubo acústico—. Vamos a embarrancar en las rocas, así que abandonad la sala de máquinas. —En el puente, Scheldt seguía de guardia, de pie ante el timón inútil—. Ve a recoger tus cosas —le dijo DeHaan, y se quedó solo con Ratter y Maria Bromen, que estaba junto a él. Cogió el cuaderno de bitácora del *Noordendam* e hizo la última anotación: fecha, hora y rumbo—. ¿Tienes idea de cómo se llama? —le preguntó a Ratter.

—Podría ser Orslandet —respondió Ratter tras consultar la carta—. Pero vete a saber.

—Entonces, digamos que es ésa —respondió DeHaan apuntando el nombre en el cuaderno.

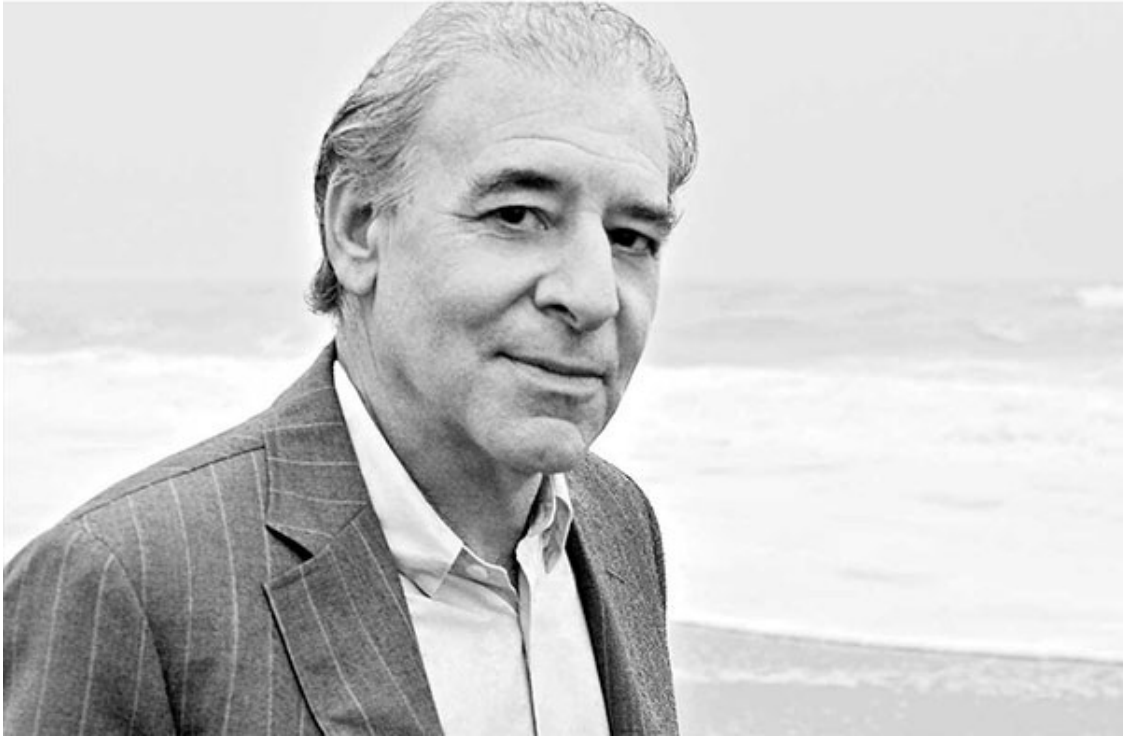
A continuación, añadió «Embarrancado», firmó, cerró el cuaderno y lo guardó en su maletín. Con el motor apagado, el *Noordendam* seguía avanzando imperceptiblemente. En la cubierta, tripulación y pasaje se habían congregado y esperaban de pie junto a su equipaje, a la luz del amanecer. El *Noordendam*, muy cerca ya de la orilla, chocó contra un banco de arena, pero, impulsado por la marea ascendente, se deslizó sobre él y siguió avanzando hacia la isla.

Maria Bromen se agarró al brazo de DeHaan justo antes de que se produjera el choque. La proa se alzó, el casco se incrustó entre las rocas y, por fin, con un largo chirrido de metal contra la piedra, el NV *Noordendam* se detuvo, ligeramente escorado. Un instante después, sólo se oía el rumor de las olas que lamían la arena de la playa.

Algún tiempo después, cuando la guerra en aquella parte del mundo se apaciguó, empezaron a buscarlo. Después de todo, aún tenía algún valor, aún podía obtenerse algún dinero de él en derechos de salvamento. Bastaba con reclamarlo. Era pleno otoño, y una gélida niebla envolvía los bosques de abedules.

Se vio a dos hombres de negocios suizos, un individuo de nacionalidad indeterminada que aseguraba ser un exiliado ruso y varios otros cuya identidad nadie conocía. Preguntaron a la gente que vivía a lo largo de la accidentada costa, pescadores en su mayoría, si lo habían visto. Unos

contestaron que sí, y otros se limitaron a menear la cabeza o encogerse de hombros. Pero, al final, no encontraron nada, y nadie volvió a verlo.



ALAN FURST (Nueva York, EE. UU., 1941). Licenciado en el Oberlin College en 1962, obtuvo un master en la Universidad de Pennsylvania en 1967. Trabajó en publicidad y como articulista en varias revistas. Como periodista ha viajado por Europa del Este y Rusia y ha sido colaborador habitual de *Esquire* y *The International Herald Tribune*. Ha vivido largas temporadas en Francia, inicialmente ejerciendo como profesor en la Facultad de Letras de la Universidad de Montpellier, y años después en París. Es bastante más conocido en Estados Unidos que en Europa, a pesar de que él mismo dice tener espíritu europeo. Cultiva el género del espionaje histórico, si bien sus personajes son de ficción. Sus novelas, muy bien documentadas, se desarrollan en el periodo entre las dos Guerras Mundiales y la segunda Guerra Mundial, en especial en Centro Europa.

Su obra *El oficial polaco* tiene un gran rigor histórico y realismo, con grandes dosis de intriga y ha sido publicada con extraordinario éxito en Estados Unidos y varios países de Europa.

Notas

[1] En español en el original. Se trata de un guiso muy apreciado en la cocina marroquí. (*N. del t.*) <<

[2] En español en el original. (*N. del t.*) <<

[3] En español en el original. (*N. del t.*) <<

[4] En español en el original. (*N. del t.*) <<

[5] «Porque a esta chica le gustan los hombres / porque le gustan los hombres de mar, / porque es la novia de los marineros, / porque a ninguno se sabe negar, / por Shanghái Lil, quiero brindar.» Letra de *Shanghái Lil*, de Harry Warren y Al Dubin. WB Music Corp. (N. del t.) <<

[6] En español en el original. (*N. del t.*) <<